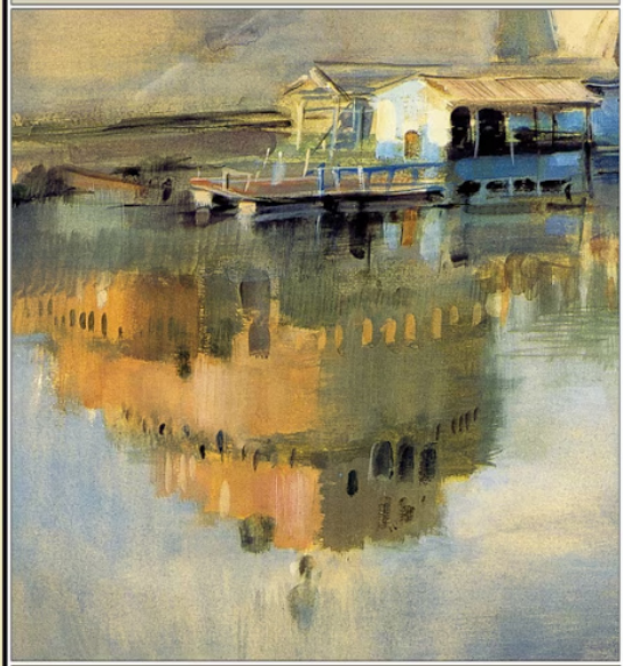
ANDRÉS TRAPIELLO

EL TEJADO DE VIDRIO



NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

Cuando se anotan con cierta regularidad los sucesos de cada día y al cabo de unos meses se hace arqueo, somos nosotros los primeros en sorprender que ese que ha escrito el diario parece haber vivido mucho más que uno mismo. A un diario le viene a suceder lo que a las campanadas de un reloj: cuando son muchas y agrupadas se oyen mejor que cuando son pocas, y también ellas parecen entonces más acompasadas, decididas, netas.

Al ver reunida nuestra vida llega incluso a figurársenos más armoniosa y rotunda, y no porque en verdad lo sea, sino porque es diferente: se vive más cuanto más se recuerda.

De manera que ya estamos así de lleno en el terreno de la literatura, de la novela. No es preciso mentir ni inventar. Llegados a un punto, la vida misma, de tan real, nos parece una ficción.

Un amigo, un alma caritativa, corrió a decirle al editor de este *Salón de Pasos Perdidos*, con ocasión de la publicación de *Locuras sin fundamento*, que había sido gran absurdidad e ilusionismo menudo obstinarse en la publicación de un segundo tomo, cuando ya existía otro primero muy parecido. ¿Qué pensaba? Mi vida es rutinaria, sin sobresaltos externos y acomodada en la precariedad, pero jamás se me ha ocurrido acortarla por ello, de la misma manera que no pienso arrancarme un ojo solo porque tenga otro bastante parecido.

En las solapas de los tomos anteriores incluí este fragmento explicativo: «En las viejas casas había siempre un Salón Chino, un Salón Pompeyano, un Salón de Baile, otro de retratos, cada uno empapelado o pintado de un color, con unos muebles apropiados y decoración idónea… En estos palacios españoles, un tanto vetustos y destartalados, había también un salón que llamaban de Pasos Perdidos. La casa que no lo tenía no era una buena casa. Era el salón donde nadie se detenía, pero por donde se pasaba siempre que se quería ir a alguno de los otros. A mí me gustaría que estos libros se llamasen Salón de pasos perdidos. Libros en los que sería absurdo quedarse, pero sin los cuales no podríamos llegar a esos otros lugares donde nos espera el espejismo de que hemos encontrado

algo».

Han pasado unos años y uno, con tendencia al ilusionismo, piensa ya en su libro no ya como un salón sino como una casa. Ocurre así siempre. Un diario sería, pues, como una casa, pero sería absurdo obligar a nadie a que nos hiciera la visita ni retener a nuestro lado a quien se quiere marchar, porque el que no quiere ir, nunca estará, y el que dice que se va ya se ha ido.

Andrés Trapiello

El tejado de vidrio

Salón de pasos perdidos - 3

ePub r1.0
Titivillus 23-05-2023

Andrés Trapiello, 1994
Ilustración de cubierta: Los baños del Tevere, 1971, (detalle),
por Ramón Gaya (Colección particular)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

Hace un tiempo alguien me confesó que este *Salón de pasos perdidos* le parecía una novela en marcha, por entregas, de la misma manera que muchas de las novelas que pasan por tales suelen ser una autobiografía, un diario íntimo o un trasunto de la existencia de su autor. La diferencia, me dijo, ni siquiera reside en las máscaras, siempre las mismas: unas veces finge el autor, otras sus personajes.

Quién sabe. Quizá sea como él dice.

De lo que sí estoy seguro es de que los diarios no son, como a veces se ha creído, un excedente, incluso una excrecencia del lenguaje: lo que los escritores dicen cuando no encuentran género ninguno para decirlo, o aquello que les *sobra*. En algunos casos puede esto ser cierto, pero en otros no.

A menudo me preguntan cómo es posible que alguien como yo, con una vida ordenada, monótona y reclusa, lleve un diario. Justamente por eso, les digo: porque no me pasa nada, porque nada extraordinario me sucede. Sin embargo…

Cuando se anotan con cierta regularidad los sucesos de cada día y al cabo de unos meses se hace arqueo, somos nosotros los primeros en sorprender que *ese* que ha escrito el diario parece haber vivido mucho más que uno mismo. A un diario le viene a suceder lo que a las campanadas de un reloj: cuando son muchas y agrupadas se oyen mejor que cuando son pocas, y también ellas parecen entonces más acompasadas, decididas, netas.

Al ver reunida nuestra vida llega incluso a figurársenos más armoniosa y rotunda, y no porque en verdad lo sea, sino porque es diferente: se vive más cuanto más se recuerda.

De manera que ya estamos así de lleno en el terreno de la

literatura, de la novela. No es preciso siquiera mentir. Llegados a un punto, la vida misma, de tan real, nos parece una ficción.

Dudo, no obstante, de que con un diario vaya a ser mejor el mundo. Tampoco nuestra vida. Ni siquiera la literatura. ¿Quépersigue, pues, el autor de unos diarios como estos? Normalmente se suele explorar en ellos los sueños, las ilusiones, pero con más frecuencia uno se convierte en testigo involuntario que ve cómo a los unos y a las otras se los lleva la riada de la vida cotidiana. Con los días se hacen los años, pero los años terminan por escaldarnos, a poco que nos descuidemos. Polvos y lodos, he ahí los extremos corredores que pisa el fingidor de estas páginas, el novelista de estos diarios íntimos, el diarista escrupuloso de esta novela, al que le gustaría, dicho sea de paso, que se dijera de él que todo lo vio «con ánimo generoso, enamorado y compasivo».

Por otro lado, todo resulta bastante extraño. El que escribe un diario sabe por experiencia que el protagonista de aquello que escribe no siempre es él mismo ni como él. Eso contribuye a que mire todo con relativismo y distancia, de modo que al hacer en su cuaderno de hule negro el asiento de lo que ve y vive, se conduce más que como un memorialista o un escrupuloso notario, como un asentador de trigo que a veces tiene que sisar para poder vivir y a veces hacer la vista gorda para que vivan otros.

Los contemporáneos y amigos de Pío Baroja han dejado abundantes testimonios de la vida que llevaba el escritor en los años cuarenta y cincuenta, después de la guerra, en su casa de Ruiz de Alarcón.

Era una vida gris, triste, sin muchos alicientes. No obstante escribía. Escribió cuentos, artículos, preparó el tomo de sus poemas sentimentales y villonianos, los siete con sus memorias y los ocho de sus obras completas. Publicó también algunas novelas, en general un poco deslavazadas, donde la gente entra y desaparece con pasos erráticos que se parecen mucho a los del propio novelista, de escasa prosapia, pero en cambio sin afectación ni tramoya.

En una ocasión me contó Gomis, el librero de viejo de la calle de la Luna, que solía encontrarse a Baroja por las mañanas, en invierno, frente al escaparate de la tienda, con el abrigo raído, la bufanda y la boina negra, esperando a que él abriera para entrar.

Como es sabido, en los inviernos de la posguerra española hacía

siempre cinco o seis grados menos que en cualquier otro invierno de cualquier otra parte. Allí estaba Baroja, aguantando a pie firme, con las manos en los bolsillos, tapándose las orejas con las solapas vueltas del gabán, dando pataditas a la acera para evitar la congelación de los pies. Qué escena, cuánta desolación en esa calle estrecha y sombría en la que tarde o temprano han dejado todos los perros vagabundos de Madrid un rastro amarillento y pestilente. Qué estampa, qué saturación de tristeza. Se conoce que por entonces Baroja ya dormía mal y se tiraba a la calle todavía de noche, en cuanto la ciudad empezaba a despertarse, sin saber a dónde ir ni qué hacer.

Algunas tardes, según se ha contado, la puerta de la casa de Baroja no estaba cerrada del todo, solo entornada; la gente llegaba, pasaba a la salita donde esperaba el novelista, buscaba una silla y se sumaba a la tertulia que solía tener lugar allí. No era un piso de trapero barojiano, sino burgués, con sólidas tarimas enceradas de las que crujen un poco al andar, y muebles aparentes, cuadros y vitrinas.

A esa tertulia iba el que quería. A veces eran curiosos, admiradores que llegaban de provincias o hispanistas a los que se les antojaba ver al escritor de cerca, pero en general se trataba de una tertulia de asiduos, médicos, ingenieros, el sobrino, un viejo actor, jubilados como Baroja, algún novelista en ciernes, muy decimonónicos todos, librepensadores y algo comecuras, o sea, unas veces conservadores, y otras liberales. La puerta estaba abierta para todos. Cuando la gente se cansaba o pensaba que el dueño de la casa tenía que cenar y acostarse, se levantaba y se iba, hasta el día en que tocara volver.

En aquel gabinete de conspiradores románticos y viejos desengañados se abordaban muy amenos y ecuménicos asuntos que iban desde la termodinámica a las ventajas de los hipnóticos para dormir, desde el garrote vil a los recuerdos del París del 800, el de Wilde, el de Coppée, el de Dreyfus, el de Madame Tussaud. Cuando la tertulia se disolvía, Baroja quedaba otra vez atrozmente solo, sin saber cómo ni dónde gastar esos últimos años de su vida, sin ilusión, sin esperanza de nada, sin entusiasmo por nadie.

Ruano contó, en páginas de gran efecto de *La memoria veranea*, la tarde en que entró y encontró la casa en silencio, en la

penumbra, y a Baroja solo, dormido en un sillón, con el abrigo raído y la boina puestos, y «una manta demasiado delgada, ilusoria» por encima de las rodillas enflaquecidas. Ruano se quedó allí un rato, a su lado, viendo dormir al viejo. Ruano, que era un cínico, dice en ese artículo que se le llenaron los ojos de lágrimas contemplando la escena. No parece verosímil que Ruano llorara en su vida por nada, pero lo cierto es que al lector de esa semblanza se le pone un nudo en la garganta y la visión se le nubla cuando se le hace testigo de ese final, tan deprimente.

A uno le gustaría que las páginas de este diario fuesen como la puerta de aquel piso de la calle Ruiz de Alarcón.

Un diario es en cierto modo una casa. Sería absurdo obligar a nadie a que nos hiciera la visita ni retener a nuestro lado a quien se quiere marchar, porque el que no quiere ir, nunca estará, y el que dice que se va ya se ha ido.

Las cosas que ocurren en una casa suelen venir prefiguradas por el preciso lugar donde han de suceder, el dormitorio, el gabinete, el recibidor…

Algunos escritores tienen tendencia a hablarnos exclusivamente de una sola de las piezas de su habitáculo. Hay quienes tienen propensión a contar solo los pormenores de la alcoba, otros, en cambio, solo gustan de relatar las evoluciones de su salón o los placeres de su cocina, y, en fin, así todo el mundo, por no mencionar a aquellos cándidos que creen ser los primeros a los que se les ha ocurrido que puede hacerse en una cama, por ejemplo, lo que suele reservarse al retrete, orgullosos de esa originalidad que les hace creer que han llegado a un viejo vicio antes que nadie.

A mí me gustaría que estas páginas fuesen solo la novela de esa pequeña sala a la que se va sumando gente y de la que, a medida que pasa la tarde, la gente se va retirando, dejándola de nuevo, al empezar la noche, a merced de sombras y de sueños. Ese lugar en el que la soledad no se interrumpe, sino que solo, y pasajeramente, se entretiene. El lugar en el que no se cuentan intimidades, desde luego, pero del que tampoco está ausente esa clase de confidencias que guardamos para unos pocos, queridos y leales, escépticos y románticos, afables y solitarios.

Cuando se deja la puerta entreabierta, y la de un libro como este ha de mantenerse así, es posible que alguien nos sorprenda alguna

vez durmiendo, vencidos por el cansancio, la tristeza o sencillamente por esa soledad atroz que arropamos también con nuestra manta delgada e ilusoria.

Un amigo, un alma caritativa, corrió a decirle al editor de este *Salón de Pasos Perdidos*, con ocasión de la publicación de *Locuras sin fundamento*, que había sido gran absurdidad e ilusionismo menudo obstinarse en la publicación de un segundo tomo, cuando ya existía otro primero muy parecido. ¿Qué pensaba? Mi vida es rutinaria, sin sobresaltos externos y acomodada en la precariedad, pero jamás se me ha ocurrido acortarla por ello, de la misma manera que no pienso arrancarme un ojo solo porque tenga otro bastante parecido.

No sé. Me gustaría advertir a las almas caritativas que entrando en estas páginas pudieran encontrarme en la penumbra, sentado en mi sillón, con la cabeza derrotada y los párpados caídos, que dejen en paz a mi editor; y a mí también déjenme estar así, hasta que vuelva de mi reposo. No saben si duermo o si, a lomos de Clavileño, anda ya uno por las libres regiones de la estratosfera, lejos de trabajos, pesadumbres y venenosas melancolías, o como decía Galdós, «volando sin tropiezo por los espacios de lo posible».

Madrid, 23 de junio de 1994

«Advierte que es desatí-,
siendo de vidrio el tejá-,
tomar piedras en la má-,
para tirar al vecí-».

URGANDA LA DESCONOCIDA

EL TEJADO DE VIDRIO
(1989)

TODAVÍA uno de enero. Me habría gustado estrenar un cuaderno con tapas nuevas, con las hojas blancas y un vago olor a engrudo y cola de encuadernar. Me habría gustado, pero lo nuevo es viejo todavía. Pobre cuaderno mío, zarrapastroso, vulgar, con la espiral del alambre aplastada y esas pastas donde uno ha ido pintando, mientras hablaba por teléfono, a lo largo de estos últimos tiempos, algunos monigotes, torpes y monstruosos, y rimeros de sumas y multiplicaciones de Dios sabe qué angustiosos fines de mes.

Es verdad que podría empezar otro, pero entonces, ¿qué haría con la mitad de las hojas vacías de este? Qué gran angustia aceptar cincuenta páginas de amnesia. Nada tiene principio, nada tiene final. Ni lo nuevo ni lo viejo.

Cada año, en el colegio, se montaba un auto sacramental del teatro español. Un año le tocó a *El gran teatro del mundo*.

¿Por qué será que el día de Año Nuevo me acuerdo de cosas que me sucedieron de chico?

Mi padre, cada 24 de diciembre, recuerda el 24 de diciembre de 1937, las trincheras de Teruel, los veinte grados bajo cero, los piojos, y que les dieron un poco de turrón, unas pasas secas y algo de coñac para combatir el frío, que ellos pisaban con alpargatas de esparto sobre la nieve. Mi padre recuerda cada año las mismas cosas, y yo, cada Noche Vieja, a mis hijos les cuento cosas de mi colegio, mi internado, los inviernos leoninos, las pasas secas y aquellas tres figuritas de mazapán de Toledo sobre el plato del postre, que era de plástico verde, rayado y blanquecino de haber sido lavado miles de veces con agua y lejía. Yo les cuento esas cosas y cómo el frío anidaba en los sabañones de las orejas y las manos, y cómo muchos chicos, esos días, se perdían por los rincones oscuros del colegio y lloraban desconsoladamente porque se acordaban de su casa. Todo eso es muy deprimente, pero mis hijos me piden que cuente esas cosas, porque se hacen un hueco en mis recuerdos, como entre hojas secas, y se adormecen en ellos.

No ha cambiado nada, no hemos evolucionado nada. La guerra es la misma. Un internado, una trinchera.

El decorado de aquel auto sacramental era muy sencillo. A la izquierda del escenario se veía una gran Alfa de cartón y escayola, por donde salían todos los personajes, y a la derecha, una gran Omega, por donde se retiraban de escena. Yo tenía entonces once o

doce años y durante meses la imagen de la vida estuvo unida para mí a la de aquella alfa, y la muerte, a la de aquella omega. Me alegraba enormemente comprobar que la inicial de mi nombre empezaba también por A, aunque apenas me consolaba de la idea insoportable de la muerte el hecho de que la de mi apellido no empezase por Ω. Durante un tiempo pensé mucho en aquellas dos letras.

En unos ejercicios espirituales de estilo jesuítico, durante una de las charlas imponentes en la capilla estratégicamente apenumbrada, el cura hizo que circulase de mano en mano una estampa. Se trataba de la reproducción de un cuadro macabro, una *vanitas* barroca donde una mujer bellísima se miraba en un espejo de plata. La mujer estaba de perfil y se le veía la nuca, incitadora ymuy blanca. El tocado, recogido con una sarta de perlas, era una obra de arte, trenzado y ceremonioso, y el pelo era de color oro, un oro viejo y oscuro, como el de las custodias.

Aquella dama se miraba con atención y ensimismamiento en el espejo, pero el espejo ovalado le devolvía la imagen de una calavera, la suya, con restos de pelambre pegada al hueso, y las perlas y las joyas habían sido convenientemente sustituidas por dos gusanos blandos y gordos que asomaban de las fosas siniestras de la cara.

La A y la Ω, descubrí entonces, son dos letras que pueden leerse en un espejo sin que varíe su representación ni significado. También con inquietud comprobé que algo parecido les pasaba a la A y la T. Escritas ambas en un cristal seguirían siendo ellas mismas de cualquier lado del que se leyesen. O sea, aquí lo mismo que allá, en la otra orilla.

En ello descubría, según los días, reveladores signos de mi fortuna o de mi mala suerte, conforme amaneciera más o menos encapotado en mi alma.

Todos aquellos pequeños asomos, pues, me inquietaban y trataba de leer en ellos mi porvenir, como cuando caminaba por la calle, también de chico, y me decía: «Si consigo no pisar ninguna raya de las aceras, me saldrá bien tal o tal cosa» o «si antes de un minuto me tropiezo con un coche con la matrícula capicúa, aprobaré todo el curso».

En aquellas dos letras yo cifraba exiguo mi porvenir. Quizás este

mismo momento de ahora, que yo no sospechaba: esta casa, esta familia, mi vida, mi año nuevo y viejo y todas estas historias que desentierro cada año, cuando parecían definitivamente muertas.

Después todo se ha borrado más o menos, como el copo de nieve que cae en un charco sucio. Hace uno esfuerzos para ver que la nieve vaya cuajando en una bonita y extensa nevada, pero no, todo se vuelve incomprensiblemente un barrizal, porquehaciendo frío de nieve y cayendo copos de nieve lo normal es que todo se cubriera de un manto de nieve. Y no es así. La A y la T pueden leerse en un espejo, pero yo sigo recordando minúsculos episodios del pasado vagamente desasosegantes.

Desde entonces, algunos días, como hoy, a la hora de afeitarme, miro el espejo con desagrado y desconfianza, como si temiera una revelación inoportuna.

Danton, un día antes de que le rebanaran la cabeza, se entretenía en elucubraciones gramaticales: guillotinar es un verbo que no puede conjugarse en todos sus tiempos, decía. Tampoco morir podría conjugarse en todos los tiempos. O como oí que le decía un camarero a un cliente decrépito, en aquella tasca de la calle Mayor donde comía Julio Camba: «Lo malo no es pudrirse en la sepultura, sino no poder contarlo». El parroquiano, ante una frasca de vino rojo, asentía con su boca sin dientes. Todo él quedaba de espaldas al espejo de aquel establecimiento, no sé ya de qué lado del espejo…

TASCA y frasca son dos palabras a las que el vino ha hecho inseparables. Seguramente vendrán en cualquier diccionario de rimas. No es lo mismo. Me produce una vaga alegría habérmelas encontrado ahora, al azar, como alguno de aquellos viejos poetas simbolistas que buscaban en las palabras la gatera, la galería, el túnel que establecía entre ellas esas admirables correspondencias que hacen el mundo mucho más grande y al hombre mucho más huérfano. Saber que bajo la hiedra está la piedra («*la pierre sous la lierré*»), junto a la alcuza, la lechuza, y sobre la fosa la rosa… Al final todo en la vida y la muerte es pura cuestión de suerte. Los sicilianos de Cortile Cascino dicen aquello de «migliore la morte che la mala sorte».

Siempre se ha dicho que todo el mundo tiene, en alguna parte de la tierra, un ser exactamente igual a él, su doble, llevando

unavida diferente por completo a la suya. De chico esa posibilidad me asombraba y provocaba en mí laberínticas y abismales consideraciones de orden novelesco y moral. Hoy en cambio, cuando uno tiene mejor relación con la sociedad de las palabras que con la otra, le intriga y desconcierta a uno la posibilidad de que a todas y cada una de las palabras les aguarde en su misma lengua o en otra, esa otra palabra mediante la cual el lenguaje adquiriría por fin un sentido pleno y definitivamente simbólico, y no divagatorio y aproximativo. Es decir: como si a cada palabra pudiésemos encontrarle su detonante preciso. Tenemos el ejemplo en piedra y hiedra. Cuando ese detonante faltase en la propia lengua, seguramente lo encontraríamos en otra. Todas las palabras fueron creadas el mismo día, tal vez en Babel. El que las escogió, apartándolas cada una en su lengua, era un hombre meticuloso, pero con las prisas se le fue la mano.

SER claro y difícil. No hay otro camino.

TODO lo que sale de un altavoz tiene algo de feria, y en las ferias se miente.

CUANDO un hombre piensa que las mujeres de su juventud, el arte de su juventud, los modales de su juventud o los churros de su juventud eran mejores que las mujeres, la urbanidad o los churros de ese momento en que formula su nostalgia, está acabado. Naturalmente todo lo que sucedió en la juventud de uno es de una calidad superior a lo sucedido después, pero es esa la clase de verdades que nadie decente tiene derecho a formular. Los únicos hombres que valen algo la pena son aquellos que saben que siempre se va a peor. Pero se callan.

EL verdadero falsificador ha de ser un creador, nunca un copista.

X. ama, sobre todo, el fracaso de los demás. Si este cesa, o así lo cree él, se distancia y se pierde buscando colonizar otras desilusiones. No le mueve la envidia, desde luego, sino solo la pena le consuela, y solo entre la pena cree proporcionar él consuelo a los demás. Está a un paso como quien dice de empezar a leer el periódico por las esquelas.

¿QUÉ es esta locura de padecer tósigos y sofocos si no hay nadie que nos quiera, y tósigos y ansias cuando nos quieren? ¿Por qué todas las cosas son al mismo tiempo ellas y su contrario? ¿Por qué escribo si querría estar callado? ¿Por qué el silencio hace crecer en

mí las ansias (las ansias de la muerte que decía Cervantes) y los tósigos (los tósigos del alma, que dijo Galdós)?

QUÉ sombrías estancias se abrieron en cuanto se llenó mi boca de esa sidra dulzona, «achampanada» reza la etiqueta de la botella, donde se ve a un gaitero. Recuerdos en letargo que creía ya fenecidos de España hacia 1950. O tal vez de antes, mezclándose a los míos los recuerdos de mi padre bebiendo esa misma sidra en los montes de León hacia diciembre de 1936 o en Teruel en las navidades de 1937, a veinte grados bajo cero. Otra vez recuerdos tristes que dan sueño. Recuerdos de gente que ya ha muerto y de cosas muertas, con los párpados cerrados.

HAY una clase de artistas patéticos: aquellos que empiezan diciendo: *amado lector* o *respetable público*. Solo su parte más despreciable puede haberles dictado una frase tan hipócrita.

RESPETABLE público: la ilusión de poseer entre muchos lo que es inalcanzable para uno solo.

AL vestirme entraba un rayo de sol hasta donde yo estaba, uno de esos rayos perfectamente angulado, como una viga deoro, oblicuo y firme. A su manera era también un haz de luz, como el que sale de un proyector de cine, en las salas vacías, en las salas oscuras. El haz de una película que moría a mis pies, aleteando como una pieza de caza que mordisquean, aún vivas, las bocas firmes de los perros. Un rayo moribundo. Y flotaban en él un millón de miasmas. Me quedé mucho rato mirando los corpúsculos, como a un inmenso planetario, sin decir una sola palabra, testigo de ese milagro que sucedía apenas en un metro cúbico de aire. Cómo se iluminaban en aquel revoltijo las motas de polvo, con su orden perfecto que yo desconocía, ilimitado universo que abría un túnel luminoso, para después morir. Aquellas motas de polvo, apenas cruzaban la frontera de la luz y la sombra, volvían a ser nada. Qué cerca todo de la vida, de nuestras propias vidas. Eran astros, sí, de fuego puro, gotas de un metal incandescente, Venus y Marte, blanco uno y otro con la frente teñida de rojo. Y si soplaba yo, qué cataclismo, qué revolera cósmica. Y eso era la vida, tener aquello delante, para nada, un puro juego, el albur de un rayo de sol, y mi deseo contradictorio y pensativo de querer parar todo aquello sin detener tantas órbitas locas y tanta decadencia. Eso era la vida, película sin argumento y algo que moría a cada instante.

Lo que distingue a una auténtica cabeza original no es ser la primera en ver algo nuevo, sino el ver *como nuevo* las cosas viejas, conocidas de antiguo, vistas por todo el mundo y no tenidas en cuenta por nadie. Por fortuna esta frase ni siquiera es mía. El hecho de que sea de Nietzsche evitará, al menos entre los inteligentes, que no le consideren a uno lo bastante moderno.

El olor del cajón de los medicamentos es el más deprimente del mundo porque recuerda siempre a una tía nuestra, vieja, enferma y maniática, a la que éramos secretamente hostiles de niños.

El primer paso hacia el conocimiento del mal es reconocer que no somos mejores que, por ejemplo, el hombre de hace un siglo; pero tampoco peores. Cierta modalidad de vanidad nos hace creer que el mayor grado de insolidaridad, infamia o crueldad se da entre nosotros. Admitir que vamos a mejor o a peor sería siempre un modo de esperanza. Lo heroico es resistir con la conciencia de que siempre ha sido y será lo mismo.

Se lucha por ciertas emancipaciones que son justas. Pero al final son a la felicidad lo que los electrodomésticos.

No sé cómo han llegado a esta casa de campo estos tres pliegos de cordel. Tiene que tratarlos uno con mucho cuidado, porque están ya que cualquier roce los convierte en quebradizas ruinas y se pulverizan entre los dedos con la misma fatalidad que las mortajas de las momias de El Cairo. O sea, también ellos camino de ser miasmas en un rayo de sol.

Son pliegos muy bonitos, no ya amarillentos, sino de color tabaco y tabernario. La tinta ha empezado a transparentarse y cuesta leer los romances, porque las palabras de una carilla se mezclan y machihembran, como en aguas turbias, con las de la otra. Están tirados en Sevilla, en el siglo pasado, en la imprenta y librería de don José Guillermo Fernández, en el número nueve de la calle Génova, y los grabados de madera tienen ese candor de las cosas populares y muertas.

En uno de estos papeles se ve, en el frontispicio, un caballero de pie, una dama con polisón y al lado un caballejo que por las trazas parece un perro. Son bojes que vienen cada uno de su propia guerra, el caballero es descomunal, pero la dama, en cambio, parece sacada de un circo, pues a su lado es como una enana con bigotes, con dos graciosas cocas que le tapan las orejas y un cuello corto que

le mete el mentón encima del escote. En otro de lospliegos se ve a un cagón en cuclillas, con el zurullo pegado al culo, de donde le asoma torneado y salomónico.

Yo me acuerdo de que en León vi cantar estos mismos romances a un hombre flaco y patibulario, que vestía un traje de pana negro y calzaba unas abarcas con el piso de neumático.

Este Gedeón llevaba con él una chiquilla de doce o trece años, con las muñecas flacas, las canillas desmedradas y los tobillos picudos y sonrosados por el frío. No era ciego ni siquiera, tenía en la barba unos cañones duros y entrecanos. Su cuello era más bien pescuezo, y en él la nuez, mientras salmodiaba aquellos octosílabos salvajes, melancólicos y tristes, se le movía debajo del pellejo como un ratón debajo de una alfombra sucia.

Se ponían los dos, el hombre y la muchacha, al pie de una fuente que había a la sombra de los cubos de la muralla, donde dicen el Arco de la Cárcel.

En aquel lugar habían levantado hacía un siglo una vieja cárcel, un caserón de ladrillo negro y mampuesto con barrotes en todos los angostos ventanucos.

El coplero y la chiquilla instalaban su tingladillo junto a la fuente que llaman el Caño de la Cárcel. Consistían las tales galas en un par de cañas clavadas en el suelo y unidas entre sí por una guita que cabalgaban los pliegos, partidos por la mitad. Yo entonces no lo podía saber, pero aquel mismo tinglado era el que había visto Miguel de Cervantes en sus años de farándula, las cañas, el cordel, la guitarra entonando unas coplas miserables y tristes para los entremeses alegres.

Las gentes, que venían del mercado, camino de la estación de Matallana, tenían que pasar por fuerza bajo aquel Arco y se paraban un rato a oírles, les compraban alguna de aquellas hojas en mal papel de color alfalfa seca o rosa de casulla o pimentón de trasaño, y seguían a coger el tren de vía estrecha que subía por la cuenca del Torío a San Feliz, Garrafe, Manzaneda, Pedrún, Pardabé, La Robla, y así, tocando pueblos de nombre también romántico y romanceado, hasta Bilbao, otro romance, pero de hierro y gabarras de carbón, romance de brumas negras y sirimiri sobre las grandes losas de piedra, y a Bilbao llegaban aquellos viejos y lentos mercancías y correos Dios sabe cuánto tiempo después de haber

salido de la estación de León.

Un día, en invierno, nos encontramos al viejo y a la chiquilla en la Plaza del Grano. La verdad es que en León siempre es invierno y en mi infancia lo mismo. El viejo cantaba y señalaba también con una vara una serie de cuadros en un cartelón, donde un hombre degollaba a no sé cuántas criaturas. Aquel hombre de aspecto feroz decía siempre «hombres, mujeres, criaturas y personas». No recuerdo el nombre del bandido, ¿quizás *El Pernales, Cara Ancha, El Cabrero*? La gente atendía con respeto y horror las explicaciones del juglar, se reía en los pasajes graciosos y temblaba de miedo cuando se llegaba a los desfiladeros sangrientos y macabros, que representaba con un realismo neto. Aquel día, lo recuerdo perfectamente, nosotros dejamos las carteras en el suelo y nos quedamos escuchando también. Estaba atardeciendo. Los árboles de esa plaza, sin hojas, daban al modesto lugar, el más hermoso de toda la ciudad, un aire triste y provinciano, con aquellas casas bajas, los soportales de madera cargados de hombros y destartalados y los tejados llenos de jorobas y bultos, el crucero de piedra y la fuente a donde llevaban a abrevar las bestias y el convento de las monjas carvajalas, con sus celosías terribles y poéticas tras de las cuales se marchitaban novicias de quince años.

Ese día los vimos en la Plaza del Grano, pero lo frecuente era topárnoslos en el Arco de la Cárcel. Nosotros, para volver a casa, también teníamos que pasar por él.

Junto al arco había siempre dos viejas de Bembibre que negociaban golosinas, manzanas con forro de caramelo rojo, cigarrillos americanos a granel, mixtos de fosforita y esas cosas que expedían las piperas de entonces. Medían un metro de estatura cada una y pesaban sus carnes en arrobas. Eran como la bruja de Blancanieves. Tenían bigotes y sotabarba de cerdas negras y vigorosas y unas greñas que causaba pavor mirarlas. Eran hermanas, residuos de alguna de aquellas estampas que espantaban a los viajeros románticos de Albión, pero no decían una palabra, ni entre sí ni a la parroquia.

La salida de la escuela coincidía con el recuento de los presos, cuando un funcionario pasaba por los barrotes de las ventanas una barra de hierro, y comprobaba que estaban todos en su cubil, arpegios siniestros de un arpa perpetua. Graznaban las cornejas que

venían a meterse entre las piedras, yerbajos y jaramagos que les crecían a las piedras de la muralla, y se oía, allí al lado, el gluglú del caño sobre las bocas de los botijos que la gente iba a llenar, porque era aquella un agua muy célebre y sabrosa. La melopea del viejo cantor trashumante, cuando paraba allí, tenía también monotonía de fuente inagotable, cayendo sobre el corazón de aquellos parados transeúntes, en los que, al igual que el chorro sobre la piedra, iban haciendo mella sus palabras, gastándolos suavemente y haciendo en ellos como un cuenco, donde las palabras caían y rebosaban, y resbalaban después hasta perderse en un lejano mar jamás alcanzado. Nunca se habrá visto más gráficamente aquello que JRJ llamaba el río del romance español como en aquellas tardes nuestras, inhóspitas y terribles.

A la chiquilla daba pena mirarla, delgaducha, con ojos grandes de esclerótica azul. Tenía una cara descolorida, unas guedejas desarraigadas y bubas en las piernas, y el viejo la llamaba Encarnita.

Con nosotros los chicos tenía ella muy malas pulgas, y en cuanto veía que no dábamos un cuarto, nos echaba de allí a patadas. Era también una figura raquítica y de mala traza, con espesovello rubio que le crecía debajo de las orejas y en los rincones de la boca, y sabañones en las manos, que apenas podían sostener el platillo desportillado donde recogía unas monedas que más que una retribución a su arte supremo, tenían naturaleza de limosna y socorro.

Volví a encontrarme a aquella pareja alguna vez en el tren que iba a Garrafe, La Flecha y Manzaneda, el tren de vía estrecha, el de Bilbao. Entonces repartían entre los pasajeros unas barajas mugrientas y rifaban un monito de hojadelata y pantalones de fieltro rojo, al que se le daba cuerda en el trasero y se ponía a pegar unas volteretas tristes, como si estuviese enfermo y debiera ganarse la vida de esa manera arrastrada y mecánica.

Luego al viejo y a la muchacha se les dejó de ver, al menos yo no volví a encontrármelos.

Eran de Lucena, y quizá regresaran a su tierra, quizá se muriesen los dos en algún hospital, en aquellos años en los que los ricos se morían en su casa o en un sanatorio y los pobres, mendigos, penados y miserables en los hospitales y en los asilos. Digo yo que

serían de Lucena, porque todas sus actuaciones las remataban con una coletilla de cuatro versos que de no haber sido de allí, no tenía mucho sentido:

Y aquí se acaba la historia.
Echad, pues, unas monedas
para que pueda este viejo
ser enterrado en Lucena.

Que aquel hombre, que ni siquiera era viejo, se diese a sí mismo, con toda gravedad, tratamiento de muerto, era cosa que impresionaba, y era raro el hombre, mujer, criatura o persona que no dejaba con unción en la escudilla de la muchacha unas cuantas perras gordas, o chicas, en años en los que con *perronas* y *perrinas* se compraban aún artículos de necesidad en todas partes.

Si yo fuese pintor creo que pintaría un cuadro con aquella escena, porque la recuerdo con colores muy vivos todavía. Es decir, con colores muy apagados y sombríos, aunque los de la memoria estén como ayer mismo. Se vería al viejo con el tiento en la mano señalando el cartelón, a la muchacha pasando el plato y a dos o tres paletos de pie y dos o tres chicos sentados, escuchándoles, estos con las rodillas desolladas y sucias. Detrás, se verían las cañas, con el cordel y los pliegos, y detrás, la cárcel con los barrotes, y los grajos metiéndose en las piedras de la muralla. El cielo tendría que ser de un color granítico y sucio. En la mirada del viejo y la niña habría que meter toda la tristeza del mundo y en la de quienes les escucharan, ese brillo que proporcionan los sueños modestos y los esparcimientos de cinco o diez céntimos. Quizás me diera también el talento para pintar, en pequeño, la viñeta que señalaba la punta de la vara: una escena en la que se viese a un viejo y al grupo de oyentes, y una muralla, y una chiquilla tísica, con una chaquetita de lana de color rosa, cuyas mangas le dejan al aire unas muñecas esqueléticas, aristas vivas de su tristeza y la mía. Qué sé yo.

NO hay verdades, sino una verdad, de la misma manera que todos los mares se comunican por un extremo.

A este paso, me haré unas tarjetas de visita que pongan debajo del nombre: Excritor. Naturalmente expañol.

HAN vuelto los vencejos/ (las cosas naturales vuelven siempre);/ Las hojas a los árboles,/ a las cumbres las nieves… Todas las

chimeneas estaban apagadas cuando nos levantamos, y la casa, helada. En una botella quedaban sin beber tres dedos de unamargo champán. Ya no tenía burbujas y debía de estar como el caldo. Al lado, una servilleta de papel hecha una pelota; parecía uno de esos crisantemos marchitos que vemos en las tumbas, con el tallo podrido por las lluvias de noviembre y las puntas de los pétalos quemadas en la helada.

Se va haciendo uno a la idea de que es otro año en cuanto hay que escribir el año nuevo en un papel, en una carta… Por inercia uno tiende a consignar el pasado, donde todo sucede mucho más fácilmente.

Esta mañana, mientras M. preparaba el desayuno, yo, igual que un minero, le iba sacudiendo con el atizador a un tronco, buscando, debajo de la parte quemada y apagada, el corazón del fuego. Sobre las cuatro o cinco brasas que cayeron en la piedra puse un puñado de tarama seca, dos ramas delgadas y torcidas de encina, y la proa chamuscada del tronco de la noche anterior.

El silencio de estas mañanas navideñas es misterioso. La de hoy, de Reyes, resulta más universal que la de ningún otro día del año, como si Europa entera, por una vez, fuese más justa porque está dormida o porque está soñando. De ahí el valor que se concede, por ejemplo, a los tiros de un cazador.

Los oímos cuando empezaba el amanecer, en eso que los poetas llaman, con terminología cristalográfica, al rayar la aurora.

No nos atrevimos siquiera a asomar la oreja fuera del embozo por miedo a la congelación, pero percibimos los tiros lejanos, aunque con entera claridad, con su nimbo de eco y su leyenda. Al tiempo, justo al lado, a dos metros, empezaban a oírse los gorriones que trasteaban en las ramas del limonero, al pie de la ventana del dormitorio.

Recuerdo que cuando corregíamos las pruebas de imprenta del *Diario* de Manent, hicimos V. y yo uno de esos comentarios que se formulan solo por el placer que produce a veces bromear con lo único que en verdad se quiere y a lo que, además, dedicábarrios tiempo y desvelo. «Sería», dijimos, «un libro perfecto si le hubiese torcido el pescuezo a unas cuantas alondras, estorninos y demás fauna canora, y segado una buena porción de caléndulas».

Los diarios terminan conviniéndosele a uno en eso: isobaras

poéticas y un Dioscórides lírico. Es decir, un sitio para hablar del tiempo y de las florecillas del campo. Lo primero aún se comprende, ¿pero lo segundo? Aunque es natural que los que llevan un diario se preocupen del tiempo, porque el suyo lo tienen tan vacío que tarda mucho en pasar.

Llevan diarios dos clases de personas. Estamos en Navidad y en año nuevo, y tiene uno derecho a hacer esta clase de reflexiones, atizar su conciencia para buscar sus cuatro brasas de inteligencia, si las tiene. Dos clases de personas: aquellas a las que no les pasa nada digno de figurar en diario ninguno, lo que podría ser el caso de uno, y aquellas otras que tienen la absoluta seguridad de que las cosas les suceden sobre todo en las páginas de la Historia, que ellos van trascribiendo o trasegando a las de su diario, en un acto que podríamos situar entre la seguridad del mariscal de campo y la soberbia del notario del reino; fue el caso de Azaña, de Churchill, de Napoleón… Quién sabe. Las de Churchill dentro de un siglo las leerán, quizá, los historiadores. Si acaso.

Y los novelistas de ahora ¿por qué no escribirán diarios?

En general los novelistas del día consideran la poesía cosa de personas sin su sexualidad bien resuelta, y los diarios, cosa de poetas, de modo que no es difícil deducir lo que pensarán de los que escriben diarios.

¿Por qué sacarán todos los novelistas del día un muerto en sus novelas? Uno o varios, y en la decimoquinta línea del primer capítulo, la palabra ominoso. Una novela que no contenga esta palabra está llamada al fracaso. La palabra «ominoso» es el *sésamo ábrete* de la literatura del momento. Y las palabras oprobio, oprobioso, infamia, infamante, ruin, ruindad, memoria (muchamemoria, mucho olvido, mucho «perseguir los ominosos fantasmas de un pasado de infamias, tercamente abolido», etc.).

En el *Quijote*, novela de novelas, no sale ni un solo muerto que tenga que ver con la trama o la intriga del argumento (se encuentran con alguno, pero ese muerto se cuela allí de otra novela), y don Quijote muere apaciblemente en su cama, y cuerdo. Es cierto que todo el mundo se da de puñadas, y escupen dientes y los mantean, pero nadie tiene una mano asesina. No hay nada que allí se diga de lo ominoso ni de la infamia. Los personajes se ríen de su tristeza, de su soledad, de su pequeña tragedia. No se habrá visto

obra más grandiosa hecha a base como quien dice de ajos…

Qué lejos nos hemos ido. Estábamos hablando del tiempo y las nubes que pasan.

El único momento de silencio en casa de mis abuelos era aquel justamente en que leían por la radio el parte meteorológico.

Era difícil entender aquella preocupación tan personalizada por el tiempo que iba a hacer al día siguiente. Se comprendería si tuviesen pensado salir de casa y enfrentarse a los elementos, la ventisca, el cierzo, el mazazo de agosto. Ahora, ellos apenas salían como no fuese a la iglesia, trayectos de cinco minutos. Cuanto más viejo se es, o sea, cuanto menos tiempo nos queda, más interés parece tomarse con la meteorología, lo cual debe de verse como una coquetería más de la edad, como esas viejas apergaminadas que aún encuentran ganas de pintarse de rojo allí donde ochenta años antes hubo labios.

LA vida más triste es la de aquellos que hacen el amor con los calcetines puestos.

OIGO, al pasar junto a su caseta, en Moyano, que un librero muy fino le estaba contando a un cliente recuerdos del tiempoviejo, cuando se compraban primeras ediciones de Lorca, «como quien dice», ha dicho, «a pelo de puta». La expresión resulta tan popular que al propio Lorca es posible que le hubiera hecho sonreír. Desde luego, a uno le hizo su gracia, porque el dicho además parecía que tenía larga la uña del dedo meñique, costumbre muy librera.

X. me confiesa que lo primero que mira en un hombre son sus ojos y sus zapatos. Ante esa confesión me despreocupé de inmediato de mis ojos y me apresuré a mirar mis zapatos. Supuse que alguien que dice eso es porque en realidad lo que le preocupa de los demás son sus zapatos.

HOY, al cruzarme con un hombre loco que venía dando gritos, me he acordado de nuestro Miguel, que ya no viene por aquí. Se habrá muerto o lo tendrán encerrado en cualquier manicomio. Hay una clase de locos que gritan sin cesar. Otra clase de locos que no hablan nada. Y otra clase de locos que hablan normalmente. O sea, como en todas partes. Seguramente los que gritan, lo hacen para recordarse que siguen vivos; los que callan estarán sin duda pensando en cuándo habrán de morirse, y los que hablan normalmente estarán tratando de encontrar el modo para no pensar

ni en la vida ni en la muerte. O sea, otra vez como ocurre en cualquier parte y a cualquier particular.

En mi calle, un poco más abajo, hay una pensión de estables que son en su mayoría travestís que trabajan en los cabarés nocturnos de Madrid. Viven allí desde hace muchos años. La regenta una señora que pasea cada mañana dos grandes pastores alemanes, gordos e inválidos como su dueña. Se la ve sola, a veces sin los perros. Ni ella ni ninguno de los pupilos compra en las tiendas del barrio. Recuerdo el día en que la vi por primera vez. Los perros eran casi cachorros y tiraban de ella con fuerza. Eran dos ejemplares magníficos y hermosos. Apenas era capaz de mantenerlos a raya y la arrastraban entre los coches, sin poderlos enfrenar. Ella gritaba y blasfemaba y les propinaba unas patadas feroces en la cabeza. Los perros se contenían unos metros, pero al cabo salían otra vez corriendo, como si quisieran romper la correa y alcanzar su libertad. La gente la conocía, pero era un espectáculo verla cada mañana. Parecía salida de una de esas revistas de bestialismo. Esa y no otra era la triste impresión que producía. Con los años los perros han ido envejeciendo y su dueña también. Hoy apenas podían seguir el paso ya de por sí renqueante de la vieja alcahueta, la cual, irritada, les insultaba en voz alta y propinaba con la rodilla golpes bestiales a la altura de las orejas. Los perros están ya tan viejos y enfermos que ni siquiera se quejaban. Escondían a duras penas la cabeza y seguían con el hocico pegado al asfalto. Era todo como el principio de uno de esos cuentos crueles de Andersen.

Es prodigioso. Hoy me he encontrado con Miguel el loco. El loco del otro día, que me lo recordó, no era, pues, más que el Bautista de este. Me dio mucha alegría verle. Crucé de acera. Pasaba en ese momento por la puerta de la panadería, sin detenerse, lo que significa que sus relaciones con el panadero atraviesan un momento delicado. Me fui a él, como quien recibe a alguien que viene con permiso del frente, con esa alegría de saberlo vivo. «¡Miguel!», le llamé. Se volvió y me miró como a un extraño. «Soy yo», insistí, pero él receló algo y cruzó también de acera. Pasaba en ese momento un pocero del Ayuntamiento que fue testigo de la escena. No comprendía qué podía querer nadie de un ser como aquel. Miguel iba vestido como suele ser su costumbre en los últimos tiempos, una falda sacada de un contenedor, un velo de blonda

lleno de agujeros, descalzo de un pie, la botella devino en uno de los bolsillos de la americana… De pronto el pocero, que tenía ganas de intervenir, le gritó: «Eh, tú, te están hablando». Temí que el pocero saliera detrás de él y me lo trajera arrastrando de un brazo. Los poceros tienen contadas ocasiones en que pueden hacer valer su autoridad y, cuando eso ocurre, son expeditivos. Por fortuna la escena se deshizo en el aire como quien sopla sobre un montón de harina. No me molestó que se fuera. Al contrario. Me pareció un buen síntoma. No necesitará nada por el momento. Es maravilloso. Sigue vivo.

ESTA tarde, en casa, desde mi mesa, oía al fondo, muy lejanas, las risas de G., de R., de M. como esas copas que apenas se usan una o dos veces al año y que al llevarse de nuevo en una bandeja, para ser guardadas, copas de una herencia antigua, de un cristal muy firme y oro viejo, entrechocan y parecen que habrán de romperse, y sin embargo cantan sin temor por lo venidero ni nostalgia de lo pasado…

CUANDO se vive solo, no se habla demasiado alto, tampoco se escribe demasiado alto, pues se tiene miedo a la hueca resonancia. Todo vuelve a ser un educado arreglo entre los muertos y nosotros. Los muertos son a la vez ellos y nosotros.

«YO no creería más que en un dios que supiese bailar», decía Zaratustra. Sin embargo, podría formularse ese aforismo al revés. Si de alguien hay que desconfiar es de un Dios que baile. Es verdad que Dios ha hecho un mundo triste, pero ha permitido que casi toda la alegría que se arranca a la vida sea mediante unos pocos pecados, inofensivos y candorosos, como los que prohíbe cometer el sexto mandamiento. La religión católica ha sido mucho más honorable con el canto seco y fúnebre del gregoriano, que cuando metieron las guitarras eléctricas en las iglesias. Nohay cosa peor que un patrón que quiera confraternizar con sus obreros y baje una vez al año a sentarse a su mesa. Los dioses, los amos y los parientes viejos, mejor cuanto más lejos.

UN verdadero héroe no debería soñar. Lo más deleznable de los sueños es que todos los tienen. Cierta clase de sueños es la forma más plebeya de la existencia.

EL que está solo no sueña. Los sueños son la sociedad del débil.

HAN sido, son y serán muchos los escritores que hayan

arremetido contra el ingenio. Paradójicamente lo han hecho siempre con argumentos ingeniosos. Desde Stendhal a Baroja. No hay escritor que no se tenga a sí mismo como el más grande de los solitarios, por la misma razón que ninguno alardearía hoy de ser ingenioso. Se supone que el ingenio es la espuma que rebosa del vaso de cerveza, lo más vistoso y lo más inútil. Nadie puede saciar su sed bebiendo espuma. Caeiro es autor del más ingenioso argumento contra el ingenio: «Hablar es tener demasiadas consideraciones con los demás. Por la boca muere el pez y Oscar Wilde».

SÓLO habla de la guerra quien la ha perdido (o ganado con malas artes).

ES cierto que se precisa cierta inteligencia para alcanzar el poder, pero para ejercerlo a veces basta con ser un infeliz o un imbécil.

«HERMANOS, es triste pedir», solo eso, en un cartón que tenía un mendigo de la calle de Serrano. Se le veía la nariz roja y gorda del morapio. Y esa frase, de pronto, me ha dado risa, como siel mendigo se estuviera burlando de todo el mundo, y, claro, así da gusto dar una limosna.

HABLAMOS con X. de la guerra. Se confirma lo del otro día. Eran como viejas historias carlistas. La inició con las centurias vallisoletanas de Falange en el Alto del León. Estuvo con su amigo Onésimo Redondo el mismo día en que los de la columna Mangada mataron al fundador de Las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas. Cuando se refería a algún episodio en el que tuvo que enfrentarse a *los rojos* se apresuraba a decir: yo jamás maté a nadie. Otro más. Es un caso extraordinario de desmemoria y memoria. No importa el campo, la facción, la ideología. La memoria de quienes hicieron aquella guerra civil es contradictoria: la recuerdan día a día, pueblo por pueblo, loma por loma, pero ninguno recordará haber matado a alguien, ni ido a buscarle para pasearle ni disparado un solo tiro con intención de hacer daño. Si se hubiera preguntado uno por uno a quienes la hicieron, la inmensa mayoría confesaría no haber causado la baja de nadie. Y además tendrían razón: han necesitado contarse las cosas así para seguir viviendo.

EN el Rastro de hoy aparecieron los restos de una casa, aquello que no ha querido nadie, el final de ese proceso que inician de más

a menos el anticuario principal, el anticuario de medio pelo, el almonedista y, al término de todo, el rastrista, el trapero, el chatarrero, el pobre que rebusca con un palo en las porquerías de los contenedores de basura. He ahí el péndulo de la disolución.

La de esta mañana debía de ser una casa de sólida burguesía. Bastaba ver los indicios que quedaban de ella.

Muchos puede que crean que en lugares como el Rastro no quedan ya sino las pavesas de un gran fuego, pero eso es justamente lo único que termina dando testimonio de personas y de vidas, lo que arma las novelas.

Lo en verdad valioso son en efecto los cuadros, los muebles, las lámparas, las casas, las fincas, las acciones del banco, los cubiertos de plata y los cofres de palosanto y carey, pero ninguna de esas cosas es tan extraordinaria como estas otras que aparecen sobre la acera en una de las costanillas del Rastro.

Al final decía más de ese hombre ese montón de tarjetas de visita que todas las propiedades que habrán pasado ya a sus herederos. Estos, tan atareados, ni siquiera parecieron tener tiempo de quemarlas o tirarlas a la basura. Han llegado hasta aquí con su estela de misterio y su halo triste y mudo: en cada una de esas tarjetas aparecía escrito también el nombre de la persona a quien habría estado destinada de no haberse interpuesto la muerte.

En el montón se encontraba asimismo su viejo pasaporte, sus carnets antiguos, el cajón de la fotografías donde se mezclaban retratos de tres generaciones, desde las viejas cartulinas con el sello de prestigiosos fotógrafos del 900, hasta esas últimas *polaroid* que siguen decolorándose como las hojas de un parque, abuelos, padres, parientes que miran atónitos el destino final de su absurda travesía.

¿Quién ha podido desprenderse de todo esto? Y ve uno que en la muerte quedan muchos cabos sueltos y que el arroyo de la vida que pasa por la puerta de todo el mundo se lleva unas cosas y olvida otras.

Por eso quien va al Rastro muere cada día diez veces y sabe más de la vida, como muerto, que todos los que están en ella, comprando casas, vendiendo acciones, ambicionando cuadros y muebles caros.

AL volver a Madrid me estaban esperando algunos trabajos en la imprenta.

Los viajes a esta imprenta de ahora no tienen el encanto que tenían aquellos otros que hacíamos V. y yo, hace años, a Torrejón, cuando empezamos *Trieste*, en tren, saliendo por Atocha en aquellos amaneceres con el cielo acerado y comido de óxido.

Apenas han transcurrido cinco o seis años y ya está uno levantando la elegía de las cosas pasadas.

¿Qué va a ser cuando sea viejo y recuerde las cosas de medio siglo hacia atrás? ¿Y si no llegamos? Cuánto peor es la melancolía de todo aquello que la muerte nos impedirá vivir.

Ahora va uno en el metro. Antes en cambio iba en tren, al aire libre, mirando casetas de guardavías con dos geranios al lado, tres coles, seis cebollas, doce ajos verdes y una parra sobre la puerta. Pensaba, meditaba, corregía pruebas con cierto optimismo…

Aquella era una vieja imprenta, con chibaletes, una Heidelberg plana que había pertenecido a unas monjas, una minerva desajustada y dos linotipias cochambrosas.

Yendo allí me parecía estar mucho más cerca de la literatura, como si conociese el secreto de las novelas solo porque veía el corazón traqueteante, descompasado e imparable de las máquinas que la sostenían.

En las viejas imprentas había también muchas novelas vivas, historias como para hacer sólidos volúmenes tejidos de intriga y enseñanzas. En las nuevas parece que no, que todas las vidas son como esas novelas que se compran en las estaciones de tren y que se tiran al llegar, con las hojas despegadas y la historia rota.

En una de aquellas linotipias de la vieja imprenta de Torrejón trabajaba un linotipista que lo había sido antes del diario *Madrid*.

Vestía una chaqueta de tela de mahón azul, en cuyo bolsillo superior se leía bordada con hilo rojo la palabra *Madrid*, idéntica a la mancheta del periódico. Era el único de los operarios que poseía una chaqueta como aquella, de lo cual se pavoneaba con discreción. El resto vestía con ropa vieja, desastrada y rota, casi andrajos. La mayor parte iba tanto en verano como en inviernoen zapatillas de orillo, negras de tinta. Algunos llevaban un guardapolvo que sus mujeres o sus madres remendaban con esmero en la zona de los puños y restañaban con piezas añadidas de otra tela en la de los codos. Por eso la chaquetilla de un corte más actual le distinguía al linotipista del resto de los operarios, y eso le enorgullecía en

secreto, con esa insolidaridad profunda que, llegados a un punto, solo conoce en su verdadera dimensión la clase obrera. Era la prueba de que venía de otra parte y de que aquel destino no debía de considerarse más que un accidente y trámite para un puesto mucho mejor donde resplandeciese de nuevo el astro Madrid o cualquier otro.

En aquella imprenta los obreros hablaban entre ellos todo el día mientras atendían a sus respectivas tareas, y salvo el linotipista, trabajaban todos de pie. A veces, cuando las discusiones lo requerían, dejaban momentáneamente la labor y hacían un corrillo, que aprovechaban para invitarse a tabaco o pasarse el botijo. No había demasiadas prisas para nada, amaban su trabajo y se habían resignado a aquella vida. De vez en cuando estaba convenido que uno, el gracioso que hay siempre en todos los talleres, dijera, al pasar junto a un calendario donde había una señorita espectacular, una salacidad que era acogida con alborozo al otro lado del tabique donde trabajaban unas obreras temporeras levantando los pliegos de la encuademación.

En la imprenta de ahora ni siquiera hay máquinas como aquellas.

Son máquinas nuevas, con muchos botones y chivatos eléctricos de color verde, ámbar y rojo. En estos talleres la gente cruza la nave espaciosa en silencio, con pasos apresurados, ahorrándole a la empresa unos minutos preciosos de transiciones improductivas.

No hay traqueteo, no se huele a tinta, no hay gritos, no hay calendarios con mujeres desnudas, aquí es imposible la literatura: solo se oye ese moscardoneo de las impresoras nuevas que suenan como el motor de un Rolls, igual que un soporífero ruido de máquina de coser.

La gente va toda con mandilones blancos, como los mecánicos de la Nasa, los suelos están limpios de papeles y el botijo ha sido sustituido por una máquina de café y otra de
Coca-Cola,
con vasos de plástico.

Las operarías están concentradas en su trabajo, del que no levantan en doce horas la cabeza. Con la que yo tengo a veces que resolver las cosas es una chica seria, tiene novio, se va a casar pronto y jamás habla de otra cosa que no sea el trabajo.

Al lado tiene a una compañera más joven aún que ella. No creo que llegue a los dieciocho. Es pelirroja y, al contrario que su vecina, es una *punk*, una pelirroja que subraya el color de su pelo con jena y otros tintes.

Lleva unas camisetas muy ajustadas que apenas disimulan las incontestables y opulentas curvas del pecho. Las mallas aunque son negras tampoco le disimulan los muslos, cortos y gruesos, ni las pantorrillas, abultadas y saludables. De cara es muy guapa, con unos ojos azules muy bonitos y unas pestañas negras y largas que cada vez que las mueve es como si te abanicaran en el serrallo.

Un día vi en su mesa *Las memorias de la cantante alemana*, que es un libro de pornografía para ilustrados. Allí estaba a la vista de todo el mundo, pero solo cuando descubrió que yo lo miraba se puso roja como la grana.

Desde ese día cada vez que nos saludamos, sabemos que entre los dos hay un pequeño secreto que compartimos también a la vista de todos, sin que nadie sepa que aquello puede ser un secreto. Lo mejor de esta nueva imprenta es el regente. Es lo mejor porque viene de una imprenta *ancien régime*. Eso le salva. Es un hombre admirable. También tiene su historia. Recuerda melancólico su época de aprendiz como cajista. Quizá no añora la tipografía sino su juventud pasada, pero en eso no es extraordinario: todos más o menos somos fuertes entre los muros del pasado, o sea, entre las ruinas, como los héroes griegos.

Me ha contado muchas veces su historia laboral, el aprendizaje con los frailes, su primer maestro en un taller sombrío donde le hacían trabajar catorce horas distribuyendo y limpiando formas, su primer salario, sus sábados y domingos en la Plaza Mayor comiendo calamares fritos… ¡Cuántas veces me ha contado cosas de *aquel* Madrid! En realidad es un Madrid de hace veinte o treinta años, pero a él le parece un Madrid mucho más viejo, y a mí me lo parece también, porque él mismo me parece mucho más viejo, con un oficio de siglos. Eso tienen de bueno las ruinas: todas están instaladas en un estadio común, el pasado.

Para venir a estos talleres hace cada día un camino de dos horas en metro y autobuses, y otras tantas de vuelta, casi de noche, después de diez o doce de trabajo. En esos trayectos todavía encuentra ganas de leer libros. Suelen ser libros serios, del

momento, de los que vienen recomendados en los suplementos literarios, pero también le gusta releer novelas viejas, de Wenceslao Fernández Flórez, Eduardo Zamacois, Mata, Ricardo León y esos escritores que ya nadie lee y de los que él conserva unas docenas de ejemplares que eran de un tío suyo.

Pero su verdadera pasión no es la lectura sino el ajedrez. Lleva siempre anotada en una cartulina la partida de ajedrez que está jugando en ese momento por correspondencia.

Desde hace veinte años está inscrito en una sociedad de jugadores de ajedrez por correspondencia, y se conoce que es un socio activo. Hace dos meses me contó que le habían subido de categoría y sus contrincantes eran ahora mejores. Me comunicó aquella noticia como el que acaba de conocer que ha sido promovido a la silla de San Pedro. Son partidas que duran a veces seismeses. Le sirven para cartearse con alguien de un país lejano. Su contrincante de ahora es un polaco, un empleado de unos almacenes de Cracovia. Se envían sus tarjetones y van anotando en una libreta las victorias que habrán de promoverles a nuevas categorías y dignidades.

Un día, con la idea de escribir un cuento sobre ajedrecistas, le pregunté si no sentía curiosidad por saber la vida que llevaban sus contrincantes, pero su respuesta no admitía mucha literatura. Me dijo que qué vida iban a llevar. «Como la mía», añadió escéptico.

En una ocasión le pregunté por su mujer, por sus hijos, dónde vivían, qué hacían, pero se sentía incómodo y tuvimos que cambiar de conversación.

No sé. Ha pasado uno tantas horas en las imprentas que ya no podría prescindir de ellas, pero las de ahora ya no me dicen nada. Se parecen todas mucho a las salas de un hospital, están hechas con los mismos materiales, tienen la misma altura, reina en ellas el mismo alevoso silencio.

Mi sueño tiene que ver siempre con una vieja minerva, un cuerpo de chibaletes, unos tipos elzevirianos nuevos, una cizalla y yo en el campo componiendo mis libros como Montaigne en su torre, amurallado en unas rentas, incluso entecas, ni envidioso ni envidiado.

TODOS lo son, pero el más incomprensible e impenetrable de los dolores es el de las muelas de los demás.

CUÁNTA ternura, casi maternal, en la visita a «Arco», delante de ese cuadro que tenía suelas de zapatilla pegadas, colillas, envoltorios de *Gauloises*, chafarrinones de óleo, astillas de ataúd, mocos, pelos de bruja… todo ese desorden, toda esa protesta del mundo, de la pintura, del arte, tanta grita subversiva, para anotar, con cuánta seriedad y aplicación, con qué candorosa y aseadita academia en una cartela blanca: «*Sin título*. Técnica mixta: óleo, acrílico y sustancias matéricas sobre tela.
250 × 200.
Firmado y fechado, 1988». Y esa seriedad a uno, de verdad, en lo más hondo, no le da risa ni nada, sino *tenerezza*.

ES posible que se empiece a rodar un documental sobre Gaya para la TV, aprovechando la exposición que se le va a hacer en el Museo de Arte Contemporáneo.

Esta tarde había quedado con la persona que se ocupará de ello. Estábamos citados en el Pub de Santa Bárbara.

A los cinco minutos de conversación comprendí que el único lenguaje común que teníamos era aquel del que ambos nos servíamos para pedir las cervezas y las patatas fritas y las aceitunas. Después de eso, todo estaba pronunciado en otro idioma. Un idioma del que conocíamos todas las palabras, pero cuyo sentido se nos escapaba.

Es cierto que a él le interesaba esa película sobre G., pero por razones digamos que extrañas a la pintura. Para él se trataba de un hombre del exilio, de izquierdas, casi desconocido, o sea, toda esa clase de valores que valen tan poco para enjuiciar una vida y una obra. Los mismos valores que G. jamás ha utilizado en beneficio propio, porque él es el primero en saber, puesto que lo padeció, que ni el exilio ni la guerra ni el ser de izquierdas (tampoco sus contrarios), le han garantizado a nadie nada.

Me prometió que se rodaría en México, Roma, París y Florencia, además de Murcia, Madrid y Valencia. Dos horas de película.

Por una vez el mundo es justo y me hace muchísima ilusión trabajar en esto. Por R., por M., que tuvo la idea, por mí mismo. Aunque es todo muy contradictorio, pues por otra parte tengo, tras las negociaciones, la sensación y fatiga de ese vendedor a domicilio que ha de convencer a un pobrete del paro de que la Enciclopedia Británica, pagada en 56 cómodas mensualidades, le sacará a él y a

toda su prole de una lamentable situación financiera.

DOMINGO. Junto al quiosco de los periódicos, el gitano de las flores, que mete en calderos de plástico con agua. Las palomas vuelan igual que cualquier día, pero solo hoy las vemos. Sale gente de misa de una, aunque no tocan las campanas, y se ve de vez en cuando a alguien con una bandeja de pasteles. Todo es más lento que nunca y las nubes son netas y blancas en un azul turquesa veneciano. Si un pintor como Seurat, o el Van Gogh de Aix, fueron capaces de rescatar escenas burguesas como esta, quiere decir que queda mucho por hacer todavía. Recuerdo a Nietzsche yendo a almorzar a un merendero, entre gentes vulgares. Alguien tan desgraciado como él, era feliz entonces. El grado supremo de la decencia es reconocer cuando se es feliz con tan poco, aunque al domingo siga un lunes.

LAS famas más que hacerle a uno grande, lo engordan. Decimos: ese nombre está hinchado. La fama entonces le proporciona a uno no ya discípulos, sino rémoras pegadas al tejido adiposo. En cambio las leyendas nos lo quitan todo, hasta cuerpo, volviéndonos misteriosos, improbables, indiscutibles. De salir algún día de la zona umbrosa, mejor hacerlo de la mano de la leyenda que de la de la fama. Nadie nos odiará y muchos nos tendrán lástima. Algunos pocos soñarán incluso con nosotros, cuando nuestros propios sueños no sean más que un montón frío de huesos.

¿POR qué seré tímido, yo, que no creo serlo? Al cruzarme con esa chica sentí el impulso de decirle algo. Como en los anuncios de agua de colonia que pasan en la televisión. Participarle mi entusiasmo por su belleza, tan inesperada, tan plena y generosa. Jamás podré hacer una cosa así. Habría necesitado no un piropo, sino, como mínimo, diez o quince minutos para circunstanciarle la alegría que ella acababa de proporcionarme, sin sospecharlo siquiera. Ya sabe uno que sobre las espaldas del mundo ha caído la culpa y toda la barbarie moral del hombre. Uno ha leído también a Canetti o a Cioran. Pero ellos no se cruzaron esta mañana con esa muchacha.

LA coquetería de X. le ha llevado, según cuentan, a quitarse cinco años hasta que cumplió los ochenta. A partir de entonces, ha empezado a añadirse dos sobre los que tiene en realidad. Misterios tiene la edad.

AUNQUE parezca paradójico, siempre hay unos críticos con los que estamos de acuerdo cuando hablan de cosas que no conocemos, un libro que aún no hemos leído, una corrida de toros que no vimos, un concierto al que no asistimos, una exposición que aún no hemos visitado… Pero toda coincidencia termina ahí, cuando leemos el libro o vemos la película que recomienda o la exposición de la que hablaba. Es decir, cuando no tiene esa pequeña ventaja sobre nosotros de haber llegado antes. Contra lo que pensaban los vanguardistas, en arte o en literatura llegar antes a un lugar no es mérito ni virtud, sin contar con que hay que saber dónde se pisa: lo fácil es, si se va muy adelantado, pasarse sin querer al enemigo, como todos aquellos Duchamp y compañía que de tanto huir de los museos ya están metidos en ellos.

SUBÍAN al cuartel por la calle Barquillo, a última hora, tres reclutas de paisano antes del toque de retreta. Jóvenes de semblante atezado y embrutecido ya por el trabajo más duro, pero con la belleza de la juventud en la línea de la boca, en el brillo de los ojos, en la firmeza del cuello. Venían sin hablarse, no hostiles, pero tampoco amigos. Compañeros pero no camaradas. Subían lentamente, de la mano del tedio. Imagino lo que habrá sido esta tarde de paseo, errantes por Madrid, que no conocen, hastiados de dar vueltas y con los pies hinchados (llevaban las botas duras de su uniforme), con el dinero justo para haberse tomado un refresco, sin hablarse, sí, pero soltando de vez en cuando una risotada de paleto ante cualquier cosa que no comprenden para después sumirse en su silencio, en su incapacidad de verbalizar el mundo y de expresarlo.

Se me ha encogido el corazón al verlos, golpeado por su irreductible tristeza. La tristeza de sus bocas, la tristeza de sus ojos, la desoladora tristeza de unos cuerpos hechos para dormir hasta el amanecer en brazos de unas novias parecidas a ellos. Y entonces he sentido al pasar a su lado que esta noche esos niños llorarán en silencio su hombría sobre la almohada y soñarán a su modo en el regreso, en sus lejanas tierras, tal vez en los tiernos abrazos de la amada. Y me enternece su patria hecha de lágrimas y sueños, es decir, ese lugar donde ya no hay palabras, sino un lecho en medio de la noche, como cama de liebre.

HE visto salir de la tienda de comestibles a la chica del otro día. Eran cerca de las dos. Llevaba en la mano una cocacola y un

bocadillo, lo que significa que ha empezado a trabajar por aquí. No estaba tan guapa como la primera vez, pero seguía siendo la misma. Una belleza con altibajos. Es la mejor. La belleza ha de ser como una fortaleza, llena de puertas y secretos pasadizos.

HAY una clase de escritores a los que les sientan bien la sombra, como a los champiñones. Sacados a la luz del día tienen poco interés. Por eso, cuando uno ha contribuido a poner en circulación, con tenacidad y entusiasmo, a algunos de estos escritores oscuros, menores, provincianos, y los ve al lado de las luminarias, se queda un poco avergonzado, como si hubiera engendrado monstruos. Vago bochorno por ellos y por nosotros, por todos los que así estamos fuera de lugar.

Pensemos ahora en Samuel Pepys, un escritor que aprecian, sobre todo, cierta clase de exquisitos, también escritores, pero como apreciarían una pintura o una casa muy antigua, en la que lo primitivo se sobrepone al valor estético intrínseco. O como los paladares un poco avejentados y estragados aprecian ciertos sabores exóticos y extraños, *nuevos*. Vendría a ser algo así como el placer que sienten algunos arqueólogos ante un descubrimiento, del que aprecian la antigüedad, su estado de conservación, su rareza, pero no su belleza.

Son esa clase de entusiasmos por lo primitivo, que confunden en general con el refinamiento. Existen en el cine los que aman esas películas prehistóricas aburridas y pretenciosas en las que las luces tienen siempre una consistencia hológrafica y ectoplasmática, como si la vida fuesen sombras de cigarrillo iluminadas por dentro; los que se desmayan delante de una escultura románica, con más parecido a un saco de patatas que a persona divina; los que prefieren de pronto, por capricho y fantasía, cualquier pedrusco informe prehelénico antes que las esculturas de Fidias; los que en literatura encuentran en dos líneas de primitivo castellano más belleza que en todo Cervantes o en todo Galdós… Son los mixtificadores de la antigüedad.

Pensemos en aquel Pepys que recordaba Cunqueiro. Aquel hombre representado con su tricornio y una ecuánime barriga, tal y como aparece en el cuadro de Robert Spencer. Aquel Pepys que hizo el elogio de los guisantes y las alcachofas tiernas, el Pepys de los cebollinos de Bath, los asados de Roulers y las lonchas de tocino de

cinco hebras… Es cierto que sus dotes de observación son inusuales para ese tiempo, pero también hay quedecir que sus observaciones son una pérdida de tiempo, por superficiales y pese a que las creamos interesantes. Los paisajes de la Villa Médicis son admirables no por ser los primeros propiamente en la historia de la pintura. Al contrario. En cierto modo son… los últimos, los más nuevos, de anteayer, como quien dice. En un siglo de la pesantez del de Pepys, sus anotaciones resultan valiosas desde un punto de vista etnológico.

Si queremos la literatura para hacer cestos, sirve. Si la literatura ha de servir para otra cosa, desde luego que no.

Es cierto que nada tan exótico como describir una fuente con cangrejos o una de alondras con nabos tiernos, pero hay que desconfiar mucho de los escritores que se pasan el día comiendo y, sobre todo, contando lo que comen. Cuando deberían pensar, se les sorprende siempre haciendo la digestión y sesteando. Y cuando no, con ruiditos de hambre en las tripas.

Es una lástima que uno no sea Hesíodo, porque se me ha ocurrido el argumento de uno de sus relatos.

Zeus sorprende, a la orilla de un río cristalino, en un paraje apartado y ameno, a una ninfa dormida.

Su desnudez deslumbrante y el reflejo del agua en el que tal desnudez se cubre con lo que parece una tela cuajada de piedras preciosas, aguamarinas y dorados topacios, lo arroban y despiertan en él un deseo al que no puede renunciar.

Zeus adopta entonces el aspecto de un viajero, y maravillado y seducido por la belleza de esa criatura se acerca a donde duerme, se inclina a su lado, destapa la calabaza donde guarda vino de Chipre, y lo vierte, con sumo cuidado de no despertarla, en el ombligo. La ninfa, en sueños, lo toma por tal conducto y va embriagándose poco a poco, hasta que su voluntad huye muy lejos incluso de su sueño. Solo así recibe en sus brazos al que cree un joven viajero que vuelve a su tierra.

Imagino incluso el cuadro que, ya viejo, habría pintado el Tiziano con ese tema, la belleza del cuerpo de la ninfa, Zeus a su lado con una copa de vino rojo, el mismo vino rojo cayendo como un cordón sobre la carne nevada de la ninfa, el río, las aguas y la luz del atardecer, donde todo lo que ocurre es verdadero.

ME gusta la vida de este barrio. El panadero, a sus casi noventa años, asomándose en la puerta de su panadería, figurita mecánica. El mendigo con los cartones a cuestas. El grupo de oficinistas que salen a tomar café. Las mujeres ricas y sofisticadas que vienen pasado el mediodía a ver escaparates a la calle Almirante oliendo todavía a sales de baño y con los ojos un poquito hinchados de haber dormido mucho, tanto como de haber trasnochado lo indecible. Y al fondo Santa Bárbara y sus acacias y el bando de palomas que levanta de pronto el vuelo de la Plaza de las Salesas y parece la espuma que desborda un vaso de cerveza. Me gusta esa vida que no es nada, pero que sé que es el corazón de algo, mi *spleen*, mi pobre esperanza descreída.

LA grandeza del cristianismo frente al comunismo de los países socialistas es que los cristianos (o una parte al menos de estos, desde Molokai a Calcuta, pasando por las Hermanitas de los pobres) descalzan a leprosos, mendigos y parias de la tierra para lavarles los pies, frente a los comunistas, que normalmente si descalzan a alguien es para quedarse con sus zapatos, eso sí, con la honorable y muy comprensible disculpa de subvenir con tales zapatos a los gastos del Estado. Son lo que podríamos llamar Gastos de Representación. O Gastos de la Idea, en términos hegelianos.

ME hace observar X. una idea de alguien cuyo nombre no he logrado retener y según la cual los literatos necesitan perder el tiempo en cuestiones intrascendentes. Ocurrió con la teología en los siglos XVI y XVII, en la que abundaron engendros que hoy nos sentiríamos incapaces de ojear. Se pasó, en el XVIII, a la ciencia y el progreso, con sus inefables odas a la agricultura y las primeras máquinas de vapor. En el XX nuestra particular teología es la política, una ciencia tan apasionante con aquella, e igualmente estéril cuando se comprueba que la salvación presupone la fe.

DESPUÉS de venir de la imprenta aún tuve tiempo para pasarme un rato, al final de la mañana, por la Cuesta de Moyano.

Muchas de las casetas estaban ya cerradas, de manera que bajé hasta el paseo del Prado con la intención de tomar allí el autobús.

En la parada había una mujer joven extraordinariamente guapa. Todos los que estaban a su alrededor eran, a su lado, sombras hostiles, de cara fosca y expresión fúnebre, gentes incómodas, cansadas y apenas resignadas en aquella espera agotadora. De vez

en cuando dirigían esquivas miradas a lo lejos, tratando de descubrir entre el atasco de coches la mancha roja de un autobús, y en él, el número de aquel al que habrían de subirse.

Miré las manos de aquella mujer con la intención de sorprender en ellas una alianza de oro. Me había parecido hallar en su cara una expresión que solo las jóvenes ya casadas alcanzan a tener, una expresión a un tiempo de sazón cumplida y de insatisfacción.

Era como una de esas mujeres que salen en las novelas de Henry James, o en los anuncios de las revistas caras. Desde luego toda ella estaba nimbada de misterio. El primero era, sin duda, este: cómo una mujer como esa se veía obligada a tomar un autobús, cómo no había encontrado aún el modo de vivir en otro lado, de estar en ese momento en un lujoso coche o, al menos, porqué no podía levantar el brazo y parar uno de los cien taxis vacíos que pasaban hacia Cibeles. Otras, con la mitad de esa belleza, llevarían acomodadas en la vida desde mucho tiempo.

Llevaba el pelo recogido en una coleta. Era morena de piel bastante oscura. Tenía los ojos verdes más inquietantes que se pueda imaginar, un verde suntuoso, veneciano, como el agua donde han estado metidas las rosas una semana. Tenía también una boca perfecta, dibujada con una línea sin rectificación. Si se comparaban los labios con la piel, estos parecerían pálidos, como si estuvieran sedientos. Era tan alta o más que yo. No me atreví a acercarme para comprobarlo. La veía mejor así, a cierta distancia. Lo que se adivinaba de sus pechos era irreprochable y justo. No debían de ser ni grandes ni pequeños, pues no parecían necesitar de sostén, como dejaba adivinar el agudo y desabotonado escote de una blusa de color azul turquesa en la que se insinuaba la complicidad de los pezones. Pese a todo no eran unos pechos impositivos, arrogantes, exhibicionistas, sino más bien naturales, firmes y limpios, sin más conciencia de sí mismos que otras partes del cuerpo, como los de una de aquellas indígenas africanas que se dejaban fotografiar por los europeos del año 20.

Llegó mi autobús, pero cuando vi que ella no iba a subir a él, lo dejé marchar sin pena.

Su mirada era de absoluta inteligencia. Habría asegurado una hipótesis sobre su carácter por los tres segundos en que sus ojos se cruzaron con los míos. Comprendió que la estaba observando, quién

sabe si fantaseando con su vida, o con la mía, y lo que mostró no fue ni siquiera desdén. Era algo más parecido a la indiferencia, pero tampoco podría afirmarlo. Algo así como una indiferencia absoluta, o sea, sin conciencia de serlo.

Me pareció que estaba acostumbrada a que la observaran, a que la miraran al andar, al moverse, al volver la cabeza sin mover los hombros. En cierto modo no era diferente a una de las antílopes del zoológico, que intuyen de qué modo los admiran y con cuánta pasión envidian la armonía de un cuerpo que sabe pasar de la suprema tensión a la más tranquila despreocupación sin desbaratar el orden y número de toda esa armonía.

Cuando llegó su autobús yo mismo, sin saber muy bien lo que hacía, me lancé detrás, como si temiese perderla. Apenas la acababa de ver y ya me sentía con un cierto derecho al que no habría sabido renunciar.

En ocasiones he emparejado mis pasos con los de alguna mujer o alguna chica por la calle, o las he seguido un rato si iban más o menos en mi camino. Estas eran mudanzas de mi magín, naipes de mi fantasía, que diría un clásico, escaramuzas de un sentimental. Lo he hecho y si Dios no lo remedia seguiré haciéndolo como quien entra en las salas de esculturas del British y mira, vivas, activas, libres, las *kurai* de aquellas graves salas del museo. Una vez me metí, sin darme cuenta, cuando seguía a una mujer muy guapa, en una lencería, y tuve que salir de allí avergonzado.

Lo de ayer yo no lo he hecho más que dos veces en mi vida. Una en Valladolid (ciudad impar) y otra ayer. Lo de Valladolid, siendo joven, es lo único grato que me sucedió mientras enterraba en aquel paraíso los peores años de mi juventud. Lo de ayer era otra cosa.

No me cansaba de mirarla, pero me avergonzaba ser descubierto. Ahora, en cambio, no siento vergüenza ninguna de contarlo, como el que vuelve de una isla admirable, cubierta de una vegetación frondosa, con ríos de agua dulce y playas de arena blanca y cocoteros y demás árboles frutales y exóticos al alcance de la mano… Por otro lado no me sentía muy diferente de aquellos que la rodeaban: ropas más o menos vulgares, fatigadas y oscuras. Zapatos llenos de polvo y una vida vulgar. Recordé lo que X. decía de los zapatos. Pensé en mis ojos y confié a ellos toda mi suerte.

Mientras observaba su perfil, la curva de su boca, su largo

cuello, mientras admiraba cómo cruzaba las piernas al sentarse y cómo su mano, su mano libre y sin anillos, rozaba sin querer, sin saberlo, el botón de su pecho, mientras ella seguía su vida allí, ante mí, pensaba en el soneto que Baudelaire dedicó a *une passante*. Él la vio venir, pasar a su lado y perderse para siempre entre la multitud. Nadie en su sano juicio se monta en un autobús que no es el suyo solo para hacer durar un poco más una visión que cree reveladora de algo. Pensaba entonces que habría sido mejor haberla dejado pasar, seguir y perderse para siempre. Los sueños son más o menos fecundos, pero las fantasías son estériles. Creo que en ese momento yo era la persona más feliz de aquel autobús, y eso, al punto, me dio conciencia de mi absoluta infelicidad, de mi total contingencia y, desde luego, de mi poquedad. Me vi como un par de zapatos abollados.

Alguien, sin querer, al pasar a mi lado, me dio un pequeño pisotón, pero al observar mis zapatos se creyó excusado de pedir perdón de una manera amable. Así lo comprendí, de manera que apenas me molestó aquel sordo gruñido a modo de disculpa, ni me costó sonreírle dándole a entender que no había sido nada.

Seguí mis cavilaciones. Me resultaba mucho más difícil adivinar su procedencia social, su ocupación, su estado civil o su gusto por cómo iba vestida, que su hechura moral por la naturaleza de su mirada. Es verdad que era admirablemente hermosa, pero a pesar de todo lo que llevaba encima, de todo lo que la rodeaba, de la vida que parecía tener. Una belleza como si dijéramos fuera del mundo. O sea, una de esas bellezas que no existen y que cuando se materializan hacen infelices a todos los que tienen algún trato con ella, mientras les dura. La salvación de una mujer como aquella seguramente vendrá cuando pierda su belleza.

Yo no creo que se diera cuenta entonces de que la seguía. La *passante* de Baudelaire y este se cruzaron una mirada. Las tres o cuatro veces que la mirada de esa mujer pasó por encima de mí, ni siquiera se detuvo, y habría mirado con más interés al conductor.

En el autobús había más hombres, pero ninguno parecía haberse percatado de la presencia de aquella criatura tan extraordinaria, y esto me desconcertaba y suspendía aún más, porque no alcanzaba a entenderlo, lo cual, dicho de paso, daría para un tontito de corte moralista, al estilo de Port-Royal.

Yo no pedía nada más que verla. Tampoco me hacía ilusiones de orden poético. No pensaba que me iba a mirar y, de pronto, un suponer, a sonreír, vaga, melancólica o maliciosamente. No pensaba nada de eso. El deseo en estado puro es un deseo que ni siquiera desea, lo mismo que un rey absoluto no necesita manifestar a todas horas que es rey para sentirse soberano. Quería mirarla y desde el asiento donde yo estaba, muy cerca, a un metro escaso, podía verla muy bien, porque hasta la parte de su rostro que me quedaba oculta, se reflejaba en el cristal de la ventanilla, de manera que era como ver la luna entera por sus dos caras.

Al llegar a la Plaza de Castilla se bajaron todos los pasajeros. Yo la seguí hasta una parada de pequeñas camionetas, donde esperaba otra tanta gente, en su mayoría obreros y empleados modestos.

Al punto de llegar su nuevo transporte volvió inesperadamente la cabeza y me sorprendió como quien dice con las manos en la masa, mirándola a placer con entera libertad y despreocupación.

Uno ha creído que las fábulas de Circe o de Dido eran una pura leyenda, pero basta salir un día desprevenido para que vuelvan a ocurrir. Si han tenido tanta fortuna como fábulas no ha sido por la literatura, sino porque la vida se encarga de revalidar sus contenidos una y otra vez.

No sé de qué manera quedó traducido aquel deseo en mi mirada, pero apenas me di cuenta, observé que aquella mujer ya había subido a su camioneta, había ocupado uno de los asientos junto a la ventana y me miraba con toda su altanería, aunque subrayando que para su mirada yo no era sino un obstáculo en el que había venido a tropezar, como quien dedica momentánea atención al adoquín que ha detenido su marcha.

Luego dejó vagar su caviloso mirar por encima de mi cabeza, se humedeció los labios y, como si estuviera abismada en un problema de imposible resolución, se mordió el labio inferior, que quedó así, sujeto por sus dientes, un buen rato. Solo al cabo de unos segundos, cuando la camioneta estaba a punto de arrancar, volvió la cabeza con indiferencia hacia otro lado. Era la confirmación de que ya se encontraba muy lejos de aquel lugar, del que no hacía más que partir.

Al llegar a casa me he preguntado qué habría ocurrido si yo me hubiese subido en aquella camioneta camino de Dios sabe qué

arrabal. Me he preguntado también si esto ocurrió en realidad o ya es solo fruto de un sueño o, lo que es peor, de mi trabajo paciente sobre este cuaderno. Me lo pregunto, sí. Y lo peor de todo es que la respuesta es de una elementalidad decepcionante.

EL empobrecimiento del lenguaje, que todos aceptan, proviene en parte de la brutal separación que las ciudades y la llamada cultura urbana imponen entre el hombre y la naturaleza. Dichosos los tiempos en los que de una mujer podía decirse que era una lagarta y no hacían falta más palabras ni más nada. La comparación, tan shakespeariana, tiene gracia si se ha observado sin prisas, entre las rocas o sobre las tumbas del cementerio, el sestear de los lagartos o sus tretas.

HAY una hora en la alta madrugada en la que todos los escritores que permanecen despiertos, trabajando bajo la luz de su lámpara, son geniales. Y así ha de ser.

Y otra hora, interminable, eterna, en la que todos los genios fracasan para siempre, sin remisión, pero sin perder un ápice de la grandeza de su genialidad. Y está bien que así sea.

OTRA hora después vuelven a ser como el resto de los hombres: un proyecto de fracaso, y sale el sol y las sirenas de las fábricas parten en dos el día con su larga, ronca, nebulosa e inapelable sentencia.

HE pensado muchas veces en las cosas que uno puede contar de sí mismo a los otros y cuáles no.

No hay diarios íntimos. Un diario no es uno mismo. Un diario tampoco son los otros: seguramente está a medio camino entre el yo y el otro. Uno hace un esfuerzo y va más lejos de lo habitual; el otro también hace su esfuerzo y retrocede al encuentro.

Cuando todavía se es joven, el pudor nos impide contar ciertas cosas, en tanto que la audacia, o sea la juventud, nos infundía valor para contar otras. A un camarada se le cuentan historias diferentes de las que participamos a los padres, por poner un ejemplo, o a una mujer. A veces en un extraño al que acabamos de conocer en un tren se depositan confidencias que no osaríamos evacuar con el mejor amigo, a quien vemos a diario. Todo eso es muy extraño. Un lector es alguien muy misterioso, porque es a la vez hombre y mujer, amigo íntimo y desconocido, camarada y pariente, viejo y joven, muerto y vivo, en la medida que un hombre es siempre dos y

vive por los muertos y muere para los vivos.

Las cosas más íntimas, los sueños, los pensamientos en verdad propios, cavilaba entonces que no podrían salir de mí mismo, porque se marchitarían o, peor, porque se formaría alrededor de ellos un grupo de curiosos que los examinarían no tanto por necesidad, como por curiosidad y desocupación, como hacen cuando pasean, deteniéndose frente a un vendedor ambulante, uno de aquellos viejos charlatanes que desplegaba en un caballete su batería de crecepelos y martingalas.

Me entristecía la idea de que hubiese un solo hombre que pensara que mis sentimientos eran específicos que se vendían, y por tanto guardaba silencio, de modo que, sin notarlo, tantos humores retenidos en lo más profundo se represaban, fermentaban y hacían de mí alguien muy diferente de aquel que pensaba que lo elegante era guardar silencio. Entonces de mí se desbordaba una espuma, como de las botas de sidra, una espuma de olor punzante y etílico, una espuma venenosa de sueños, de emociones íntimas y secretas que los delataba, pero que en realidad no tenía ya nada que ver ni con mis sueños ni con mis emociones íntimas.

A veces me he dicho: «Como los charlatanes», mientras la gente, parada delante de mí, ponía cara de pensar: «¡Qué poco ha debido de costarle a él esto y esto, cuando él lo vende por tan poco, y aún obtiene ganancia!». Y yo estaba hablando, en realidad, del terror que me produce cada noche dormirme, y de esa oración que sin querer y casi sin creer voy dejando en mi almohada para no tener que temer, y del amor que es tan frágil, y de la respiración de mis hijos engañosamente segura. De eso estaba hablando, de la rosa otra vez y lo que la rosa dura.

Eso lo pensaba antes, cuando aún era joven, porque, en cierto modo era un romántico y la idea del sufrimiento me atraía. Como todos los jóvenes, pensaba que alguien me amaría si me veía sufrir, y sufrir, cuando se tienen fuerzas, es un ejercicio casi físico que se tolera por la perspectiva del descanso reparador. Recuerdo que a veces, cuando tenía esa clase de sufrimientos morales dormía con la misma profundidad que las noches que había pasado el día de caza.

Rosa Chacel dice en un pasaje de sus diarios-memorias, que tituló *Alcancía*: «Este género —el diario, las memorias y las confesiones— tiene una ambigüedad o falsedad intrínseca. Quiere

uno decir ciertas cosas y callar otras, y, generalmente, lo que más querría uno que se supiera es lo que se calla».

No puede uno estar más en desacuerdo con estas palabras. Rosa Chacel desde fuera parece una persona que ha dicho lo que le ha dado la gana de todo el mundo, a juzgar por esos diarios, pero se conoce que no, que quería más. Podría haberlo hecho. Sus diarios no iban a ser mejores por ello. Lo que esa mujer no sabe, y sabe mucho, es que quien los lea dentro de cincuenta años no estará juzgando su vida, sino solo unos diarios, solo unas cuartillas y lo que esas cuartillas tengan de vida propia. Ni siquiera se preocupará por saber si lo que decía de sí misma o de los otros se ajustaba a la realidad. Lo real y lo verdadero no van en la misma senda siempre. La única verdad es la que queda escrita, con su mentira dentro.

El diario no es diferente de la vida. No va uno diciendo por ahí las cosas que piensa de la gente, de la política, de las pequeñas y de las grandes tramoyas, y no por ello se suicida ni es un mentiroso. Las cosas que haya que decir, se dicen, por encima de todo. Lo que no se dice, es porque no vale la pena que se diga. Todo lo que vale la pena de ser dicho, si el hombre es valeroso, termina encontrando un camino para ser dicho. Los escritores al menos (mientras no les equiparen a los delincuentes) solo son responsables de lo que escriben. Sería una enormidad hacerles responsables también de lo que callan.

Los diarios, las memorias, las confesiones, son un género híbrido, de acuerdo, algo así como los patos: andan mal, nadan mal, vuelan mal. Pero no se le puede pedir a un pato que sea un cisne. Eso sería absurdo, una fantasía ridicula. Basta con lo que son: patitos feos. Cuento, relato y novela.

En el momento en que yo pensara que callaba lo que me gustaría que se supiese, dejaría de escribir, no solo diarios, sino cualquier clase de libro.

Jamás he comprendido a esos escritores que se amparan detrás de un «si yo hablara». No son muy distintos de la vidente de Fátima. ¿A quién se amenaza con tales secretos? No hay más cera que la que arde y la experiencia nos dice que muchos hombres son mejores cuando callan lo que les gustaría que se supiese que cuando hablan.

Por lo demás, nos basta con lo que se dice. Ni siquiera le prestamos atención. Si el mundo no es mejor con todo lo que se ha

callado, tampoco iba a serlo con todo lo que habría podido decirse. Tal y como están las cosas, da igual que alguien le grite al mundo que uno se está muriendo o que sufre o que tiene miedo y se quiere quedar en el zulo de su casa, hecho un ovillo, porque al mundo estas noticias sensacionales le dan perfectamente lo mismo.

Por ejemplo: ¿cómo no reconocieron los contemporáneos de Pessoa tamaño dolor, tan inconsolable tristeza?

Cincuenta años después uno llega a creer que la elegancia de Pessoa le hizo mantenerse al margen de sus contemporáneos, pero luego se entera de que la voz de Pessoa se elevó sobre las cabezas de sus paisanos, solo que la debieron de encontrar poco excepcional, porque la gente siguió atareada en sus ocupaciones, en su camino de la insignificancia hacia la insignificancia. Pessoa, con la voz de Pessoa o con la de sus abundantes heterónimos, se alzó y fue audible, puesto que se le oyó, aunque nadie quisiera escucharle en aquellas revistas de entonces que hoy son también papel amarillento y viejo.

Los mismos tipos de imprenta con que compusieron sus artículos sirvieron para componer los de sus contemporáneos, y las capitulares de su nombre sirvieron para formar el nombre de otros muchos. ¿Todos estaban ciegos, todos estaban sordos?

Cuando uno habla de su propio dolor, por ejemplo, y pasa a hacerlo a continuación del de un hombre extraordinario como Pessoa, o Kafka, o Proust o quien sea, siempre hay al lado un tonto malicioso que piensa que uno busca la equiparación con el gran escritor, con el genio. Lo que hace iguales a los hombres es su dolor, no su talento. Un hombre desesperado da igual que sea ferroviario o Cervantes; su desesperación les empareja; de ahí que los grandes estén destinados siempre a ser entendidos por los más humildes, por los más maltratados: se establece entre ellos una corriente de misericordia y de amor. Todo lo grande termina en manos del pueblo. No del público, como nos advertía Gaya, sino del pueblo. Jamás público y pueblo han sido una misma cosa. Aunque también es verdad que aquella noción romántica de pueblo y aquel pueblo ya no existen, porque el pueblo en masa, desde que hay televisión, ha pasado a ser público.

Si los contemporáneos de Pessoa no hubiesen estado sordos, no hubiesen estado ciegos, Pessoa no existiría. Gracias a que les era

indiferente, Pessoa tuvo tiempo para ser él mismo, sufrir, observar, morirse solo…

El dolor de Pessoa es el dolor de todos y cada uno de sus lectores, y cada uno de los que desatienden ese dolor ahora, desatiende el dolor de entonces. «Lo que hacéis a una de esas criaturas, a mí me lo hacéis».

Por eso cuando alguien siente su alma como hoy la siento yo, más allá de donde puede ser socorrida y asistida, se acuerda de Pessoa. Por encima de todos y de todo es él en quien se piensa y solo ese pensamiento lo conforta y conforma a uno, aunque poco por nosotros pueda hacer él, como poco por nosotros podemos hacer nosotros mismos.

Es verdad que es poco elegante quejarse, pero tampoco es elegante sufrir. Nadie muere con elegancia, nadie sufre con elegancia. Siempre hay un pasaje último donde la figura se descompone en una mueca de dolor, de repugnancia, en una pirueta patética y sombría en la que las piernas se doblan, o donde una saliva fría y pestilente desborda la comisura de la boca. Al lado de un muerto hay siempre algo que no es elegante, que no es hermoso, que no es digno, incluso en aquellos que han sabido morir con elegancia, con dignidad, con nobleza y finura.

¿Me dejarás, cuaderno mío, hablar de mí? Si alguien me preguntara ahora la razón de esta pena, tampoco sabría decirle, y tendría entonces, con más razón, que guardar silencio, pues, ¿qué pena es esa que no puede hablar de sí misma? Así pues, si el fin es el mismo, ¿por qué no me resigno? Siento en mi alma el fierro de tres flechas que no sueltan su presa: la flecha de la obra perfecta, la flecha de la inutilidad de toda obra, sea perfecta o imperfecta, y la flecha de la desesperanza en hacer algún día algo que, al menos un instante, fuese completo. Si uno tuviese ahora la audacia de Unamuno ya habría establecido una galería etimológica secreta entre alma y alimaña: tres dardos clavados en la pata trasera, tres dardos que hieren pero no matan, tres mordeduras del hierro que nos hacen arrastrar nuestra entera humanidad, sin someterla del todo, como esos perros que viven largos y penosos años con una pata quebrada después de habérsela pisado la rueda de un carro.

Esta tarde mi desasosiego me llevó al desasosiego de Pessoa y ese desasosiego me fue apaciguando, tranquilizando, como si

extendiese árnica sobre la herida. Soy egoísta: me alegro de haber nacido ahora, porque de haber nacido un siglo antes, en 1888 por ejemplo, como el propio Pessoa, tampoco yo habría escuchado esa voz y seguiría profundamente desasosegado e inquieto. ¿Cómo habrán podido drenar su desconsuelo todos los hombres que fueron contemporáneos suyos, pero de los que Pessoa no fue contemporáneo porque se negó a ello, porque todo estaba dispuesto para que se desconocieran? El *Libro del desasosiego* se publicó por vez primera en 1982. ¿Cómo han podido los hombres de este siglo vivir sin él durante cincuenta años? Es como si alguien hubiera inventado una vacuna y la guardase en un cajón durante medio siglo.

«Un día tal vez comprendan que cumplí, como ningún otro, mi deber nato de intérprete de una parte de nuestro siglo. Y cuando lo comprendan han de escribir que en mi época fui incomprendido, que desgraciadamente viví entre desafecciones y frialdades, y que es una pena que así me sucediese. Y el que escriba esto será, en la época en que lo escriba, incomprendedor, como los que me rodean, del que será como yo en ese tiempo futuro».

Quien hablaba así era un hombre que no era real y que llevó una vida que tampoco era real.

De qué nos sirve ser intérpretes de nuestro tiempo, si nadie en nuestro tiempo podrá aprovechar nuestra visión para intentar ser más feliz, para avivar la pesantez de sus párpados.

En cierto modo es injusto Soares con su tiempo. Por cada uno que no le comprendía había diez millones que ni siquiera le conocían, y que por tanto no podían comprenderle.

Yo mismo me digo: ¿Cómo puede haber alguien que no le comprendiese? Y formulo esta pregunta con más tristeza aún, pues viene a sumarse a la tristeza que me llevó hasta él hace un rato. Pienso que al mismo tiempo que mi corazón comprende a Pessoa, y reclina la cabeza de todas sus penas sobre su muerte ya salvada, estaré incomprendiendo al Pessoa que ahora, dos portales más abajo del mío, estará en esta misma ciudad interpretando mi tiempo y mi ciudad. Y me digo: aunque así sea, ¿de qué me sirve comprender este tiempo y esta ciudad de ahora? Yo comprendo hoy el tiempo de Pessoa, la Lisboa de hace medio siglo, porque esa es una manera de huir, y no permanecer en este tiempo ni en esta ciudad. Es del hoy

justamente de donde yo quiero huir. No me sirve de nada que alguien venga a explicármelo, porque aun en el caso de que lo entendiera, o justamente por ello, me obligaría a quedarme aquí, en el hoy y ahora, de donde yo precisamente quiero irme.

Es más habitable la Lisboa de 1930 que el Madrid de 1989. ¿De qué me serviría huir de este tiempo mío y de esta ciudad para que alguien me devolviera a este mismo tiempo y a esta ciudad? Yo no podría ver la ciudad que ese Pessoa de ahora esté viendo porque soy demasiado infeliz para entender algo que está sucediendo ante nuestros mismos ojos. Todo el que sufre tiene tendencia a cerrar los ojos.

Ningún mal del alma tiene remedio. Alguien me recetó el otro día media docena de fármacos. «Al fin y al cabo, somos química». Alguien, después, me reveló que todo dependía de las bajas presiones. ¿También somos, al fin y al cabo, un montón de isobaras?

Yo sé que no es esa la razón de toda esta acedía. También el propio Soares lo dijo: «Al ir a escribir una obra, saber de antemano que tiene que ser imperfecta y fracasada: esto es el máximo de la tortura y de la humillación del espíritu».

Me he acordado hoy de Pessoa porque no encontré esta mañana donde apoyar mi brazo para no caer en tierra. Nos hemos caído ya tantas veces que incluso hemos aprendido a hacer nuestra vida normal allí, en el suelo, y nadie se da cuenta de ello, porque nos ven reír, y hablar, incluso caminar, aunque estemos caídos.

Es todo muy extraño: Pessoa tenía su ciudad, su propia errancia y todos aquellos heterónimos que soñaban ser otros distintos, que querían ser otros menos Pessoa. Por eso encuentro cierto alivio al sentirme por un momento uno más de los personajes de su baúl.

Y entonces, en el momento en que me siento yo mismo un heterónimo suyo, las cosas para mí empiezan a ser sencillas. Ya no pienso yo, sino que alguien piensa por mí y no pensar es ya un gran alivio. Pienso en las cosas concretas que vivió Pessoa y las que viviría alguien como yo en Lisboa. Recuerdo un gran número de calles, calles con nombres verdaderos, de Doradores, de la Plata, en la Baja, en Chiado, en la Plaza del Comercio. Recuerdo incluso las casas donde estuve en ese sueño que Pessoa no pudo referir a mí, casas que tenían en los bajos un estanco (el mismo cuyo

dependiente se suicidó un día y no pudo ver el crepúsculo que vio Bernardo Soares mientras se acordaba de él) o una tienda de verduras o una taberna donde anestesiarse con un poco de aguardiente o ese té con limón que sirven en Lisboa con tanta ceremonia británica para desleír la desdicha en las buenas maneras. Pobre Lisboa, hasta ella, que fue cabeza de un imperio, tuvo el sueño de ser una colonia inglesa.

Qué descanso salir algunas mañanas por Madrid como un heterónimo de otro, aunque haya muerto, y no preocuparse de ser intérprete de nada, sino dejar que todo ocurra fuera de nosotros.

Es como si entonces uno fuese el corresponsal de ese para el que somos heterónimos. Hoy, que todo el mundo busca ser original, qué gran originalidad la de no ser y no querer ser original. Entonces puede uno tener una tristeza como la suya, que es mayor de lo que suele serlo la nuestra, pero que es una tristeza que casi nos hace bien, porque ni siquiera nos pertenece.

El origen de todo esto no podría señalarlo. Cuando Nietzsche se abrazó llorando al caballo, en Turín, ¿qué sentía? ¿Amor por la bestia? ¿Fidelidad a su propio corazón? Tal vez ambas cosas.

Abro las páginas del *Libro del desasosiego* y ese desasosiego justamente va embalsamando mi alma de sosiego. No ser testigo de un dolor ajeno, sino de un dolor hermano. O como escribióLeopoldo Panero sobre las calles de Baeza: Gracias por el dolor que me has dejado.

Hubo un tiempo en el que Pessoa se sintió Cesário Verde. Otro en el que Rilke quiso ser Francis Jammes. El oscuro Soares es quien hoy siente por mí, aunque no puedo olvidar las palabras de Soares: «He comprendido que le era imposible a nadie amarme, a no ser que le faltase del todo el sentido estético; y, entonces, yo le despreciaría por ello».

Ay, ¿puedo, cuaderno mío, hacerte tantas confidencias? ¿Me dejarás que me apoye en ti? Tú eres para mí un bastón con carcoma.

De nuevo, pues, vuelvo a solas conmigo, pues lo que sufre, sufre solo.

HAY que tener una o dos causas *verdaderamente* perdidas que defender. Pero si una de esas causas tiene posibilidad de salir adelante, deberíamos dejarla de lado, a menos de querer convertir

nuestra vida en algo indecente. Resulta indecente reconocerlo: pero en el momento en que dejaran de estar perdidas, dejarían de ser ejemplares.

¿CUÁNTAS personas, fuera del gremio de los joyeros (y estos solo con esa lupa que atrapan con los músculos risores y la ceja y les modela una mueca feroz), pueden distinguir un brillante verdadero de uno falso? La composición molecular no les hace diferentes. Ni siquiera su brillo. Algunos falsos brillan más y mejor que algunos verdaderos. ¿Entonces? Tampoco la verdad es un valor absoluto. Gracias a eso es posible la literatura, algo que se sitúa siempre en ese territorio en que lo verdadero cede gentilmente a lo inventado, y al revés. Aunque siempre habrá alguien que, encañonándose el ojo con la lente de escrutar diamantes, tratará de perorar sobre la moralidad de lo uno y lo otro. Pero locierto es que las únicas verdades originales que interesan han de verse sin anteojos ni cristales de aumento. ¿Por qué va a ser lo mismo lo que se ve al natural que eso mismo visto a través de una lente? De acuerdo, diría Mairena, ¿pero y los miopes? Eso, también como diría él, es otro cantar.

SI yo fuera en verdad Bernardo Soares me quedaría siempre en mi mesa camilla y escribiría en este cuaderno como él escribía sus asientos comerciales. Pero nacen días con las palmas de la mano hacia arriba y cae uno en ese engaño de la vida y entonces, un poco a regañadientes, porque la tristeza es más confortable que la alegría, se acepta la alegría de ese día que nace triste.

La tristeza a nadie conmueve y la alegría nos avergüenza un poco. Ayer estaba infinitamente apenado, y hoy me parece que mi pena es menor, lo cual me proporciona una alegría modesta, que tengo la obligación moral de aceptar con alegría grande. Solo se tiene exacta conciencia del dolor cuando ha desaparecido.

Puedo incluso reír. Vedme hablar con este y con el otro, y contesto al teléfono. Miro el ramo de mimosas y me alegro de que toda la casa se haya llenado de su perfume y celebro el dibujo que mi hijo ha hecho de mí: un monstruo que resume para él la idea de amparo, de seguridad y de afecto. Ya no soy, en efecto, el de ayer, metido en mi rincón. Hoy me da el sol en los ojos y tengo veinte años menos que ayer, ¿por qué entonces me siento un poco más cerca de la muerte? ¿Por qué no me cuesta reír ni seguir esa

conversación?

LOS olores tienen también sus trajes: el olor de las mimosas es escotado. El de los jazmines reales, en agosto, es un olor desnudo y limpio. Los nardos de septiembre llevan un batín de seda sobre la piel madura y recuerdos malsanos, enervantes y tiránicos de una pasión no olvidada jamás; la rosa, el sueño de tantos bajotantos párpados, lleva su perfume con los pies descalzos. Descalzos sobre la hierba. Como nosotros, todo lo que les ocurre puede hacerles desdichados y felices, las mismas cosas y en la misma hora.

VIENE hoy en el periódico un artículo de X. Muchos le tienen un pánico grande y delante de él se ponen a temblar, lo cual es ridículo. Jamás ha escrito ni una sola línea de valor, pero posee el raro talento de descubrir las partes vulnerables de la gente, donde deja su pestilente veneno, talento común por otra parte entre ciertos homosexuales de los que el vulgo se ha vengado llamándolos mariconas. En el artículo de hoy, ¡qué galimatías! ¡qué potaje de «modernidad» subrealista! a X., como sucede por cierto con la mayoría de los surrealistas, solo se le entiende cuando insulta.

Al afilar un lápiz en el pequeño sacapuntas y darle vueltas, va rebanando la cuchilla una fina lámina de madera en forma de abanico, y se eleva hasta nosotros entonces el perfume de los montes del Líbano. Por eso afilar un lápiz será siempre un acto de poesía pura, como desnudar la belleza, como vestir la noche.

LA pregunta es esta: ¿leeríamos los diarios de Pavese de la misma manera si no supiésemos que su autor terminó suicidándose? *El oficio de vivir* es, desde luego, un libro extraordinario, pero del que uno ha de mantenerse lejos, porque en cierto modo inficiona, contrariamente a lo que aconsejaba nuestra modernidad, fascinada por el suicidio, que creía el privilegio de los más grandes y más inteligentes, mirando de paso a todos los que morían de otro modo como a medio seres a los que faltaba la inmolación suprema.

La primera vez que lo leí, demasiado joven, recuerdo que terminé irritado con el propio Pavese, como si este me hubiese cogido por la manga y obligado a permanecer a su vera parapresenciar el espectáculo de su agonía y muerte, pues la muerte, real, sí, de verdad, es en ese libro un espectáculo y no un tránsito más o menos íntimo. Es casi, podría decirse, más una función para el público más o menos selecto, los lectores, que un

acto solitario y trascendente. No era un mutis por el foro («malo es el mutis que se hace aplaudir», decía nuestro Mairena), sino un arrojarse al foso de la orquesta o pegar un brinco para alcanzar el palco principal.

Desde aquella primera vez había querido leerlo en alguna otra ocasión, pero un insalvable sentimiento lo impedía, reconociendo naturalmente la poderosa inteligencia de Pavese y su capacidad de comprensión para con eso que llamamos el factor humano. En cambio el *Libro del desasosiego* es un libro al que uno acude cada vez que precisa sosiego y un hombro sobre el que llorar. *El libro del desasosiego* no es en absoluto desasosegante, sino al contrario, y *El oficio de vivir* no enseña a vivir, sino el atajo, el acantilado, el pozo.

El malestar en *El oficio de vivir* procede, creo yo, de que sabemos que esa vida, ese vivir, condujo a su autor hasta la muerte, de modo que al leerlo es como si nosotros mismos fuésemos apurando el veneno que llevó a Pavese de manera irrevocable al suicidio. Las últimas palabras de ese libro («Todo esto da asco. No palabras. Un gesto. No escribiré más») resultan no obstante literarias, sobreactuadas, como aquellos actores decimonónicos que exclamaban mientras caían en escena: «¡Me muero!» (mientras daban cuenta de un parlamento de diez minutos), y serían imperdonables si no fuera porque pese a su teatralidad están rubricadas de realidad, de exceso de realidad.

Imaginemos que Pavese no se suicidó, ¿qué valor concederíamos a su libro? ¿Qué pensaríamos de alguien que dice «no más palabras» y sigue al poco tiempo escribiendo? En todo el diario hay aquello de lo que Unamuno nos advertía: los que viven no para vivir, sino para anotar en su diario, y así, Pavese, terminó presa no de la vida, sino de su diario.

La realidad, la angustia de Soares y su existencia, no parecen menos opresivas que las que padece Pavese, pero en cambio todo en él es una celebración de la vida. Soares jamás podría haberse suicidado, ni Pessoa, claro: no hay más que ver su literatura, llena de vida, de la vida de Lisboa, un estanquero, la plaza del Comercio, una taberna, existencia de cosas y personas a las que Pessoa se suma. La vida de Pavese, por el contrario, está llena de literatura, de mala literatura, incluso, puesto que termina lanzando ese aparte al patio de butacas, aparte que resuena atronador y angustioso. Y

sin embargo, todo ese dolor de Pavese, descomunal, sobrehumano, viene a ser un dolor falso, como aquel que pierde toda su fortuna no ya en un juego de azar, que al fin y al cabo eso es la vida, sino, como en *La venganza de Don Mendo*, en «las siete y media» (que te pasas o no llegas), lo cual añade un aspecto grotesco a la tragedia de la vida.

Pero no es todo así de sencillo. Cuando Pavese asegura «no más palabras» no se lo está diciendo a sí mismo, puesto que nadie se dice las cosas que ya sabe, sino al lector, que aún desconoce esa decisión. ¿Con qué objeto esa confidencia que le compromete a tanto? Pues por eso: para obligarse con el lector a dar un paso que solo sería incapaz de dar. Es como si hipotecara su honor a fin de que no le quede otra salida que esa.

Una de las mixtificaciones de este siglo, herencia del romanticismo sin duda, es creer que el suicidio es un valor añadido a la obra literaria, y en muchos casos, un agente salvador, redentor de ella. Si Pavese no se hubiera suicidado, leeríamos *El oficio de vivir*, sin duda, como una ficción, y nos impresionaría mucho menos. Suicidado Pavese, no puede leerse. Hay algo en ese libro que pasa fuera de él, blando y morboso, pero no es en la vida ni tampoco en la literatura. ¿Dónde? Quién sabe: todo parece un malentendido, una penosa equivocación, uno de esos errores de los que nadie viene a ser responsable, como aseguran las sentencias que absuelven al cirujano que dejó olvidada en el estómago del paciente una compresa, lo que originó una septicemia y luego la muerte del enfermo. Así veo esos dos libros: *El libro del desasosiego* como la gasa que desinfecta nuestras heridas y *El oficio de vivir* la gasa que el cirujano Pavese ha dejado dentro del cuerpo de la literatura contemporánea. Y algo más aún, que le hace tan seriamente patético: somos conscientes por sus palabras de que nosotros también en su caso habríamos tomado tal atajo: no hay dolor humano capaz de soportar esa vida.

PARECÍA hoy mi mesa de trabajo una escombrera de papeles, libros abiertos por la mitad, bolígrafos secos, lápices con la punta roma, borradores silvestres, frascos y tubos de pegamento que se han dejado abiertos mis hijos, tijeras descoyuntadas, el *cutter*, un tipómetro de metal… de manera que tomé la decisión heroica de ordenarla. Solo al final, después de media hora larga en que he

volteado todas y cada una de las cosas que había en ella, me he dado cuenta de que todo eso me era imprescindible. Incluso alguno de los rincones de la mesa los he trastocado un par de veces, revisando uno a uno esas notas y papeles. He cambiado el desorden de lugar, pero no he conseguido suprimirlo ni sustituirlo por el orden, como habría sido lógico. La verdad es que resulta muy tentador sacar de todo ello una moraleja. Yo conozco un escritor que escribe libros de estos, con anotaciones diversas sobre temas peregrinos, un paseo por un pinar, el encuentro con un erizo que le saca las púas, para terminar diciendo siempre: «De la misma manera el alma humana» o «con no menor aflicción, el hombre consigue…». Siento yo también la tentación de escribir: «de la misma manera que mi mesa de trabajo, las pasiones del alma humana…». Etc.

¿DÓNDE encontraré yo un muerto para mi novela? Estoy convencido de que si encontrara yo un muerto conveniente, la novela fluiría sola. Pero los muertos de hoy no son los de hace cuarenta años. Si encontrara un muerto estoy convencido de que lo demás vendría solo: la gabardina, el sombrero a lo Bogart, el *whisky*, la rubia teñida y ese oscuro personaje que en una habitación de hotel barato (el neón parpadeante en la ventana), le dice a la rubia (en bragas —hay, sí, que escribir bragas—, sobre una cama con las sábanas sucias), mientras enciende un cigarrillo (el último de una cajetilla que estruja antes de tirarla sobre un cenicero que parece la balsa de la Medusa, tripulada por colillas convulsas y atormentadas): «Has fracasado, porque el oprobio y la indignidad han hincado sus dientes como lobos hambrientos en la desolación de tu mirada. Toma. (Y le arroja un espejo de maquillarse, rescatado de una mesa en la que quedan botellas vacías, sándwiches mordisqueados y periódicos manchados de grasa). Mírate. Deberías verte como te veo yo. Cualquier golfa tiene mejor aspecto que tú, porque al menos ella no conoce la infamia de acallar su conciencia con las tristes y poco honorables coartadas de la mentira y un dolor que no sientes. (Ella, con el rímel corrido y despatarrada, enciende una toba manchada de carmín, sin dejar de mirarle con desprecio, meditando una frase que sabrá definitiva, demoledora, que lo arrojará a las sentinas del olvido y lo borrará de su vida). No me vales ni como hombre ni como pelele. Como hombre te falta… todo (esos puntos suspensivos han sido de una elocuencia dolorosa y

podrían sustituirse por un ja, ja, ja, aspirado más que pronunciado), y como pelele, no eres mi tipo: a mí los chulos me gusta que me la metan (es un novelista contemporáneo el que habla), no que me sermoneen».

Bien. A ver si también yo puedo meter este fragmento en la próxima novela.

HACE un rato me crucé con una mujer negra que llevaba de la mano a su hijo pequeño. La escena es rara incluso en este barrio. El muchacho levantó su cabecita para mirarme. Una parecida tuve yo entre mis manos, de niño, en forma de hucha de porcelana en las cuestaciones del Domund. Se me removieron las entrañas. Había bajado a comprar el pan y me he subido toda la belleza del mundo que celebra en mí ese instante puro, elemental y antiguo, como esas pasiones que relata la Biblia.

HACE un rato que he dejado a X. a la puerta de su editorial en la calle Juan Bravo, después de haber almorzado con él, a petición mía. Solo yo puedo saber la punzante desazón que siento al tener que recurrir a personas extrañas para sobrevivir. Si ahora pudiera volver atrás, no le habría llamado, jamás habría quedado a almorzar con él. Tal vez entonces no me sintiera mejor, pero no me sentiría como me siento ahora.

La verdad es que el hombre ha estado amable y simpático, pero también es cierto que ambos sabíamos que llegado el momento los dos nos mentiríamos.

Después de mi salida de *Trieste*, después del fracaso de *Sterling*, le dije, yo seguía con la idea de volver a empezar de cero, como en 1980, como en 1982, como en 1987.

Me escuchaba con esa atención mundana, con esa buena educación mundana que a un hombre le permite seguir una conversación al mismo tiempo que buscar con la mirada un camarero para que le traiga una consumición. Cuando al fin se convenció de que este ya había advertido su apremiante demanda, me confió por entero su sonrisa, como diciendo: «Ya soy todo tuyo. ¿Decías?».

Comprendo que debe de resultar difícil aceptar las condiciones en las que yo quiero trabajar.

Vino el camarero. Yo pedí una caña. Él, un *whisky*. Lo comprendí todo en ese momento.

Le dije que no quería ser editor. Eso pareció tranquilizarlo. Es cierto. Uno no quiere trabajar en ninguna editorial. Si tuviera que perseguir a libreros que no pagan o tratar con distribuidores que te dicen impertinencias de los libros que haces, la cosa sería aún peor. Tampoco me gustaría ir a jornadas organizadas por el Ministerio de Cultura sobre pequeños editores. Uno no quiere que nadie le tome por un pequeño editor, porque aunque no lo sepan, eso le mortifica a uno, pero iría si me invitaran a ello, pues, no sé por qué razón, cuando alguien se siente ya mal, cree que le hará bien sentirse un poco peor. En ese terreno yo creo que solo soy un modesto tipógrafo, me emociona ver salir de mis manos un libro de la nada, como del homo sale un pan honrado y sabroso. Saber que mis manos son útiles, y el olor de la tinta y el del papel nuevo y pegar el ojo a un cuentahilos…

Naturalmente no le dije estas cosas, porque la mitad de las veces los deseos están escritos en el pentagrama de las quejas y suenan como lamentos, y nada de peor efecto que, además de implorar, quejarse.

X. es director literario de una editorial potente, de modo que yo no podía proponerle un proyecto que incluyese libros de prosa, novelas y ensayos, porque para ese cometido ya lo tienen a él. Tenía que llenar la laguna que justamente esa editorial, como todas las grandes, tienen: una colección de poesía. Aunque no hubo tiempo para formular los detalles exactos, él y yo sabíamos que mis exigencias eran mínimas. Es más: creo que desde un punto de vista radical ni siquiera se las podría llamar exigencias. En esto de la tipografía está uno en la vida como aquellos pobres de solemnidad que se conformaban con «la voluntad».

Nadie puede suponer la vergüenza que un hombre puede llegar a sentir al proponerle a alguien que lleva gemelos de oro y se abre la chaqueta para que se lean bordadas en la camisa las iniciales de su nombre a fin de que se vea que es una camisa de camisero y no de tienda, a proponerle a alguien así, digo, que nos deje hacer una modesta colección de poesía. Poca cosa, siete, diez libritos al año en una editorial que edita doscientos de trescientas páginas cada uno. Que nos deje al abrigo de un rincón de esa saneada casa, en un mundo en el que la poesía tiene menos importancia social que la que tenía, en la formación de las señoritas topolino, la enseñanza de

costura y de labores del hogar.

Por otro lado, la vergüenza era aún mayor puesto que el mismo X. es poeta. No un poeta, digamos, como lo quieren ser otros muchos. No. En él *eso* es algo superfino, innecesario, como podría serlo la jardinería para un ejecutivo que se pasa la semana en Madrid amasando una fortuna en inversiones de bolsa, algo que seguramente también él llamará su pan honrado y sabroso. Por esa razón son muy pocos los que sospechan que él es poeta: solo tiene un librito, pequeña joya que sabe que no puede lucir porque es demasiado pequeña y, sobre todo, porque es la única.

Yo creo que traté de estar lo más seductor que pude. Es decir: a los cinco minutos me di cuenta con tristeza de que aquel almuerzo había sido una de esas equivocaciones bienintencionadas, pero cómicas.

Mientras esperábamos el primer plato abrió la memoria de proyecto que le había traído y echó un vistazo a la lista de poetas que había pensado para esa colección. Pese a sus tablas en la comedia del mundo, le traicionó una nerviosa contracción muscular debajo del párpado: ninguno de los poetas eran de su entero agrado. Lo supe porque cada vez que leía el nombre de uno, decía un «muy bien, magnífico, estupendo», para añadir a continuación el nombre que él en realidad habría puesto. «Thomas Hardy», decía, «fantástico. Y habría que publicar también alguna cosa de Celan. ¿Gozzano? Ah sí, y también algo de Ashbery, de Lowel. Jammes, ¡qué buena idea! Encargaremos también una traducción buena de Ungaretti o de Montale».

Yo sabía qué significaba aquello: demostrarme que pensar y organizar una editorial de poesía es una cosa sencilla que puede hacerse en el espacio que media entre un *whisky* y un primer plato, pues a todo el mundo se le ocurre coger una cuartilla y escribir en ella treinta títulos posibles. ¿No acababa de demostrármelo? Él mismo, mientras dábamos cuenta del aperitivo, había levantado una colección tan buena o mejor que la que yo traía preparada de casa. En diez minutos. La moraleja es sencilla: ¿Qué se puede pagar por una cosa que se le ocurre a todo el mundo en cinco minutos? Sin embargo solo yo sabía que él jamás hará nada no ya por publicar *mi Jammes* o *mi* Leopardi o *mi* Leopoldo Panero. Ni siquiera lo hará para publicar *su* Celan o *su* Robert Frost.

Fueron unos entremeses penosos.

El tiempo transcurrió sin pena ni gloria, aliviado por las idas y venidas de los camareros que ambos utilizamos como lenitivos. Ni siquiera puedo culparle de nada. Me pareció un hombre satisfecho, feliz porque tiene que tratar a «los escritores de la casa». Me hablaba de ellos como se lleva a un pueblerino a ver la bola del reloj de la Puerta de Sol, más orgulloso por conocer la marca de *whisky* que beben que por los libros que le entregan.

De pronto, al final del almuerzo, y de una manera azarosa se produjo un giro imprevisto en la conversación. X. empezó a hablar de música. Sus conocimientos me dejaron atónito. Hablaba con verdadera pasión de este, del otro, de aquel. Su cara se transformó. Adoptó la expresión de los melómanos; cada vez que hablaba de tal o tal partitura de su predilección, se le reblandecía la boca como si paladeara un trozo de tocino de cielo. Todo lo que había sido antes gitanería dio lugar a algo más hondo, con su grano de verdad. «De modo», me dije, «que esa es tu tipografía particular, la música». Pasaron quince minutos deliciosos, en los que yo logré olvidar el objeto de aquella cita. Cuánto mejor habría resultado haber hablado de música que de literatura.

Tampoco quiso que yo pagara la cuenta ni que pagáramos a escote, lo cual, dicho sea de pasada, me sonó también a música celestial. Es verdad que tampoco se la endosó a su cartera, sino con cargo a las arcas de la editorial, pero, en medio de todo, aquel pequeño ahorro me alivió un poco. En el paisaje desolador después de la batalla, esa alegría no dejaba de ser una pequeña mezquindad de avaro, pero era la única alegría que tenía y no renuncié a ella, quién sabe si por lo mismo: me sentía ya tan mal, que creía que sentirme un poco peor me haría bien.

Hemos quedado en que leería con atención el proyecto, pero yo y él sabemos que al llegar a su despacho, lejos desgraciadamente de su música y de mi tipografía, se quitará la chaqueta, orgulloso de su camisa, y no podrá hacer otra cosa con mi memoria (ay, el destino) que una pelota de papel que tratará de meter en la papelera de lejos con un garboso donaire, tijereta incluida con los talones de los pies. Por tanto, he sacado una copia del ordenador y se la he enviado a R. J. Hace meses me habló de un juez que hay en Granada con ganas de montar una colección de poesía. Dios mío: como un

sablista. Un sablista de nada.

A quién dar gracias por todo esto: esta mañana entraba la luz de lado sobre la mesa, llegaba hasta las fotos de M. y de los chicos, en sus marcos de madera, y vestía el tapete con pátina lujosa. En el platito de cristal azul había unos pétalos secos de rosa y al lado un ábaco antiguo para sumar los momentos felices. Las fotos, de hace unos años, me echaron encima más tiempo del que en realidad ha transcurrido, y sentí de pronto el deseo de volver a este día de este año para vivir lo que estaba llamado a escaparse. Y quise yo también vivir esa belleza que me recordaban las fotos, aquellos años que son estos, y sentir lo que de juventud aúnqueda en mi sangre. Y era un deseo puro, los pensamientos un tanto tenebrosos quedaron a los pies de esa luz, y comprendí que tanto valor como para sufrir la adversidad se precisa para aceptar amar y ser amados, y que esconder la felicidad es una forma de usura, como el que escamotea los fundamentos de su fortuna en mansiones encastilladas.

EMPIEZA uno a intuir la primavera cuando un buen día, en medio aún del invierno, se percibe el perfume de una cabellera al bajar del autobús, o al hacer la cola en la caja de la tienda de ultramarinos, o al subir las escaleras, antes del segundo piso…

UN concierto de música contemporánea para órgano, a tenor de los dos minutos oídos en la radio, debe de ser lo que más se aproxima a una sesión en los sótanos de las SS.

EL órgano se toca en las iglesias porque es la música de la eternidad, dado que todas sus notas, unidas por el aire del fuelle, forman un *continuum* que si acaso no recuerda el infierno, nos da una imagen bastante aburrida del paraíso, lo cual, dicho sea de paso, ha vaciado más templos que la disolución de las costumbres.

AL salir del Prado aún tenía tiempo de pasarme por «Mirto», que es la librería de viejo más bonita de Madrid, y sin pensarlo mucho allá me llevaron mis pasos. Desde hace años uno no va a «Mirto» a mirar o comprar libros viejos, sino a charlar un rato con la librera, una de esas mujeres que uno habría querido conocer cuando eran jóvenes para enamorarse un poco de ellas.

La librería está en un primer piso de una casa buena y principal y parece todo menos una librería de viejo, lo que la hace tan agradable y acogedora. Frente a las estanterías, pintadas de blanco al gusto de los arquitectos de los años cincuenta, tiene ocho o diez

balcones desde los que se ve la entrada del Jardín Botánico, la estatúa de Murillo, la entrada al Museo y los cuatro venerables magnolios de la glorieta. Es una librería que tiene además unos sofás para sentarse con las piernas cruzadas, una mesa baja donde poner el periódico y esa visión del aire de Madrid pintada en los acristalados ventanales llenos de geranios. Es también la única librería del mundo donde a la una le sirven a los distinguidos clientes que se encuentren en el establecimiento en ese momento una copita de jerez acompañada de unas patatas fritas como aperitivo, lo cual está muy bien pensado, porque los efluvios de las comidas que preparan en el resto de los pisos y flotan en el aire al subir las escaleras, le despiertan a uno las tripas y se las enjuagan en líquidos gástrigos. Y así es, con el jerez y las patatas fritas, como empieza uno a departir con la librera de cómo va el mundo en general y del devenir de España en particular. Raramente de libros.

Por lo demás, el establecimiento casi siempre está vacío; están la librera, un mozo y la mujer de este, que hace funciones de recadera. Cuando hay clientes, uno o dos a los sumo, suelen ser estos profesores extranjeros, conservadores de museos remotos o tímidos y adinerados bibliófilos de provincia. De vez en cuando aparece algún corredor de libros local, y se le ve tratar con timidez y apresuramiento de su negocio, como el subalterno que no encuentra la fórmula satisfactoria de comportarse con el superior y quiere salir corriendo de aquel paso.

Tampoco la librera es muy librera. La mayor parte de sus parroquianos, sobre todo los antiguos, la tratan de tú; en cambio al resto de los libreros de su gremio, que la conocen incluso de antes, jamás se les ocurriría apearla del usted y del doña, al que no obstante tendría derecho por su vieja licenciatura en filosofía que obtuvo cuando las mujeres que iban a la universidad se contaban con los dedos de una mano. Recuerda un poco a la madre de *Qué verde era mi valle*, cosa rara, pues no ha tenido hijos. Hay un aire en ella que hace pensar en la Institución Libre de Enseñanza, algo que ya han perdido la mayoría de las mujeres: una tintura moral característica. Es desde luego una mujer emancipada desde hace cincuenta años, pero no ha perdido un átomo de una feminidad que no precisa apoyarse sin embargo en cosméticos ni confecciones. Al contrario, se ve de lejos que se ha educado en los principios severos

e higiénicos del agua y del jabón administrados con regular frecuencia. La única coquetería que se permite es la de clavarse en el moño el lápiz con el que escribe, lo que le da cierto aspecto de japonesa, o la de lucir algunas joyas de familia, solventes y serias, lo que lleva su parecido al de una de aquellas damas isabelinas tan poco amigas de pamplinas y garatusas.

Cuántas horas ha pasado uno en aquellos sillones, hablando de esto y de lo otro, escuchándola contar historias del País Vasco cuando aún eran aquellas las provincias vascongadas, de su juventud, de la posguerra, de los escritores a los que conoció, de las gentes que pasaban por la librería, de tal o tal compra fabulosa, de tales y tales bibliotecas.

Cuando lo hace, habla de los libros sin codicia. Los ve venir con ilusión, pero los mira alejarse sin pena. Esto en un librero de viejo es cosa infrecuente, pues cuando vienen los libros, raro es que no se quejen ellos de haberlos comprado demasiado caros, y cuando tienen que soltarles las amarras, raro es que no lo hagan con pesar, como quien cierra un negocio ruinoso.

Mi admiración por ella proviene sin duda de que habiendo estado indecibles años en trato frecuente con el mercantilismo, no se haya contagiado de ese espíritu un tanto miserable de la especulación, manteniendo intacto algo muy noble en ella, muy alto y serio.

A veces, en una distracción, aprovecho para mirar las estanterías, con la ilusión de pescar un volumen, pero ella al pronto me hace desistir, abandono mis pesquisas y continuamos nuestras pacíficas e improductivas divagaciones.

Al llegar, como hoy, la hora del almuerzo, espero a que cierre y despida a los empleados para acompañarla luego hasta el portal vecino donde vive.

Es el momento en que me pregunto por el manantial de un afecto que brota tan sin pensar y cuya corriente me lleva a ese amplio delta sobre el que la veo a ella alegre siempre, animosa, risueña, con sus muchos años, con esa cordialidad un poco cortante de las mujeres vascongadas, de una lealtad y fidelidad modeladas en granito, hospitalaria como una de esas abuelas que murieron antes de nacer nosotros y de cuya grandeza de espíritu se habla en la familia durante muchos y largos años, pese a no haber hecho

nada que podríamos llamar extraordinario. Entonces es cuando uno comprende de verdad que la literatura no es más que una disciplina auxiliar de esa ciencia que los más solemnes han llamado vida.

HA telefoneado el juez de Granada. Ha leído el proyecto y quiere tener una entrevista conmigo. Le he dicho que tendría que ser después de volver de Nueva York. Naturalmente se lo he dicho para impresionarle algo, para que no piense que uno es un pobre-nadie que tiene que procurar en provincias lo que le rechazan en Madrid.

Pero al punto me ha saltado el temor de que ese alarde podría haberle causado una mala impresión, y el temor de haber incurrido en tal fatuidad me lleva a confesarle de carrerilla que en realidad viajaremos en un vuelo barato, cinco días, a casa de un amigo. Es más, añado, solo nos gastaremos lo que nos gastemos en billetes de metro, entradas a los museos y hamburguesas en los carritos callejeros; todo más barato que ir a Granada.

En cuanto he colgado, me he puesto a temblar pensando que el pretendiente se me escaparía. Si es un hombre inteligente me habrá calado de inmediato. Si no lo es, no llegaremos juntos ni ala esquina y tomará las del humo. Dios mío. Esto es como casarse no ya por poderes, sino por correspondencia.

SOBRE las cosas mínimas, escritores mínimos y menores, sobre todo lo que llaman menor. Son más libres, pues no se vuelcan en ellos las grandes teorías, los gigantescos sistemas del pensamiento, la atención del teatro de cada día. Las cosas pobres, las cosas desnudas: una peonza, los versos de un oscuro poeta de provincia, un alfiler, decía Soares, prendido a una cinta, tal vez esa cinta de terciopelo con la que juega cada día esa niña, antes de devolverla, con cuánto mimo, a su caja de cartón. Todo lo grande está desnudo siempre. Todo lo grande es pobre. Todo lo grande es pequeño, y no al revés.

X. me ha contado cómo relata una amiga suya, escritora gaditana, el drama de su vida, un fragmento de la España de hoy, en esencia no muy diferente de aquella a la que se referían Cipión y Berganza, en su *Coloquio*, cuando rememoraban ese ansia loca de los poetas que tributan con hambre a cambio de un soneto. «A mí», contaba esta mujer, «me invitan los del Ministerio de Cultura a dar una lectura a algún sitio, a Buenos Aires, a Estados Unidos, a Alicante, y digo que sí. Entonces me mandan ellos los billetes de

avión, en primera. Cuando llego al aeropuerto me están esperando en un Mercedes o en una limusina, me cogen el equipaje y me llevan al hotel, que es de cuatro estrellas, con un cestito de frutas en la habitación, con yacuzi, con un bar lleno de botellitas de champán. Luego, cuando tengo que ir a dar la lectura, se pasan a recogerme en la misma limusina y me llevan al sitio. Después de la lectura, me llevan a cenar a un restaurante buenísimo, con servilletas de hilo y platos muy grandes, donde hay siempre muy poquita comida flotando como una isla en una salsa que es siempre de erizos o de hongos o de cosas exóticas. Voy a dormir y al día siguiente, después de darme un baño de sales, me vuelven a llevar al aeropuerto. En el avión, como voy en primera clase, me dan una copita fría de champán y unos canapés de caviar y, si lo pido, un *whisky* o lo que quiera. Cuando llego de nuevo a Madrid ya no hay nadie esperándome, tomo el autobús y entro en mi casa de la calle de la Madera y me encuentro con que me han cortado la luz por impago».

En la época de Noel, los bohemios pasaban hambre, viajaban en trenes de tercera y vivían con toda la familia, la madre, la mujer, la suegra, la tía soltera, los hijos, en pensiones siniestras. Hoy día, la bohemia corre a cargo del Estado (cuando corre), que está en manos, como decía alguien, de «profesores de títeres».

Un país hospitalario y perfecto sería aquel en el que el Estado sintiese indiferencia por los escritores, y los escritores indiferencia por el Estado. De esa manera el Estado seguramente haría más y mejores carreteras, y los escritores escribirían más y mejores libros.

EXPOSICIÓN Gaya. En lo que a mí concierne estoy desolado y con la sensación de haberme hundido hasta media pierna en el abatimiento. El catálogo, del que soy responsable, apareció diez minutos antes de la presentación a la prensa. Los primeros ejemplares llegaron a tiempo, pero con un defecto grave de encuadernación: las tapas de uno de los tomos cubrían las tripas del otro, y a la inversa.

Al darse cuenta de ello X., secretario del ministro, estaba exultante, como si el contratiempo le produjese una gran alegría. Solo cuando G. salió en mi defensa, con el ministro delante, pareció desilusionarse algo, aunque no renunció luego a sumarse a los elogios, en el más puro estilo cortesano.

La exposición por lo demás es una maravilla, de una belleza incontestable. Está muy bien colgada y servirá, sobre todo, para que esta pintura, que necesita verse en conjunto y no de una manera aislada (como también le pasa por ejemplo a Solana), dé idea de la importancia de un proyecto tan radical, tan moderno. Lo radical, lo moderno, lo extremoso no es hoy, como se piensa, llenar de color una superficie de diez metros cuadrados, sino conformarse con unos pocos centímetros de pintura verdadera donde meter el universo entero. Universo moral y estético: elección de ética y estética.

En esta exposición se ve también que G. no es solo un pintor extraordinario, muy, muy valioso, sino que su pintura es ese raro, precioso y frágil eslabón con toda la pintura anterior, antes de que sobreviniera el desastre de los años diez y veinte.

Como ocurre siempre con la verdadera creación, hay en los cuadros de Gaya sobre todo un sustrato de silencio y de denuncia. El silencio es algo evidente: silencio de sus temas, una sensibilidad silenciosa también y una tradición que él ha hecho suya y que va de Velázquez a Rosales o Solana, de Rembrandt a Van Gogh, pintores silenciosos, solitarios.

No hay en la pintura española un silencio parecido al de esas copas suyas de cristal, esos jazmines deshojados sobre una mesa de pino, sus cacharros refinadísimos de barro, un barro popular, un barro sin nombre, también silencioso, frágil, precioso, sagrado.

En cuanto a su denuncia lo es también callada. No podría ser Gaya, que descreyó desde hace sesenta años de toda vanguardia, de todo escándalo y griterío, no podría ser un artista de manifiesto y ruidosa proclama, sino partidario de una restauración silenciosa. La denuncia son solo esos cuadros: que hayan sido posibles, como son, pequeños, figurativos, con tanto vigor, con tamaña sensibilidad, fuertes en su modestia, en medio de una pintura colosalista, gritona, desgreñada. Son en sí mismos una denuncia frente a todo el arte contemporáneo, y lo son sin necesidad de abrir la boca, con su sola presencia, lo cual, paradójicamente, nos vuelve a dar a un Gaya solitario, por delante, en vanguardia, fuera del alcance de casi todos, sean de la clase de tropa o de la oficialidad.

Si fueran música, y lo son en cierto modo, esos cuadros serían las notas cristalinas, puras, justas de una sonata de piano abriéndose camino en el fragor de una sinfonía no ya concertante,

sino desconcertante y estridente.

Poco a poco los cuadros de G. se han ido oyendo, siempre en su tono, sin forzar ni el volumen ni la escala. Confiado en su voz, obediente a su destino, formidable en un espacio y un tiempo que él ha hecho, como verdadero creador, de la nada. La pintura española es otra después de G., como fue otra después de Solana, al que ni oyeron, ni, cuando le oyeron, quisieron escucharle.

Y el triunfo fue también ver la gente que vino a la inauguración: fulano, zutano, mengano, esos artistas que ayer, ayer no más, trataron de silenciar a un hombre y una pintura que son ya de por sí silenciosos, del rincón en el ángulo oscuro. Y oírles decir que su *Velázquez pájaro solitario* era un libro extraordinario y admirable, y observar cómo miraban esos mismos cuadros que ayer, ayer no más, no habrían siquiera podido ver por tener la mirada ensuciada con otras cosas… Etc. Lo de siempre. Ni siquiera el placer un poco plebeyo de la revancha: se ha sufrido demasiado para las celebraciones.

Vinieron también todos los amigos de Murcia. En medio de todo yo logré olvidar los desaguisados del catálogo, pero ahora, a solas de nuevo, vuelve esa desazón de la obra imperfecta y me entristece que haya ocurrido precisamente con ese catálogo. Y las heces de ese cáliz modesto las he de apurar solo.

HOY, por fin, ha venido a verme el juez de Granada. Un hombre curioso. Parece tener más años de los que en realidad tiene. Me llamó a las ocho de la mañana, y tras de preguntarme si podíamos vemos, se presentó en casa media hora después. M. acababa de salir a llevar los niños al colegio y la casa olía todavía a sueño y camas sin hacer. Pensé en este detalle, abrí las ventanas y antes de que se hubieran disipado en el aire las quimeras de la noche, sonó el timbre de la puerta.

La primera mirada es fundamental, dicen. La que ese hombre me tendió en el mismo umbral no duró ni un segundo. O es muy tímido o es muy inteligente. Malo será que no sea las dos cosas. No sé qué pensar.

Me explicó que tiene en Granada una editorial de libros de derecho. Buscó en un maletín negro un catálogo y me lo mostró. Le eché un vistazo, pero con el estómago en ayunas, me entró como un mareo al leer los títulos de tales mamotretos y observar la tipografía

del folleto. No se anduvo con rodeos: quiere otra *Trieste*. Yo le dije que mi acuerdo con V. era irrepetible y que por tanto yo no podía hacer las cosas aquí de la misma manera: en este caso cobraría una cantidad por libro. Se mostró de acuerdo, pero en cuanto oyó hablar de dineros fue como si le arrimaran un bastonazo, se rascó el cogote, se empujó las gafas de veinte dioptrías hasta dejarlas de nuevo sobre al caballete de la nariz (se le habían deslizado de golpe al oírme la cantidad que pedía), y empezó a plantear el asunto desde otro flanco. Me di cuenta al momento de que el trato iba a ser largo y abrupto. Siempre terminábamos en el mismo hueso: los estipendios. Entonces, infatigable, volvía a la carga desde otra cota, como el que tiene que reducir una plaza fuerte antes de que se ponga el sol.

En ningún momento discutió la cifra que yo daba, pero buscaba con desesperación la fórmula para que ese dinero no saliese de su bolsillo, ya que repetía de continuo que «no le importaba pagarlo personalmente».

Cuando hace un rato ha venido M. y me ha preguntado por el encuentro, se lo he resumido de esta manera: creo que desgraciadamente el juez se ha hecho una idea bastante aproximada de la situación: él quiere una nueva *Trieste*, desde luego, pero sabe que yo no es que la quiera, sino que *la necesito*. En la medida que conoce mi necesidad, que es igual en este caso a mi debilidad, tendrá siempre una ventaja sobre mí.

No obstante, le he dicho a M., también yo he creído descubrir su debilidad. Parece una persona franca, inteligente aunque con una cierta chaladura. Tiene que tenerla para venir a hablar conmigo y para querer editar versos. Es posible también que sea un cartujo con el dinero, siempre en clausura, pero eso en Granada no es un vicio: allí lo es casi todo el mundo. Sin embargo, por debajo de las que imagino morisquetas y astucias de provinciano, también se descubre en él a un sentimental irredento. Si tiene alguna, esa es sin duda su puerta falsa. Y eso le salvará.

BASTA que te sobrevenga una dolencia física, grave o leve, para que sorprendas a tu alrededor una legión de personas que también la padecían en silencio.

EL noventa y nueve por ciento del surrealismo, como decía Chamfort de la locura, es tontería, de manera que el remedio podría

reducirse a un par de bofetones a tiempo.

UN clásico sufre como un romántico, pero no lo dice.

ALGUIEN, a mi lado, contaba ayer en el «Estrella de Campos» un ligue de este fin de semana. Le embargaba su propio relato y no reparaba que podía ser oído. «Entonces ella me dijo que no, pero tú ya me entiendes, como quien dice *sácamela para adentro*», y tenía esa frase el tintineo de aquellos casticismos que se usaban en las verbenas y bailes de la Bombilla.

DENTRO de una hora nos meterán en un avión camino de Nueva York. Nos habían dicho que se tardaba seis horas, pero ahora nos confirman que tardaremos nueve porque nos hacen subir a Groenlandia para bajar a continuación por la costa canadiense. Es, desde luego, más exótico, pero no tiene ninguna gracia la perspectiva de esas tres horas más en el aire. Se conoce que a juzgar por el precio del pasaje este es en efecto un avión de pobretes comprado en un desguace, y nos reexpiden a una de esas rutas absurdas por las que solo circulan aviones de turistas y aviones argentinos de los que luego caen en los Andes, y cuyos supervivientes se comen unos a otros para no perecer entre los hielos.

Quién sabe. Me deprimen los aviones y los aeropuertos. Me deprimen los autobuses y las estaciones de autobuses. Los barcos me inquietan y los puertos, pasado el primer momento de entusiasmo, también me deprimen, con ese olor a petróleo, a algas y a pescado podrido. Solo me gustan las estaciones de tren y los trenes, quizás porque los trenes ponen un poco de orden en el desorden que es ya en sí un viaje. Hay un punto del que se parte y otro al que se llega y, uniéndolos, una línea de la que es absolutamente imposible salirse. Más rápido el tren o más lento, eso da lo mismo. Lo importante es que en un tren siempre ocurren las mismas cosas, los mismos pueblos, las mismas estaciones. Incluso los pasajeros son siempre los mismos, con las mismas caras, las mismas conversaciones, las mismas manías. Uno piensa, duerme, ve parejas cosas y reiterados paisajes por la ventanilla. El viaje es una alteración, pero el tren nos fija a la costumbre.

No estoy tranquilo en este aeropuerto. Por eso escribo: como otra más de las disciplinas auxiliares de la sofrología. ¿Cómo evitar la idea penosa del accidente?

M., por el contrario, lee despreocupada como en su sillón preferido de casa. Resulta difícil comprender que un miedo comoeste mío, tan objetivo, la deje indiferente, inmune a mis palpitaciones y al sudor frío que me humedece las palmas de las manos. Eso despierta en mí un vago resentimiento, y me pone de un humor vidrioso.

Una vez, viniendo de Barcelona, el avión empezó a estremecerse con estertores de mal agüero. Miré a los ejecutivos que minutos antes estaban bromeando con su *whisky* en la mano. Se habían desanudado el nudo de la corbata y demudados y con los ojos desorbitados estaban pendientes de la cabina del piloto. No solo habían dejado de beber. A una legua se veía que tenían todos la boca seca. ¡Qué serenidad entonces la mía! Busqué un papel y empecé a redactar una especie de testamento, que interrumpí al comprender que si nos estrellábamos lo último que encontrarían sería ese papel. Siempre que salen por la televisión imágenes de una catástrofe aérea, hierro, papeles, personas, plásticos, aparecen diseminados en un radio de dos o tres kilómetros, y hechos añicos, como si alguien lo hubiera triturado todo concienzuda y pacientemente en pedacitos de un centímetro cuadrado, para terminar metiéndolo en unas bolsas de basura de plástico negro.

Está bien tener estos pensamientos en la sala de espera de un aeropuerto, porque le entonan a uno y le van preparando para, alegría, alegría, la vida eterna.

(…)

Llevamos casi tres horas de vuelo. Nos han dado una manta y una comida que contra la opinión general de M., yo he encontrado muy sabrosa (seguramente porque temo que sea la última). A continuación nos pusieron una película absurda de una doctora bióloga que se fue a la selva del Africa a vivir con un rebaño de gorilas muy feroces. La gente la seguía con aplicación y gravedad, como si asistieran a una lección en un simposio.

Nada más despertarme, hace un rato, y al comprobar aguzando el oído si los motores sonaban bien, descubrí en ellos un nada tranquilizador soplo ventricular, como unas inquietantes turbulencias. Durante cinco minutos hice un esfuerzo sobrehumano para no molestar a M., pero al final no he podido soportarlo más y me vi en la necesidad de ponerla al corriente de mis sospechas. ¡Ah,

si yo tuviera humorismo! Con cuánto amor M. ha tratado de tranquilizarme, pero no he podido evitar pagarle con una pequeña traición: busqué desesperadamente con la vista a la azafata.

El descubrirla unas filas más adelante sonriendo y dando cabezadas a uno y otro lado tal como acostumbra hacer la reina Isabel de Inglaterra al atender y corresponder a las aclamaciones de su pueblo, me ha tranquilizado algo. Como si toda esa lozanía, me he dicho, fuese lo más lejano de la muerte. Esa es la razón de que las busquen tan guapas, supongo.

Entonces la llamé, y me dijo ¿desea algo, señor? con una voz de terciopelo (ay, estos lugares comunes tan exactos) que me hizo recordar las palabras de Turgueniev: «La amó con ese amor sin esperanzas, como se ama bajo el frío y la nieve de los años, donde el corazón se vuelve no joven, sino inútil e infructuosamente joven».

Al momento la vi alejarse por el estrecho pasillo con un contoneo estudiado y pertinente, o sea, de esa manera que mueven las caderas las mujeres cuando quieren decimos que defenderían su virtud, aunque sin llegar al martirio.

Me imagino, solo por acortar esta espera y distraerme del ruido de los motores, cada vez más anormal, que esa azafata se me insinuara de no sé que manera para meterme en una combinación excitante. Yo creo que sí la seguiría hasta el lavabo, y allí…

Un bache. Dios mío. Me he quedado lívido. Otro. Van dos. ¿Es que nadie ha oído la expectoración tremebunda de uno de los motores?

(…)

He maldormido una media hora eterna. Quedan todavía algunas horas de vuelo. El tiempo pasa desesperadamente lento. Acaba de despertarnos L. a M. y a mí para que viéramos desde arriba Groenlandia. Si vuelvo la cabeza todavía se ve, allá abajo, todo blanco, con la lengua de un glaciar avanzando hacia el mar, un inmenso continente blanco. Es en verdad un espectáculo aparatoso y magnífico que hace que por el momento me olvide de la inminente catástrofe.

Está todo despejado y el azul del cielo es muy puro, como si el oxígeno saliera de un laboratorio y no de la naturaleza. Debe de hacer daño respirar un aire como ese. A un lado también, un poco más abajo de nosotros, se ven unas nubes muy blancas que parecen,

vistas desde arriba, un rebaño de coliflores.

(…)

Llevamos ya más de una hora en este aeropuerto de Nueva York. Es un lugar siniestro.

Parece una terminal para gente de tribu, inmigrantes, chicanos, españoles. No es ni siquiera una sala de espera, sino una nave sucia, de techos muy bajos y con la escayola destrozada, como si acabaran de bombardearlo unos terroristas. El suelo tiene una alfombra de basuras de diez centímetros, latas vacías y abolladas de cocacola y envoltorios pringosos de helados y donuts que a la gente se les pegan en la suela de los zapatos.

El ritual de sellar el pasaporte fue humillante. El oficial que inspeccionó mi visado se entretuvo dos minutos mirando alternativa y sucesivamente mi cara, la foto de mi pasaporte y uno de esos «Se busca» que disimulaba bajo el mostrador. Era de esa clase de policías que sabe que basta mirar a cualquier persona inocente de una manera especial en un lugar como una aduana, para que termine poniéndosele cara de narcotraficante.

L. y M., que ya habían pasado, no me quitaban la vista de encima, angustiadas, como si mi alma se la estuviesen disputando encarnizadamente las fuerzas del Bien y del Mal.

En las paredes de la sala de espera todo el mundo ha escrito algo. La gente viste de una manera extravagante que ha dejado de serlo, porque nadie llama la atención, de manera que esto más que a una terminal de aeropuerto se parece a un entreacto en la representación de *Aida*. Por otro lado, casi todo el mundo es negro. Van vestidos con túnicas de colores vistosos y calzan unas zapatillas deportivas aparatosas y sucias. No hay policías ya, no hay empleados del aeropuerto, sino gente muy rara que nos mira de una manera rara. También se parece mucho todo esto al patio de una cárcel. Esa es la explicación por la cual la gente escribe su nombre en las paredes. Unos lo han hecho con rotuladores de colores; otros, con la punta de sus navajas.

El aterrizaje fue muy bonito, si es que un aterrizaje puede serlo. Llegamos en el momento justo en el que empezaba a caer sobre NY una nevada copiosa. Era como si aterrizáramos a cámara lenta. Desde el aire daba la impresión de que arrollaríamos y desbarataríamos un enjambre de camiones, camionetas, autobuses y

otros mil vehículos extraños que desplegaban una actividad febril, sin tropezarse, sin detenerse, sin desmayar, como las abejas en la boca de una colmena.

Era ya de noche, y los haces de luz se cuajaron de copos que caían con violencia y nos rayaban la mirada.

En un momento todo se cubrió de nieve, las pistas, las mercancías, los camiones de carga. Solo se veían las luces a ras del suelo, casi tapadas por la intensidad de la nevada, temblando de una manera fantasmal y sombría, y, de pronto, aquel aeropuerto que había sido unos minutos antes algo lleno de un hervor constante, pareció paralizarse, quizás porque la nieve tiende a silenciarlo todo e inmovilizarlo. En eso la nieve es como la memoria.

Hemos quedado aquí con J., pero todavía no ha aparecido nadie. Llevamos esperando una hora.

Sentado en la maleta, sigo escribiendo las páginas de este cuaderno.

Son trazos nerviosos, como los del pintor que está en su velador del café y pinta al buen tuntún la gente que se le va poniendo delante un poco sin que ellos se den cuenta. También yo confío en que las muchas horas de provinciano me permitan hacer ahora algo en medio de esta descosida barahúnda, y es mejor escribir que no hacerlo, porque algo de todo esto quedará para siempre, incluso aunque nadie lo lea.

Estoy cansado. Me siento un Silvio Metelo cualquiera que hubiese llegado desde Emérita Augusta a Roma tras penosas jornadas.

Esta escena del aeropuerto es deprimente, también porque me parece haberla visto ya en muchas películas, de manera que en cierto modo uno se sorprende insensibilizado a toda esa vida, a toda esa belleza, porque parece la belleza y la vida de otros.

Una niña, mestiza, con los ojos muy negros, aburrida ella también de esperar aquí horas y horas, ha venido a mi lado a mirarme escribir. Lleva una boina grande, como las que usaban los panteras negras. Es una niña preciosa. Ni siquiera me atrevo a sonreírle. Oigo cómo su madre la llama desde lejos, aterrada y nerviosa por verla junto a un extraño. En mi dibujo, en estas líneas, ella no es más que un trazo que seguramente no reconoceré cuando

más tarde vuelva a él, pero solo por el gusto de dejarla corretear en este cuaderno intento fijarla para siempre.

Me he acordado de mis propios hijos. Piensa uno en emigraciones y exilios, y sin poderlo evitar brota de la roca viva del alma una cierta tristeza en lo más hondo. Imagino que estarán durmiendo. Calibro y ajusto mis horarios para tratar de situar conprecisión lo que estarán haciendo en este preciso momento, y me paraliza la certidumbre de que siempre puede ser peor.

(…)

Con el desbarajuste horario son las cuatro de la mañana de nuestro cansancio y las diez hora local.

Al fin llegó J., retrasado al parecer por el caos que esta nevada había ocasionado en toda la ciudad, de manera que, tras un corto trayecto en uno de los autobuses del aeropuerto, nos condujo hasta el metro. El encuentro había producido en nosotros más que alegría nerviosismo, como si J. fuese el capitán que venía a dar fin a una larga vida de náufragos. Por otro lado estábamos tan cansados que apenas teníamos fuerza para estar contentos.

Creo que lo del metro fue un gran acierto, porque a continuación tuvo lugar una visión que jamás podremos olvidar en todos los días de nuestra vida, ni M. ni yo.

Nos apeamos en Pen Station, donde era preciso emerger a la calle, recorrer doscientos metros y, en una estación cercana, tomar el tren que nos conduciría a Princeton.

Según íbamos asomando por la boca del metro, subiendo las escaleras, una ciudad iluminada parecía venírsenos encima. Respiramos ese aire frío de la noche, las calles estaban nevadas, pero las rodadas de los coches habían formado un lodo sucio en los relejes de la calzada, que contrastaba con la blancura de las aceras y las fundas de nieve intacta de los coches aparcados. Fue entonces cuando J. nos invitó a que volviéramos la vista, y allí, a nuestras espaldas, magnífico, imponente, como una coctelera rutilante, estaba el Empire State iluminado. Creo que durante unos segundos se hizo un gran silencio a nuestro alrededor, como si hubiera enmudecido toda la ciudad, y no nosotros. Sentí lo mismo que el día en que descendí por vez primera en la montaña rusa. El vértigo en esta ocasión era el mismo, pero haciaarriba, y lo notaba en el estómago, subiendo por la tráquea para alojarse en el cerebro. Por

desgracia también se parecía todo aquello a una secuencia de *Blade Runner*, con lo que de sustracción implica: dejábamos de vivir para que nos viviera un recuerdo.

Recorrimos lentamente la distancia que había entre la boca del metro y la estación de ferrocarril. A mí me dolía la nuca de mirar hacia arriba, porque, primero, no terminaba de dar crédito a la escala de la ciudad, y, segundo, tampoco comprendía cómo algo que había visto miles de veces en las películas podía sorprenderme de esa manera.

El viaje fue un tanto largo, de casi una hora, y estaba previsto que en Princeton Junction viniera a recogernos un amigo italiano de J., ya que el último trencito que une este apeadero con el pueblo propiamente dicho ya había pasado.

Al llegar a Princeton Junction los ocho o diez viajeros que se bajaron allí desaparecieron todos en menos de un minuto, pero el amigo de J. no apareció por ninguna parte. Nos quedamos nosotros cuatro solos, a la intemperie, debajo de la marquesina del andén. Daba un poco de miedo, porque estaba todo desierto, los andenes, las taquillas cerradas, todo. A horas normales parece que abren una sala de espera para que la gente no se congele, pero también la habían cerrado.

Yo empecé a pensar que un momento como aquel era el oportuno para que yo, de ser negro, aprovechase para asaltar a cuatro blancos paletos, de manera que cada minuto que pasaba dábamos mentalmente gracias al cielo por seguir con vida.

J. nos dijo que a esta estación venía Thomas Mann a recoger a sus amigos, pero el dato no nos hizo entrar en calor.

Desde el mismo andén se veían los campos de los alrededores, todos nevados, y las carreteras vacías, y a lo lejos algunas luces de tabernas y casas dentro de las cuales seguramente la genteestaba junto a un buen fuego. La imagen de una ventana iluminada en medio de la noche, vista desde fuera, le reconcilia a uno con todo. No hay nada más hermoso que la armonía de la luz, amarillenta y débil, derramándose sobre las foscas formas, inatendidas y agazapadas en el temor y la desolación. Si los hombres pudieran desdoblarse y pensar cuando padecen la ansiedad y el tósigo de la vida en sus cuartos cerrados, e imaginar la ventana de ese mismo habitáculo suyo visto desde la calle o a lo lejos, en medio de la

noche, si eso fuese posible, los padecimientos se verían reducidos a la mitad, solo porque en el viaje de dentro a afuera ha de dejarse el lastre de lo obsesivo, sin contar con que al estar fuera uno ya es otro y se ve como otro, y las penas de otro son siempre menores que las nuestras propias. De manera que aquellas luces de los alrededores de Princeton Junction hacían de nosotros algo mejor, nos hacían soñadores, iguales a quienes dentro de aquellos cuartos iluminados estarían pensando sin duda en estaciones, aeropuertos, barcos, en las tierras lejanas de donde nosotros venimos.

De vez en cuando pasaba sin detenerse a más de doscientos kilómetros por hora, camino de Filadelfia, algún tren expreso que levantaba del suelo una nube espesa de polvo de nieve, del que a duras penas podíamos guarecernos y que tardaba unos segundos en posarse de nuevo en el suelo.

A veces veíamos a lo lejos los faros de un coche que se aproximaba, pero invariablemente al llegar a la altura de la estación giraba a mano derecha y se perdía por un paso subterráneo. Divisamos también un taxi a lo lejos, que acudió a nuestros gritos, pero al llegar a una altura prudencial, nos observó sin bajar la ventanilla y dio media vuelta.

Cuando llevábamos más de media hora en esa situación, cada uno de nosotros fue haciendo el cálculo de los dedos de los pies a los que tendría que renunciar por congelación y gangrena. M. llevaba unos zapatos muy apropiados para una fiesta de noche y yo, en vez de abrigo, una gabardina fría y delgada como oreja de un gato. Ni siquiera hablábamos porque al hacerlo se nos filtraba por la traquea una larga y aguda aguja de aire helado que nos punzaba los pulmones con sádica alegría.

Cuando estábamos dispuestos a tirarnos sobre la nieve y a esperar la muerte, apareció P., el amigo italiano. Llegaba en un viejo coche que, nos dijo, no había querido arrancar porque el motor estaba hecho un bloque de hielo.

La casa, por fortuna, nos esperaba con una calefacción muy potente y unos maravillosos yogures de medio litro, con toda clase de frutas dentro.

Estoy contento de estar aquí. No le pasará nada a mi reputación de misántropo por pasar cinco días fuera de casa.

HEMOS amanecido temprano, hora de aquí. Entraba el sol a

manos llenas y se quedaba en el *parquet* de madera como una alfombra. Lo primero que hicimos fue asomamos y ver el lugar al que ayer habíamos llegado de noche. Lo que hace apenas diez horas era una masa sombría de árboles y setos, esta mañana, con un cielo azul intachable y bruñido, eran abetos con las ramas nevadas y jardines que parecían tener encima un acolchado edredón de nieve, y esparcidas por la pradera nevada casitas como estas, medio de madera, en las que parece estar colándose a todas horas Santa Clauss por las chimeneas.

Una ardilla va dando saltitos sobre la pradera nevada. Saltan también las ramas de los cedros al ceder y liberarse de una carga de nieve. La primera me ha parecido la imagen de la felicidad. La segunda, de la poesía, algo que cae y algo que se eleva. Y nos acordamos de la dama de Amherst, la menuda y maravillosa loca: narcisos, nieve, petirrojos; un corazón no precisa más para hacernos saber que sufre o es feliz.

Lo mejor de los viajes es que uno no puede pensar las mismas cosas que cuando está inmóvil. Y ese cambio, en tanto no se convierte en otra rutina, nos parece positivo y beneficioso justamente porque nos ha convertido en unos desconocidos, sobre todo para nosotros mismos.

Hoy hemos hecho lo que hace cualquier turista. Fuimos primero a la Frick Collection, donde todo está tan escogido, tan cuidadosamente dispuesto que hasta lo menor parece mayor. Más que gustarnos, nos impresionaron los dos Vermeer. Hemos visto cuatro en nuestra vida. Fue como desarropar un brillante de su traje de terciopelo rojo o terciopelo negro. Y Rembrandt y Van Gogh, los antiguos, los modernos y…

No parecía NY. Eramos los únicos visitantes en ese momento. Luego entraron dos viejecitas de estas que llevan un impermeable color amarillo y se aferran con violenta determinación a su bolso de mano.

Sonaban nuestros pasos en las tarimas del suelo como si estuviésemos recorriendo una casa particular.

Allí dentro se sentía no obstante nostalgia de algo. No de la pintura, puesto que la había y de manera abundante. Era quizá nostalgia de un lugar más grande. Era como estar en una isla.

Al salir nos encontramos una ciudad limpia de humos por la que

corría a escape un viento helador que desciende, al parecer directamente, de Alaska.

Al cruzar las calles, el viento, que huía en todos los sentidos, cortaba la cara. Solo para mantener las manos calientes compré en un puesto callejero un vaso con té hirviendo, de manera que iba visitando NY como aquellos curas que iban a llevar la comunión a los enfermos, con el copón pegado al pecho. Nos hemos acordado de Proust que compraba una patata caliente para llevarla en el bolsillo del gabán.

Ni qué decir tiene que mi gabardina no me quita el frío. Se arreglaría todo entrando en unos grandes almacenes y mercando un anorak con plumas de ganso embutidas en el forro, pero cuesta tomar la decisión de desperdiciar unas horas, de manera que decido sustituir el plumón por una coraza hecha de hojas del *New York Times*, como los mendigos de Central Park.

De la nieve de ayer quedaban algunos vestigios pegados en los bordillos de la acera y en el parabrisas de algunos coches.

El cielo estaba enteramente azul, con un azul muy barato, como el de las postales. En él se recortaban todos los rascacielos, cada uno con su forma particular, la torre de Chrysler, la de la ITT, las gemelas, la negra de Trump. Estos rascacielos, que en cualquier rincón de Europa los encontraría uno detestables y vulgares aquí parecían muy convenientes y apropiados. Parecían así, todos juntos, como frascos de perfumes en la repisa de un cuarto de baño. Si se tomaran cien tarros de perfume, con sus formas decó y sus líneas vagamente futuristas, y se les hiciera del tamaño de estos rascacielos, saldría NY.

La escala de la ciudad es, por otra parte, tan abusiva que parece que no quedara en ella lugar para las confidencias. No es como el París de Balzac, la Roma de Stendhal o el Londres de Dickens. No es el San Petersburgo de Tolstoi. Supongo que es como en las películas: En NY están separados más que en parte alguna el ámbito de lo privado y lo público. Lo privado sucede siempre en los interiores, en apartamentos cerrados, en restaurantes, en casas particulares, en museos. Lo demás es tránsito. Tránsito en el sentido clásico, de muerte; tiene uno la sensación, de pronto, de que las calles solo sirvieran aquí para ir de un apartamento a otro y para que te peguen un tiro. De ahí la paradoja, pues esta ciudad que

parece muy viva no está en realidad sino muy muerta, algo en lo que nadie se mostrará de acuerdo.

J. nos llevó a tomar un aperitivo a un restaurante noruego en otro de esos edificios en los que han metido, en un patio acristalado, bambúes de veinte metros de alto y loros del Yucatán. No era especialmente bonito, pero al entrar uno, sin querer, decía: aah, como cuando un trapecista cruza la carpa de un circo dando volteretas.

LA verdad es que han sido muy comprensivos conmigo y ya me han dejado visitar dos librerías de viejo. Una, la Franco-Española, de la quinta avenida, cerca del Flat Iron, y otra, en la cuarenta y cinco, casi esquina con la quinta.

La primera era una librería destartalada, llena de polvo, que estaban desmantelando, con estanterías de color pardusco y paredes ahumadas por el tiempo, la contaminación y los cigarros. Había libros raros, ediciones antiguas y extraviadas de Max Aub, treinta o cuarenta ejemplares de *Moralidades*, libros de Cela de los años cuarenta, y de Sénder, de Rosa Chacel…

En el piso de abajo, que reservaban a la parte francesa, dormían en un estante diez ejemplares del *Journal* de Larbaud como recién salidos de las prensas de Gallimard, saldos de los libritos de Seghers, alguna primera edición de Eluard años cincuenta, y otros tomos descabalados, errantes, taciturnos y curiosos, que uno lleva persiguiendo años en todos los desvíos y encierros de Europa, aunque no siempre para una lectura inmediata, todo hay que decirlo. Allí estaban, a precios irrisorios de hace cincuenta años, un dólar, tres dólares, dos y medio… Diez dólares, el más caro, un libro magnífico italiano sobre los Macchiaioli, y otro de Stieglizt, ocho dólares.

Dentro de unos pocos años esta librería la habrán desguazado, si no mañana mismo. Olía a maderas viejas, papeles viejos picados de humedad, cocidos en la salsa de la erudición y la misantropía. De pronto, le llegaban a uno vapores como de palomitas de maíz, pero no era sino el olor del salitre de las paredes, en las que la humedad había dibujado toda la cartografía fantástica del mundo…

Lo único desagradable fue la cajera, un loro también del Yucatán, a la que indignó que uno solo se llevará libros de un dólar. Reaccionó colérica, con un ataque de nervios que hizo que le

saltaran por los aires las horquillas del pelo. Gritaba que era imposible que me los llevara a aquel precio, del que se supone que también me hacía responsable. Exigía una reparación, poco menos. Al ver que yo accedía de buena gana a que alterara el precio de todos ellos, se quedó pasmada más que tranquila: de un soplo se le evaporaba el argumento de su mala uva y me miró con la boca abierta por encima de las gafas, aunque se vio que no renunciaba a una venganza: el que ponía un dólar, lo subió a tres, el que ponía tres, a seis y el que ponía diez, lo dejó en doce. Eso apaciguó bastante la intransigencia de aquel sargento de caballería que vivirá todavía otros cien años después de que cierren ese ruinoso negocio en el que no obstante entraba un rayo de sol puro y dorado, un rayo sumamente voluptuoso que rozaba el lomo de las encuademaciones como si fuera un gato.

La otra librería, a la que hemos ido esta mañana, mientras M. y L. se iban a comprar una máquina de fotos, está en pleno barrio judío. Se llama Gotham. Estaba llena de esa gente que saca Woody Allen en sus películas: intelectuales que iban vestidos de intelectuales, como Sherlock Holmes iría vestido de Sherlock Holmes: sus sotabarbas, sus gafitas doradas, su entrecejo fruncido, sus pipas, y ellas (cincuenta años) con sus pantalones ajustados, sus jerseys negros existencialistas, labios sin pintar, bigotes sin depilar y melenitas sin teñir las canas en peinados que recordaban a los pajes de los Reyes Católicos…

Compré un libro precioso del poeta irlandés Padraic Colum, del año 27. Un bestiario con ilustraciones. Me gustó la edición.

A la salida fuimos a buscar a M. y L. Nos cruzamos con muchos judíos, lo que nos hizo creer que ese fuera su día de mercado. Se les veía sucios, con sus tirabuzones grasientos y la *kipá* prendida con un clip en el cogote, llevando sus pasos astutos tanto como fatídicos y dolientes no se sabe por dónde. Parecían todos dependientes de una casa de préstamos. Era como estar en la *giudecca* de Varsovia. Se veían hombres, pero no mujeres.

Un viejo, con el sombrero negro, los tirabuzones blancos, la barba sin afeitar, venía al lado de su hijo de unos cuarenta años,

también con sombrero, los tirabuzones y esos trajes negros con los hombros llenos de caspa y manchas de yeso y harina por todas partes. Al lado también un hijo del hijo, con sus pequeños tirabuzones no más limpios, aunque más graciosos, muy seriecito y triste. Iban despacio y representaban en ese momento la cofradía de la mugre. Los judíos siempre han pensado que eran mejores que el resto de los hombres. O peores. Es su forma de soberbia: jamás se han contentado con ser como todo el mundo.

Es una raza extraña. Han logrado salir de los guetos de Europa y los crematorios nazis y viven contentos en el gueto de su pelambre y de su traje negro miserable.

Por otra parte estos de la calle 45 son dignos de lástima. Ser judío y pobre (a menos que envíen todo lo que ganan a Judea) es tan absurdo como ser obrero y de derechas.

(…)

Cenamos en un chino de verdad, del barrio chino, donde solo había chinos, carteles en chino y capones chinos en las bateas de la calle. El restaurante se parecía a un bodegón gallego, solo que lleno de chinos. La cena fue modesta y exquisita: mejillones picantes y una sopa de grelos. Entraba y salía de la cocina mucha gente misteriosa que no eran del restaurante, seguramente parroquianos del crimen, pero no tuvieron necesidad de disparar un solo tiro. Y entraban más que salían.

Fuimos después andando, dando un paseo, a un bar italiano a tomar un helado. Se había quedado una noche serena. Incluso se veían las estrellas. Estábamos todos, creo, íntimamente contentos del viaje, de la jornada, de aquella noche tan apacible. Andábamos sin detenernos, pero despacio, como cuando uno recorre esa ciudad de la que quiere partir pronto, porque cree conocer ya su secreto.

LA visita al Metropolitan nos ha dejado mudos de admiración. Desde la misma entrada, espectacular, grandiosa, llena de grandes ramos de flores frescas, hasta el menor rincón, aquel donde el crepúsculo recogía a unas figuras y una barca, en el cuadro de Corot.

No puede hablarse mal de un país que ha levantado ese museo. Hay quienes piensan que para algo así basta con el dinero. La mujer que hizo a su muerte una fundación para que nunca faltasen flores frescas en el Metropolitan, es alguien que está más cerca de Proust

que de Reagan, se mire por donde se mire. El hombre de negocios que dejó dotada una sala para que pudiera estar abierta dos horas más de lo normal, es alguien al que pudo mover la vanidad o el interés, pero gracias a él hemos podido ver un Brueghel extraordinario en el que un grupo de aldeanos hacían la recolección y la siega.

No sabemos lo que serán los pueblos del medio Oeste americanos. Tampoco ha ido uno jamás a visitar los Monegros. Del Metropolitan podría decirse que es un rompeolas. Mientras exista, toda la vulgaridad americana se estrellará en él. Vulgaridad americana: tampoco muy diferente de la de los barrios extremos de Londres o de París o Madrid. Ya lo decía Chamfort: los negros de Europa son los pobres.

El dinero, es verdad, hace que un museo así esté limpio y con más guardias, pero la gente aquí hablaba en voz baja y los escolares no pegaban carreras delante del Pantoja de Velázquez ni los chicles en las vírgenes de Bellini.

(…)

Por la noche J. nos llevó a cenar a un lugar donde se tomaba una sopa de tapioca y montañas de cangrejos de mar que te echaban en un montón en medio de la mesa, sin platos, sin cubiertos, solo con unas pinzas para partirles el pecho coriáceo. La manera de comerlos era un tanto humillante porque sin advertencia alguna, a traición, una camarera dotada con dos pechos apostólicos (recordaba cada uno la cúpula de San Pedro de Roma) te colocaba por detrás un babero de plástico que te llegaba hasta la cintura, mientras le aplicaba a uno en la oreja las palpitaciones ecuménicas de su abultada humanidad. Eso, en cambio, parecía entusiasmar a muchos otros en cuanto la divisaban. Todos aquellos feligreses bebían como animales y pegaban unos gritos de cavernícolas ante la visión de los cangrejos tanto como ante la visión de la camarera, llegándoles ambas invasiones, crustáceas y glandulares, en generosas cascadas y en medio de una nube de vapor hirviente, sazonada con el olor del comino, la pimienta negra y el laurel. El restaurante estaba de bote en bote, y resultaba muy deprimente ver a todo el mundo, en todas las mesas, devorando aquellas montañas de humeantes y rojos cangrejos del Atlántico y con los dedos metidos en la boca hasta la tercera falange. Es imposible comer

mariscos sin resultar un troglodita. Puede parecer paradójico, teniendo en cuenta el precio que alcanzan los percebes, las gambas, los langostinos, las nécoras, pero no existe nada tan plebeyo como pelar una gamba con los dedos o chupar la cabeza de un langostino entre delatores sorbetes.

HOY, al ir al MOMA nos encontramos con una exposición antológica de Warhol. Fue una suerte y nos alegramos todos mucho, porque de ese modo con no entrar ya teníamos visto lamitad del museo. La otra mitad la miramos a la carrera, los Rothko, los Klein, los Pollock, los Motherwell… Tales cuadros eran lo más parecido a unos ricachones de balneario: solo se les ve dinero, porque la salud la tienen por completo quebrantada. No eran más que muertos acartonados. Es en esa clase de museo en el que uno percibe, mejor que en sitio ninguno, el aspecto de feria de atracciones que tiene el arte moderno: se le ve a cada pintor con su número, un número sin gracia, pobre, solo que allí parecen ya esa clase de artistas que no es ya que no puedan subir al trapecio: ni siquiera se sostienen de pie. M. encontró para ellos la imagen adecuada: son como los electrodomésticos; a los cinco años no sirven y se vuelven viejos, con esa fealdad de lo viejo, de todo aquello que al no tener utilidad ninguna pasa a la categoría de trasto sin conocer la nobleza de volverse antiguo. Y no es ya que se vuelvan inútiles, pues al fin y al cabo todo arte lo es. Se vuelven sencillamente inservibles e innecesarios, y eso en su cuadro de valores es muy grave y les vuelve… patéticos.

(…)

A la salida pasamos por delante del Plaza. Vimos bajar de una limusina con los cristales negros a una rubia espectacular, algo mayor, con un abrigo de visón hasta los tobillos y unas deportivas de color carmesí. No pudimos fijarnos si era guapa o fea. Era solo un mazo de billetes de banco nuevecitos, con su faja alrededor.

Luego entramos en Fao Schwartz, el paraíso de los juguetes. Vimos un reno hecho en peluche, de tamaño natural. Costaba un millón setecientas mil pesetas. Si tiene precio es que alguien lo comprará. Imagino al niño del jeque árabe jugando con el peluche del tamaño de un dromedario en su tienda mora, en medio del desierto. Nosotros nos compramos dos

yo-yo

y dos artilugios que al soplar sostienen en el aire una bola de papel que se menea como una hierba, ambos muy apañaditos. Nada tan aburrido como poner cien juguetes juntos. En cierto modo ocurre algo parecido en literatura: nada invita a leer menos que esas macrolibrerías «donde encuentras de todo». Son justamente en las que falta siempre ese libro que habría de resolvernos una tarde crucial en nuestra vida, porque nada como Babel para guardar silencio.

Andando, mirando escaparates, llegamos hasta el estadio metropolitano. Habían bajado tanto las temperaturas que no me importó anudarme la bufanda como si tuviera un dolor de muelas. Como dice el refrán, nada como el frío para pulverizar el sentido del ridículo.

Debía de haber un partido de baloncesto o un combate de boxeo porque se metía mucha gente al estadio. Cerca de la puerta de entrada, a punto de desmayarse, había un negro alto, joven, medio desnudo, con una desnudez de esclavo. Extendía el brazo para pedir y gemía, más que lloraba. Me muero de frío, gritaba, y daba unos pasos tras de algún transeúnte elegido al azar, que se sacudía como podía esa molesta presencia. Por favor, me muero, gritaba. La gente pasaba indiferente a su lado. Un mendigo puede decir «tengo hambre» y no sabremos si miente, pero cuando un hombre medio desnudo, a casi quince grados bajo cero, grita que se está muriendo de frío, hay que creerle.

Lloraba como un niño. Lloraba y lloraba con lágrimas limpias que iban a morir en sus manos vacías. Por favor, por favor, decía. Y temblaba, se le doblaban las rodillas como para caerse y la carne de su piel se amorataba y se enrojecían sus ojos.

Tanto si era verdad (que se estuviese muriendo de frío) como si fingía (desnudándose para ello, y corriendo el peligro de una pulmonía) la escena nos quitó las ganas de seguir mirando más escaparates donde una blusa de seda cuesta ciento sesenta mil pesetas. Fue lo contrario de lo que sentimos el otro día por la noche ante el Empire State: algo desgarrador nos bajó del cerebro para agarrotarnos la boca del estómago.

HEMOS dado muchos paseos por Little Italy y por Chinatown, y hemos visto el puente de Brooklyn, desde abajo, y la estatua de la libertad a lo lejos… NY nos pareció una pequeña ciudad de

provincias, irreal, del novecientos. El cine ha terminado haciendo de esa ciudad algo frágil, como el humo, como los sueños, como unos decorados que se caerán unos sobre otros, tal y como se pliega una caja de cartón vacía o la maleta de un mago.

EN Manhattan, junto a una iglesia, bajo la sombra de los rascacielos, un pequeño cementerio separado de la acera por una verja de hierro. Era una verja baja, con pequeñas lanzas que más que defender servían para apartarla del río humano. No había siquiera hierba entre las tumbas, que no puede crecer porque ahí abajo jamás llega el sol. Era al atardecer. Tumbas como todas las tumbas, lápidas hundidas en la tierra, nombres borrados por los hielos y los líquenes, y muertos como todos los muertos. En los vitrales de la pequeña iglesia se apelmazaba el polvo. Y un pequeño milagro: al pasar a su lado se oía el silencio de los muertos como en cualquiera de esos pequeños cementerios de aldea en la ondulosa y melancólica Inglaterra.

EN cuanto se hace de noche nos vemos obligados a tomar uno de los trenes que nos llevan de vuelta a Princeton. Es lo único fatigoso de este viaje. Hay que ir y volver. Así cada día. Llegamos reventados. Apenas hablamos. Nadie habla. La luz de los vagones es amarillenta y tísica. A veces se va durante unos segundos, entre parpadeos nerviosos. Cuando vuelve de nuevo, las pupilas se contraen con dolor. Ese trallazo lo acusan los músculos de la cara. Nadie se mira a los ojos. El tren puede tener un parecido con los que sacan a los mineros de las galerías de antracita. Es igual en todas partes. Podríamos estar viniendode Torrejón a Madrid. Solo que estamos en NY. Pienso esto y siento de pronto un gran alivio de no pertenecer a esa ciudad.

Luego, el trencito hasta Princeton, el pueblo, las casas en las praderas, las paredes de madera pintada de blanco y los árboles que plantaron aquí los primeros colonos, árboles que me parecen retraídos e indescifrables, frondosos y mudos, en los que por las mañanas oigo cantar pájaros en una lengua que tampoco conozco. Es curioso que algo que hace cuatro días nos era hostil y ajeno, nos parezca ahora tan familiar y sin embargo, en cuanto nos es familiar, nos ha empezado a resultar extraño. Me asusta: quiere decir que podría acostumbrarme.

Esta tarde se parece mucho a Europa. Pero no es Europa. La

diferencia está en que cuando estamos en Europa jamás se nos ocurre pensar de nada de cuanto nos gusta, que se parece a América. Cuando se está en Roma nunca diría uno que se acuerda de NY o de Virginia. Muchos rincones de NY me han recordado Italia. El péndulo de la nostalgia, aquí, siempre avanza en un sentido y jamás retrocede. Un tiempo distinto de todos los tiempos: en Europa lo que se anda se desanda. Aquí jamás vuelven la cabeza atrás.

MIENTRAS J. y M. miran unas postales que hemos comprado, tomo estas notas en la estación de Filadelfia. L. se ha ido a comprar unos caramelos. Esperamos el tren que habrá de llevarnos de vuelta a Trenton. Allí ha quedado en recogernos P. para llevarnos a cenar a un restaurante en el que al parecer cerraban sus tratos los de la mafia, allá por los años dorados.

Ha sido un día de cierto descanso. Como era domingo estaba todo cerrado. La sensación de una ciudad desierta.

El Museo es espléndido, en el mismo tono que el Metropolitan. Al no tener nada propio, los museos americanos tendrán que conformarse con tener un poco de todo. Eso les da, por otra parte, un aspecto raro, como de comida india o china, todo muy desmenuzadito y variado. O de potaje, en el caso del Moma. Claro que vimos también algo que por fortuna no tenemos en Europa: la sala de Duchamp. Resulta patético verlo, *a él*, en un museo. Es como ser testigo de una escena infamante: el padre libertino que tras haber predicado a gritos la amoralidad y el libertinaje, le arrima un guantazo a su hija por haber llegado un minuto más tarde de las diez de la noche. O al revés, el padre que tras defender con enérgica violencia la castidad, se desliza en el dormitorio de su hija, mientras duerme, y la viola. Ese es el espíritu de la vanguardia: el mañoso italiano que tras dejar tendidos quince hombres en un charco de sangre, pasa por delante de una joyería, entra, elige y paga una cadenita de oro con una cruz para regalársela a su *mamma*. Y no es que Duchamp sea la parte más débil, más vulnerable de la modernidad, frente a una parte fuerte representada por los Rothko y demás. Unos y otros representan la misma comedia: unos como policías malos; otros, como policías buenos. Todos defienden lo mismo: el derecho (con acopio de jurisprudencia y teoría intrincada) a entrar en los museos de pintura

sin necesidad de pintar.

Hay quienes piensan que no hay que decir cosas como estas, bien porque crean que las vanguardias han pasado ya definitivamente, bien porque a estas alturas son incontestables; que no hay que obsesionarse con ellas ni llevar de nuevo la burra al trigo; que exigen de nosotros una mayor «finura» de juicio y de crítica, es decir, que cuando se trata de enjuiciar movimientos erróneamente progresistas tanto política como literariamente, nos piden «templar gaitas». Pues no. Los surrealistas y demás vanguardias jamás tuvieron sentido del humor, contra lo que se piensa. En el fondo eran todos muy seriecitos. La burocracia bretoniana (correspondencia, pendencias, riñas, boletines) es candorosa. Los viejos vanguardistas escarnecieron todo lo anterior. Bien, el escarnio se vuelve ahora contra ellos. Mientras haya alguien a quien moleste o irrita que se llame a Breton o a Duchamp pícaros y sisleros (ellos llamaron cosas peores a gentes de más talento solo porque eran más viejas), es porque las vanguardias ni están muertas ni están afianzadas del todo, contra lo que se cree. Esa es una batalla que hay que seguir dando, como la batalla contra los fascismos, los totalitarismos y fanatismos de toda laya. (Por cierto, para seguir irritando a las almas bien pensantes, hay que recordar que la revolución rusa y las vanguardias nacieron de la misma guarida, así como que el fascismo lo apuntalaron los futuristas, de la misma manera que los escritores jóvenes españoles en 1936 creían con candor que solo se podía ser comunista o fascista, los Giménez Caballero, los Arconada, los Alberti).

LLEVAMOS ya cinco días en Madrid y todo lo de NY nos parece una aventura lejana en la que no hemos participado del todo, como ocurre en los sueños a veces. Tiene uno la sensación de que el destino de los americanos es llegar a todo seis horas después que los demás, para su irritación, pues han comprendido que son con respecto a Europa lo que Roma fue con respecto a Grecia, lo cual es, por otra parte, bastante inexacto.

PENSAMIENTOS que remen corriente arriba. Sí, ¿y después, al llegar a las fuentes? ¿Dejarse caer con la corriente? Mejor ir tierra adentro, donde no hay ni ríos.

LA verdad sucede siempre muy lentamente. Y a solas. Y en silencio. Y sin testigos.

COMO moscas de matadero, que nacen fornicando. Otelo. He ahí la poesía. Cuando es pensamiento también nace solo, como los tábanos, y como estos ha de zumbar mientras se sostenga en el aire.

QUE crezcan estos papeles como higueras entre las ruinas.

ME he encontrado con X., después de cuatro o cinco años. Me ha agasajado con la galantería de que si no me conociera, le gustaría más lo que yo escribo. Le he respondido que si le parecía bien, me iba a casa y me cortaba las venas en el baño. Me contestó, muy molesto, que no le había entendido, aunque lo cierto es que uno mismo renquea del mismo remo: ¿cuántos de nuestros contemporáneos nos parecen mejor de muertos?

La elegancia indumentaria de un hombre no estriba, contra lo que se piensa, en sus corbatas o sus trajes, sino en sus calcetines. Es algo que no vale la pena siquiera explicar. Sí valdría la pena, en cambio, intentar comprender por qué razón la mayor parte de los mejores escritores son tan poco elegantes. Y no se refiere uno a lo astroso (que a menudo es elegancia también; pensemos en Paulhan o en nuestro Ferlosio, con sus pantalones de tergal gris, sus zapatillas a cuadros, su cachaba, su camisa sucia y el puñado de moscas tejiéndole una corona sobre la cabeza), sino a esa vulgaridad que es no pensar ni un minuto en cosas que en efecto no tienen la menor importancia. Justamente por eso: la elegancia es pensar un minuto en lo que no vale ni un minuto, al contrario que el *dandy*, inelegante también por pensar dos donde sobraba con uno.

COMO siempre en invierno las madrugadas del Rastro son lo más hermoso de Madrid. El barrio vale poco, ya no tienen carácter ni las calles ni las casas. Queda, si acaso, un eco de otro siglo en las fogatas que algunos organizan como soldados de retaguardia y en el olorcillo de la tahona y la fábrica de churros. No se verá, sin embargo, una concentración mayor de ilusiones y sueños, del que vende porque sabe que vale muy poco lo que vende, y del que compra, porque cree que ha encontrado un tesoro debajo de los adoquines. Y qué hermosa frase oída al paso, entre dos buhoneros que comentaban lo arrastrada y lodosa que les ha venido a estas alturas la vida: «No tengo nada, y la mitad me sobra». Qué estoicismo tan español. Solo un pueblo que llega a sentir eso de verdad pudo haberse lanzado a la conquista de sus quimeras, desde

don Quijote a los pobres figurantes de Galdós en pos de un destino de chupatintas o una localidad en el paraíso del Teatro Real.

Esa frase extraordinaria es exactamente lo contrario de otra de la que solo recuerdo que provenía de una obra calvinista: «Todo lo que no se da se pierde». La primera tiene el genio, es decir, el derroche de todo un pueblo; en la otra solo hay cálculo o escrúpulo de una pequeña y siniestra comunidad de prestamistas y comerciantes.

AUNQUE debería añadirse que ese pueblo, el nuestro, está compuesto por individuos que, además, se gritan unos a otros en el café aquella frase que según Gaya tanto maravillaba y suspendía a María Zambrano, como esencia de lo español: «Eso que me va usted a decir… ¡¡es mentira!!».

FRASE, con todo, más tolerable que esa otra que se escucha en los cafés de Europa, de una hipocresía repulsiva: «Dígame usted, ¡soy todo oídos!».

ESTA mañana me he tropezado con una de mis vecinas. Las llamo a ambas *hola*, y no me equivoco. Me ofrecí a subirle la bolsa de la compra, pero se negó de un modo que a mí me pareció inamistoso, en tanto su perrillo de lanas empezó a ladrarme y me amenazaba los tobillos, como si sospechara la naturaleza de mis pensamientos para con su dueña. Si tuviésemos la certidumbre de que *ellas* tienen la misma clase de deseo que nosotros, seríamos sin duda mucho más audaces. Pero *ellas* sienten tarde, y cuando sienten, padecen.

A uno a veces le gustaría tener alas. Para meter debajo la cabeza.

HACE una semana me llegaron los ejemplares de *El mismo libro*. ¿Qué es lo que ha cambiado en mí? Hace años con cuánta alegría recibía mis libros nuevos. Eran en verdad criaturas vivas, asomando la cabeza por encima del nido.

Tengo la sensación ahora, cuando llegan, de que son hijos que irrumpen en una casa llena ya de criaturas donde se pasa hambre. Miro los anteriores, desmedrados, con flecos de raquitismo y esa indefensión en la mirada de los chicos de quienes un padre demasiado severo, o solo desconcertado con la vida, no puede ocuparse.

Pero uno es un hombre sentimental y acoge al nuevo con los

brazos abiertos, le mira la cara, busca la paternidad en el parecido e incluso encuentra humor para hacerle unas cucamonas con el dedo en la barbillita. No escarmentaremos.

Ya he enviado o entregado entre mis amigos diez o doce ejemplares, pero quedan conmigo otros treinta y ocho que iré enviando un poco sin saber porqué.

Recuerdo que Baroja refería de Galdós, con esa memoria tan agraviada y contable, que este cuando publicaba un libro, agasajaba a los críticos, escribía cartas a los directores de los periódicos de Madrid y de provincias, algunas manuscritas, halagándoles, haciéndose el humilde, y decía él que había visto tres o cuatro cartas de esas del escritor canario, al que por cierto Baroja como escritor se lo debe… casi todo.

A Baroja eso le parece el colmo de la hipocresía, a mí en cambio me entristece un poco. Nada más. Lo entiendo demasíado bien. Me parece más ridículo entrar en la academia y pedir el voto de los señores académicos para adoptar la pose luego de que no se ha ido nunca a una sesión. ¿Entonces para qué se ha entrado?

No sé. De modo que uno también agasajará a los críticos, a los periódicos. Al cabo de unos días empezaré a notar el hueco de todos aquellos que nunca contestarán al envío con su carta hipócrita o fría o de pura fórmula, y entonces algo en nuestro interior reclamará con indignidad esa contestación, porque el hombre que ha dado el primer paso en este camino, encuentra preferible el insulto o el desdén al silencio, y solo cuando el desdén es irreparable creerá sinceramente que se habría conformado con el silencio.

Si al fin quedara todo entonces definitivamente en el silencio, sería una buena recompensa para un libro que nació de él. Pero pasadas dos o tres semanas, irán apareciendo las primeras críticas en los periódicos.

Si yo fuera como Baraja, diría que no pienso leer ni una, y que las meteré todas en un baúl, para leerlas de viejo, pero para ese cinismo no tengo yo condición por ahora.

Qué secreta vergüenza sorprenderse leyendo con avidez la reseña de uno de nuestros libros. Entonces, solo porque en esa ocasión es uno el protagonista efímero de esa gacetilla, con qué humillante, con qué meticulosa seriedad vamos leyendo palabra por palabra, buscando no se sabe qué sentidos ocultos ni qué elogios

inteligentes, hasta encontrar en esa media página de periódico más oportunidad, sinceridad, agudeza, inteligencia y justicia que en todas las medias páginas con que se llenan los periódicos y en las que jamás hubo inteligencia, agudeza ni justicia.

Se eleva al tiempo de nosotros un modesto burbujeo gaseoso, eufórico, y no queremos atribuirlo a ese elogio, pero nos satisface en el fondo que las cosas hayan venido así, y no, como tambiénocurre, de manera inamistosa, antipática, violenta, desagradable, cuando un buen día un pequeño crítico decide hacer un escarmiento con tu libro y en media hora dinamita la vieja casa en la que vives y procuras vivir ni envidioso ni envidiado.

¿Siempre será de la misma manera? Cómo me gustaría, ese es mi sueño, que llegara el día en que solo con mis amigos tuviera yo trato de libros, que nadie viera en mi retraimiento ni orgullo ni rareza, sino inclinación natural a no separarme de unas criaturas que encuentro algo desvalidas. No saber de periódicos, no saber de listas de ventas, no saber de críticas.

Miro el paquete con los libros nuevos. Tengo la sensación de que voy a venderlos a una tribu de gitanos, yo, con esta astucia triste del que conoce las puertas falsas y todas las artimañas.

Se empieza a rodar la película sobre G. en Valencia. Al final ha salido, pero en absoluto como estaba previsto: no iremos ni a Roma ni a México ni a Venecia ni a París: se rodará en Valencia y en la calle de Cuchilleros. Bien está.

Han pedido un guion, pero se les ha dicho que no se puede hacer un guion de algo que justamente será una larga conversación con G. mientras esa conversación no esté terminada. No lo entienden. Discusión de tres horas con la realizadora a quien han dado este trabajo porque estaba en el paro, a punto también de la jubilación.

Es una de esas personas a las que uno no dirigiría la palabra si el azar no la hubiera plantado en medio del camino, como un pedrusco. Ayer, cuando terminamos de rodar en el estudio de G., salió corriendo a su moderno hotel de las afueras de Valencia y se pasó la tarde viendo el partido de fútbol, ella sola, comiendo patatas fritas y bebiendo cocacolas. Nos lo contó esta mañana llena de alegría, como la criatura más satisfecha de la tierra: había ganado su equipo.

LAS carreras son largas y lo normal, supongo, si se aspira a ello, es llegar a tener cien mil lectores, pero lo difícil es siempre conservar los cien primeros, los que en verdad cuentan.

LEO que S. tomaba extracto de genciana y tisana de centaura y azahar, y combatía los efectos de una fiebre pertinaz con dos o tres granos de opio, adormidera, supongo. Necesariamente una sociedad como aquella, en la que el dolor era *además* señor de la vida, tenía que ser por fuerza mucho mejor que esta nuestra, que ha conseguido domeñarlo con 0,1 gramos de ácido acetil salicílico, mucho más eficaz, pero bastante más vulgar. Al dolor hay que darle mucho más de lo que la sociedad del bienestar está dispuesta a concederle. Seguramente seríamos más virtuosos, pacientes y comprensivos.

ALGUNOS días se levanta uno con ganas de escribir contra los españoles. No, como Cernuda, contra todos los españoles, genéricamente; no: sino uno por uno.

ESA idea me la ha inspirado la realizadora y su maravilloso equipo de TV. Estamos rodando ya en Madrid. Es más cómodo para todos. Resulta un rodaje extraño: R. y yo debemos crear un clima de cierta confidencialidad, de cierto silencio, en medio de unas gentes a las que les da lo mismo el trabajo que están haciendo. Entran, salen, tiran las colillas en la alfombra y pasan con absoluta indiferencia junto a los cuadros de R. A la una y media, se esté como se esté, desenchufan y se largan, aunque se hunda el mundo, aunque sea ese el punto en el que mejor se estaba trabajando, el momento en el que R. estaba más animado para hablar, para recordar, para urdir toda esa ficción que es una película sobre lo real y la verdad. Aquí sí tendrían que ir de la mano la verdad y la realidad, pese a nuestros refinados eléctricos y cámaras. Estos, a la hora crítica, que anuncian con el ruido de las tripas y bostezando sin consideración, cierran el diafragma de las cámaras y se largan a comer unos callos y unas mollejas a las tascas de abajo. Supongo que los que no estén sindicados en Comisiones lo estarán en la UGT (o sea, muy estrictos con la hora de terminar, pero muy poco con la de empezar, salvando lo que ellos llaman con una gran laxitud *tiempos muertos*, en los que se comen el bocadillo, se echan un cigarro y simplemente «descansan»). Incluso el otro día nos hizo propaganda sindicalista nuestra imprevisible *metteuse en scène*,

quien por cierto, para congraciarse con el maestro, le dijo, en lo que ella entiende como el *summum* del séptimo arte, que quería hacer una película como las de Bergman. Al pobre R. casi le dio un soponcio si no hubiese sido por C. que estaba al quite y le alargó un vaso de agua para ayudarle a pasar la trufa.

Las nuestras, delante de la cámara, son largas conversaciones sobre su vida, sobre gentes que él ha conocido, sobre el exilio, sobre pintura. Es una delicia tener a un hombre como G., libre como pocos, sin vanidad ninguna, sin interés en sí mismo, hablando horas y horas sin quejarse, resignado a esa tortura de las cámaras y, sobre todo, los camareros y la gobernanta, que hay que verla para creérsela (como nuestra *concierge*).

En nuestra entrevista no hay nada establecido. A veces, como hoy, hablando de Venecia, se crean unos momentos maravillosos, emocionantes, hechos de casi nada, la niebla de la Piazzeta, en invierno, de noche aún y la voz de un niño que vende periódicos «*Il Gazzetino, Il Gazzettino*» aleteando junto a las palomas… o como el otro día, hablando de Paestum, cuando recordaba el día en que vio por primera vez el templo de Neptuno, con las ovejas pastando entre los capiteles de mármol caídos y comprendió la idea cabal del clasicismo, de la vida en la obra de arte, pujante como la hierba nueva entre las piedras muertas…

Los del equipo, hijos todos del pueblo de Madrid, en cuanto calaron a la realizadora, le perdieron el poco respeto y crédito que le guardaban, y establecen con ella unos pugilatos vergonzosos, pero en un tono de zarzuela, entusiasmados de tenernos a nosotros como auditorio.

Hoy por ejemplo la realizadora le ordenó hacer un plano al cámara y este se negó en redondo diciendo que un plano de esa manera saldría hecho un churro. Los eléctricos y los de producción se llevaban la mano a la boca a modo de mampara para esconder y mitigar las risas. Ella, colérica, daba saltitos de ira como las chinches, y cerraba los puños furiosa, y el cámara terminó mandándola a freír espárragos. Como se dice en el argot, la salvó la campana, porque sonó la hora del almuerzo. A la vuelta los ánimos estaban más templados, pero el plano no se rodó. En los breves descansos también se insultan encarnizadamente y la única preocupación de C. y mía es tratar de que esas trifulcas no lleguen

hasta R., que solo tiene ganas de terminar con todo esto para ponerse a pintar.

EL verdadero milagro de Lourdes no estuvo jamás en las dudosas curaciones de aquellos pobres y desesperados, desamparados y desahuciados enfermos, sino en la congregación ferviente que, noche tras noche, a la luz de las antorchas y los cirios, daba fe de algo que excede, con mucho, la virtualidad de los cuerpos. El verdadero milagro no es curar a los enfermos, sino que estos se congreguen por miles cada noche desde hace cien años.

CUANDO cerré la novela de X. en la página cincuenta di gracias al gran Dios por esa decepción. Sería injusto que además de la admiración que le profesa todo lo que más detesta uno, tuviese la nuestra.

EN unas tijeras cerradas con la punta hacia abajo nos mira siempre Valle Inclán.

ESTA mañana se ha producido una escena en el Rastro de las que le dejan a uno pensativo.

De lejos, en la calle del Cordero, vi un grupo de gente, de pie, con las manos en los bolsillos, en corrillo. Estaban esperando que uno de los rastreros terminara de sacar los libros de un canasto y los echara al suelo.

Por el tono y color de los libros sabe ya uno si habrá de esperarse cosa de sustancia o no, como saben los pescadores de bajura, y aun los de altura, si habrá pesca y de qué clase solo por el color y mansedumbre de las aguas.

Cuando uno va en el Rastro tras los libros de viejo, o cualquier otra futesa, debe comportarse igual que con la caza, y disparar raudo, y, si puede, cobrar la pieza, conforme a lo establecido por Ortega en el prólogo al tratado de montería del conde de Yebes, y si le es posible, echarla con sigilo al morral, si es pequeña la pieza, o camuflarla entre jaras, a la espera de horas de menos tránsito para retirarla en secreto a fin de no levantar las codicias del prójimo.

Al llegarme al silencioso conciliábulo descubrí, inadvertido en su montón, un folletito de Martínez Ruiz. En circunstancias normales no habría sido difícil recogerlo del suelo, pagarlo y seguir nuestro camino, pero las circunstancias eran excepcionales: delante tenía a X. que montaba su guardia sin moverse.

X. es poeta y desde hace unos meses buscador de libros. X. es

magro de carnes y miope, y sus cincuenta años parecen más bien sesenta por la desmejorada color del semblante, que decían nuestros clásicos.

Inicié, pues, un movimiento envolvente para tratar de llegar a la primera fila y rescatar aquel libro de la chusma que lo oprimía, pero X., que vigilaba con un ojo al librero y con otro a mí, se percató de la operación, tensó los músculos del cuerpo, descubrió la trayectoria de mi mirada, aplicó a la parábola la tabla de logaritmos como hacen los artilleros, y en menos tiempo que la luz descubrió el escuálido *Azorín*. Percatarse de ello y lanzarse sobre el banco de aquellos jureles de papel fue todo uno, y ante la mirada atónita de los concurrentes cayó sobre el montón con los brazos abiertos, como los misacantano el día de su ordenación. Al levantarse, sacudiéndose el polvo con una mano y sosteniendo el hallazgo en otra, me dedicó una sonrisa pérfida de triunfo, aunque tampoco podríamos hablar de una sonrisa: apenas formaba un leve pliegue sombrío en un rincón de la boca.

Mi orgullo herido solo tuvo una modesta compensación. X. escuchó que tendría que pagar mil quinientas pesetas por *la pieza*. El habla siempre de *piezas*, no de libros. Un pequeño estremecimiento sacudió la pinganilla que le colgaba de la nariz y aquella terminó cayéndosele en la manga de su gabardina. El tembleque fue violento, debido no tanto a su avaricia como a tener que aflojar tal cantidad en mi presencia, después de haber hecho correr por todo Madrid que «jamás pagaba por libro ninguno del Rastro más de cien pesetas».

Qué hombre. Con ese aspecto, el romadizo crónico y la destilación, el *celtas* emboquillado en un extremo de la boca, como lo tascan los proletarios, la gabardina (una de aquellas gabardinas cortas, por encima de la rodilla, de tergal, blancuzcas, de tanto uso entre los galanes del cine francés de *Cahiers du cinéma* y los funcionarios de la BPS de la época de Franco), sus deslustrados zapatos de rejilla (aprovechada sin duda de alguna silla de los salones galdosianos)… Es como una criatura salida de nuestro costumbrismo. Incluso me tomé a broma cuando me aseguraron que seguía siendo estalinista. En él me pareció un exotismo inofensivo, como si me hubiesen contado que era partidario de Robespierre o de La Fronda.

Al principio, cuando J. M. faltaba algún día, hacía el recorrido con él. Habla poco. A veces lo hace de política, ideas de una gran exaltación. Los socialistas, que le confinaron durante unos años en un destino atroz en Ciudad Real, son sus enemigos naturales. Desde entonces les ha jurado un odio eterno que no le impide aceptar las invitaciones del Ministerio de Cultura cuando le llevan a recitar sus versos aquí y allá. Para tales ocasiones tiene siempre preparada una frase de repertorio: «Hay que aprovecharse». También dice con gran cinismo: «Llámame perro y échame pan».

En una ocasión R., de la cuesta de Moyano, me preguntó: «¿Quién es ese? No lo había visto antes. ¿Es que ese hombre no trabaja? Se pasa de pie en la caseta toda la mañana. Le digo que se largue de aquí y que me deje en paz, se aparta un trecho, pero termina otra vez pegado a mí. ¿Es que no tiene dignidad?».

Le informé de que era un poeta, un premio nacional de poesía, y R. me contestó: «¡Aaah!», como si se tratara de un hecho inexplicable.

Desde entonces no le ha vuelto a llamar la atención, pero yo informé al interesado de aquella conversación con R.: «Fulano, el librero tal dice que no te puede soportar ahí toda la mañana plantado, sin hacer nada, esperando a que suelte los libros en el tablero». «Me da igual lo que diga», me contestó: «No pienso irme. Llámame perro y échame pan». Y se rio de una manera que daba escalofríos oírla, sin quitarse de los labios la toba del cigarrillo, como si solo él conociese lo que a cada uno de nosotros nos depara el destino…

Alguien que le conoce de la Cuesta de Moyano hizo de él un retrato exagerado. Según él X. vendría a ser como uno de esos buitres que se posan al lado de las piltrafas de un animal muerto y al que un león, que está dando cuenta de su presa, le ahuyenta de un rugido. El buitre la primera vez pega un respingo, abre las alas y se aparta tropezando unos metros. Al cabo de un rato, no obstante, empieza a aproximarse de nuevo. De nuevo el león le arrima un rugido y de nuevo el buitre se distancia unos metros, aunque en esa segunda ocasión algunos menos que la anterior. Así varias veces, hasta que el león, cansado ya o con la andorga llena, se despreocupa de él y entonces el buitre se acerca con cautela y consigue meter su corvo pico en las suculentas viandas, riéndose

para sí. Es desde luego una versión más descamada del «llámame perro y échame pan».

Un día nos enteramos de que contaba por ahí que J. M. y yo le dábamos conversación mientras compraba libros para distraerlo y arrebatarle las *piezas*. A mí no me pudo ofender porque esa locura me hizo gracia, como cuando supimos que traía de casa primeras ediciones de este y del otro para que le viéramos con ellas y creyésemos que acababa de comprarlas en cualquier rincón del Rastro. Algo así es seráfico y de la misma manera que se conservan y restauran monumentos, habría que restaurar y conservar locuras como esa, siquiera fuese por sostener el prestigio de la literatura.

Aquel antiguo y noble oficio de venir al Rastro ha cambiado algo, lo ha cambiado X. con sus trazas un tanto fúnebres, con su bolsilla de plástico y su aspecto. Le vemos de lejos, viene como un dibujo al carbón, silbando melodías de sepulturero, y de pronto todo se oscurece bajo su necromanía aguda. El tiempo en que todavía no venía él sí que era vida. Iba uno tranquilo, sin prisas ni agobios, disfrutando del frío de las mañanas o de los amaneceres estivales de Madrid. Se charlaba tranquilamente. Se dejaban algunos libros para una segunda vuelta, con la esperanza de comprarlos más baratos… Desde que llegó X. hay que andar deprisa, pues su voracidad insaciable acabaría con todo.

Sus poemas, sin embargo, me gustan, son líricos, machadianos, tristes, con indecible y verdadero sentimiento. Muchos son amorosos. Parece milagroso que ese hombre haya encendido alguna vez en su vida tales fuegos sagrados o los haya avivado en otros. Nadie lo diría. Él entero suena a cascajo y sus toses de fumador de tabaco negro forman siempre un alboroto de tambor de hojalata; en cambio sus poemas tienen un timbre de metal noble, modesto pero muy hermoso.

Ahora se le divisa a lo lejos como un trazo gris, con su talego de plástico, sus cuatro alondras muertas y sus trazas de poeta triste, cada día más triste y consunto…

Muchos de los libros que compra luego los vende o los vendía a otro librero de viejo. En uno de los bolsillos del pantalón guarda sus listillas de libros en libretas aculatadas y grasientas de las que tacha, apunta, coteja precios y lleva el asiento de su locura. En el otro, un fajo de billetes de banco que no caben en un puño, mazo

abultado como el que se echan encima los feriantes de ganado y atado con un elástico.

Nadie diría que alguien así tuviera una visión lírica de nada, ni de la vida ni de todo lo demás.

Una vez le pedí que me diera versos suyos para editárselos. Me confesó que todos los libros suyos que encuentra en las librerías los compra, se los lleva a casa, los encierra en un armario y los retira para siempre de la circulación.

Los amigos comunes que no le conocen de estas escaramuzas aseguran de él que es hombre divertido y de humor cáustico, pero luminoso. Es muy posible.

También nos han dicho que nos ha tomado un odio fiero, sin explicación, instintivo. Y también eso es muy posible.

DESPUÉS de haber trabajado durante casi un mes en el guion de la película, pensándola para dos horas, me han ordenado acortarlo por la mitad. Eso está muy bien, porque la mitad de ese trabajo habrá que tirarlo a la papelera.

La verdad es que ya no se puede hacer nada. A la vuelta del verano nos aseguran que veremos una copia definitiva. M. me tranquiliza diciéndome que la película ha de ser necesariamente buena porque en ella solo aparecen imágenes de Gaya. Sí, es *intrínsecamente imposible* que esa mujer pueda meter la pata, aunque… Un día nos dijo que a ella no le importaba mezclar una botella de Vega Sicilia con gaseosa cuando come chorizo, por el efecto que le hacen las burbujitas con el picante.

HE tenido durante toda la noche vagos, perturbadores sueños. No recuerdo el escenario ni los pretextos, pero me he visto metido durante cuatro o cinco horas con X. en un atrafagado tanto como ininterrumpido y lúbrico lío de cama no apto para menores.

Me desperté de aquella cama y me vi como cada mañana en la mía, al lado de M., que ha debido sorprender en mí tal expresión de perplejidad y desconcierto que me ha preguntado en qué había estado soñando. Tal vez si no hubiera repasado el sueño, se hubiese borrado, como ocurre tantas veces, al contacto con el primer sorbo del café del desayuno, y marchado por el sumidero intestinal.

Como era sábado nos quedamos un rato más remoloneando, nos volvimos a dormir y a las once bajamos a hacer la compra. Apenas llevábamos quince metros recorridos de la calle Barquillo nos

encontramos justamente con X. Era la escena de una comedia. X. no ha debido de entender por qué me ruborizaba al verla. Por mi parte pensaba que es mejor que el Creador haya hecho insondables y oscuros los pensamientos humanos y M., la única que podía observar con objetividad y conocimiento toda la escena, estaba más que divertida.

Es curioso cómo en los sueños, al menos en los que tiene uno, no se anda uno diciendo «te quiero», ni con dulces caricias. En los sueños o se sueñan cosas muy raras o indescifrables, o se cometen unas obscenidades sin lenitivos, propias, como decía el gran Baroja, del cerdo, del mono, con el agravante de que a los sueños no se les pueda dar la absolución.

En la calle de Serrano, sentada en el suelo, estaba esta tarde una gitana portuguesa. Era vieja, con un mantón de lana negro que le caía por la espalda y unas sayas también negras que le llegaban a los tobillos. Las medias, los zapatos, el pañuelo de la cabeza eran negros también. Había puesto delante, sobre la acera, abierto por sus cuatro puntas, como un campo de cebada, un pañuelo de hierbas donde parpadeaban algunas monedas sucias. Ella levantaba su cara atezada y cuarteada hacia los transeúntes que pasaban. Sus ojos eran verdes, también del color de la cebada cuando nace en marzo. Era una mendiga, pero había en toda ella tal distinción, tan aristocrática majestad, que parecía haber salido de un libro muy antiguo y en cierto modo así parecía ella sentirlo, pues recibía aquellas monedas más que como limosnas, como pago por dignarse venir hasta nosotros, modelo de una belleza superior, de un siglo mejor que este, cuando los reyes que recorrían los caminos de Europa iban camino de la horca o la guillotina y los mendigos de las posadas esperaban sentarse en un trono.

Me he encontrado hoy, en un montón de papeles, el prólogo que escribí para ponerle al libro de poemas. Está sin terminar. Lo abandoné cuando decidí no publicarlo. ¿Por qué decidí no publicarlo si lo que más me gustan son los prólogos? Un libro lleva la mitad andado con un buen título y un buen prólogo. Es difícil hablar de uno mismo sin afectación y sin faltar a la verdad. Seguramente eso me decidió a dejarlo inconcluso, y así lo doy ahora, por hacer que este cajón lo sea en verdad de sastre.

Decía así: Hay en este libro no pocos paisajes; los de la

naturaleza remiten, supongo, a los del alma, los espinos en flor, la hojarasca del Retiro, las calles del barrio de Hortaleza tienen su correspondencia en tal o tal momento interior.

De no haber sido escritor y descartando que yo pudiese ser músico, me habría gustado ser pintor, uno de esos pintores que, en los meses de buen tiempo, muy de mañana o al atardecer, salen al campo, a un camino, a un rincón de su ciudad, uno de esos pintores que en los días lluviosos, fríos y desangelados, se quedan en su casa pintando naturalezas muertas, y dedican las noches a dibujar a la luz de una lámpara o a meter la punta de un buril en una plancha de cobre. He sentido siempre grande y verdadera admiración por ellos, y la humildad y observancia con que reiteran sus temas y paisajes, sin importarles ni preocuparles repeticiones, recurrencias ni parecidos, me emocionan y conmueven.

Un poeta da testimonio de su vida, de sus grandes sueños tanto como de sus tribulaciones, sentimientos a menudo inexpresables. Acude, para sacarlos de su caverna, a la realidad. A ella y a sus símbolos se atienen, creo yo, estos poemas. El tono cansino y apagado que me parece percibir en alguno de ellos, responde, quién sabe, a esa misma realidad, sujeta a su eterno retomo. Como el pintor, está uno a merced del paso de las estaciones, en manos de su costumbre, su trozo de naturaleza y de camino, tanto como a merced de los males incurables del alma; la suya propia, y la de su tiempo.

Esto explica, tal vez, ciertas melodías de tono bajo, simbolista, que a mí no me molestan en absoluto, pero que comprendo que a otros, partidarios del solemne hermetismo contemporáneo, les produzca cierto desasosiego.

Si alguien, sin embargo, ateniéndose a lo dicho, me calificara de poeta menor, o poeta simbolista, creo que me enfurecería, no porque para mí tengan importancia los grados en la poesía, sino porque al decir menor y simbolista le están mandando a uno a los últimos casilleros de la vida. Lo grande y lo pequeño no tienen objeto en arte, y mentiría si dijese que no quiero ver mi nombre entre el de mis maestros, todos grandes, todos pequeños.

La rima, como se sabe, es un conocido recurso para arrancarle a la pared las sombras en ella reflejadas. Es, desde luego, un recurso limitado para la ilimitada belleza y la complejidad moral del mundo

a los que el poeta se atiene, pero sobre esos mismos relejes se ha ido ya muy lejos. En mi caso se ve bien, cuando las utilizo, que se trata de rimas, más que de anticuario, de almonedista, un tanto acascajadas, pero que expresan con vaga fidelidad mi amor por las músicas de antaño, más modernas y actuales aún que las del día; y, claro, sin contar con lo que en la rima va de memoria y de tiempo, asuntos estos muy graves para dilucidarlos en este prólogo.

Nunca me he tenido por un decadente y los decadentismos, como los dandismos, me resultan, en general, antipáticos. El sentimiento que dictó no pocos de estos poemas fue muy otro, el de resistir, el de revelarse, desde la vida, desde la realidad, contra la muerte propia y de las cosas con todo el vigor de que he sido capaz.

La mayoría de ellos fueron escritos aquí en el campo, o en Madrid, y tratan, como es lógico, del campo, de Madrid, y de uno mismo. No figuran en su orden cronológico, pero esa desorganización refleja con exactitud la que mueve mi vida.

(…)

HOY, 22 de junio, la fortaleza ha sido tomada por M. A. del A., titular del juzgado del distrito número 6 de Granada. Las capitulaciones firmadas no podrían haber tenido distinto sesgo. Después de veinte bravos asaltos el Juez ha conseguido que me resigne a no percibir emolumento ninguno en tanto no se obtengan beneficios de las ventas de los libros, lo cual, tratándose de poesía, significa en la práctica que de momento los haré gratis. A cambio, él se ocupará de todo lo demás: facturas, imprenta, papel, distribución, envíos. Estamos en el mismo lugar que en *Trieste*, aunque me consuelo preguntándome cuántos habrá en España, jueces o no jueces, que quieran gastarse su dinero editando a Jammes, a Pimentel, a Leopardi, a Sánchez-Mazas en las condiciones en que él lo hará. Bastante es que quiera ser la horma de mi locura. Mi sino no obstante es seguir igual de pobre, si acaso no más. Pobre y ojalá que libre. El Juez: eufórico; o sea, un sentimental, como sospechaba. La alegría de uno es grande, pero no indescriptible. A la nueva retorta donde majar los sueños la llamaremos *La Veleta*, que es nombre muy granadino y propio para quien señala siempre el mismo punto no a causa del óxido en el vástago, sino por soplar los vientos siempre del mismo confín.

SI todo Londres huele a *curry*, todas las ciudades de Francia

(incluida naturalmente París) huelen a apio. Es esta una observación incontestable, aunque, por desgracia, intrascendente. Las de España, excepción hecha de las levantinas, huelen, en verano, a geranio seco, y en invierno a repollo hervido.

OÍR la megafonía (de una iglesia, de un campo de fútbol, de una tómbola, de un mitin) resulta tan deprimente porque en ella las palabras no quieren comunicar nada, sino convencer, son palabras que desconocen la emoción porque no buscan conmover sino movilizar. Por otro lado, la megafonía empieza donde termina el individuo y se arranca la tropa, la feligresía, la deprimente multitud de las verbenas.

LA intensidad de un perfume suele ser directamente proporcional a la edad de la mujer que lo lleva puesto. Es más: las mujeres otoñales y las viejas los usan como aquella persona que quiere descolgar entre ella y los demás una cortina de humo. Es decir, más que un perfume, una vaharada de cloroformo que aturda a quien tienen al lado, de modo que no pueda pensar en cuestiones más sustantivas, como la edad, la belleza, las arrugas…

(ESPERANDO en el bar del Palace). Han enmarcado y ampliado unos versos de Lorca en los que este hace alusión a otra espera en este mismo bar del Palace. Es su letra, con la firma debajo, *Federico*, frente a las botellas doradas de *whisky* y los destellos esmeraldas del pipermenta. Hay un camarero joven, guapo, alto. Mientras avizora la llamada de los clientes, no muy numerosos a esta hora (mediodía de un día feriado), estira levemente el cuello, como hacen algunos pájaros ante la parada nupcial. Se ve que está orgulloso de ese uniforme. Le sienta bien, pero tendrá que quitárselo cuando deje este empleo. En realidad, en cuanto salga de trabajar. Él no ha decidido de ese uniforme ni siquiera un botón, pero está cortado tan a su medida física y moral, que se halla cómodamente instalado dentro de esa chaquetilla, como los clientes a los que sirve lo están en lo hondo de los sofás de cuero. De vez en cuando se estira las puntas de la taleguilla, por si a alguna arruga le quedaba una duda. Estar dentro de esa chaquetilla es como si se hubiese venido a vivir durante unas horas a un palacio. Solo un anillo de oro gitano y zafiro bastardo delata la vida oscura de su dueño, una existencia deprimente y vulgar, en un piso pequeño de un barrio obrero, con chiquillos gritando por los rincones y un

tresillo de *escay* y goma espuma. Le imagino vestido de paisano, sus pantalones comprados en una rebaja, su cazadora horterilla, sus zapatos marcando los defectos de unos pies deformados por calzado demasiado barato, pero despreciando en el fondo a todos aquellos prójimos suyos, su mujer, sus hijos, cuñados, padres, que ignoran lo que es de verdad el lujo, el refinamiento, de unos clientes a los que, sin embargo, les ha copiado lo del anillo, pues todo el mundo que viene a este hotel tiene guardado en algún lugar un anillo parecido al suyo.

OTRA observación intrascendente: todos los que hablan de Federico, en vez de Lorca, suelen ser los mismos que a Franco lo llaman ahora «el general Franco». O sea, los que guardaron silencio delante del general o sus lacayos cuando se hablaba de Federico. Eso o sencillamente refitoleros, que también suelen serlo.

Sesión de dentista. Me ha quitado un puente. Sensación de estar besando por dentro mi calavera.

CONTRA tejado propio. También podría ser este el título de un libro. Cada día se le ocurren a uno cinco títulos de libros que jamás verá escritos, como casas desoladas, deshabitadas, o peor aún, habitadas por el insolente fantasma de la muerte, que nos recuerda que una vida es siempre corta. Recuerdo aquellas horas de tedio, en la infancia, en las que arrancaba las hojas de mis cuadernos para hacer barcos de papel. Salían de todos los tamaños, grandes, chicos, con el triste destino común de no llegar nunca a ver el mar. Ni siquiera un regato o un estanque. En León no había estanques y los regatos que conocí murieron con la pavimentación prematura de las calles. En cierto modo un título como ese de *Contra tejado propio* vendría a encerrarlos a todos. A los escritores, como a los delincuentes, nos lo recuerdan cada cierto tiempo (los críticos, las listas de ventas, los concejales de los ayuntamientos, los periodistas): todo lo que escriba puede ser utilizado en su contra. Sin abogado. Ni de oficio. Tomamos la defensa de nosotros mismos y reincidimos. Un nuevo libro. A veces lleno de letras negras, como dicen los gitanos del rastro, a veces, vacío como este de *Contra tejado propio* que ya sé que jamás verá la luz.

TODOS los días abren una nueva tienda de moda en este barrio. Antes las llamaban *boutiques*. Hoy nadie se atrevería a pronunciar ese nombre, porque resultaría hortera, pero vendrán años en que la misma palabra será evocadora de estos tiempos. Lo de siempre: qué desgraciados habrán de ser los hombres que necesiten evocar estos años modernos para hacer más soportables aquellos que les haya tocado vivir.

Son tiendas caras, de ropa en su mayoría. Las dueñas casi nunca sobrepasan los treinta y hacen también ellas mismas de dependientas. Casi siempre son mujeres; propiamente, o *gays*. Me los encuentro a menudo a ellos y ellas en la cola del banco, a donde van con sus letras, sus talones, sus negocios. Hablan con un dengue pastoso que suprime las consonantes solo por la pereza que les causa la idea de tener que pronunciarlas, pero eso mismo les sirve también para reconocerse como de una misma casta, porque apenas llevan instaladas tres semanas en el barrio ya son todas amigas, unos de otros, con sus novios, sus líos, sus negocios. Los llaman la gente guapa y después de cerrar sus tiendas se van a cenar por ahí y luego a bailar hasta las tantas, y así cada noche. Tienen esa edad que soporta a diario el pequeño y gran exceso solo sobre tres horas de sueño. Por las mañanas, cuando yo coincido con ellos en la cola del banco, la voz les sale aún más gangosa y las consonantes se pierden irremisiblemente.

Las bisabuelas de estas niñas no creo que diesen crédito al espectáculo de verlas vender sus vestidos, sus blusas, sus sostenes como vulgares modistillas. Solo que hay algo en ellas que las diferencia de aquellas obreras bordadoras, planchadoras, corseterasque aparecen en la literatura social de principios de siglo. El orgullo. Aquellas vendían su sexo con la esperanza de salir de su clase para ingresar en otra. Estas en general lo regalan, pero no son más felices que aquellas.

UN escritor tiene muy pocas oportunidades de adular a nadie. Cuando lo hace, si le pagan por ello, es un salario de chupatintas, de conserje, de cesante. En una dictadura es posible que requieran sus servicios, pero más viles que las adulaciones al tirano son aquellas con las que un escritor quiere regalar a sus lectores. Recuerdan un poco a las del tendero hacia su clientela más

distinguida. «Distinguido público», «amados lectores».

La mayoría de estos son mezquinos y siniestros. Uno por uno podemos tal vez idealizarlos: una lámpara encendida, el silencio de la noche, el temblor de una vida en las páginas que sostiene su sueño y su vigilia. Trucos baratos. Todos los lectores juntos formarían un tribunal de la Inquisición, montarían una gran hoguera solo por el placer de ver caer a sus ídolos hechos pavesas, y batirían palmas cuando los viesen venirse abajo como *ninots* de fallas.

Hay una clase de lectores que siempre le deja perplejo a uno. Se trata de aquellos que solo parecen apreciar, valorar y elogiar las obras más oscuras, primeras y desconocidas de cada escritor, los balbuceos de su juventud o los frutos malogrados y amargos de una vida sin brillo. En realidad tales lectores no aman la literatura, sino el fracaso, y no tanto el fracaso ajeno, como el propio, que miran cada día como quien antes de tirar de la cadena echa una ojeada a la boca del retrete, complacidos por el tamaño, cantidad, forma, color y olor de la deposición.

Apañémonos con los lectores que, por azar o fidelidad, inteligentes o tontos, nos quiera regalar la fortuna. A un tirano, a un político, sus electores le sirven de algo. A un escritor, los lectores de poco, y eso solo en el caso de que compren sus libros.

Es indecente escuchar cómo algunos escritores justifican el hecho de ponerse detrás de un mostrador en las ferias de libros y en los grandes almacenes para firmar ejemplares de sus obras. Todo para no admitir su vanidad. En pocos gremios estarán tan extendidas la vanidad y la envidia, pero en ninguno se admitirán menos: todos creen que ambos los padecen los otros. Hablan de lo importante que es el contacto con el público (un minuto por cabeza, no más), del estímulo que ello supone en sus vidas (no volverán a verlos), de la sagacidad de sus juicios (en general no son muy diferentes de los que han leído a los críticos en los periódicos), pero si esos pobres lectores conociesen el desdén y el hastío con el que a menudo su ídolo habla de ellos cuando se junta con sus colegas los escritores para celebrar los éxitos de todos ellos, si pudiera fisgar por un agujerito esa escena frecuente, se amotinarían y colgarían a muchas de estas eminencias por los calcaños.

No hay que pensar jamás en un lector y, si acaso, como

Stendhal, el mejor lector es el que no ha nacido todavía. A ese no se le puede adular y de él tampoco obtendremos ningún beneficio. La relación con él será pura, todo lo pura que es una relación en la que se tratan los asuntos ambiguos de la vida y el arte.

HE leído el fragmento que escribí ayer. Parece de la mano de uno de esos misántropos que torcerían el cuello a todos los ruiseñores. De esos que piensan que todos los ruiseñores tienen la lengua podrida. Quién sabe. Seguramente podría matizarse todo eso, pero perdería mordiente. O sea, sin quererlo estaría uno ya, con el estilo, dorándole la píldora al magnífico e inteligente lector que aún sostiene entre sus manos las páginas de este libro, etc.

HOY X. me ha contado algunos episodios de la guerra civil, que pasó en diferentes frentes. No son en absoluto excepcionales, se parecen a otros muchos que me han referido o que yo he leído aquí y allá: un padre que se ve obligado a matar a su hijo, herido en la sierra; unos falangistas que conducen por las calles del pueblo a un alcalde de Izquierda Republicana, antes de soltarle un tiro en la cabeza, frente a la iglesia, a la vista de todo el pueblo. Me conmueve la memoria que tienen los hombres que hicieron la guerra para recordar el nombre de esos pequeños pueblos perdidos en el monte, de los que nunca antes habían oído hablar y a los que jamás retomaron: La Motilla, Alaejos, Ventaquemada… Es una especie de galantería y reconocimiento para con la Desconocida, que entonces y a última hora, cuando parecía que sellaría sus bocas en un frío y largo beso, los desechó por otros.

X., funcionario del Ministerio de Cultura, acaba de informar negativamente para que se le conceda una pequeña ayuda a la edición de los poemas de Francis Jammes, uno de los primeros tomos de *La Veleta*. Como el hecho no dejaba de ser insólito y exigía alguna explicación más, ese hombre me ha telefoneado esta mañana para justificar su rechazo entre zalemas y las aceptadas y conocidas fórmulas de hipocresía literaria, y creyendo que me consolaba, añadió que quizá no le gustaba del todo Jammes (que él pronunciaba James, como de Henry) debido a que cuando «leía en un libro la palabra Dios, se me cruzan los cables». Lástima que no se haya electrocutado de paso.

HA llegado el buen tiempo y la gente sale a la calle en camisa. Al pasar esta tarde por la calle Columela me crucé con una viejecita

encogida a la que sostenía del codo una dama de compañía. Daba unos pasitos muy cortos, como granos de arroz. Era una de esas viejas aristócratas centenarias del barrio de Salamanca venidas a menos: los últimos vestidos se los debieron de hacer hacia 1960. La carne del brazo, que llevaba descubierto, se le descolgaba un poco como un guiñapo y tenía la cara empolvada, muy blanca, con un colorete un tanto patético y teatral. Aunque estaba casi calva, le habían teñido el pelo… ¡de blanco!, un blanco plateado, como los de las muñecas de las tómbolas. Al pasar a su lado olía a uno de aquellos tarjetones que se regalaban el día de la Madre, también hacia 1960, y en los que al abrirse aparecían recortadas unas rosas de papel que se venían hacia adelante, en relieve, con arenilla plateada y adherida en sus perfiles e impregnadas en un perfume barato, muy fuerte, muy viejo, muy sordo ya por el paso del tiempo. A eso olía la vieja marquesa de la calle Columela. Y había en ella, en la apariencia tanto como en lo que quería aparentar, un triste escamoteo que era al mismo tiempo su única verdad: la miseria de aquella aristocracia española a la que su dinero no alcanzaba más que para levantar la fachada de sus palacios.

CUENTA fray Antonio de Guevara en sus *Epístolas familiares* que el pasatiempo de Arsaces, rey de Bathos, era tejer redes para pescar; el del rey Artajerjes era hilar; el de Artabano, rey de los Hircanos, «armar ratones»; el de Vianto, rey de los Lidos, era pescar, y el del emperador Domiciano cazar moscas. Uno encuentra todas esas aficiones, sin contar la de Carlos V, que era componer relojes, de una gran distinción, para ser de reyes. Solo al nuestro se le ocurre esparcirse montando en moto, como hacen los vulgares macarras de fin de semana.

HOY, 30 de julio, en que me han rechazado el manuscrito de *El gato encerrado*, parece un buen día para empezar este otro cuaderno.

Hacía casi dos meses que no escribía una sola línea del diario. Se me acabó el otro cuaderno y ni siquiera me tomé la molestia de bajar a la papelería a comprar uno nuevo. Es también de alambre. Como el anterior.

Yo creí de veras que el editor lo iba a leer y me iba a decir: «Es magnífico. ¿Cuánto quieres por ese libro?», pero en vez de eso me ha dicho, mientras me soltaba el original, metidos en un taxi,

sudando todos allí dentro como pollos: «De verdad, no está mal, su interés es un interés»… Yo vi que el hombre estaba pasando un mal trago. Buscó otro camino para decirme lo mismo, pero el nuevo siempre era peor y más abrupto. «Si el diario lo hubiese escrito Jünger, claro, entonces, sí, pero…». No le dejé terminar la frase no ya porque me molestara lo que acababa de decirme, como por ahorrarle lo que aún quería endosarme el buen hombre. No soportaba la idea de que, y con aquel calor, siguiese secándosele la boca por los nervios.

Como siempre ocurre cuando le dicen a uno que no, saqué en ese primer momento de no sé dónde un eco de mis arrestos. Me mostré incluso locuaz, eufórico. Es la primera vez que le rechazan a uno un manuscrito. Hasta ahora no había habido ocasión: me los editaba yo mismo. Empezaba a desconfiar de mi suerte.

También él, el hombre, se puso eufórico y me habló de no sé cuántos manuscritos que él mismo guarda de momento en un cajón. «Por pudor», me dijo, «por respeto». Me estaba diciendo que si hubiera tenido algo de pudor y respeto no le habría planteado aquella desagradable papeleta. En cuanto pude salté del coche. Yo también hice esto por pudor y por respeto.

Nos dijimos adiós con un gesto vago e incómodo, sin llegar a darnos la mano y sin llegar a declarar la guerra.

Aprovechó que se quedaba solo en el asiento de atrás para estirar las piernas y ponerse a sus anchas. Me pareció ver el asomo de una sonrisa en el rincón de su boca. Tanto de satisfacción como de alivio.

Mientras nos decíamos adiós a través de la ventanilla bajada del coche con una o dos frases triviales, que él recibía con unasonrisa benevolente y cortés, admití que lo que en realidad estaba yo es furioso. Cuando se estaba alejando el taxi estuve a punto de gritarle algo, no sé, «¡Córtate ese pelo!». La verdad es que no está bien llegar a los cincuenta con esa pelambre, pero habría sido una bajeza por mi parte.

No sé por qué razón me acordé de Sordi, cuando en *I viteloni*, viniendo de una noche de farra, hace a unos peones camineros que están arreglando la carretera el corte de mangas más memorable de la historia del cine. «*Lavoratori!*», les gritaba desde su coche en marcha, y se llevaba la mano al brazo para hacer el gesto. Después

se veía cómo unos metros más allá el coche se le estropeaba y los obreros salían corriendo detrás de él.

El recuerdo de la escena de *I viteloni* me hizo sonreír y, al menos momentaneamente, olvidarme de aquel hombre. Tuve la sensación de que mi coche interior se había estropeado y tendría que salir corriendo en cualquier dirección.

De momento, me había quedado solo en una esquina, con mi manuscrito debajo del brazo, a las tres del mediodía, con un sol ardiente que me golpeaba la nuca. Volví andando a casa, pero como el que no sabe a dónde va. El calor y una vaga amargura me habían aturdido un poco.

Ni siquiera encontré comida en la nevera. También es verdad que tampoco tenía apetito. Corté un tomate por la mitad, lo sazoné con unos granos de sal gorda y le chorreé un poco de aceite, y puse mi manuscrito al lado, esa carpeta azul en la que apenas hacía tres horas se encerraban para mí tantas esperanzas.

Como en los golpes verdaderamente fuertes, el hematoma sobre el alma no tardó mucho en aparecer. Conozco el proceso. Primero una mancha morada que va pasando por diversos tonos hasta llegar a un amarillo tumefacto. Luego el dolor. Más tarde el olvido, pero no sin antes haber archivado en alguna de las más secretas galenas el expediente completo de esa pequeña y humillante escena.

QUÉ hacer con un no. Un sí te abre siempre un claro, un sí es un cauce. Un no, es un árido y extenso desierto o un laberinto sin salida. Por esa razón me ha parecido bien abrir otro cuaderno. Es una puerta al menos, quién sabe si la que nos conducirá a un desierto o nos sacará de un laberinto.

Me pondré de nuevo a buscar las simetrías de la vida, como con esas formaciones exactas de los cristales de cuarzo. Me han rechazado uno y decido continuar este otro, si es que puede decirse que un diario se compone en volúmenes.

No he sentido decepción. Ni siquiera estoy desalentado. Al menos me digo que no estoy desalentado, pero quizá sea esta otra vez una de esas frases a las que saldrá, como al hematoma, su aureola azul, morada y amarillenta dentro de poco.

Miro las dos copias del libro rechazado como un par de zapatos viejos, deformados por el uso, cosidos de remiendos. Es comprensible que no haya querido hacerse cargo de ellos. Solo yo

sé lo cómodos que resultan y los kilómetros que me han ayudado a recorrer. Son viejos y feos, pero con ellos tendré que hacer la jornada, mi camino. No tengo otros. ¿Quién iba a quererlos? Los hay nuevos en cualquier tienda, incluso en los saldistas. Nadie quiere una mercancía vieja.

De momento esos dos viejos zapatos me han traído a este cuaderno, me han devuelto a la casa paterna. Un diario es la casa del padre. De no haberme encontrado con esa negativa es posible que no estuviese ahora escribiendo ni en este nuevo camino del que nada sé. Incluso más: en lo profundo de mí le estoy agradecido a ese hombre por haber despertado en mí la flor de un secreto orgullo que no conocía hasta hoy. Yo me entiendo, y no digo más.

ESTA mañana el Creador envió sus vencejos a despertarnos muy temprano. Supimos que eran suyos porque al punto se disiparon las sombras del alma, ellos tan sombríos, sin vergüenza de su alegría. Sabían nuestros nombres que gritaban, y al marcharse el hueco que dejaron lo llenó el sol de mediodía. Todo eso ocurrió.

EN todos y cada uno de los billetes de cinco mil pesetas hay una frase de puño y letra del rey: «Para la Corona y para los demás órganos del Estado, todas las aspiraciones son legítimas, y todas deben, en beneficio de la comunidad, limitarse recíprocamente». Es lo más profundo que yo haya visto que ha dicho ese hombre: se ve que ni siquiera es suyo, se entiende mal y además es discutible.

NATURALMENTE se puede ser antimonárquico viviendo en una monarquía, como se puede vivir lleno de trampas o, en el matrimonio, cosido por las infidelidades. Se puede. Como decían los castizos en los teatrillos sicalípticos de principios de siglo: los cuernos solo duelen al salir.

CUANDO leo un aforismo, me entran siempre ganas de hacerle el dúo.

DE la misma manera que los libros solo arden bien cuando son muchos, quien escribe un aforismo está condenado a escribir unos cientos si quiere que *eso piense* por sí. Y al final, resulta desalentador: nada se olvida tan pronto como un aforismo bueno.

LEE uno un aforismo y piensa: «Es exactamente la clave de mi vida. ¿Cómo he podido vivir sin *saber* eso hasta hoy?». Cinco días después lo hemos olvidado. Nuestra vida sigue siendo la misma.

LOS buenos aforismos son como las llaves de los judíos de

Toledo. Cinco siglos después, cuando ya no existe la casa a la que pertenecían, aún guardamos esa llave entre las piezas de lino blanco.

Y lo misterioso es que aún abren puertas más sutiles que las de la judería: las de la memoria.

HAY magníficos aforismos sin una casa detrás o, sencillamente, pensados desde una choza.

EL que no se estremece cuando ve a uno de esos viejos que miran dentro de las papeleras públicas, no sabe nada de sí mismo.

LECTOR del año 2426: las músicas de ahora, 1989, las que tú llamas ya «músicas de antaño», a unos pocos nos levantaban dolor de cabeza.

NO hay músicas alegres. Tarde o temprano alguien las recuerda con tristeza.

NO hay un solo poeta que haya contado las estrellas, pero el arte de la novela es justamente ese, el arqueo de todo el universo.

LA filosofía debe ser como las aspirinas: si no quita el dolor, no sirve para nada.

A veces me pregunto si un aforismo no es un billete falso, muy bien imitado, pero falso, con frasecita incluida.

LA historia y las biografías, como géneros literarios, tienen muchos adeptos, no tanto porque son verdaderas, como porque son repetidas.

A veces, algunas noches de invierno, me quedo junto a la ventana viendo llover. Observo los imprevisibles, infinitos arroyos y torrenteras que se forman en el cristal, ríos que nacen caprichosamente y mueren caprichosamente, después de haberse cruzado con otros tantos ríos, aumentando y disminuyendo su caudal. Pienso entonces en los muertos. No en los que estarán al otro lado de la ventana, en medio de la noche, bajo la lluvia, sino los que llevan mis ojos, mi tristeza, mi silencio.

LA mayor parte de las frases ilustres o célebres de los diccionarios de frases ilustres y célebres, han dejado de ser lo uno y lo otro hace ya muchos años.

EL poeta, como el músico, es aquel que puede leer siete palabras a la vez, en vertical, notas de un mismo acorde.

A quienes aseguran que la vida es muy sencilla, pero que quienes la complicamos somos nosotros, deberían complicársela con

una condena de quince años de cárcel, por simples.

MUCHAS aves migratorias, los vencejos entre ellas, duermen en pleno vuelo en sus largas travesías.

ME habría gustado ser el que puso el nombre a ciertos ríos, a ciertas calles de Sevilla, a tantos pueblos españoles: el río Douro, Calle del Aire, Arcos de la Frontera.

NO es verdad que únicamente importa la obra de arte y no el artista. Hace años a alguien se le ocurrió lanzar en una tertulia literaria la idea de hacer una revista en la que las colaboraciones fueran sin firma. Estuvo todo el mundo de acuerdo, pero jamás llegó a aparecer porque siempre había un *anónimo* que vetaba la colaboración *anónima* de algún colaborador *anónimo* que no estaba dispuesto a dejarse avasallar de esa manera. Ya no es posible el anonimato. Una vez descubierto el yo, nadie está dispuesto a renunciar a él: primero porque el yo nos sustenta en el presente y el yo es lo único que nos porporcionará una parte del futuro.

DURANTE mucho tiempo me miraba en todas y cada una de las palabras que escribía, como el que no puede sustraerse ante un espejo cada vez que pasa por delante de alguno. Espero que algún día, indiferente y viejo, haya uno perdido si no el interés por las palabras al menos el interés por uno mismo.

DIOS solo existe ya en las iglesias. Y solo si están cerradas y vacías.

X., casado y con dos hijos, ha llegado el último a la homosexualidad y ya desprecia a todos los «maricones» (no se priva de llamarlos así) por no parecérselo lo suficiente, y a todos los demás, por no atreverse a dar el paso que acaba de dar él, ya que no tiene la menor duda de que todo el mundo lo sea. He ahí el verdadero fanatismo del converso: a un tiempo se quiere reformador y proselitista, corrompiendo a todo el mundo, si bien se conformaría con que fuese débilmente.

ES todo muy confuso. Decimos: escribo para que me quieran, pero no soportamos más de una docena de amigos. Por otra parte, no conozco a nadie valioso que tenga más de esa docena o dos docenas de amigos a lo largo de los años. De modo que no escribimos para que nos quieran, sino para que esos doce o catorce amigos nos quieran más y el resto nos deje tranquilos.

YO desconfiaría de la persona de la que *todos* hablaran bien. Esa

es la razón por la cual debemos, tenemos la obligación dedecir siquiera una pequeña e inofensiva maldad de las personas que más queremos y admiramos. Por su reputación.

«EL justo cambia de parecer cuarenta veces al día, mientras el hipócrita permanece cuarenta años en el mismo estado».

SE publicaron suficientes escritos suyos en su tiempo como para que reconociesen a Pessoa como lo que era. Nos conformamos diciendo que esos escritos se adelantaron a su tiempo, que no pudo comprenderlos, pero ello no debe de ser enteramente cierto, pues otros escritores, adelantados a su tiempo, fueron aceptados e incluso celebrados y, otros que tampoco tuvieron nada que ver con el presente que les tocó vivir, porque tenían gustos de la prehistoria, fueron aceptados sin dificultad, incluso como garantía del futuro. Es posible que la explicación tengamos que completarla en la personalidad de Pessoa, un hombre cuya medianía disgustaba y molestaba. Y Pessoa lo sabía, de ahí su renuncia a publicar más, a darse a conocer, ya que debió de llegar a comprender que él mismo era su propio obstáculo para su obra, como si temiese que nadie fuese a creer una sola palabra de aquella obra brillante si tenía ante sus ojos la fuente demasiado sombría e insignificante de donde brotaba.

FRENTE a la filosofía de los grandes sistemas, la filosofía del pobre: filosofía sin intermediarios ni comisionistas.

ES divertido asistir de vez en cuando a *cócteles*, cenas o recepciones de tronío y cierta etiqueta. Siempre hay un camarero que con la mirada se entretiene en descubrir entre los invitados, con esa capacidad de reconocerse que tienen dos ejemplares de la misma especie, a aquel o aquellos que podrían llevar en ese momento su misma chaquetilla. Son implacables: los descubren (por el desconocimiento de la etiqueta, el nudo de la corbata o las infracciones con los cubiertos de la mesa) y de una u otra forma se lo hacen saber.

LA primera vez que X. y su amante estuvieron a solas, ella le llamó *chulo mío*. Me lo ha contado hace un rato delante de una caña, en el «Estrella de Campos». No exactamente así, pero no resulta difícil reconstruir el cuadro.

La chica era delicada, rubia, lo que antes se conocía como de muy buena familia, fina, pero dada a cierto libertinaje y a una más

o menos razonable promiscuidad. Él no era exactamente lo contrario que ella, pero de haber sido marido y mujer habrían tenido frecuentes altercados a causa de sus diferencias sociales. En aquel chulo mío había desde luego algo cariñoso, pero aquel apodo delataba también un ribete despectivo y no escondía una provocación de connotaciones sexuales. X. apenas tuvo tiempo de reaccionar. «Todo a una carta», se dijo este, y antes aún de formularse esta frase, restalló en el cuarto una bofetada brutal que arrojó contra una silla a su recién estrenada amante. Tampoco ella esperaba nada parecido, y desde su humillación le fulminó con una mirada. Con la mayor frialdad, él añadió: «Como los chulos». Estaba anonadada. Quiso abofetearle. Incluso protestó a gritos: en su vida le habían puesto la mano encima. Él la sujetó con fuerza por las muñecas. Pareció que iba a quebrárselas. Intentó ella defenderse con las rodillas. Buscaba, en una pelea sucia, propinar a aquel patán una patada que le dejara fuera de combate o cuando menos con el combate igualado. Así lo comprendió X., quien en nuevo movimiento imprevisto y sin soltar las muñecas de su víctima, selló los labios de la joven con un beso húmedo y salvaje. Ella terminó por abandonarse a la voluptuosidad de la vejación recompensada tan agradablemente. Era una pasión desconocida. Desde ese día y en el repertorio de suscostumbres sexuales, quedó incluida aquella por la cual y tras una pelea violenta en la cual la mujer era abofeteada con saña, se simulaba una violación, culminada, después de una batalla campal, en un cigarrillo fumado a medias. Una vez más se comprobaba que los amantes están condenados a repetir con mínimas variaciones los pormenores del primer encuentro, ligaduras más resistentes que las del propio amor.

PARA la fundamentación de la idea de insolidaridad: nunca dos personas, incluso aquellas que no pueden vivir la una sin la otra, tienen al caer dormidos el mismo sueño. «Solo el sueño de dos es verdadero», el verso de Unamuno, es hermoso, pero es falso, al menos en el terreno onírico. En el otro, en el de las ilusiones, puede decirse que es verdadero, pero en las ilusiones todo lo es.

SI se tiene amor a la literatura, vale la pena creer en el Juicio Final, donde todos nos enteraremos de todo. Será el último tomo de *La Comedia Humana* o, si se prefiere, el relato postrero de *Las Mil y una noches*. El placer de conocer el remate de tantas historias así

como el de resolver tantas otras misteriosas y extrañas será muy superior al pesar o alegría que pueda causamos conocer nuestra sentencia.

Es extraño: los sueños son las huellas dactilares del inconsciente y sin embargo cada sueño es como un ladrón profesional, sueña con guantes.

ANTES de irnos de vacaciones y aprovechando que los niños estaban en El Escorial con los abuelos, he reordenado la biblioteca.

No alcanzo a comprender quién es el que ha comprado todos esos libros. Mezclados con unas docenas de amados y releídos volúmenes, descubro centenares que me resultan extraños. Muchos ni siquiera los he abierto. Me asusta considerar que el coleccionismo sea un principio camuflado de avaricia. Tampoco recuerdo el camino por el cual han llegado a esta casa. Me gustaría de pronto que desaparecieran sin pasar el trámite de llamar al librero de viejo ni el tribunal donde yo tuviera que condenarlos o salvarlos. Más sencillo aún, como si entrara una ráfaga de aire por la ventana y los arrancara del suelo a modo de hojas secas. Todos hemos deseado alguna vez aparecer en un lugar remoto, en una ciudad donde no conocemos a nadie ni nadie nos conoce sin querer saber cómo hemos llegado hasta allí.

Siento no obstante una tortura aún más lancinante. Asustado frente a ese largo muro de mis lamentaciones, me veo obligado a reconocer que de todos esos libros apenas recuerdo alguna frase suelta de alguno de ellos. ¿Dónde han ido a parar tantas horas consumidas en la lectura? Esa constatación me ha hecho vivir unos momentos de pánico al comprobar tamaña vía de agua en mis bodegas. Tuve la sensación de que si tuviera yo que dar cuenta de sus contenidos, no recordaría nada. Decimos: amo los libros. El tiempo que dedicamos a una amante queda en nuestro cuerpo en forma de alegría o de pena, y el recuerdo ya lo es todo. ¿Qué es lo que recordamos de tantos libros? La alegría, la emoción, la admiración nos la produjo muchas veces la forma peculiar en la que iban juntos un nombre y un adjetivo. A veces una sola palabra, un verbo en desuso, tal casticismo. ¿Dónde están todas esas viejas alegrías? *Ubi sunt?*

Suelo leer con un papel al lado. Quiere ser uno un buen artesano y conocer su oficio y los rudimentos de la literatura, esa vasta, esa

inabarcable, esa procelosa unión de los arcanos, que diría el otro. Copio en una lista palabras, giros, expresiones del texto original (en la que tengo al lado se lee: garatusas y morisquetas, despercudido, un memo sin levadura, una quietud traidora, gatuperio, loquinarias, fastidio, con contundente compás, aquiescente, por lo que pudiera tronar, cicatrices de viruelas, consternación, virar). Si por casualidad vuelvo al cabo del tiempo a esa lista, no reconozco en ella tales anotaciones, que me dejan perplejo, como si estuvieran hechas por otro.

Hoy, frente a mí, hasta el techo, se levantaba esa pared de sabiduría que no me ha hecho más sabio, ese túmulo de infortunios en el que uno persiguió su propia felicidad, y veo que en él los libros que no he leído se confunden con los que he leído.

A veces tiene uno la ilusión de que en la larga travesía del desierto, golpeará con fuerza esa roca, ese alto farallón de ilusiones perdidas y de él brotará un caño de agua, se formará un río y el río nos llevará lejos de todo esto, donde no conocemos ni nos conocen. Ese es, al menos, el viejo sueño del que hablan todos esos libros llenos de polvo, por lo que de ellos recuerdo. Vagamente.

HACE unos siete días que estamos en Las Viñas. La primera semana se va siempre en organizar la intendencia, limpiar los cuartos, el jardín, reparar las sillas de lona, hacer acopio de pintura y embadurnar las puertas y ventanas a las que lluvias y heladas han mordido despiadadamente este invierno…

Después de un día de tanto trajín estábamos agotados de veras, de modo que al final de la tarde, cuando el sol estaba a punto de trasponer los cerros de enfrente, subimos a la planta de arriba con unas cervezas y nos sentamos frente al balcón. Lo abrimos de par en par como quien se sienta en un palco, y esperamos a que diera comienzo la tormenta que venía cociéndose durante todo el día, electrizando los átomos del aire y compactando la atmósfera, calurosa y pesada como el plomo, hasta el extremo de que parecía faltarnos el oxígeno.

La representación no se hizo de rogar y a los quince minutos nubes negras como la pez empezaron a descargar una tromba de agua.

Un poco más tarde se fue la luz. A veces ocurre que un rayo avería los fusibles del transformador cercano.

Hace tres años un rayo tumbó de espaldas a un vecino. Estaba trabajando de peón en un lagar cercano y la chispa cayó sobre la pala con la que amasaba el cemento, le entró por las manos y después de pasearle la pierna de arriba abajo, le salió por la suela de la alpargata sin que le matase. Allí quedó el hombre medio muerto. Lo llevaron a Cáceres en una ambulancia, y todos creían que moriría en el camino, pero sobrevivió. Ahora, cada vez que barrunta un nubarrón en el horizonte dice que todo su cuerpo se le llena de un hormigueo eléctrico, recuerda aquella descarga, y sin poderlo evitar, tartamudea y sale corriendo hacia su casa o a guarecerse bajo techado.

Toda esta sierra está cruzada por muchas historias parecidas a esta. Se refieren de padres a hijos. Algunas llevan contándose trescientos años y mantienen vivo en todos el temor a las tormentas, a los temporales, a estas galernas de tierra adentro. Rayos que entraron por la ventana, recorrieron todos y cada uno los barrotes de una cama de hierro, respetando milagrosamente a quien estuviese echado, para salir a continuación por la chimenea, o al contrario, que entraban por la chimenea y salían por la ventana o por debajo de la puerta, recorriendo la casa con insolente curiosidad; rayos que mataban a una yunta de mulas mientras araban un campo o a un pastor que se guareció en un chozo o debajo de una encina, o aquel año desgraciado en que un rayo mató a dos furtivos, un padre y un hijo. Estaban cazando jabalíes una noche de luna, pero el cielo se encapotó de pronto y empezó a tronar. Cayó un rayo primero que mató al hijo. El rayo se le metió por el cañón de la escopeta, reventó el cañón y al chico lo carbonizó en elacto. Cuando el padre corrió al pueblo en busca de ayuda, otro rayo, primo del anterior, lo partió a él por la mitad y lo dejó muerto a dos kilómetros de donde había quedado el hijo, en medio del camino, donde lo encontró un carretero al día siguiente. El padre, asustado por lo ocurrido al muchacho, había dejado su escopeta junto a la del chico, por temor a que le sucediera lo mismo. Con parecidas historias se hilvanó la mitología griega, pues basta ser testigo o víctima de un destino implacable para que nos volvamos clásicos: se comprende que es inútil huir, y tal es el privilegio de los héroes, aquellos que aceptan con más conformidad que nadie el hecho de la muerte.

Recuerdo que en León, cuando estallaba una tormenta, también se iba la luz y entonces se buscaban unos cabos de vela, bendecidos en la iglesia el domingo de Ramos o el sábado de Gloria, y se rezaban unas avemarías y la jaculatoria de santa Bárbara: (*Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita…*).

Se pedía también por los caminantes para que pudiesen recogerse sin menoscabo, y entonces, como algo que brotaba de lo más profundo de la memoria, se rezaba por los marinos y por los que estarían a esa hora cruzando el Atlántico, pues sin duda recordaban a sus viejos parientes, aquellos indianos que morían pobres en Argentina o en México mientras en nuestros pobres y centeneros pueblos los creían casi siempre ricos, amasando no precisamente centeno, sino grandes fortunas en oro y plata.

Nunca se me ocurrió pensar que tal vez, aunque en León diluviara, el océano podría estar en calma, sino que veía a aquellos viejos tíos abuelos en sus camarotes de tercera clase, asustados, pero temes, con las mandíbulas apretadas y una mano crispada en el asa de su maleta de madera, dispuestos antes a dejarse pasar por la quilla que a separarse de un equipaje del que no les arrancarían las galernas de los cinco mares.

Tras rezar, pues, por caminantes y navegantes, también se recordaban otros casos de tempestades y hombres que habían perdido sus vidas en medio de un temporal o aquellos otros que aún vivían para contar cómo escaparon de alguno de ellos.

Mientras duraba el peligro, ardía la vela bendita y cada cinco minutos se asomaba mi padre o mi madre a la ventana y estudiaba el cielo adivinando el curso que iba tomando el sombrío aguacero o el rumbo hacia el que partía, y se apenaban también por todos aquellos a los que la lluvia echaría a perder la hierba segada o a los que arrasaría la cosecha de fruta. En cierto modo ni siquiera pensaban en extraños sino en ellos mismos, en tantas vicisitudes sufridas en el campo, en tantas cosechas devastadas, en tantos carros de heno echados a perder y fermentados. Como en «Los muertos» de Joyce, parecían estar recordando tanto el pasado en el que fueron felices como, precisamente, ese pasado en el que no pudieron serlo como habrían querido, poblado por los muertos, los viejos indianos, fracasados en América, la hierba de julio, fracasada

en los prados, las manzanas reinetas, fracasadas sobre la hierba, a la deriva en los regatos y presas. Demasiada tristeza, demasiado temor.

Otras veces sucedía que mi madre, mientras preparaba las sopas de ajo en las cazuelas de barro, al atardecer, casi de noche, advertía al mirar por la ventana, que una negra e inquietante tormenta amenazaba los llanos de Campo Sagrado, a más de veinte kilómetros de distancia, y entonces suspiraba: «¡Dios mío, los renuberos!» y rezaba en voz baja sus avemarias y jaculatorias pensando en todos aquellos a los que la rigurosa borrasca había sorprendido lejos de casa. Pero en realidad también parecía estar rezando por ella misma, por sus muertos, por lo que de muerte llevaba ella dentro también.

Recuerdo el rostro de mi padre mientras duraban los granizos, las procelosas lluvias, aquellas trombas en las que ni el mismo Dios Padre parecía tener ya incumbencia. Era un rostro duro, seco y preocupado. No creo que un hombre que había vuelto del frente con cinco medallas y una onza de metralla en el cuerpo, o que había salido a cazar el lobo o que se había enfrentado al maquis durante más de siete años fuese un hombre cobarde, por eso me impresionaba sorprender en su rostro aquel gesto de gravedad, aquel taciturno meditar mientras pasaba la tormenta. Nadie bromeaba entonces ni con el fuego ni con los rayos. Tampoco se hacía otra cosa, mientras estaban presentes, que atenderlos, que capearlos, al tiempo que los labios, distraídos pero con respeto, iban desgranando las avemarias de un sombrío rosario.

Escribo todos estos recuerdos al amparo de una vela, porque aún no ha vuelto la luz. Esta vela, que yo sepa, no está bendecida, pero en su pabilo arde también aquella llama antigua de mi niñez, y en ella el recuerdo de todos los caminantes y marinos que naufragaron en aquellas horas eternas, lentas y oscuras de mis años cincuenta. Quién sabe si yo mismo, ahora, miro en mí el muerto mío propio, mi propio morir que me espera y que creo descubrir en mi pasado.

Temo el momento en el que dentro de un rato vuelva a venir la luz. Mientras la casa esté a merced de las palmatorias y los candiles de aceite (hemos puesto dos abajo, con su torcida y su aceite de freír) podré creerla a salvo y creemos a todos nosotros a salvo, supervivientes de un siglo XIX ya remoto, indianos olvidados en sus

lejanas estancias. Es como si el azar nos hubiese puesto a resguardo de la muerte, invulnerables a ella.

La casa, en sombras, parece aún más silenciosa y toda ella se ha llenado del olor que ha dejado tras de sí la tormenta a paja mojada y a madreselva de primitivas flores. Como cada noche, ha empezado a cantar el cárabo y muy, muy remotas, ya apaciguadas, se oyen las esquilas del rebaño que encierran junto a la iglesia.

Dentro de un momento vendrá la luz eléctrica, herirá como un trallazo nuestros ojos y todo este misterio se habrá perdido para siempre, apagaremos las velas, durante unos segundos el olor a la mecha apagada llenará este cuarto y de nuevo volverá todo a su tic tac trompicado. Será doloroso, no tanto por virar rumbo a la vida, como por tener que renunciar a nuestra propia muerte, tan familiar, tan nuestra ya.

La tormenta ha pasado por fin. El cielo incluso se ha abierto, pero ya es de noche, y ecos de un azul de Prusia avivan el mortecino fulgor de dos o tres estrellas.

Los niños, a los que la novedad de alumbrarse con velas parece entusiasmar, recorren la casa llevando en la mano cada uno una palmatoria, mientras parecen ir familiarizándose con sus propios fantasmas proyectados en las paredes, inquietos y escurridizos.

ESTA mañana, apenas había amanecido, oímos venir el rebaño. Choqueaban las esquilas como si alguien hubiera soltado una compuerta en lo alto y el agua bajara por la gavia de manera atropellada. En un instante ese torrente se amplificó, los gritos del pastor, el trote de las ovejas, los ladridos del mastín. Durante dos minutos oímos cómo las ovejas, al estrecharse el camino, se lanzaban a la desesperada a librar aquella angostura, como si tuvieran que salvar la embocadura de un embudo. Por la ventana entró una hilacha de olor a lana y a rocío y, en un rincón de ambos olores, el del tibio excremento que quedó sobre el polvo en forma de cuentas negras. Luego, otra vez el silencio del amanecer. Y empezaron los gallos a bostezar y estirar los brazos dando sus primeros gritos sin sentido. Y la primera mosca, con zumbido alevoso, presagió que el calor habría de ser como el calor de hace un siglo, cuando aquí todo se medía en hectáreas, palacios y miseria o, lo que es lo mismo, en curas, boticarios y guardias civiles.

AYER pasamos la tarde en casa de P. y Ch. en Trujillo, hablando

de todo un poco, como en los viejos tiempos, esas conversaciones que pueden empezar por Meseglise y terminar en magníficos relatos de cazadores de osos.

Ambos, como pintores y partidarios de Galdós, son observadores concienzudos.

De vez en cuando asisten aquí en el pueblo a las veladas de X., un *salonnard* encantador, que tiene no obstante la perversa fantasía de reunir a menudo en su casa, el antiguo Hospital de Trujillo y trayéndoselos de todos los rincones del mundo, a una serie de viejos aristócratas que son millonarios, millonarios que no son aristócratas y aristócratas que no son ni lo uno ni lo otro, a los que añade media docena de viejas glorias de la España de los cincuenta, algún que otro artista y, si puede, unos cuantos jóvenes que le decoren la reunión, pues ha comprendido hace mucho que la gente a partir de cierta edad no logra reírse ni cuando bebe.

X. junta tan heterogéneos elementos en su retorta por divertirse un poco y ver las reacciones que se producen. No parece que persigue la piedra filosofal, porque la mayoría tienen la sesera de blenda, pero se entretiene a falta de cosa mejor. Las reuniones se desarrollan en inglés, francés, español o portugués. Simultáneamente.

Ch., después del primer impulso de conocer de cerca a una tropa tan exótica, exótica sobre todo aquí, ha llegado a la conclusión de que en general tales veladas, salvo excepciones, le aburren soberanamente. Según ella son lo más parecido al público que se encuentra en la carnicería o en la tienda de comestibles.

Tan noble concurrencia solo tiene tres temas de conversación: lo que se han comprado, la metereología diaria y lo desagradable que está todo en España por culpa de los socialistas, empezando por el tráfico. En cambio y según Ch., un rico jamás te cuenta lo único que en verdad podría tener cierto interés: cómo ha llegado a serlo, las jugarretas que se ha visto obligado a hacer para amasar su fortuna, cómo su bisabuela se levantó un marquesado, con quiénes se casaron sus antepasados y por qué razones, cómo unieron sus propiedades y cómo las centuplicaron o las dilapidaron. Esas son historias que saben *entre ellos*, pero jamás las propalan fuera de su estrecho círculo.

Hasta aquí la teoría de Ch. Puede ser cierto que hablen de las

mismas cosas que entretienen a las comadres en la cola del ultramarinos, pero tales *beaux gens* son lo contrario de *los hijos del pueblo*, me parece a mí: a la primera ocasión que tienen estos, cuentan los infortunios por los cuales se ven en la miseria o no pueden salir de ella, y lo hacen sin rubor, a cualquier desconocido, en la consulta del médico de la Seguridad Social, en un banco del parque, en la cola de la panadería. O sea, están deseosos de contarte lo que de más valor hay en ellos, su vida, su novela. Sin tener en cuenta que hay algo por lo cual el pueblo será superior a las llamadas aristocracias de la sangre, etc.: la capacidad de transformar su sufrimiento en arte. Un minero o un herrero pueden, en la mina o en la forja, levantar, sin dejar de ser lo que son, una pura maravilla de cante, porque lo que sufre florece, en tanto que la abundancia pudre sus tallos como crisantemos en jarrón de tumba.

HAY que ser siempre un poco jacobino, y con los curas, un poco incendiario. Al fin y al cabo esa es la única manera de que no desaparezcan: el miedo a morir en la guillotina o a perecer abrasados dentro de sus iglesias en llamas, despertará en ellos el instinto de conservación. No es lo mismo que inteligencia, pero menos es nada.

LA degradación moral es tan grande en esta tierra, que tres de cada cuatro de los españoles de por aquí, cuando piensan en prosperidad, piensan en un bar. No un gran bar, sino un bar de esos con el suelo lleno de huesos de aceituna, colillas, peladuras de gambas y conchas de mejillones, un televisor muy grande y una gorda friendo tapas de morcilla en la cocina.

OBSERVO a mis hijos, las horas muertas que se les vuelven siglos, el aburrimiento de buena parte de sus jornadas, y no puedo sino acordarme de aquellas horas mías muertas, y en cambio, vivas ahora, resucitadas en ellos.

R. prueba su honda, hecha con dos guitas y un trozo de cámara de bicicleta, y contempla desconcertado, sin adivinar las leyes que rigen su mecánica, cómo cada proyectil le sale en una dirección distinta, no deseada, inesperada, alguno con peligro de sorprenderle por detrás, como los bumeranes.

G. mientras tanto está empeñado en montar a *Blanco*, el viejo mastín santo, al que sucesivamente le ha metido un palo por la oreja, tirado del rabo y estrangulado. Tampoco comprende las leyes

por las cuales ese mastín huye en cuanto ve que se aproxima hacia él como un reguero de pólvora. Llora entonces G. desconsoladamente. Tampoco puede ser feliz.

Ambas escenas las veo desde mi cuarto, detrás de unas rejas. Y siento que todo esto, en el mismo instante de plenitud en el que se produce, se ha desvanecido ya y que es en realidad cualquiera de mis hijos el que sentado en este mismo lugar, en mi mismo sillón, ve jugar a sus hijos, con la honda, con el mastín, mientras quizá yo no sea ya para ellos más que un tierno y borradizo recuerdo una o dos veces al año.

UN impresor, un tipógrafo, ha de ser alguien sobre todo modesto. Y un fotógrafo. Y un escultor. La imprenta, la fotografía, la escultura nacieron en su absoluta perfección. Después se han hecho cosas hermosas, pero después de Aldo, o de Nadar, o de Fidias, ¿cómo, si no es con humildad, puede uno ponerse a la tarea?

EL 31 de agosto del año 1959 se fundó ETA. Día de San Ignacio de Loyola.

UNA o dos veces al año suelo volver a leer un libro de Baroja, el primero que me viene a mano, sin escoger mucho, sobre todo aquí, en el campo, donde se tiene poco que hacer y las horas son largas.

Algunas veces no pasa uno de las primeras páginas, en cuanto encuentra lo que va buscando.

Le ha tocado este año a uno de los tomos de sus memorias, elegido al azar. De Baroja interesa, sobre todo, el tono, admirable casi siempre. Cuando se remonta el estilo y se pone gordo y amplificado bastaría con leer dos o tres horas a Baroja, como hacían los antiguos con las sanguijuelas, en cuanto se notaban la sangre espesa o demasiado abundante. Contra el estilo abundante, desbordado, Baroja es una sanguijuela eficaz, un remedio probado; para la elocuencia mediterránea tiene los efectos del bromuro.

La lástima es que como persona parece un poco miserable y un resentido, aunque seguramente no lo fuese. Cree uno que es un anticlerical, pero luego tiene astucias de jesuita y recelos de sacristán. Sacamos la conclusión, porque él lo dice, de que fue un hombre casi pobre, pero no; uno descubre que en realidad fue un avaro. Le gusta decir de sí mismo, «yo como escritor no soy gran cosa; no fui Tolstoi, ni Shakespeare, ni Dickens». En eso no se ve ninguna humildad, sino esa soberbia calvinista de los suizos, porque

para eso tendría que haber dicho «yo como escritor he sido del montón de los Dicenta, los Ortega Munilla, los Ciro Bayo». Eso no lo dice. Se conoce que se encuentra más cómodo en la compañía del conde Tolstoi.

De todas estas cosas no me había percatado de una manera clara hasta ahora.

Baroja se pasó toda la vida diciendo que no había hecho dinero con la literatura y, en el colmo del cinismo, que no se casó por no tener medios para mantener una familia. Casarse es, con el de tener hijos, uno de los pocos derechos que aún se le respetan a los pobres, de manera que Baroja podía haber puesto otra disculpa, que las mujeres de la burguesía de su tiempo eran tontas, aburridas, analfabetas o interesadas, por ejemplo, pero no esa disculpa del dinero.

A. L. me contaba hace años, como librero de viejo, que Baroja, a juzgar por los miles de ejemplares de sus libros que aún circulan por España y la América hispana, y que indican el gran número de ediciones que se hicieron, tuvo que ganar mucho con ellos. Tal vez Baroja, que era de naturaleza envidiosa, no ganase tanto en la literatura como Blasco Ibáñez, que fue millonario, y se considerase, por comparación, un hombre pobre. Es posible, porque el relativismo está a la orden del día, pero un hombre como Baroja, que vivía en buenas casas, que viajaba cuanto quería por aquí y por el extranjero, que coleccionaba libros viejos y estampas antiguas y que levantó de una ruina el caserío imponente de Itzea y lo llenó de buenos muebles y buenos cuadros y miles de libros, no es lo que se llama un hombre pobre, considerando además que perdió la mitad de sus pertenencias en el bombardeo de la casa de Mendizábal, en la guerra civil. Que él tenga la fantasía de llamárselo es más un alarde de avaro que de persona modesta, una artimaña tal vez para sacudirse de encima a los sablistas y gorrones. Aunque puede que sea también una zorrería de viejo, haciéndose perdonar de esa manera su incontestable celebridad. Algo así como: «De acuerdo, soy famoso, pero soy pobre o me duele el hígado o mi mujer es alcohólica», una de esas declaraciones que tranquilizan a los españoles, gentes muydevotas de la Justicia Divina como correctivo de la felicidad terrenal.

Yo oí referir que a su muerte descubrieron en un armario una

caja de zapatos llena de billetes de banco, una cantidad importante para la época. Quizá fuese una leyenda absurda, pero tiene verosimilitud.

También se pasó la vida asegurando que era un misántropo al que todas las cosas de la literatura le daban igual, pero luego se ve que lleva apuntadas en una libreta todas y cada una de las vejaciones que le han hecho, los maltratos, los desplantes. Dice: yo no he leído nunca una crítica sobre mí y cuando la he leído era pasado el tiempo, cuando ya no me podía afectar, pero luego, cincuenta años después, dice: aquel fulano miserable dijo esto y lo otro de uno, y si yo era eso, él era lo de más allá. Todo eso algo resulta pueril, triste, sin interés ninguno.

Con respecto a esto último es incluso candoroso, de una maldad de párvulo. Cuando redactó sus memorias era ya viejo y naturalmente se veía obligado a consultar libros, artículos, cartas. La posición suya es afirmar siempre: jamás he leído un libro de este ni de aquel y artículos sobre mi obra algunos los metí en un baúl y otros los tiré a la papelera sin leerlos. Pero de vez en cuando precisa de ellos, y entonces dice: tal libro lo encontré el otro día por casualidad metido en un armario trastero que hay en un pasillo de Vera o tal otro estaba en un altillo, entre los tarugos de la chimenea. El colmo es cuando al hablar de cierto artículo asegura no tenerlo, para afirmar a continuación que lo acababa de encontrar sirviendo de forro a un tomo de un folletín de Montepin. Toda esa estrategia resulta cómica.

En el capítulo de los personajes, ocurre algo parecido. De todo el mundo cuenta cosas un tanto mezquinas, algunas que dan risa, porque no pueden ser más que una mixtificación suya.

También es una persona romántica, pero sin ideales, y un sentimental con inclinación al humorismo, lo cual lo hace más raro todavía.

Sus memorias no son las de un hombre solitario. A un hombre solitario no le salen siete amenos tomos de chismes, aparte, todo hay que decirlo, de graves, reflexivas y admirables cuestiones.

La mayoría de esos comadreos literarios son además divertidos y le divierte lo indecible saberlos y referirlos en medio de la corrala, pero no deja de ser un absurdo ser un detractor de la maledicencia del salón y, en cambio, un partidario entusiasta del chismorreo de

la mesa camilla.

Por un lado se nota (poco) que todos esos cotorreos le desagradan, pero no sabe cómo renunciar a ellos, porque es lo único con lo que puede defenderse. En eso se siente alma gemela de Stendhal. Tal vez sea eso lo que nos lo hace en parte tan próximo y querido, comprobar que es hombre vulnerable y acomplejado, y que pese a la fatalidad de conocer sus mezquindades, lucha para ser un estoico indiferente a las pasiones humanas. Baroja es de los que piensa: aquí todos son africanos, pero él no ve su fondo violento y arbitrario, sino que se encuentra salomónico en todo, ario y metódico.

Cuando Baroja redactó sus memorias muchos de sus contemporáneos habían muerto ya o estaban exiliados. De la mayoría dice perrerías poco agradables, menos de Azorín y Ortega, a los que dedica en proporción muy pocas líneas, reticentes y desde luego no del todo sinceras. Si hubieran muerto ya cuando él escribía, es seguro que habría dicho de ellos alguna cosa desagradable, porque no podía evitar fijarse en detalles comprometedores y tener una memoria prodigiosa para las ruindades, para las cicaterías, que conserva en escabeche o vinagreta esperando saltar sobre la víctima durante cincuenta años, como las garrapatas. Le ocurrió con Sawa. Medio siglo después de que este hubiese muerto, aún recordaba que le había prestado cuarenta duros que no le había devuelto.

En ese tomo que acabo de leer habla de sus compañeros literatos y de las figuras del XIX. A todos ellos los trató con asiduidad e hizo con ellos vida literaria, de cafés, en las redacciones de los periódicos y las revistas, en los teatros, viajando por ahí, pero luego dice: «Yo no salía de la calle de la Misericordia, primero, ni de la de Mendizábal luego, no he sido un hombre de café ni de tertulia». Bueno.

Uno tiene la sensación de que Baroja, como todos los jóvenes, tuvo el sueño literario de conocer a unos y otros, a los jóvenes y a los viejos del XIX. Para conocer a Galdós, Pereda o Valera seguramente tuvo que ir, como joven que era, hasta sus casas, llamar al timbre, hacer tiempo en la antesala y decir: «Soy fulano, empiezo a escribir libros y me gustaría que me dedicara un rato». Lo que hemos hecho todos. Pues bien, parece al contrario, que son

Galdós o Valera, ya viejos, los que le van a buscar a él para llevárselo a dar una vuelta por Madrid y orearle.

Por lo que sea, esa vida literaria no le gustó o aquellos ambientes le rechazaron, y Baroja incubó un odio violento contra el zoco de la literatura, de manera que empezó a decir de todo el mundo: «Ese era un pobre hombre, aquel fue un rastacuero y un miserable que engañaba a las criadas y el de más allá fue un hombre inteligente, pero sin interés». Elogia siempre al mediocre, al raro, al olvidado. Dice que Luis Bonafoux estaba bien, pero lo único que recuerda de Antonio Machado es que este un día, en París, salió en su defensa diciendo en voz alta que él, Baroja, era el alma más noble de cuantas había en ese momento en aquel café.

Es absurdo vivir con entusiasmo unos años y luego enjuiciarlos con el escepticismo de la vejez, y de tratar de convencernos a todos que los entusiastas eran todos los demás menos uno. Para serun misántropo Baroja conoció a demasiada gente, qué se le va a hacer. No era Diógenes. Conoció a demasiada gente y además dio mucha importancia a eso, a conocer a Unamuno, a Valle Inclán, a Darío, para decir de ellos: «Eran unos mendrugos, unos zoquetes».

Otras veces, en cambio, tiene gracia, como cuando dice que Moréas era en el 900 para muchos un modelo de prosista, y escribía cosas como esta: «La noche yemal con sus vahos y sus dulces comas. Barrio Malesherbes. Gabinete oblongo. En la profundidad de las alfombras de cicloides abigarramientos en los frunces de las tapicerías, se apiadaba la inflexión de las voces…». Cree uno que esas modas no van a volver, y se repiten cada veinte años. Mismamente uno piensa ahora en media docena de escritores del momento, medio místicos medio pendolistas, que escriben por lo fino todos los días en los periódicos cosas que dejan pálidas las líneas de Moréas.

Por otra parte a B. le gusta adelantarse a todos y decir siempre que sus libros es a él al primero al que no le gustan mucho. Baroja administra esas opiniones con un gran sentido del efecto en el auditorio, pero da la impresión contraria, que sus libros son los únicos que le gustan de todos los que ha leído si los compara con los de sus contemporáneos. Aunque tenga más o menos gracia eso no deja de ser una forma de la hipocresía. Cuando los libros de uno no gustan, lo propio no es hablar de ellos, y cuando gustan, lo

indicado, por educación, es callarse.

No sé. Creo que este año ya he cumplido con Baroja. Le debe uno tanto a Baroja que en medio de todas sus virtudes, su expresividad, su humor, su cinismo, su melancolía, su sentimentalismo, todos esos defectos ni siquiera molestan, como ya nos son indiferentes las manías de la familia, que ni siquiera advertimos. Escribe novelas de una manera perra, que no son novelas, pero es expresivo como nadie en estos cien años. Quizá haya sido ahora injusto con él, como lo somos siempre con los padres. ¿Cómoevitarlo? Estamos condenados a entendernos mejor con los abuelos, con Galdós, por ejemplo. Decía Nietzsche que la semilla de un hombre no germina enteramente en sus hijos, sino en los hijos de sus hijos. Es ley de vida. Pero con todo tengo la sensación ahora de admirarlo más que nunca, porque tanto como en la libertad, las mejores relaciones en la literatura o entre la gente deben establecerse sobre el principio sagrado de la igualdad. No que todos seamos iguales, sino que las reglas que rigen nuestras relaciones sean las mismas.

¿POR qué será que uno aprende más de los defectos de Cervantes o Galdós, que de las virtudes de otros? Supongo que porque esos defectos también están vivos.

CASO extraordinario, pues cuando recuerdo sucesos de mi infancia, son la mayor parte tristes y penosos, donde uno, menos hambre, padeció de todo; en cambio la *idea* general es que mi infancia fue muy, muy feliz. Al contrario que X.; me cuenta que en la suya solo hay momentos dichosos y agradables, y sin embargo cuando piensa en su infancia la recuerda como algo doloroso e infortunado.

HOJEO durante la siesta el *Hola*, al principio solo con curiosidad, emperezado. Llega a apasionarme. Es la vida de quienes no la tienen contada para quienes nunca la tendrán. Como todos los milagros, ese es el secreto de su éxito. Se vuelve a confirmar la sospecha de X.: se cuenta de unas gentes todo menos lo que han tenido que hacer para llegar ahí.

Abundan en la revista los anuncios de productos de belleza, contra la celulitis, para la piel, para el pelo… Es curioso, porque en todos los casos los anuncian unas mujeres cuyos cuerpos necesitan cualquier cosa menos productos de belleza, mujeres queni siquiera

necesitarían sombra de ojos… O sea: de nuevo el secreto de un milagro, o al revés.

FUIMOS esta tarde a dar un paseo por Trujillo, al anochecer. Es entonces cuando únicamente se puede pasear por el pueblo, antes es imposible, porque todo parece un homo de piedra que fuese soltando el calor por las paredes. Por la noche hace calor, pero tiene uno la impresión de que se mueve el aire como un papel de fumar, y nos consuela esa ilusión. Hacemos siempre el mismo recorrido, murallas, el cementerio, el depósito del agua, Santa María, el viejo Hospital. Es la hora en que los dondiegos se abren y los jazmines son más olorosos. Seguramente Trujillo es de los pocos pueblos que quedan en España en que uno puede tener la sensación de estar viviendo cien años antes y, aunque modesto, uno ha de agradecer este lugar que es un poco el *là-bas* del que hablaba Baudelaire para poder huir. Uno en Trujillo no pasea por el pueblo, sino lejos de todo esto.

Fue un paseo, como siempre, precioso, tranquilo, M. y yo hablando con palabras sueltas, o sin hablar, respirándolo todo por las narices, los jazmines, las bayas de los cipreses, los olorcillos de las cenas de pimientos fritos, olorcillos que se deshilaclian en el aire con sutiles hebras, el olor a vinagre de las ensaladas, el olor a boj recién podado del cementerio… Es siempre así y es eso lo que vamos buscando, instantes que fortalecerán la memoria de este tiempo, lo único que tendremos dentro de unos años…

Al bajar, sentados en una terraza de la plaza, nos encontramos a X., que estaba con unos amigos extranjeros, que nos presentó. Acercamos unas sillas y nos quedamos a tomar una cerveza con ellos.

Uno de los extranjeros, al enterarse de que uno era escritor, quiso saber cuál era mi opinión de la literatura española.

—Hay de todo —le dije—. Bueno y malo. De mucho de lo malo se ocupan profusamente los periódicos, y algo de lo bueno corre de una manera algo más torva, pero lo bueno también puede llegar a conocimiento de los lectores, si estos están atentos. Ha ocurrido así siempre.

Luego maticé esta opinión, porque yo no conozco bien el gusto de los lectores. Solemos equivocarnos siempre en ese particular. Hay quienes creen que uno tiene vocación de minoritario, pero la

mayor parte de los libros que publicamos en *Trieste* y en otros sitios creía que iban a ser un éxito discreto de ventas, pero ninguno sobrepasó los doscientos o trescientos ejemplares. En cambio otros libros que veía editados por ahí y pensaba «van a ser un fracaso», resulta que vendían en cuatro meses dos o tres ediciones completas.

Hace años llamaron a M. para que formara parte de un conjunto de música ligera. Yo fui con ella a los primeros ensayos, oí cómo tocaban aquellos chicos y le dije: eso va a ser un fracaso, las canciones son pedantes e intelectualoides, y es imposible que gusten a nadie, de manera que no pierdas el tiempo. Aquel conjunto se llamaba *Radio Futura*, echaron a las dos únicas chicas que había y empezaron a ganar dinero a paladas con la misma música que yo había oído. En unos pocos años se pusieron en el número uno y aquellas piezas y melodías se oían a todas horas en la radio y en la televisión, y en las salas de fiesta de los pueblos los más animales las repetían sin entender nada de lo que quisieran decir, pero con delectación.

El amigo de X., pese a ser americano, tenía un conocimiento muy preciso de las novelas españolas publicadas en los últimos años, y terminó confesando que era profesor de literatura en América. Me pareció que él, en cambio, conocía bien los gustos del público.

Entonces fui yo quien tuve curiosidad por saber a qué autores explicaba en sus clases y los libros de los que hablaba enellas y lo que le gustaba a él, y por la literatura que interesaba a los aborígenes. Me fue diciendo uno por uno todos aquellos escritores de los que hablan los periódicos. En general le gustaban todos. A todos les encontraba un mérito, una virtud. Estaba convencido de que la literatura es como la cocina, y que a un hombre le puede gustar al mismo tiempo, incluso mezclados, la fabada, el caviar, el lenguado meunier y la morcilla de Burgos, las judías verdes con aceite y sal y los callos a la madrileña, el picadillo de cerdo y los yogures, el orujo de escoba y el agüita de la fuente, y que todo eso, indiscriminadamente trasegado, va a sentarle estupendamente al estómago. Chaucer, Dante, Cervantes, Calderón de la Barca, Corneille, Galdós, André Breton, Julio Llamazares, Vázquez Montalbán y Montserrat Roig. Ese fue, me dijo, uno de los cursos que dio este año. Lo de siempre: de primero carnes magras, de

segundo rollitos de primavera y de postre potaje.

Yo le escuchaba en silencio. El hombre se creció al verme tan impresionado, y debió de interpretar la incredulidad de mi cara como admiración hacia su mucha ciencia y saber, y en cinco minutos se hizo con la conversación, como si cada una de sus palabras valiera dos dólares más que las de los demás.

El hecho de que él hubiese mencionado a Cervantes, me permitió cambiar de terreno y hablar del *Quijote*, pero la conversación no mejoró en absoluto. Le interesaba sobre todo que Cervantes hubiese sido judío, teórico de la novela bizantina y, particularmente, homosexual…

Nos enzarzamos en una discusión sobre el hispanismo y los hispanistas. Una de esas discusiones apasionadas, vehementes, como si nos jugáramos la vida, de las que uno piensa, mientras se están desarrollando: «A mí todo esto me da lo mismo».

—¿Para ti entonces qué es un hispanista? —me preguntó de una manera retadora y arrebatada.

Las conversaciones de los demás habían cesado por casualidad, se hizo un silencio general, y estaban todos pendientes de las palabras del americano.

—No sé.

El otro acosaba y exigía sin dilaciones una definición terminante. Todos estaban pendientes de sus palabras y de las mías.

—No sé. Hay muchas clases de hispanistas… uno no conoce muchos… en fin… a veces he visto que los hispanistas se ocupan de cosas que no interesan a nadie con el menor número de ideas propias, pero claro… en fin… no se puede generalizar…

El puritanismo del americano no estaba preparado para aquella respuesta, y, colorado hasta las orejas, me contestó de una manera tajante:

—Por supuesto. No se puede generalizar.

Nos fuimos de allí al poco rato y la reunión se disolvió con la celeridad y la murria de un duelo a la puerta del cementerio, tras el sepelio.

Ahora me siento como ese hombre que, detestando los juegos de cartas, se ve metido por casualidad en una timba y pierde no solo lo que tenía, sino hasta las ganas de explicar, cuando llega a casa, lo que le ha sucedido.

ESTA tarde en el jardín oí una lagartija entre la hojarasca, que sonó como cuando se arruga un papel de celofán. Me quedé en silencio y la vi asomar el hocico verde y en sus ojos fríos parecía reflejada la luna.

La luna acababa de salir, menguante, transparente casi, como un retal de muselina blanca sobre el azul del cielo. El sol, ya bajo, alargaba las sombras de los olivos y lo doraba todo, las coronas de mosquitos que sobrevolaban mi cabeza, los membrillos peluseros, las uvas verdes del parral…

Allí estaban cada uno a un lado de una enorme mesa, sol rojo y luna azul, como los únicos comensales de la bóveda celeste.

La lagartija sacudía su cabeza sin cuello con movimientos mínimos, pero exactos.

En la pintura un paisaje se tolera bien y tiene muchos partidarios. Un pintor pinta cien veces el mismo paisaje, desde el mismo sitio, y se admite y elogia. Incluso en la música se pueden expresar sentimientos paisajísticos y las melodías se vuelven a repetir sin que causen enojo. Las páginas de Vivaldi o de Beethoven que tienen por sujeto la naturaleza son un tópico, pero no dejan de ser emocionantes y sinceras, y el primer movimiento de *Claro de luna* puede escucharse unos cientos de veces sin que canse jamás. En literatura, a los paisajes se les llama prosa poética y la gente aprovecha entonces para cerrar el libro y salir corriendo.

En España han retratado en literatura grandes paisajes en primer lugar Bécquer, Unamuno, Azorín, Miró, Solana, Baroja incluso. Durante los años cincuenta aún tenía su público la literatura paisajística, pero el género pasó de moda y se han venido ocupando del él los poetas, que piensan que en prosa, cuando no se tiene nada que decir, un paisaje es siempre socorrido.

En cierta ocasión contaba Liliana Ferlosio que a Sánchez Mazas, que tiene versos muy hermosos sobre la ría de Bilbao y otros rincones de las Vascongadas y de Extremadura, le desagradaba el paisaje de Coria, en Cáceres, donde el poeta había tomado posesión de una herencia en la que entraban un palacio, unas casas y unas fincas.

Sánchez Mazas tuvo que hacerse cargo de todo aquello que le iba a dar unas rentas saneadas y regulares, y se instaló en el palacio de Coria, pero el palacio, el pueblo y los alrededores seguían sin

gustarle, hasta que un día su mujer le subió a un cerro cercano desde donde se ve el pueblo abajo, con el río abrazando las murallas de la ciudad, el puente de hierro de Eiffel, los huertos y las figuritasde los labradores peinando de surcos la tierra, los vencejos volando, los abejarucos azules haciendo lazos en el aire, el humo dormido de las chimeneas… Entonces su mujer, que sabía del pie que cojeaba el pupilo de la escuela Romana del Pirineo, le dijo: «Mira, es como un Brueghel». Al poeta se le cayeron unas escamas de los ojos, vio por primera vez aquel hermoso Brueghel que no era un Brueghel sino una estampa extremeña, y desde entonces amó aquella tierra como algunos veneran las obras de arte.

Es muy difícil encontrar a personas que aprecien las cosas por lo que son, no por la apretada y prestigiosa bibliografía que les acompaña, o la cartela museística que le ponen al lado.

Me acordé de todo esto mirando la lagartija, que terminó por meterse de nuevo entre las hojas secas, mientras el sol se perdía detrás de nuestro cerro. Fue entonces cuando entré en casa, envuelto en el perfume del atardecer que era un olor de higos maduros, de lana seca, de estiércol de oveja, de menta silvestre. Para seguir con Liliana Ferlosio podíamos decir que era un olor Francis Jammes.

«Un día es igual a otro día», parece que escribió Heráclito, pero si hubiese escrito lo contrario, también le admiraríamos por ello, porque igualmente tendría razón. Cuando el nombre de un griego de la época de Heráclito ha llegado hasta nosotros es porque lleva razón, aunque sea en parte.

Tener razón desde las Viñas es, me parece a mí, algo no dilucidado del todo.

Supongamos, por ejemplo, que a mí me sobreviene una muerte súbita ahora mismo, una cruel angina que estrangule el hálito triste de esta tarde. Podría ocurrirme.

Ni siquiera pienso en todos y cada uno de los proyectos que quedarían truncados o en las esperanzas desbaratadas. Tampoco pienso en todos esos libros que iba a escribir y en los que uno cifró cuántas vagas esperanzas de permanencia. No. Pienso, sobre todo, en la infinidad de menudencias e insignificancias que habría que resolver. Ir a llamar al juez, al médico forense, ponerme bien un brazo que se me habría quedado rígido o cerrarme los ojos, que no

querrían cerrarse, ávidos aún de una realidad viva, pero ya muerta para ellos, ávidos como de una realidad viva sin vida.

Pienso también en todos los gallos que se le quedarían a deber a Esculapio. ¿Quién se los pagaría?

Si yo muriera ahora los primeros perjudicados serían sin duda, a la corta al menos, mis hijos: tengo en el bolsillo de mi pantalón el tapón de su piscina portátil, sin la cual no podrían bañarse.

Seguramente los primeros días después del entierro no se bañarían en ella, pero pasados unos días tendrían que hacerlo, porque es necesario que la vida siga, y un día es igual a otro día y con los días se hacen los años.

En una ocasión, hablando de muertes súbitas, me contaron la de un pobre pescador al que encontraron muerto en la orilla del río, en un pueblo de León. Dedujeron que fue la emoción de haber prendido una gran trucha la que hizo saltar su corazón por los aires. Se lo encontraron boca abajo, tendido cuan largo era, con la cabeza metida en el agua y la caña debajo del cuerpo. Al otro lado del sedal una trucha de dos kilos, prisionera, coleteaba arriba y abajo, tratando de zafarse del anzuelo.

Ese hombre dejaría también muchos y pequeños asuntos sin resolver.

La trucha se la regalaron al juez, que se la pasó con un gesto de repugnancia al secretario del juzgado, quien no tuvo tantos escrúpulos como su superior y supongo que terminaría merendándosela en su casa a la memoria del difunto.

Todos estos sombríos pensamientos son elucubraciones de un alma hipocondríaca y sin disciplina.

Ay, ¿por qué tendrá uno hoy el alma a remojo en estos fandanguillos? Aire, aire, que decía doña Lupe *la de los pavos*.

Son las pequeñas cosas diarias las que hacen que los hombres se familiaricen con sus fantasmas, con sus muertos. Son cosas tristes y de una desolación atroz y sin remedio. Todo el mundo las siente y todos las ocultan con vergüenza, porque la tristeza es un billete viejo que repugna a todo el mundo.

Como decía Unamuno en aquel poema en que imaginaba que caía de bruces sobre la cuartilla mientras lo escribía, he llegado al final y no me he muerto.

R. ha estado buscando nidos. Algún día escribiré un libro que

echará mano de Cervantes y se titule *En los nidos de antaño*. Como mi infancia, hay en ese título mucha tristeza («no hay pájaros hogaño»), y sin embargo la melancolía que de él emana es un aguardiente suave y feliz.

A la clase más corriente de melones, con la corteza con manchas verdes y amarillos sucios, se les llama aquí «de piel de rana». Esa es la mirada creadora del pueblo, de la que brota, de la que «salta» sin esfuerzo una greguería, una imagen, un símbolo.

ESTE es el caso: ayer estábamos invitados a cenar en un lagar cercano con ocho o diez parejas, al aire libre, en el jardín, mirando las estrellas. Si alguien quiere deprimirle a uno solo tiene que invitarme a una cena con otros «matrimonios como vosotros».

La palabra matrimonio es aún más intolerable que la idea de matrimonio.

Todo lo bueno que resulta una pareja sola, deja de serlo en cuanto se junta con otras parejas como la suya: no soportamos ver representar a otros una función de teatro de la que somos protagonistas.

No todos nos conocíamos. Lo habitual: conversaciones de circunstancias y hasta que sirvieron el primer plato, esfuerzo sostenido de los músculos risores.

Era una cena de pie. A los diez minutos ya se habían hecho tres grandes grupos: uno, numeroso, de hombres; otro, también numeroso, de mujeres; y otro tercero formado por tres o cuatro personas en las que el sexo da igual, porque ni les ha ayudado ni les ha entorpecido para adquirir ese tono general de grisura.

En el grupo de los hombres se habló: de caza; del modo de acabar con las zorras que se han comido todos los nidos de perdiz; de pozos de sondeo; de sistemas de riego; del estado de las carreteras y, por ende, del gobierno de la nación (mal).

Tuve también curiosidad por saber de lo que se hablaba en el gineceo: del tiempo que está haciendo (magnífico); del bronceado de cada una de ellas; de las labores extraordinarias que cada cual hace en su casa como pintar, limpiar muebles con alcohol y amoníaco o decapar, y de un licor de moras (tenéis que probarlo); del servicio (con división en este punto de las dos facciones, una, que aseguraba tener una «joya», y otra que resumía la situación con un gesto de desaliento y resignación hecho con disimulo por temor

a que pudiese llegar a oídos de las muchachas que servían la cena).

Hemos jurado que jamás volverían a enredarnos en nada parecido.

Al volver por la calleja oscura, a las dos de la mañana, los faros del coche sorprendieron un gato pequeño que nos miró con dos ascuas, y al ir a entrar en casa le hemos visto a la luz del farol del zaguán. Era un gato más pequeño de lo que parecía, famélico, no quería irse de allí. Le saqué un plato con leche, que olisqueó inapetente.

De pronto, toda la cena de esta noche ha desaparecido como por encanto ante la irrupción de este gato. Él es la vida, aunque, desde luego, muy aperreada. Me alegro de que algo agradable borre algo desagradable.

Simétricamente es lo opuesto de lo que nos ocurrió el otro día, tras el paseo en Trujillo, y lo que hace que la vida se mantenga por ahora dentro de unos límites aceptables.

Los maullidos del gato, lastimeros y sostenidos, nos despertaron temprano. Lo encontré pegado a la puerta, esperando a que esta se abriera. Se puso muy contento al ver a un humano. El plato, limpio.

Luego me fui hasta el olivar a coger unos higos, y el gato me siguió todo ese trecho, ronroneándome entre las piernas.

Luego se coló en mi cuarto. Lo ha visto todo, lo ha reconocido todo, los Baroja, los Dostoievski y los que no eran ni Baroja ni Dostoievski, mucho más numerosos, y se ha afilado las uñas en la alfombra, lo que no hace presagiar nada bueno para su conservación en esta casa.

Incluso ha saltado por encima de las teclas del ordenador con andares de fieltro y silenciosos que me han enternecido. Me ha parecido un aliado de la poesía. Desde luego se trata de un amor a primera vista.

Los niños, que se lo han encontrado al levantarse esta mañana, lo han recibido con entusiasmo. Empezamos a buscarle un nombre. Le pusimos boca arriba y miramos entre las patas traseras, y aunque nos ha parecido una hembra, no podría asegurarlo. G. quería que se le llamara Azote, R… Braulio, como el albañil; al final, en honor a Baudelaire se ha quedado con Poe.

Cuando se llevan vividos veinte días en el campo, los pequeños placeres son de esta índole: aparece un gato, llueve un poco, ves,

colgada encima de la puerta de la casa de alguien una jaula con un macho de perdiz, hablas un poco con ese vecino de la maldad de los hombres y la bondad de los animales, el regalo deunas hortalizas que en Madrid no superarían las cien pesetas en el mercado y que en cambio, aquí, te colman de felicidad… Es todo.

POE, a pesar de nuestros cuidados, se está muriendo. El pelo se le cae y la diarrea le hace andar derrengado y sin ánimo. Le hemos dado sulfamidas, pero parece todo inútil.

A la hora de la siesta nos despertaron unos graznidos que se oían al lado de la casa, ensordecedores, continuados, furiosos, tanto que nos asustamos con aquel arrebato.

La estampa que encontramos en el jardín, y que vimos desde detrás de los cristales del balcón, era dantesca. Veinte o treinta rabilargos, una especie de exóticas urracas carroñeras que solo se crían en China y Extremadura, se habían posado sobre el laurel, la glicina y los hierros de los arcos. También vimos cinco o seis junto a la hiedra. Debajo, echado en la lona de una silla plegable, estaba Poe, que levantaba su pequeña cabeza y miraba resignado lo que se le avecinaba. Era un mirar casi humano, de desolación, de tristeza, como esos mirares que se anuncian en los carteles del Domund. Los pájaros estaban esperando el menor descuido para traer hasta nosotros un versículo del Apocalipsis. A veces, según dicen, inician el festín cuando el corazón de su víctima aún late con vida.

Durante unos instantes ni siquiera nos atrevimos a interrumpir aquel ciclo de la naturaleza. Solo cuando la repugnancia fue superior a la curiosidad, decidimos poner fin a todo aquello.

Los rabilargos son unos pájaros endiabladamente bonitos, con un azul sedeño que se funde en el pecho, donde se les forma un delantal color gris espumoso.

Jamás los habíamos visto tan de cerca ni durante más de dos segundos, porque son aves esquivas y nerviosas. El hecho de saberlos medio chinos me ha hecho que les encontrara un aspectoimperial, como si estuvieran bordados con seda en un cielo que era calimoso y plomizo.

Cuando dimos por concluida la clase de biología, salimos a espantar a esos pájaros de mal agüero y a hacer compañía al enfermo, que nos miró, o eso me pareció a mí, con estoicismo e indiferencia. Si el gato tiene sentimientos humanos, como

descubrimos hace un rato en esos ojos desorbitados que se le salen de un cráneo con la piel pegada y las orejas en punta, estará furioso por haber impedido poner fin a todo lo suyo, como si a Séneca le hubieran quitado a la entrada del baño el cuchillo con el que iba a abrirse las venas. Quizás Poe, a la vista de esos córvidos, gritase como las monjitas franciscanas en el «Naufragio del *Deutschland*»: «Date prisa, Señor».

No se me ocurre añadir nada más, aunque la escena se presta para una moraleja, del estilo de aquellas que decían: «de la misma manera el alma humana, atribulada por las aves sombrías del Maligno», etc.

De madrugada, en esa hora en que la luz no es luz ni las sombras sombras, se oyó el canto de un pájaro muy lejos. Me despertó no propiamente el canto, sino el silencio que rodeaba cada una de las notas, un silencio compacto y uniforme. Lo que había en la ventana no podía llamarse claridad. Y al cubrir con la sábana su espalda desnuda, el ligero estremecimiento de gratitud de quien empezaba a sentir frío en los sustratos más profundos del sueño. Apenas fue nada. Ese cuerpo se ovilló y el roce entre las sábanas fueron notas también de otro silencio. El pétalo de una rosa hace más ruido al abandonar su centro y abrirse para siempre.

De pronto, al menos en este cuaderno, parece como que no existiese cosa ninguna más que gato.

Aunque no es así, da esa impresión.

Poe está mejor. El sulfintestín ha dado resultado y el animal parece haberse provisto de fondos en alguna parte de su debilitado organismo, confiado en que por fin tendrá una buena racha.

Las golondrinas están haciendo nuevos nidos o revisando los viejos, antes de la partida, y se pasan el día reconociendo los diferentes rincones de esta casa, bajo los arcos, en el alero… A veces se cuelan en el salón, dan una o dos pasadas y se precipitan de nuevo fuera.

En fin. En este caso ni siquiera la cosa se presta a una moraleja. Son escenas inconexas, sin relación, estampas, impresionismos, con su símbolo dentro. Pero hace mucho calor para desentrañarlo.

De pronto la frase «querer ser *dandy* es tanto como no serlo», de Ruano, le reconcilia a uno con un escritor que fracasó justamente por eso, por querer ser un *dandy*.

RECOGEN los periódicos la noticia del hallazgo de cinco viejos cuadernos de Antonio Machado. Reproducen dos de los poemas inéditos incluidos en ellos. Uno está dedicado a la muerte de Leonor y el otro a Azorín. El primero el propio Machado no habría dudado en inmolarlo él mismo, como hizo, recién casado, con aquellas dos rimas inéditas de Bécquer. El segundo, en cambio, es extraordinario, profundo, con una emoción ante el paisaje hondísima.

Es como si de pronto esos sentimientos tan claros le enturbiaran y le dejaran a uno pensativo, pensativo, pensativo.

De todas las tristezas, la de los poemas de Machado es la más tolerable, casi necesaria, pero uno tiene también el temor de que escribir golpeado por una fuerte emoción es un fracaso seguro. Basta, pues.

Encima de mi cabeza
va royendo la carcoma
tiempo y viga. La certeza
de vivir se me desploma
como si fuera una casa
vieja y grande. Adiós, verano,
tristeza de lo que pasa
flotando como el vilano.

¿DETRÁS de esa rama joven no ríe acaso el error, la fantasía, la locura? ¿Si, como yo, guardara silencio, sería ahora un ser equívoco, soñador, loco, sin presunción y sin orgullo? Pero entonces no dirían, al verla, es una rama, solo una rama verde del álamo más alto, sino dirían, «pobre, es extranjero, es el que vive allí, en esa vieja casa; nunca dice nada; por qué no se irá de aquí, como nos iríamos nosotros si pudiéramos». ¿No es lo que dice esa rama? Tanto silencio, ¿no es como el tuyo, silencio de extranjero?

M. ha tenido que irse de viaje para quince días. La despedimos los tres con verdadero dolor. La casa, de noche, con todo su silencio, y yo ya muerto, pero sin ella. No es lo que pensaba el otro día. Es al revés. He muerto y está lejos.

HA llovido dos días seguidos. Lo que en otras partes han sido desgracias e inundaciones sin cuento, aquí fueron deliciosos días septembrinos.

La razón por la cual el olor a tierra mojada agrada a todo el

mundo, seguramente se debe a que la lluvia no cae jamás, tras un largo y tórrido verano, sobre una tierra reseca y las púas de paja en los rastrojos, sino sobre la infancia. Y ese perfume se eleva, por lo mismo, no de la tierra, sino del pasado.

ACABO de leer *La cripta embrujada* para acortar o distraer tanta espera. Es una novela muy entretenida, como un tebeo, con ese virtuosismo que a veces tienen los dibujantes de algunos cómics.

El protagonista es un medio loco que se pasa toda la novela bebiendo Pepsi Cola. Mendoza escribe Pepsi Cola con mayúsculas, en cambio cuando escribe la palabra Dios lo hace con minúsculas, no sé por qué razón. Seguramente pensará que la Pepsi Cola es todopoderosa, en tanto que Dios en nuestro tiempo ha quedado reducido a una entelequia. Pudiera ser.

A mí eso me ha dado una gran idea: la posibilidad de encontrar patrocinio para nuestras novelas, con lo que sacaríamos de pobres a muchos escritores.

Va uno a escribir una novela que transcurre en Badalona, por ejemplo, se entrevista con el alcalde de ese pueblo y le propone el proyecto a cambio de dinero. Que no quiere: se va al de Tarragona, hasta encontrar uno dispuesto a promocionar su pueblo desde un punto de vista turístico, industrial, etc. A convenir el aspecto que quiere resaltarse. En cierto modo el procedimiento está establecido desde la redacción de los célebres Milagros de Berceo para los distintos monasterios.

El sistema podría, desde luego, perfeccionarse. El protagonista, por ejemplo, se sube a su coche, para huir de la policía: «Entonces Boby Swanson se lanzó sobre su Peugeot 505, confiando su seguridad en aquellos ochenta caballos de puro acero que iban a ponerle, una vez más, a salvo»; o bien: «Swanson ofreció un Marlboro a Mary Pearson y luego encendió otro, aspiró el aire hasta meterlo en el último alvéolo de los pulmones, permaneció unos segundos conteniendo la respiración y cuando al fin suave y lentamente fue expulsando el humo, pareció reencontrar la felicidad que venía buscando desde hacía tanto tiempo»; o bien: «Swanson, cariño, sírveme un Jack Daniels. Solo su sabor áspero y perfumado podrán hacerme olvidar este día terrible».

Cada novelista tendría que buscar su propio agente de publicidad, para invertir el proceso. Este le diría: «Tenemos

anunciantes de galletas María, compresas Salvi, relojes Match, Talleres Ulpiano y Leche Condensada La Lechera; encárgate de meterlos como puedas en tu próximo libro; Galletas María ha pagado cinco menciones, La Lechera, tres, y el resto una». Las menciones en los primeros capítulos cuestan más que las que vayan hacia la mitad. Las menciones en los dos últimos capítulos valen más que las de los capítulos intermedios, pero no tanto como las de los primeros. Etc.

De Quincey podría haber anunciado morfina o valium en sus opúsculos, Baudelaire perfumes en sus alejandrinos y Verlaine cualquier marca de ajenjo. Balzac haber recomendado a los sastres en sus novelas, y Galdós podría haber saneado sus ingresos colaborando con algún restaurante célebre por su cocido madrileño.

Creo que no es una mala idea y no tendría por qué atentar contra la literatura. Los tenistas juegan igual aunque lleven el nombre de su patrono en la camiseta, y los partidos de fútbol no sufren menoscabo porque existan vallas anunciadoras en las márgenes del terreno de juego.

Pensada en frío, la verdad es que parece una idea de mercero. Me siento como el médico australiano que sintetizó la mixomatosis para matar conejos. Decidamos dejar la idea en este cuaderno, aunque solo sea para comprobar hasta dónde podría llegar la tontería del continente hombre.

HOY trajo el cartero una carta de M. Esperamos a la cena para leerla juntos. Nos empezó a entrar una tristeza infinita. Mientras la leía a los ojos de R. asomaron dos grandes lágrimas, que se desbordaron cuan gordas eran. G. al ver que su hermano lloraba decidió no perderse esa fiesta, y en menos de unminuto abrió el caño. A mí la escena me puso un nudo en la garganta y tuve que disiparla, como se hace con un sueño malsano, dándole manotadas de optimismo al humo de los presagios.

Los niños terminaron por acostarse y me dejaron solo. Cuando quise darme cuenta había pasado media hora en la que, de una manera maquinal, abatida y ausente, mi mano había estado escribiendo su nombre en los márgenes blancos del periódico.

NOS han salido a todos en la piel unas manchas muy raras y aparentes. Primero son pequeñas y a medida que se van haciendo grandes, del tamaño de un duro, se parecen a un anillo de aspecto

inquietante.

Nos hemos pasado la mañana en los médicos. El de Madroñera nos envió al de Trujillo, porque no sabía qué podían ser, y este a la Residencia de Cáceres, donde nos recibió de urgencias otro que no tenía la menor idea. El único dermatólogo de esa ciudad estaba de vacaciones, de manera que nos hemos vuelto sin saber a qué atenemos. Seguramente nos habremos intoxicado con alguno de los manjares de cerdo que se comen en esta tierra, pero como tampoco los síntomas son dolorosos lo dejamos correr.

LAS flores de las encinas se llaman candelarias y son de oro, como unos pendientes, como unos racimos de oro viejo, oscuro, sin brillo. «Las encinas doradas» de Machado solo pueden comprenderse si se han visto alguna vez en flor. Un oro que vemos en el cuello de la mujer amada y nos hace estremecer de deseo sin codicia alguna.

ME han rechazado por tercera vez el manuscrito de *El gato encerrado*.

La primera vez que a uno le rechazan un libro, si se es joven, con empuje y ganas de comerse el mundo, uno se siente Proust. La tercera, se ha perdido el apetito, y uno se siente un pobre diablo, un viejo que huele a viejo, aunque no hayas cumplido los cuarenta.

(Constato que en esta declaración pública del rechazo hay algo de exhibicionismo, lo cual me hace sospechar que en el fondo no he perdido del todo las esperanzas; es decir: que seguimos en la literatura, y no en la vida, y que lo de viejo que huele a viejo no pasa de ser retórica y cinismo; yo sé que nada de eso es grave, verdaderamente grave).

OTRA negativa. Cada día llega una.

Le doy la noticia a M. y aunque trato de sonreír, me da la impresión de que la cosa se queda en una mueca, como si el golpe hubiera sido en el bazo y no en otra parte.

Luego entré en el cuarto de baño y me miré al espejo. Qué cara se me había puesto. Era para dar risa, como de lelo.

No sabe uno cómo hacer para llevar con dignidad estas humillaciones. Muchos creen que es más difícil ganar que perder, pero no. La gente mira al ganador cuando se retira de la mesa sin que le quepa el dinero entre las manos. Lo miran con codicia, con envidia, incluso con satisfacción. El perdedor, en cambio, se sepulta

en las sombras del fondo no solo sin dinero, sino sin miradas, sin palabras, sin pasiones. A la ausencia de miradas, de sentimientos, de palabras de apoyo se le llama lástima.

Lo difícil es saber perder sin desesperación, sin compadecerse, sin dramatismo y, jugar, con esas malas cartas, la mejor partida de la noche, pues aunque uno a veces esté tentado de romper la baraja, ya lo decía Cervantes, nada como guardar las formas. Paciencia y barajar.

AYER, a las seis de la tarde, volviendo de Prado del Rey, por La Casa de Campo, nos topamos, como de nuevas, con el acantilado de Madrid, el viejo rompeolas en el que el sol de poniente venía a batirse una tarde más.

El otoño de Madrid se parece mucho a una de esas joyas visigóticas que se ven en el Museo Arqueológico. Parecen algo toscas, pero son en realidad un todo muy puro, incluso delicado, algo frágil que podría doblarse hacia uno y otro lado y, finalmente, partirse.

Teníamos aún un poco de tiempo y paramos el coche en uno de esos chiringuitos que hay junto al Lago. La terraza estaba vacía y solo había aparcado junto a la puerta un viejo *Dodge* con la pintura saltada. El quiosco estaba cerrado y en el coche no había nadie. Era todo muy misterioso.

Nos sentamos sin esperanzas de que nadie viniese allí a servirnos un café, o más exactamente, con el recelo, en todo caso, de que nos asesinasen por la espalda o nos asaltasen los bandoleros que suelen infectar esos bosques. Con un poco de suerte, incluso podría abordarnos alguna de las mujeres que hacen la vida allí, confiada tal vez en que seamos nosotros quienes la sirvamos el café a ella en algún lugar abrigado.

La Casa de Campo es uno de los pocos parajes de Madrid que aún conserva intacto el recuerdo de la guerra.

En la puerta que hay cerca del Manzanares y que da acceso al parque por levante, hay una larga tapia a trechos de adobe y mampuesto y a trechos de ladrillo cocido de pandereta, coronada por unas tejas. Está levantada mucho antes de la guerra. Es de las pocas cosas humildes de aquel tiempo que han respetado. Todo lo que es pobre, aunque tenga carácter, es lo primero que sucumbe, porque la memoria que contiene la pobreza es siempre memoria

vergonzante. Los palacios prevalecen porque se supone que lo que un palacio guarda son momentos de grandeza; encambio a la casa modesta se la entrega con saña a la piqueta, porque parece guardar solo historias dolorosas y tristes.

Tengo entendido que ahora esa tapia cerca unos viveros municipales. La primera vez que la vi, hace muchos años, me impresionaron los impactos de las balas que se descubrían en ella, cientos, agrupados a veces, y otras como un rosario hecho por una ametralladora. Parecían haber sido disparados la víspera.

En la esquina de Bárbara de Braganza con el Paseo de Recoletos se encuentra una gran casa donde se podían ver también, hasta que restauraron la fachada, un gran número de disparos de mosquetón. Los impactos, en este caso, se agrupaban en torno a una ventana del primer piso, y cada uno de ellos había arrancado una esquirla en el ladrillo o el sillar de la escuadra. Alrededor de la ventana eran cientos, como abejas que quisieran entrar en la colmena, pero luego se iban espaciando. Se conoce que los sitiadores habían afinado en esa ventana la puntería, porque en algún momento debió de haber allí un francotirador. Es lo que podemos leer en todo ese tiroteo.

En esos pequeños indicios uno ve unas vidas parecidas a las nuestras, algunas más valiosas, otras menos, pero como las nuestras, con sus pequeñas traiciones y sus pequeños heroismos.

Foxá tiene, creo recordar, un poema justamente de guerra, de esas casas a las que una bomba arrancó de cuajo, limpiamente, toda la fachada, dejando al descubierto casi intactas todas las habitaciones, como si se hubiese desprovisto a la intimidad del hombre de sus paredes, como si fueran trágicas casas de muñecas en las que podemos, de un vistazo, tener ante nosotros y al mismo tiempo las vidas de cinco o seis familias diferentes. Es como si procediéramos a un corte en sección de un hormiguero. Rilke, en el *Malte*, también habla del espectro de esas casas que han sido derruidas y que dejan, en la de al lado, grandes cuadrados de color que la lluvia ha vuelto tenue, rosa pálido, azul pálido, ocrepálido, colores que nos informan de lo que un día fue una alcoba, un cuarto de niños, una cocina, con las tuberías todavía al descubierto.

Aún recuerdo de una manera muy viva el día en que volviendo a casa, aquí en Madrid, me encontré, frente a la iglesia, con un pequeño trozo del asfalto de la calle Bárbara de Braganza levantado

por unas obras. Era como si hubiesen arrancado una corteza, debajo de la cual apareció el manto de los viejos adoquines, que dibujaban en el suelo las hojas de un papiro. Entre los adoquines asomaron también los dos raíles del tranvía. Estaban allí, resucitados, esperando estremecerse en cualquier momento, anunciando la llegada de uno de aquellos viejos tranvías de hierro en los que solo subían hombres y proletarias.

Tal vez fuese la hora, el atardecer, entre dos luces, tal vez el hecho de que la calle estuviera vacía y fuese verano, pero tuve la sensación en un segundo de estar viviendo en una ciudad diferente, ochenta años atrás.

Se me vinieron encima imágenes mil veces vistas en viejas fotografías, en películas, en documentales mudos y rayados. Pero su anonimato me fue de repente familiar. Todo fue, en ese segundo, un paisaje en blanco y negro, como miramos las fotografías de nuestros antepasados: nos resultan extraños, pero nos reconocemos en ellos. Yo mismo tuve la seguridad de ser otra persona que iba no sé a dónde, anónima, con la extrañeza de esas figurillas que, detenidas, atónitas ante su destino ignorado, nos miran todavía, sin saber que han muerto ya, desde el fondo de los papeles viejos y los periódicos amarillentos. Su anonimato, a la vez, me era muy familiar. Y en un segundo sentí, verdaderas, reales, complejas, las pasiones de aquellos hombres. Yo mismo venía de proclamar la República, yo mismo acababa de dejar el frente de Argüelles, yo mismo había estado charlando hacía un rato en alguno de los cafés de Alcalá o de la Puerta del Sol, yo mismo mehabía despedido de Machado a la puerta del café de las Salesas, bajo los mismos árboles de esta plaza de Santa Bárbara.

Todo eso lo provocaron dos raíles de un tranvía, la visión inesperada de un trozo de alma baudelairiana que dormía bajo una capa de asfalto de apenas veinte centímetros de espesor.

Durante unos segundos, cada vez que paso en coche junto a la tapia de la Casa de Campo, pienso en todas estas cosas, en las vidas que no viví y que de pronto, de una manera leve, como oímos el mar en una caracola, parecen animarse, llenarse del hálito que tuvieron y que espera, no sé dónde, que pase junto a ella un caminante. Como las tumbas. Nada más.

EN la *Vida de Pasternak*, a propósito de Scriabin: «Creo que las

obras más grandes se logran cuando un exuberante contenido se derrama fuera del artista, sin darle tiempo a reflexionar, obligándole a decir, a toda prisa, su nuevo verbo en el viejo lenguaje, sin darse cuenta si es viejo o nuevo».

Los partidarios del arte moderno más intelectual y frío seguramente encontrarán una aberración romántica las palabras de Pasternak. En cuanto a los arrebatados e incontinentes vanguardistas tampoco podrían suscribirlas, porque la razón de ser para un vanguardista es la certeza absoluta de que lo que ha hecho es *absolutamente* nuevo.

No son pocos los pintores que pintaron unos cuadros en los años veinte que resultaban entonces enteramente nuevos. Hoy en cambio nos parecen, bajo ese colorido chillón y a poco que uno sea sincero, algo viejísimo, seco, apolillado, rayado como la letanía de un loro.

López Velarde escribió, también en esos años veinte, unos libros que entonces parecían ya muy viejos, pero que leídos hoy son un prodigio de modernidad, de novedad verdadera, cuando en realidad ese poeta los escribió con la lengua vieja que teníamás a mano, la del modernismo y la provinciana y apolillada lengua de los simbolistas franceses.

LA acción es incompatible con la literatura. O se vive o se escribe. La vida es incompatible con la literatura, que tiene, sin embargo, que meterla entre sus páginas. La acción le condujo a Cervantes a la cárcel, pero solo cuando se vio allí sin poder hacer otra cosa, se tomó en serio sus novelas. Los escritores describen con verdadera fascinación la vida de los aventureros, la vida de los hombres de acción, cualquier vida que no sea la suya ni la de otro escritor, pero para escribirlas tienen que sentarse doce horas diarias. Si embargo, todos los que no son escritores han pensado alguna vez: «mi vida es una novela» o con más frecuencia «si yo supiera escribir…». Todo esto no tiene reconciliación. Para unos la vida ha pasado demasiado deprisa; paro los otros, demasiado despacio. Lo que unos viven, ya lo han vivido otros; lo que otros escriben, ya ha sido escrito mil veces. Todos más o menos repetimos las mismas cosas, pero por fortuna todos creemos que las que hacemos son mejores que las que hicieron nuestros antecesores, solo porque estamos vivos.

Sin darme cuenta de que G. estaba detrás de la mesa recortando

monigotes con unas tijeras, he leído el párrafo anterior en voz alta. G. me ha dicho: «Papá, estás loco, sentado todo el día para escribir eso». Me ha dado la risa y le he dicho: «no lo sabes tú bien». Se acabó por hoy. G., ven a jugar conmigo.

EL médico de Madrid nos ha diagnosticado a toda la familia tiña. El maldito Poe. Nos han dado un montón de pastillas que tenemos que tomar, incluido el gato.

HOY nos hicieron el primer pase de la película de Gaya. Estábamos M. y yo, la realizadora, que pidió todo el verano para elmontaje «porque en agosto estaré tranquilita y tendré todo el tiempo», y su protector. La experiencia ha sido desoladora. El documental se salva porque la voz y la presencia de R. y sus cuadros lo salvan, pero desde el punto de vista de la realización es tan escandaloso, que M. se pasó la hora propinándome monumentales patadas por debajo para que no dijera nada. El desaguisado es del tipo siguiente. R. está hablando de su primer viaje a París, en el año 27. Recuerda la visita que hicieron a Picasso, habla de Bores, de las vanguardias, del surrealismo, de Pedro Flores, de los españoles de la escuela de París… En el guion, como es lógico, se indicaba que se ilustraran estas palabras con imágenes de Picasso, de Bores, de París años veinte, imágenes en blanco y negro. Existen, están en los archivos. Pues no se le ha ocurrido otra cosa que recurrir a un plano secuencia del *bateau mouche*, Sena arriba, en technicolor rabioso años sesenta, con planos de la Prefectura y otros interesantes edificios neoclásicos de la mejor arquitectura civil francesa. Duración del plano: 6 minutos. R. había terminado de hablar de París, lo estaba haciendo ya de Venecia y todavía seguíamos a bordo del *bateau mouche*, río arriba, como los mohicanos.

El ambiente empezó a enrarecerse, y con cada nuevo plano a mí me recorría el espinazo una sacudida eléctrica.

Hablaba Gaya, por ejemplo, del pintor Solana, el Solana de la guerra, y que le había conocido, y contaba una cosa que Solana decía de los mozos de cuerda que había en la Ribera de Curtidores, y entonces, donde el guion decía «imágenes del Rastro y Madrid años treinta en blanco y negro», nuestra amada y clarividente realizadora había ido a escoger un plano prodigioso. ¿Qué será? nos preguntamos. Era desde luego de colorido pop rabioso, pero todo

estaba confuso, como en un borboteo difuso. Se fue aclarando la imagen mediante el foco, se iba abriendo el plano y lo que antes no eran sino oscuras, confusas y disformes líneas se fue concretando en qué: ah, señoras y señores, *le voilà*: ¡el chorrito de la Cibeles! Primero se veía un trozo del chorrito, luego un trozo más largo del chorrito, luego los morros de un león, de dos, poco a poco el regazo de la madre Cibeles, diosa de los melones y los melonares, de los boniatos y los algarrobos, y al fin, sin perder de vista el chorrito, en una apoteosis indescriptible, como el acorde final: el edificio de Correos coronado de antenas de trasmisión, picudas, parabólicas, caprichosas, puestas allí por la ciencia del hombre a fin de que las personas humanas como nosotros se comuniquen y haya buena armonía en las familias y también en las naciones.

De la impresión se me saltó uno y luego el otro globo ocular, que empecé a buscar a gatas y a tientas entre las piernas de la concurrencia, palpando la moqueta con toda la discreción para no interrumpir un espectáculo que tenía el mismo suspense que *Rebeca*, y las trazas también de acabar de la misma manera.

Hay que decir que los cuadros estaban muy bien rodados. Es decir: todo aquello en lo que esa mujer no ha intervenido, estaba muy bien. R. hablando, los cuadros, algunas fotos, secuencias de los estudios de Madrid y Valencia…

Al encenderse las luces se hizo uno de esos silencios que preceden a una sentencia de muerte.

Las únicas palabras que a duras penas logré pronunciar, falto de resuello, fueron en forma de pregunta:

—¿Pero esto es… definitivo?

Después de una discusión interminable prometieron corregir las meteduras de pata de más bulto y eso nos tranquilizó algo.

Al ir hoy a recoger a G. al colegio había que atravesar el río de multitudes que bajaban hacia Colón desde la Glorieta de Alonso Martínez por la calle de Génova.

Yo no sé si estaba allí el féretro de Dolores Ibarruri, *La Pasionaria*, o era solo un acto de homenaje.

Había gentes de toda clase y condición, jóvenes, viejos, obreros, burgueses, gentes del pueblo, como se dice, y abonados al desclasamiento.

Llevaban con cierto aire festivo sus banderas rojas, que movían

de un lado a otro para que tremolasen con augusta solemnidad. De vez en cuando, al avistar en algún balcón un trozo de tela encamada con un crespón negro, aplaudían con fervor y saludaban puño en alto a quienes desde allí, empleados y oficinistas, les correspondían puño en alto también, contentos todos de ser tantos.

De vez en cuando, por la megafonía móvil y confusa de los coches, se oían las notas de «La Internacional».

Entonces muchos se sumaban y empezaban a cantar. Algunos pocos conocían bien la letra de las primeras estrofas, pero la mayoría no, de manera que terminaban prestando atención a lo que cantaba el de al lado. A los pocos minutos «La Internacional» era musicalmente como una pasta de engrudo en la que destacaban dos o tres voces estridentes, las de aquellas personas que levantaban la voz para hacer notar que se sabían la letra de memoria.

«La Internacional» sonaba con empaque y machaconería. Dos viejas, con un pañuelo rojo anudado al cuello y cogidas del brazo, lloraban sin consuelo. Se habían quitado del pecho la medalla de Santa Gema Galgani y la habían sustituido por otra de Dolores Ibarruri. Eran dos viejas torcidas por la artrosis, con las manos como sarmientos y la piel cuarteada. Dos viejas de las que vivieron seguramente la guerra en Madrid y la posguerra, de cárcel en cárcel, de hambre en hambre.

Un himno como ese, que ha encabezado más de una docena de revoluciones sangrientas, si no se tienen convicciones fuertes y pacíficas, impresiona.

Las viejas, con los ojos enrojecidos de llorar, se secaban las lágrimas con sendos pañolitos que de tantos efluvios no eran más que unos rebuños que se paseaban por sus respectivos y acontecidos semblantes. Hemos visto demasiadas veces las lágrimas del pueblo, para creerlas del todo: ante la momia de Franco, en el entierro de Tierno Galván, el traslado de los huesos de José Antonio de Alicante a Madrid, en el de Paquirri, en el de Manolete. Sin embargo ante las de aquellas dos mujeres había que guardar silencio respetuoso, porque, al margen de todo, la vida había señalado en sus rostros un dolor real, por encima, por debajo de las ideologías.

Aparte de llorar las dos viejas cantaban su himno con la primera letra que tuvo, hace cien años: «Arriba, parias de la tierra, en pie famélica legión». No debieron cambiarle la letra. Un himno con esos

adjetivos es ya un himno inofensivo y arqueológico.

Como himno a uno le gusta más, la verdad, «La Varsoviana», el de los anarquistas. Es una canción melancólica, eslava, con un feroz fatalismo hebraico metido hasta en la más pequeña corchea. Solo las tres primeras notas son de un derrotismo admirable. Dice: «A las barricadas, a las barricadas», pero por el tono musical parece que está cantando con desesperación resignada la grandeza del martirio al que conducen a toda esa famélica legión de desheredados: «A la degollina, a la degollina por el triunfo de la Confederación», parece que dijera.

Un himno derrotista, en cambio, un himno compuesto en tono menor, jamás debería desaparecer de la tierra. Es la belleza desgarradora del *poco adagio cantabile* del Kaiser Quartett, de Haydn, que los alemanes adaptaron como himno nacional. Ningún general podrá conducir a la victoria a un ejército que tenga como himno el pasaje de Haydn. ¡Cuánta devastadora melancolía! Es imposible escucharlo sin lágrimas en los ojos y un peso indefinible en el corazón: es un himno para pensar en la tristeza, en el fracaso, en la muerte, en la lealtad, es decir, en los valores que conducen a la derrota irremediablemente, y jamás agradeceremos lo bastante a Haydn que pusiese en su cuarteto las semillas de la aflicción y el duelo capaces de dinamitar incluso delirios como los de Hitler.

Cuando las viejecitas terminaron de cantar «La Internacional», habían dejado de llorar y estaban incluso alegres, se guardaron los pañolitos, hechos ya una bola, en la manga de la chaqueta y se dedicaron cogidas del brazo a fisgonear todo lo que tenían alrededor, para contarlo luego.

Cuando no se cantaba, se coreaban unas consignas que a veces hacían ininteligibles las que gritaban un poco más allá.

Yo me tuve que ir a buscar a G., pero a la vuelta, subí mi hijo a hombros, como San Cristobalón, por temor a que me lo llevara la corriente humana, y me mezclé con la multitud. La plaza de Colón estaba totalmente llena, y parte de Génova, hasta la confluencia con Zurbano.

La gente coreaba ahora la misma consigna que hace cincuenta años pronunció *La Pasionaria* en Madrid, frente al ejército fascista: «No pasarán».

Esas dos palabras recorrían la multitud con la violencia de ese

viento que barre el mar rizándolo con presagios de tormenta y aun de devastadora e irreductible galerna. Todos estaban orgullosos, exultantes y un poco sorprendidos de ver cómo retumbaban las voces, de modo que cada vez esta consigna era desgañitada con más fuerza.

Después de haber perdido la guerra, después de que los fascistas no solo pasaran sino que se quedaran cuarenta años en el poder, después de tantos exilios devastadores y vidas silenciadas, después del fracaso de todos los regímenes comunistas del mundo, después de todos los crímenes de Stalin, después de haber presenciado impasibles cómo Franco se moría en su cama y cómo, solo una vez muerto, *La Pasionaria* y otros muchos han podido volver, después de todo eso, un grito como el de «no pasarán» no es más que retórica y pura decoración, si no algo más grave: eso ha sido lo que ha justificado el sueldo de muchos de ellos con dinero de las arcas del Comité Central, de su propio partido o del de Moscú.

En los periódicos le han dedicado a la muerte de *La Pasionaria* todas las primeras páginas, con un gran despliegue informativo, con fotos históricas, semblanzas, análisis y un gran número de panegíricos, rindiéndole honores de heroína, como a Agustina de Aragón. Lo más terrible del leninismo no es ya su concepto del centralismo democrático, sino la valoración que hace de sus dirigentes, por encima de cualquier obrero. Por esa razón puso a disposición de aquellos aviones para salir de España en 1939. Hablan de dirigentes obreros, pero un obrero deja de serlo en cuanto se hace dirigente.

Es natural que al morir un escritor o un actor de cine no se recuerden sus libros mediocres o sus malas películas, sino las obras suyas de más mérito, porque el artista es, en general, alguien inofensivo, y esas necrológicas suelen significar una prolongación del cultivo vanidoso de la personalidad. Nada importante. En un artista están admitidos los retoques quirúrgicos para que el muerto resulte más presentable. A los dos días lo normal es que la gente olvide esos maquillajes de última hora y se quede con la imagen más exacta que tuviere del finado antes de que finase.

Los retoques que han hecho con la biografía de *Pasionaria* se ve que quieren ser definitivos, como los que le hicieron a Lenin, para embalsamarlo y exponerlo en toda su mentira para los próximos

quinientos años.

Qué mujer. Impresionaba oírla hablar, correosa e inmisericorde, con esa punta autoritaria que en España han tenido por igual los locos y los predicadores de púlpito. Hay que desconfiar de las mujeres que no tienen labios, como las culebras. Hay que desconfiar también de los políticos que se hacen fotos rodeados de niños. Fue el caso de Hitler: al final son como Herodes.

El mote de *Pasionaria*, contra lo que se piensa, remite no a sentimientos o pasiones, que no parece que tuviera, pasiones nobles se entiende, sino al carácter incendiario de sus arengas, pero habría sido más exacto habérselo adjudicado por el matiz sufriente, por el tono España-Negra, siniestro y temible, de toda su persona.

Hay una España Negra conmovedora: la de Solana, la de los Baroja, la de Regoyos, esa en la que siempre van juntas inocencia y malicia, generosidad y pobreza. Nunca la de los Torquemada, la del cálculo, la de la manipulación.

Iba vestida siempre de luto, con un moño pegado a la nuca, sin pintarse, con los labios secos y las manos grandes y torpes del que trabajó con ellas desde los siete años. Le gustaban los hombres con carácter, fuertes, dominadores para doblegarlos, y se metió en el único sitio donde podía estar rodeada de pantalones por todas partes: en la política y en el Partido Comunista.

Durante la República y la guerra de España basó parte de sus campañas en el orgullo de ser madre. Es posible que fuese sincera, pero se veía que a ella la maternidad solo le interesaba como productora de hijos para la revolución o la guerra. Las feministas de ahora la reivindican. No saben lo que se hacen: si hubo una mujer en España que habría querido ser un hombre, esa fue *La Pasionaria*. El propio Carrillo dio los primeros pasos en su ascensión en el PC (adula, que algo queda), con esta frase pronunciada en el congreso de 1945: «*Pasionaria* es el más grande hombre de Estado con que cuenta nuestro país».

Era como una beata al revés. Todo en ella era España negra, empezando por el nombre: Dolores. ¡Qué puesta en escena, qué teatralidad la suya, qué sentido del drama!

Llevan dos días repitiendo: «Una vida ejemplar dedicada en cuerpo y alma a la clase trabajadora y luchadora infatigable antifascista por las libertades democráticas».

Es verdad que dedicó su vida a la política y al Partido Comunista. Ha sido, es verdad, antifascista, pero ni de lo primero se desprende que haya luchado por la clase trabajadora ni de lo segundo que fuese una luchadora por la libertad.

Hace uno o dos años se publicó un libro, *Grandeza y miseria del Partido Comunista Español*. Es hasta la fecha el más completo y complejo estudio sobre ese particular. Su autor, un antiguo comunista, relata en más de quinientas páginas de letra menuda la novela fascinante del PCE.

Maquiavelo resulta un aprendiz al lado de buena parte de sus dirigentes: pistoleros, asesinos, miserables, tramposos, putañeros, aventureros, oportunistas, autoritarios, traidores… O sea: bastante parecidos a los falangistas. Cuando salía de entre sus filas un hombre bueno, generoso, idealista, honrado, lo liquidaban sin consideración o lo utilizaban como carne de cañón, hasta el extremo de que muchos, en la posguerra, preferían entregarse a la policía franquista que a los sicarios de su partido.

Cuando se publicó ese libro nadie en España dijo nada. Le rodearon de una cámara de silencio y vacío. Se dicen en él cosas terribles, arrancadas de los archivos secretos del partido cuando el autor seguía siendo cofrade de la hermandad.

El personaje más citado y estudiado de ese libro es, como es natural, *Pasionaria*. Nada que ver ese personaje que Gregorio Morán, el autor del libro, nos acerca con documentos, declaraciones, actuaciones políticas en la URSS y arengas de esa señora, nada que ver con lo que se lee estos días en los periódicos.

Carrillo, su hasta antes de ayer compañero de viaje, ha declarado a un periódico que *La Pasionaria* estaría orgullosa de ver cómo se derrumba el muro de Berlín. Carrillo, que a estas alturases ya un viejo malvado que no ha perdido ni el humor ni las ganas de vengarse, estaba recordando, claro, lo contrario: que fue *La Pasionaria* una de las personas que ayudaron a levantarlo con las mismas ideas que hoy se le ensalzaban en Colón y en todos los periódicos de España.

Como subraya Morán, la vida de *La Pasionaria* ha sido larga y de ella no se excluye ni la hipocresía ni la infamia ni la traición: estuvo a sueldo de Moscú. La prensa en España ha llamado a eso exilio, pero no pasó de ser un estar a sueldo de Stalin: «Stalin,

maestro; Stalin, jefe; Stalin, liberador; Stalin, camarada; Stalin, guía y orientador», dijo de él Pasionaria con ocasión del setenta aniversario del dictador georgiano. Suena a una adulación repugnante de lacaya. No son siquiera las palabras de una mujer joven y atolondrada. Pasionaria entonces era ya una mujer más que madura, y fría y despiadada con sus enemigos políticos, los de su propio bando y los del contrario, en ese orden. Cuando cayó Stalin, que le daba de comer, supo mantenerse a flote y conservar los favores de que gozaba en Moscú, adulando y apoyando las políticas de los que en principio se declararon antiestalinistas, Kruchev, Breznev y todas y cada una de las camarillas que mandaron despóticamente en el Kremlin. Por eso calificarla de luchadora por la libertad resulta, tal vez, un poco excesivo, lo cual no obsta para que a uno le repugne aún más que reconocer estas pequeñas verdades tener que estar de acuerdo ni siquiera un minuto con todos aquellos que desde la prensa más reaccionaria dicen algo parecido. Pero la verdad no es ni de Agamenón ni de su porquero.

Fue responsable de la política de liquidación del POUM durante la guerra en España, y amparó al asesino de Trostsky, cuando salió de la cárcel de México, y lo recibió en Moscú con los honores que allá se reservaban a los héroes militares. En fin. Los que ahora sostienen que siempre tuvo una visión política aguda yrealista de la realidad española, podrían recordar la frase que año tras año, desde la reunión del Buró Político en 1947, repetía en sus informes: «Estamos en las postrimerías del régimen franquista». Concedamos que era inteligente: una frase así, conociendo la realidad española de entonces, solo podía decirla alguien con intereses espurios y mezquinos ajenos a la propia política, como esos ejecutivos que no tienen escrúpulos para falsear la curva de beneficios a fin de que el Consejo de Administración les mantenga en su cargo. Fue lo que hicieron los dirigentes comunistas con la decisión asesina de la invasión del Valle de Arán, donde enviaron al matadero a tantos camaradas idealistas, pobre carne de cañón. Puede también ocurrir que se creyese que el franquismo estaba en sus postrimerías desde 1947 hasta 1975. Si eso fue así, es que era rematadamente idiota, y si lo era, ¿cómo logró sostenerse en la dirección de un partido en el que todos, desde el militante más de base del Comité Central, parecían, en cuestiones políticas, poco menos que catedráticos?

Así están las cosas.

En todo esto pensaba uno mezclado entre la muchedumbre. G. estaba encantado, le parecía una romería, y una señora le dio un caramelo.

A lo lejos podía leerse el cartel que habían puesto en la tarima de los oradores: «Dolores, una flor del siglo XX».

Alemania Oriental se desmorona como un terrón de azúcar; la URSS atónita se observa a sí misma incapaz de reconocer su propio cuerpo y sin saber dónde poner el pie: le esperan o arenas movedizas o la lepra; Polonia está en manos de la iglesia católica; Hungría ha hecho un montón con las viejas insignias y medallas y las ha prendido fuego en la plaza pública. O sea: todo por lo que *La Pasionaria* luchó, traicionó, conspiró, utilizó, mintió y vivió son hoy cenizas frías que nadie quiere siquiera pisar por no mancharse. En el camino han quedado tres generaciones de hombres perseguidos, embrutecidos, sin esperanza. Los miles de soñadores que dieron su vida por los ideales y los cientos de miles, no menos idealistas y convencidos de lo contrario a los que aquellos quitaron la vida, la libertad, la tierra, la ciudadanía, es todo el rédito que esa mujer se lleva entre las manos. Sin contar los inocentes que también sucumbieron a manos de unos y de otros, y a los que arrebataron el derecho más alto de todos: el de no tener ideales, si ese es su gusto o su incapacidad.

Hace un tiempo un periodista americano preguntaba a Brodsky cómo iba a brindar por el derrumbamiento de los países socialistas. El poeta contestó de la única manera posible: «El dolor ha sido tanto y tan inútil que no estamos para celebraciones».

Hace unos años X. nos hacía de esta mujer un retrato, sin embargo, muy diferente. La recordaba de la guerra como una mujer valerosa, con cierta grandeza, como una figura de tragedia griega. Es posible que en la guerra Pasionaria tuviese esa planta, pero pensemos ahora en las verdaderas flores del siglo XX, que crecieron en las mismas estepas donde reinó desde la sombra esta zarina, cómplice con el tirano: Tsvetaieva, que tuvo incluso que pedir prestada la cuerda con la que se ahorcó, porque sus tobillos no soportaban ya los crímenes del Estado; Pasternak, al que tapó un manto de nieve y de silencio; Anna Ajmatova, la de los ojos tristes; Mandelstam, el puro poeta de Varsovia, que ni siquiera tuvo suerte

en su suicidio, camino media vida de la deportación y la otra media, de la muerte; Soljenitsin, que encontró en el Gulag algunas páginas dictadas por Dostoievski; Brodsky, insomne cada noche, porque teme olvidar, lejos de su tierra, lo único que en verdad tiene un poeta: la lengua de su madre… He ahí las verdaderas flores que se abrieron camino en las sombrías y vastas estepas rusas.

Los versos que leyó Alberti como despedida en este entierro faraónico vimos que eran vacíos, no de contenido, sino de poesía, porque eran versos que se podían decir a este o aquel otro muerto. Una poesía que se declama ante doscientas mil personas, o las que fuesen, tiene que estar hueca, para que suene y puedan escucharla todos. El silencio, y la poesía nace de él y tiende a él, solo puede oírse de uno en uno.

No sé. Más que nunca tiene uno la sensación de que esa mujer ha muerto con las manos vacías. Y manchadas.

Ha pasado el tiempo y muchos de los viejos dirigentes se han quedado mudos.

No es lo mismo mudo que silencioso.

¿Pensar así es lo que algunos llaman ser reaccionario? El comunismo ha fracasado, pero lo más desolador de todo es que nada por lo que luchaba ha sido resuelto: hay pobreza, hay miseria y la gente se muere en la calle y en las cárceles. Sin embargo es posible que ninguno de los viejos comunistas esté moralmente capacitado para encabezar una lucha que debe continuar.

Al final del acto la gente se marchaba poco a poco a sus casas. Seguían agitando las banderas a uno y otro lado. Nadie cantaba ya. Nadie coreaba ninguna consigna, convencidos de que ya «han pasado». ¿A dónde?

La frase «más vale morir de pie que vivir de rodillas» era, al parecer, suya, y es una hermosa frase llena de coraje, pero es también una frase de teatro, porque todos vivimos unas veces de pie y otras de rodillas, de la misma manera que hay gente que también muere de pie y de rodillas.

Camino de casa a G. le regalaron una banderita roja, con la hoz y el martillo, que también la agitaba en el aire para verla temblar, mientras un hombre mayor le decía: «Hijo, no olvides nunca este día».

Y estaba alegre, como después de un día de romería.

«LOS españoles dan gracias a Dios por mediación del clero católico, por su victoria del 14 de junio sobre los franceses, y los franceses, por mediación del mismo clero católico, elevan al cielo sus preces por haber vencido el 14 de junio a los españoles». *Guerra y paz*, V, 1.

LO arrebatador del fuego es que estando concebido de un solo y único instante, dure tanto.

CUANDO escuchaba la radio, pusieron uno de los movimientos de la única sinfonía que compuso Bizet. Fue, al parecer, un Bizet muy joven quien escribió esta maravillosa partitura. Era en verdad una música muy hermosa.

Mientras sonaban esos compases que ni el propio Bizet llegó a oír interpretados jamás, me di a vagas y sombrías consideraciones sobre todo aquello que nace para permanecer ochenta años oculto, perdido, inconsiderado.

Y mientras pensaba y pensaba, el tema principal de la melodía, meridional, soleado, mediterráneo, con la luz de Sicilia y el perfume de las naranjas en el árbol, me iba envolviendo, y me confortaba pensar en mis ochenta años, que pesaban tan poco.

HAN dejado de aparecer mis artículos en el periódico donde se publicaban, después del escrito el otro día sobre *La Pasionaria*. Entre todos me van a hacer un hombre. El inmediatamente anterior había versado sobre nuestro dinámico Rey y su conocida y apasionada relación con la lectura de libros (de letras negras). Para mí sería muy gratificante suponer que uno ha sido represaliado por razones ideológicas. Pero ni siquiera. Uno no puede hablar mal de un judío, porque te acusarán de antisemita. No se puede hablar mal de un homosexual, porque la hermandad de los homosexuales te excluirá de todas partes. Una sola mención crítica a un comunista bastará para que te veten en losactos culturales que programen todos los ayuntamientos regidos por comunistas. No se puede hablar mal de ningún catalán, porque inmediatamente te hacen responsable de la represión franquista. Es como si la verdad solo les estuviese permitido sostenerla a quienes han alcanzado la celebridad, pero la celebridad a menudo es inalcanzable con la verdad. Da igual que algunos de tus mejores amigos sean homosexuales, judíos, incluso comunistas (catalanes, menos). Bueno, hoy somos un poco más pobres que ayer, pero ¡y la de cosas

que podremos contar a nuestros hijos!

AL venir a las Viñas este fin de semana nos esperaba la noticia de que alguien ha matado a Poe de un garrotazo hace tres días. El hecho nos ha dejado mudos, sobre todo a los niños, que no saben qué hacer ahora con las pastillas, los geles de baño y unos esprays con los que pensaban también tratar una enfermedad que ahora nos hermana a todos nosotros.

Como pasa en los pueblos: nadie sabe nada, nadie ha visto nada, nadie sospecha nada, pero imagino que ese estacazo iba dirigido a cualquier otro menos al gato: a nuestro lagarero, por ocupar un trabajo al que seguramente se creen con el mismo derecho, o a mí, por la cuestión del agua, a M. por recurrir a unas mujeres de la limpieza y no a otras, o a cualquiera de los niños, por tener una bici, o por ser forasteros, o por tener un año más o un año menos.

Y es, sobre todo, la violencia moral de buscar un palo y tomar esa determinación la que a uno le congela la sangre y le licúa la médula espinal. Ni siquiera sabían que era un gato tiñoso. Pobre Poe. En medio de todo, ni siquiera había pasado tiempo para que nos encariñáramos con él. Ese ha sido el argumento que he esgrimido para templarles el ánimo a los niños, que siguen tristones todo el día.

HAN pasado quince días y ayer por la noche emitieron el documental de G. Dios mío qué racha: la tiña, lo de Poe y ahora esto.

R. y C. creen que exagero y el documental dentro de lo que cabe no les ha disgustado. Mejor que se lo hayan tomado de esa manera. M., con un argumento incontestable, me ha pedido por favor que no telefonee a la emérita continuadora de los hermanos Lumière: «No vas a conseguir nada», me ha dicho. Según. Asesinarla.

HOY he tenido que presentar *La Biblia*, en una edición para niños. Seguramente será esta la única ocasión en la que tengo la seguridad absoluta de que se trata de un buen libro.

A mi lado había un viejo mosén, con aspecto de ebanista, pero que citó en su intervención a Adorno, lo cual en boca de un cura es motivo siempre de sorpresa, porque ese es el camino que conduce al clero a las casas ducales españolas.

Las cuartillas que yo leí eran mis recuerdos sobre ese libro, sobre todo del tiempo que pasé en Palencia y asistía a las funciones

religiosas de la iglesia evangelista, tras de las cuales la mujer del pastor distribuía en una bandejita taquitos de mortadela y vino blanco de Rueda. O de los tiempos en que uno iba vendiendo Biblias en Madrid por las casas, mientras Folledo, el boxeador, se las vendía a las putas de la «costa Fleming».

De no haber sido por esa ocasión no creo que hubiera vuelto sobre aquellos recuerdos. Los artistas y escritores se han pasado veinte siglos luchando por su emancipación, pero nada mejor para ciertas obras que el encargo y el despotismo, aunque una de las principales tareas de un artista sea ser un hombre libre desbaratador de despotismos e injusticias. En pintura y en escultura, por ejemplo, los artistas no querían sacudirse el yugo del mecenas o del rico burgués que le compraba sus cuadros, sino el yugo del parecido. El yugo del burgués, sobre todo cuando paga bien, está forrado de algodón y de algalia. En cambio el yugo del parecido, el yugo de la realidad les era mucho más incómodo, de manera que se lo quitaron de encima en cuanto pudieron. No se ha hecho nunca un arte tan burgués como el que se hace desde hace ochenta años. Antes un artista podía transformar la realidad y torcerla, hacía las caras de una manera o de otra, pero la realidad sostenía todo eso. Había detrás de su trabajo intenciones morales: en el fondo quería hacer una realidad mejor. Ahora, cuando no hay caras, cuando no hay realidad, a los artistas les trae al pairo que un cuadro suyo haga más rico y versátil este mundo, y el arte se ha quedado con lo peor que tenía: el burgués y sus billetes de banco.

HACE dos años para verse una cana tenía uno que arrancársela. Hoy se me caen encima del libro que estoy leyendo. Es como un haikú: está sucediendo algo en mí que no comprendo.

AUNQUE los diarios de Missie Wassiltchicer resultan un poco insustanciales desde un punto de vista literario, y no llegan ni a la intensidad de los de Anna Frank ni al interés de los de Speer, son una dosis generosa para los adictos a los asuntos de la segunda guerra mundial.

Me preparo una gran cantidad de té, me hundo en mi sillón preferido, enciendo el brasero y me zambullo en la lectura, y aunque no fumo en pipa ni tengo un *setter* irlandés de pelo rojo, me hago a la idea de que le pego voluptuosos chupetones a la pipa y acaricio de vez en cuando la cabeza de mi perro, dormido sobre la

alfombra, junto al fuego de la chimenea que tampoco tengo. El placer que nos proporcionan ciertos libros que no son literatura resulta un tanto espurio, pero legítimo, como el que un día se salta el régimen de comidas que se ha impuesto.

Estos diarios están escritos por una joven que, a juzgar por las fotografías, debió de ser una belleza, con admiradores bañándose en todas sus costas o mostrándole sus músculos como socorristas.

Era una princesa rusa de una aristocracia provinciana, pero conocía a todo el mundo, lo cual, como se sabe, hace la vida más variada, aunque no necesariamente más interesante.

Es posible que algunos se escandalizaran al ver cómo, en medio de los horrores de la guerra, se puede pensar únicamente en el *cabaret*, las ostras y los bailes nocturnos. Pero en absoluto es una frivolidad. Resulta palpable que esa es justamente la razón: la muerte, su presencia inevitable y cotidiana, hace que los hombres sanos y jóvenes lleven el paroxismo de vivir al polo opuesto del paroxismo de la muerte, y ante sus ojos, planta cada día sus reales, como si a una muerte segura solo se la pudiese combatir con una vida azarosa hasta el delirio y la orgía, que es la manera dionisiaca de quebrar el azar como se hace con una avellana hueca.

Por esa razón copio aquí la anotación que Missie escribió el 20 de diciembre de 1940 y que revela una ironía que hubiéramos agradecido los lectores más a menudo. La anotación sigue a una descripción minuciosa de los horrores de la guerra y los primeros bombardeos sobre Berlín, en noviembre de ese año. Después de describir Missie el escenario berlinés, pasto de las llamas, sepultado en escombros, con azoteas arrasadas y montañas de muertos, después de describir el estado en que quedó la mejor tienda de antigüedades de Berlín, que ardió a causa de las sedas y los brocados antiguos, después de decirnos que puertas y ventanas habían sido arrancadas de sus goznes por las ondas expansivas y que la lluvia entraba en las casas porque los tejados se habían hundido, dice: «Hemos ido otra vez a Marienbad, donde Tatiana se ha hecho la permanente y yo algo más sencillo, más adecuado para los bombardeos».

Debiera servir también esa anotación como advertencia a los escritores, la mayor parte de los cuales peinan su prosa con un estilo bastante inadecuado para los bombardeos, sin contar con que

abusan de la laca.

SIN haberlo buscado, nos sale hoy al encuentro una nueva entrega de *La arboleda perdida*, que es a la limpia prosa castellana lo que el peinado de Margaret Thatcher, o el de Miss Tatiana, al sublime arte de la peluquería.

Está escrita en estilo secretario de pueblo: «Ibamos don Fulano y yo paseando por la alameda, el cual me dijo…»; o también: «Allí nos estaban esperando los inolvidables amigos Fulano y Mengano, con sus bellas y simpáticas esposas, las cuales nos prepararon una de esas paellas que han hecho inmortal ese rincón paradisíaco de nuestra vieja Andalucía, donde florece la solidaridad de los pueblos de España, regada por los magníficos caldos de las viñas oreadas por la brisa salobre del Puerto de Santa María, cuyas luces veíamos parpadear como guiños angélicos en la mar, la mar de mi bahía gaditana, la mar de mi infancia y la de los salineros indómitos, y dimos cuenta de ella [la paella, no la mar] sin dejar ni uno solo de sus granos de oro tras cristianarla con el jugo de un limón y bendecirla con los sagrados lazos de la simpatía y la amistad».

De vez en cuando uno hace propósito de enmienda y se propone no meterse con nadie, pero después, no sé por qué, uno no puede evitarlo y sin quererlo, incurre.

HA muerto Silvana Mangano y al verla en esos recortes que incluyen los telediarios, nos hemos quedado mustios, como si se hubiera agostado algo muy resistente, los líquenes del corazón.

Cierro los ojos y veo su belleza imperfecta, los cines de León, el blanco y negro de mi infancia y las murallas de la Carretera de los Cubos como las murallas de Roma.

Una belleza sin canon, tan pronto belleza de amante, de madre, de mujer. Una belleza completa, inalterable, más allá de la muerte, puesto que bajo mis párpados aún sigue mirando ella.

Nos contaba G. que él la veía pasar todos los días mientras comía en una *trattoria*. Iba sola, pensativa, con su belleza de nadie.

Ni siquiera era vieja. ¿Quién decía que la vejez es un estado al que todos queremos llegar, pero que nadie reconoce haber alcanzado? ¿Voltaire?

Era una mujer que tenía esa aristocracia que solo aparece en los que vienen de muy abajo, aristocracia que puede llegar incluso a parecer un tanto *grosera*, como vemos también que ocurre en

algunos aristócratas que viven en ellos el final de una raza o la extinción de una familia de seiscientos años de historia.

Ese era el misterio de la Mangano: parecer que toda la nobleza italiana había desembocado en ella, que tuvo un origen tan humilde. Aunque nada que venga de hace dos mil años, y la Mangano salía justamente de ese pueblo romano del imperio, nada que tenga sobre sí veinte siglos, es humilde.

QUIENES han estado presumiendo durante estos años de haber pertenecido a tal o tal organización antifranquista (y de correr delante de los guardias, y de ir a los conciertos de los cantautores que desafinaban, etc.) resultaban ridículos, pero han dado paso a un tipo de personas que resultan patéticas. Aquellas que empiezan a lamentarse (la moda no ha hecho más que comenzar) de haber incurrido justamente en todo el *decálogo* (clandestinidad, manifestaciones, lecturas de Marx, novia progre, cineclubs, propaganda prohibida, etc.). X., hoy, me lo decía con un codazo cómplice: «¿Te acuerdas de los muermos de Antonioni, de Bergman, de Raimon, de Paco Ibáñez, que nos tragábamos sin rechistar?». Y lo gracioso es que no recuerdo haberle visto entonces en ninguna de aquellas garitas. Es decir (moraleja): a los que fantasean con su pasado antifranquista (para rentabilizarlo, por supuesto), van a sucederles aquellos que renegarán de un pasado que nunca tuvieron, renuncia que también rentabilizarán. Seguro. No sé cómo, pero seguro.

ESTABA leyendo esta tarde los *Diarios de Moscú* de Benjamin, cuando algo impreciso me obligó a dejar el libro y tomar este cuaderno.

Qué reales son las cosas reales de las que habla B. Aparecen unas camas, un trineo, una mesa de pino, la calefacción excesiva de un hotel deprimente y apestoso. Son las cosas las que hacen distintos a los hombres. Y sin embargo…

También nos rodean cosas, muebles, el cristal de un balcón en el que se refleja un libro, una luz donde se desvanece la tarde, y el frío en los pies, porque esta casa tiene la misma calefacción que las casetas de los peones camineros.

Hay algo cotidiano en todo esto. La radio, muy baja, ha estado sonando Dios sabe cuánto tiempo, sin que lo advirtiera. De pronto presto atención y escucho una de las canciones populares que Lorca

interpretaba al piano: «Miró Paquiro el reló/ y dijo de esta manera…».

Son todas ellas cosas reales que remiten a una realidad, y sin embargo no logran confortarme, ni apagar no sé qué vaga ansiedad que tampoco sabría localizar en parte ninguna de mi cuerpo. Incluso me parecen sin realidad.

B. habla en ese diario del programa de cada día: a quién ha visto, lo que ha visto, las dudas que asaltan su fe socialista y bolchevique, nimiedades también, visiones, ráfagas.

Todo en él me parece lógico que sucediera así. Es natural que se fuera a Moscú detrás de una mujer vulgar que no le hacía caso, y que no fueran aquellos los mejores días de su vida; todo eso nos encaja en una vida de la que conocemos el final, la vida de un optimista que tuvo el final de un pesimista.

En cambio no son menos triviales mis anotaciones, pero en las mías no encuentro lógica por ningún lado. Todo es deslavazado.

Tal vez dentro de cincuenta años alguien encuentre en todo esto un orden. Hay que escribir, hay que hacer, es preferible la acción a la inacción. El pensamiento es acción. El sueño es acción. El no hacer nada en la gente que hace constantemente, es acción. Todo es acción, pero no le encontramos un fin, un principio, ni siquiera los resortes de la accidentalidad.

He aquí, pues, el trozo de mi vida sucedido hoy sin lógica, en busca de su lógica de mañana, y que escribo para que el lector futuro (el mismo que leyó a Stendhal cien años después, el mismo lector, no el mismo Stendhal), resolviendo mi pequeño enigma, me haga la compañía que no consigo siquiera hacerme yo mismo, ni en cuerpo ni en sombra.

Había quedado por la mañana en la redacción de la *Revista de Occidente* para entregar un ensayo justamente sobre Stendhal que había servido, hace dos años, como base de una conferencia que escucharon con indiferencia los alumnos de primer curso de la Facultad de Bellas Artes de Cuenca.

Nunca antes había estado en *Revista de Occidente*. Frente a la casa, que como se sabe fue la sede de la Residencia de Señoritas, hay un pequeño jardín que lo separa de la calle por una de esas verjas con lanzas que son la estilización cubista de lo que antes era el cuerpo de guardia.

La hierba, con estas lluvias, había crecido mucho y estaba tierna como lechuga. Los caminos de tierra pisada aparecían llenos de charcos, de manera que para evitarlos era preciso andar a saltitos. Toda esa precariedad, ese descuido del césped me hizo creer que vivía una escena en verdad muy anterior en el tiempo, 1930 por ejemplo. También, al esquivar el agua estancada en la grava, me figuré que alguien me estaría viendo detrás de alguna ventana y que yo le recordaría al Jacques Tati de *Mon Oncle*, cuando recorre a grandes zancadas aquella senda del jardín de su hermana y su cuñado. En cierto modo, yo mismo, yendo allí, me sentía un tanto intruso, vagamente cómico, exigiéndome ser un poco cínico, pero sin dejar de ser un meritorio subalterno.

Iba intimidado, porque los lugares que no reconocemos, a uno, si se es retraído, le encogen y arrugan, y más aún si en el bolsillo derecho se lleva un artículo propio que va a ser paseado bajo la mirada circunspecta y solemne de alguien del que tampoco conocemos absolutamente nada, pero al que su cargo le extiende por los hombros la toga de los catedráticos.

En la entrada había una mujer que hacía las veces de recepcionista, una de esas mujeres que necesitan el dinero de un trabajo como todo el mundo, pero que hacen creer que se someten a una disciplina laboral por una como si dijéramos fantasía, la de, por ejemplo, esas grandes damas que, aburridas, deciden pasar una hora en compañía de su costurera u ocupándose personalmente, en las cocinas, de los menús de la casa.

En el momento de llegar yo, charlaba amigablemente con otras dos mujeres. Las tres hicieron patente que mi visita interrumpía una muy amena tertulia. Como ninguna llevaba ropa de abrigo deduje que las tres estaban empleadas en aquella casa.

La que, detrás de una mesa, parecía la recepcionista, era una mujer de treinta y muchos años, de pelo ceniciento, muy bien peinado en una melena corta y lisa. Estaba bronceada, a pesar de que estamos en diciembre, para lo cual esbocé un par de hipótesis: que se tuesta cada día al llegar a su casa bajo una lámpara de cuarzo o que es en verdad muy rica y su marido le costea estancias periódicas en Soto Grande o Venezuela. Tenía los ojos del color del sulfato de cobre, en las manos se había salpicado unas aristocráticas pecas y en el cuello se le enroscaba un collar de perlas que parecían

haber sido pescadas por nativos de alguna isla del Caribe a trescientos metros de profundidad (para reunir tantas, y de tal tamaño, seguí deduciendo, se habrían reventado los pulmones media docena de pescadores que habrían dejado desamparadas seis familias, a cinco por familia, etc.). He aquí su retrato, al que debemos dar una última pincelada: adornaba su graciosa persona con un pañuelo de cachemir que colocado sobre un solo hombro le terciaba la espalda como el capote que llevan los toreros en el paseíllo.

En cuanto a las que le acompañaban en el momento en que yo abrí la puerta, se podía decir lo mismo que de ella. Incluso físicamente: medio rubias, ojos azules, pulseras de oro, jerseys de Cachemira de colores pastel y, en una, el mismo pañuelo, en este caso de Hermès, a la bandolera.

La gobernanta, molesta por la interrupción, me preguntó:

—¿Qué quieres?

El tuteo se cerró sobre mí con la inesperada violencia de un cepo raposero: me trataban así en algunas casas cuando trabajé de chico de los recados en una tienda de ultramarinos.

—¿Sabes dónde está la *Revista de Occidente*?

Mi tuteo en cambio a esas señoras pasteleras les pareció insultante y me miraron con el mismo odio fiero con que habrían fulminado al taxista que hubiese intentado verles las bragas a través del espejo retrovisor en el momento de acomodarse en el asiento trasero.

Con un desdén infinito e indisimulada repugnancia, la que parecía la superiora de las otras dos me envió a toda prisa a la Casita del Guarda, donde me esperaba el director, con el que había fijado ya aquella cita.

Era un hombre sumamente afable. Estaba parapetado detrás de una mesa llena de papeles, libros nuevos, paquetes sin abrir, cartas y sobres destripados, artículos y originales, papeles con anotaciones y un par de teléfonos que sonaban con intervalos de tres minutos. El lugar era minúsculo, menor que la caseta de un guardagujas, y en un extremo, sentado en otra mesa entre papeles, había un hombre de barba, enfrascado en libros de contabilidad y contratos publicitarios. Tenía las trazas del criado de Tolstoi, y decía cosas de criado, desagradables y de una rara oportunidad. Hasta su mesa era

más baja que la otra y su silla más pequeña.

El director me tendió la mano por encima de aquella escombrera, con cuidado de no derrumbar ninguno de los rimeros, me presentó vagamente al criado, que respondió al saludo con un gruñido, y en cuanto desalojó de libros una silla me acomodó en ella, mientras empezó a mantener una conversación muy animada a través del teléfono.

La nuestra se iba pudiendo meter en medio, en el tiempo que nos dejaban los dos teléfonos.

A los quince minutos llegué a la conclusión de que pese a los gestos de contrariedad y fastidio por las interrupciones, el hombre era feliz al poder exhibir aquel vivo cuadro de su vida: un maestro en partidas simultáneas.

Empezó por quejarse de lo que él podía y no podía hacer en aquel puesto (que había aceptado, naturalmente, muy a regañadientes, porque no teníamos que olvidar que él era filósofo ante todo, «y con estos líos no voy a terminar nunca de escribir mi libro», ese libro que llevamos esperando con ansiedad tantos años); se quejó del esfuerzo que supone dirigir una revista como esa (de la que él cobra un muy saneado sueldo que pagamos todos los españoles); y se quejó sobre todo de Madrid (en comparación con Roma, París o Nueva York, donde los bebés, como essabido, miden al nacer un metro y vienen ya con conocimientos básicos de la primera y segunda declinación). Estos fueron los entremeses, tras los cuales nos dispusimos a dar buena cuenta del resto del menú.

Plato fuerte, como se dice, fue España, que es de lo que pueden hablar a las doce del mediodía dos personas desocupadas, aunque haya que decir, en honor de la verdad, que uno está desocupado a cargo del Estado y el otro lo es por cuenta propia.

CUANDO España quedó como el desierto del Gobi, pasamos a lamentar el estado de los periódicos españoles y las revistas españolas, en las que él tuvo la gentileza de incluir la propia Revista de Occidente. La trató con cierto desmayo *dandy*, con ese cinismo de las personas mundanas a las que es difícil sorprender con nada. El dandismo y el cinismo, a partes iguales, le llevaron a quejarse de los responsables de la propia Fundación Ortega, de quien depende la revista, y a quejarse, con bastante gracia, de los mismos que le habían sentado en aquella poltrona que mecía de un lado a otro,

mientras hablaba conmigo o hablaba por teléfono, describiendo sobre el cojinete de la silla ángulos de 180 grados.

Cuando terminamos de quejarnos de todo, se hizo un gran silencio.

Me vi en la obligación de consolarle, olvidé que había ido a verle con un artículo sobre Stendhal porque necesitaba treinta mil pesetas para acabar el mes, y le pregunté qué podía hacer por él. Mi expresión debió de resultar tan desolada, que le satisfizo sobremanera, y sonrió.

Fue entonces cuando pude leer en su sonrisa: «Amigo mío, no todo está perdido».

Empezó a hablar de los artículos que él venía publicando en la *Revista*: de Lotmann, Paul Ricoeur, Bunge, Luhmann… (Incluso no habría estado yo muy seguro de que pudiera transcribir estos nombres ahora sin faltas de ortografía, de no ser por el ejemplar de la revista que me regaló).

Mientras iba citándome esos y otros cien sabios de nuestro siglo, así como un sin fin de obras suyas, buscaba mi complicidad de lector y de feligrés a punto de ingresar en su parroquia, pero me quedé a oscuras. Solo pensaba: «No tiene que notármelo, no tiene que notarme que es la primera vez que haya oído tales nombres…», y como añadiría el gran Twain: «Que me aspen si en todos los días de mi vida he leído una sola de las palabras que escribieron. Y Dios perdone mi gran ignorancia».

Él debió de notar algo, porque de vez en cuando pedía una adhesión algo más entusiasta, quizás porque el primer contacto con los Luhmann y demás me anestesiaran un poco el semblante, que se me pasmaba con fastidiosa frecuencia. Mi cara, ante el calor de la ciencia, no debía de ser muy satisfactoria, porque de vez en cuando mi interlocutor me sacudía con una pregunta apremiante, rebozada en la angustia del que tiene que reclutar a soldados resueltos para una guerra inminente:

—Steiner, ya sabes, George Steiner.

—Sí, sí, Steiner —subrayaba yo, un poco aliviado, como ese estudiante al que preguntan un tema del que sabe algo más que del resto.

De todos modos era difícil que me quitaran de encima la sensación de estar intentando colocarle a alguien una mercancía

defectuosa, aunque nunca descarté la posibilidad de que el timado lo era yo. En aquella escena estaba por ver todavía quién timaba a quién. Qué picaresca, cuántas pobreterías y locura había en aquel despacho, suyas y mías… Bueno, *aire, aire*.

Pensé también que aquel hombre era un convencido de todo lo que me iba contando. Me valoraba más de lo que valgo, tal vez porque era de esas personas que, a cambio de ese trato de favor, esperan que nunca descubras ni propales que valen menos de loque todo el mundo cree. Algo así como una relación biológica de simbiosis, siempre más noble que la relación de parasitismo. No obstante, ser testigo de eso no siempre resulta agradable. Sin duda pensó que alguien como yo era alguien como él, y quizás si uno se viera en ese mismo despacho, a lo mejor sí. Lo difícil es verse ahí.

Mi decepción debió de reflejarse en mi mirada, pero él lo interpretó como que la hora de las confidencias había llegado. Fue ese momento en el que me preguntó a boca de jarro:

—¿Y a ti te gusta *Revista de Occidente*?

La cara que debí de poner no fue muy distinta a la que se me habría puesto de haberme preguntado ¿te quieres casar conmigo?

Salí del paso como pude. Solo quería, como Stendhal, fingir bien. Quedamos incluso en vernos dentro de poco. Pese a todo, cuánta ambigüedad, porque la verdad es que pasé en su compañía un rato muy agradable. ¿Por qué no puedo tener como todo el mundo relaciones con la gente sin preguntar por su naturaleza? ¿Acaso soy más acomplejado que el resto, más resentido, más débil? Seguramente.

Volví andando a casa. De retirada, entré en una tienda para comprarme una camisa. Una dependienta también me tuteó. En ese caso, cosa extraordinaria, me gustó que lo hiciera. Dos horas antes, sin embargo, me había irritado que lo hiciera otra mujer, no menos hermosa por otra parte. Ninguna contradicción.

Bajé luego a comer con J. M., que me anunció en el taxi que será padre para junio, y me mostró seis números raros de una revista inglesa. Estaba feliz por ambas cosas, y yo también viéndole.

Nos esperaba X. en un restaurante de esos que hay en Arturo Soria, metidos en chalecitos, con su pequeño jardín y habitaciones pequeñas.

Era para hablar de negocios que tampoco saldrán o saldrán a

medias o saldrán de una manera que no tendrá nada que ver con lo que se había pensado.

Ese ha sido mi día. Al llegar a casa, me puse a leer a Benjamín, y Benjamin me ha traído a estas páginas.

¿Dónde está la lógica de todo esto? Ni siquiera tengo la seguridad de que hoy al menos, ya que no feliz, sea un poco más cínico que ayer, que era de lo que se trataba.

Quizás ese hombre de la *Revista de Occidente* esté en su casa también él escribiendo en su cuaderno de bitácora. ¿Por qué no? Todos tenemos derecho a ese libro que nunca escribiremos. ¿Quién me asegura que no esté ahora pensando sobre el encuentro de esta mañana? ¿Quién me dice que no haya llegado a las mismas conclusiones que yo? ¿Quién me dice que no ha adivinado ya que yo estoy aquí como él escribiendo su retrato? ¿Quién podría asegurarme que a estas alturas no ha decidido hacerme la guerra en aquello que pueda o, por el contrario, ayudarme en cuanto esté de su mano? Ya dan lo mismo todas esas cosas. La vida nos junta y la vida nos dispersa; no somos más que las gotas de agua que corren ahora por el cristal. Vienen solas, se encuentran, se animan, se precipitan un trecho juntas, como avivadas por el encuentro, y terminan separándose de nuevo.

Sigue la radio sonando. Sigue lloviendo. Sigue este cuaderno bajo la nieve, con su trineo, en su porvenir oscuro. Y Victoria de los Angeles canta una seguidilla murciana cuya letra me encandila hasta el punto que decido titular el libro que tengo derecho a no escribir, esa obra completa en el telar de Penélope, con las arrobadoras y antiguas palabras de esa copla

Cualquiera que el tejado tenga de vidrio, no debe tirar piedras al del vecino.

LA memoria es el privilegio de los aristócratas, lo sean de sangre o de espíritu. Y el porvenir es mejor que nada.

UNA manifestación del jesuitismo ateo de estos tiempos es, por ejemplo, acusarle a Cristo de inducir a Judas al suicidio y, por tanto, declararle cómplice de asesinato.

MÁS hermoso que el propio fuego del hogar serán siempre las hilachas del humo saliendo de la chimenea, humo azulado en la mañana de otoño, humo dormido entre las ramas enfermas de los olmos viejos. Y si el fuego es presente, el humo es presente y pasado

y, para el viajero que lo ve de lejos, quieto en el valle sobre las casas viejas, para él sobre todo, que camina hacia la aldea, es nada más que futuro: el hogar que espera.

RESULTA instructivo observar, en una ciudad como Madrid y supongo lo mismo de otras ciudades grandes, cómo se conducen en los lugares públicos las personas famosas y célebres, actores, presentadores de TV, políticos conocidos, en fin, la farándula de más y menos que nos regala con su presencia.

Entran, salen, van, vienen, pasan, vuelven entre la gente sin mirar a nada, con la vista perdida en un lejano e inconcreto punto de fuga, esperando, por el contrario, que sean los demás quienes les miren. Y no es, como a veces aseguran ellos mismos, para evitar prenderse en otras miradas indiscretas, y, como si dijéramos, en dar pie a los asaltos, las intromisiones, los requerimientos. No. Es algo mucho más sutil.

Es como si su mirada tuviera dos registros simultáneos. Uno, perdido en la lejanía, y otro, muy escrupuloso, que contabiliza de cerca todas y cada una de las miradas de quienes les han «reconocido», de modo que su altivez o su distancia se ve inmediatamente contradicha por ese riguroso taquillaje que hacen de formaconstante, y, como se dice vulgarmente, como si no se les escapara una.

Es gente que vive de la vida, o por el cante, diríamos, pero a quienes la vida ha desplazado ya, bien llevándolos detrás de unas gafas de sol, bien detrás de unos parabrisas ahumados, o unos guardaespaldas…

Pues entre lo que no vemos en la lejanía y lo que parece subrayar su presencia en un primer plano, existe una media distancia donde realmente sucede lo único interesante, no la quimera de las lejanías, no la fantasía de las pestañas, que vistas de cerca son altas como los juncos. Es decir, donde ocurre toda aquella vida que pese a necesitarla para vivir, han terminado por desconocer. Al final, tanto el que pone los ojos en blanco, por querer ver lo que ocurre en las vastas regiones de los confines y cimbra su vista como el propio espacio curvo y finito, tanto ellos como los que pegan las cosas a sus pupilas, se quedan a ciegas.

LEO en una antología de poetas suicidas este dato sobre Nerval.

En 1827 Nerval emprendió una traducción del *Fausto* que

entusiasmó incluso al propio Goethe, al extremo de preferir este la traducción de Nerval que el propio original alemán.

Es evidente que todas las lenguas, pero sobre todo el espíritu que las anima, se comunican por íntimas, secretas galerías que relacionan lo poético, el azar, el milagro y el misterio, fenómenos no tanto posibles en una creación, como imprescindibles.

No solo es verdad que las grandes obras resisten incluso las peores traducciones, sino que habría que desconfiar un poco de todas aquellas obras que pierden en el trasvase a otra lengua todo su encanto, todo sabor, como los vinos gallegos al cruzar el puerto de Manzaneda (pensemos, por ejemplo en Valle Inclán y, en menor medida, en Darío y tantos escritores, desde Heine aWilde, en general casi siempre los llamados escritores del ingenio).

Formulado de otra manera: la música en literatura suele ser un opiáceo que, para mayor irritación, crea dependencia en quien la hace y la escucha.

HACÍA mucho frío y una señora paseaba por la calle de Zurbano a su perrito, al que había vestido con unos calzones de tela escocesa. Resultaba tan ridículo como si su dueña hubiera salido desnuda. Lo único en lo que todos los animales son superiores a los hombres es en que su desnudez aún les hace más hermosos, sin culpa, sin morbidez, sin malicia. Sin decadencia.

EL casticismo de los Borbones gusta y entretiene al pueblo llano porque ellos son reyes, o infantas, o miembros de la familia real. Ese mismo casticismo en un churrero, en un talabartero de la calle Toledo o en uno de esos randas que siguen bajando los sábados por la tarde a la calle de Cuchilleros, no pasaría de ser una patosería. El listón que se pone a los reyes y en general a los gobernantes, en cuanto a salero, suele estar a la misma altura que el que se les pone a los retrasados. Cualquier alarde que se salga un poquito de lo normal es recibido con alborozo, como si hubieran hecho grandes progresos hacia las luces de la inteligencia.

LA calle del medio. Me cuenta X. que alguna vez, de niño, tuvo la fantasía de creer que sus padres, y por extensión su familia, no eran sino gentes que por razones misteriosas se habían hecho cargo de él apenas había venido al mundo. Ese es, por otra parte, un sueño común. La literatura, y la literatura infantil sobre todo, está llena de abundantes casos tanto de depósitos como de expósitos que

se resuelven en prodigiosos reconocimientos. X., al igual que otros chicos no necesariamente infelices, creía que susverdaderos padres tuvieron que desprenderse de él por razones misteriosas. Como X., alguna vez todo el mundo ha pensado, en el desvalimiento de la infancia, que uno no tenía nada que ver con aquello que se le imponía *como hermanos y padres*. Y no eran tanto sueños de grandeza, como necesidad de ser otro, pues a X., según me confiesa, tanto le daba que sus padres adoptivos le hubieran comprado a una tribu de gitanos nómadas, como que los grandes duques de la Santa Rusia hubiesen tenido que desprenderse de él, arropándolo en la sombra, para burlar a los secuaces de la policía política soviética. Su fe absoluta en el destino le hacía esperar que algún día se supiese la verdad.

Esos sueños, me parece a mí, los hemos tenido muchos y ha llegado el momento de que el destino nos restituya a nuestro verdadero ser.

En un día como hoy a uno, por ejemplo, le gustaría descubrirse descendiente directo de los zares y burlador, en efecto, de la NKVD. Solo de ese modo, con un chorro generoso de sangre azul corriéndonos por las venas, podría uno sobrellevar con dignidad esta decadencia. Nada como ser duque para sobrellevar con gracia un medio pelo como este de cada día. Está demostrado que un aristócrata es insensible a las ruinas porque las conoció en pie, y si no lo es, no se queja, que para el caso viene a ser lo mismo.

De no querer el destino regarme el sistema linfático con las acequias de mi sangre azul, me quedaría la alternativa de los gitanos. Sabemos hijos de un José Heredia, para tirar por la calle del medio, tocando las palmas, y gritando, aaay, aaay, aaay, pero por bulerías.

DESDE luego siempre es preferible la crítica de un inteligente que el elogio de un tonto, pero al final, hasta los escritores más inteligentes prefieren el elogio de un tonto que la crítica de un avisado y fino crítico, escudados, quizá, en que no hay críticas inteligentes y en que los elogios por lo menos suelen tener un poco más de educación.

LLUVIA sin peso. Tan sin peso y tan dulce, que la plaza de Alonso Martínez parecía una película al revés, con las gotas de lluvia subiendo de nuevo al cielo.

«El verso es muy engañoso, da el pego fácilmente a quien no tenga buena vista. Donde se ve del todo y pronto al escritor es en la prosa», leo en *La corriente infinita*. Y de pronto me entra como un pánico que me llevaría corriendo a todo lo escrito por uno en prosa hasta hoy, con el temor de que ya se me haya podrido.

Sería un error reivindicar la caída del comunismo o la disolución de la KGB o del Ejército Rojo. Basta con pedir que Leningrado vuelva a llamarse San Petersburgo. Lo demás vendrá solo.

Ha amanecido, después de la lluvia, con el humo de las calefacciones y la niebla de la mañana, como decía Espronceda: «Madrid yace envuelto en sueño».

Un poco más de azúcar en la orina, y el librepensador va a misa. Nos harían falta en España dos o tres moralistas permanentes; así, un poco ácidos, un poco cínicos, un poco mundanos. Aquí el que no sale místico, quema conventos.

Dios existe. Prueba de ello es que no se ocupa de mí (pensamiento de un misántropo).

Todas las envidias son iguales. No hay envidias sanas o perjudiciales, como tampoco conocemos que de una gripe salga nadie fortalecido.

Dios, que le dio a uno capacidad de discernir (a grandes rasgos) entre lo bueno y lo malo, entre lo hermoso y lo feo, entre lo justo y lo injusto, debió de permitir que de nuestro corazón solo salieran sentimientos nobles y bondadosos, de nuestras manos, obras apreciables y de nuestra boca, palabras necesarias y justas, como cuando Mozart dijo que en *Las bodas de Fígaro* no había ni una nota de más ni una de menos.

El hipocondríaco se pasa el día con la oreja pegada a su corazón, como si fuera puerta, y encuentra esa conversación indiscreta de lo más interesante y amena:

tic-tac,
tic-tac
y otra vez
tic-tac.

En la calle del Piamonte hay una churrería, una vieja churrería diminuta. Tiene dos metros de frente por cuatro de fondo, el espacio justo para poner una gran sartén con el aceite hirviendo. Si

hay más de dos parroquianos, el tercero no cabe y tiene que esperar su tumo en la calle.

La atienden dos viejos hermanos que apenas se hablan, malhumorados siempre, taciturnos y con el entrecejo torcido de las hienas. Como allí dentro el termómetro se levanta hasta los treinta y cinco grados, trabajan siempre con las mangas de la camisa remangadas y el sudor que les recorre los brazos gotea chisporroteando en el aceite humeante. Se les ven los brazos, hasta el codo, en carne viva, a consecuencia de las salpicaduras abrasantes. Sus respectivas mujeres, en cambio, hablan siempre. Hablan de todo, afables, de buen humor, mientras los maridos les gruñen o se enseñan los colmillos. Son, pues, cuatro personas las que llevan ese negocio. Abren de 6 de la mañana a 10. Luego recogen y cierran a las once. Sábados, domingos y días de fiesta cierran. En el rótulo sobre la puerta se lee «Fca. de churros». Ni siquiera hay espacio en el dintel de la puerta, de quicio a quicio, para poner completa la palabra Fábrica. Que llamen a eso fábrica me enternece. Y ese horario de marqueses rentistas. Es el mismo espíritu que lanzó a los españoles a la conquista de América, el mismo que le llevó a la pérdida de las colonias.

DECÍA Nietzsche que todo genio es un final. Así se explica la desolación en la que han quedado los portugueses desde la desaparición de Pessoa: todo lo que han hecho después en literatura ha sido y será juzgado durante muchos años *par rapport* a él, y en esa medida no serán nada o lo que sean lo serán no por ellos mismos, sino por el reflejo que dejó en ellos ese sol declinado. Y a la saudade por Pessoa, se sumará la saudade que cada uno de ellos sentirá a causa de sí mismo. Pessoa luchó por traer de nuevo a un Don Sebastián a la patria portuguesa, y sin embargo la dejó, no ya sembrada de los cadáveres de Alcazarquivir, sino de miles y miles de don Sebastianes que vagan en su propia tierra, perdidos durante los dos próximos siglos.

SOBRE un templo romano construyeron, aprovechando las piedras de las columnas paganas, una iglesia visigoda. Los árabes ampliaron ese recinto y convirtieron el lugar en una mezquita. Hacia 1227, tras ser reconquistado el enclave y desmontada la mezquita, se levantó, sobre los mismos cimientos, una iglesia colegiata que empezó siendo gótica y terminó renacentista. En todo

este proceso los historiadores han visto siempre el deseo de dominio de cada nuevo dueño. Dominio o catequización. Pero lo cierto es que quien levanta un nuevo templo (o una nueva iglesia) sobre uno viejo, no está tanto proclamando su victoria sobre el anterior como reconociendo la verdad de lo viejo sobre lo nuevo. Sobre, o a la par. Se ha demostrado que los dioses más poderosos son los antiguos que adoptan nombres distintos, más modernos y conforme al uso de los tiempos.

ENTERNECE ser testigo de la alegría de los arqueólogos de culturas primitivas cuando les vemos con un pincel quitarle el polvo al pitorro de un tosco botijo: con qué poco se conforman.

AL mar le falta siempre una orilla para ser perfecto.

NO hay nada tan simbólico como un reloj de arena ni tan delicado y quebradizo. Representa, es cierto, la fugacidad del tiempo, pero sobre todo, y quien haya tenido un reloj de arena en la mano lo sabrá, la fragilidad del mismo tiempo. Jünger, que dedicó un inteligente tratado a los relojes de arena, no aborda, creo recordar, ese aspecto de la fragilidad de las ampolletas de cristal que estrangulan el tiempo, más que corto, frágil.

Tampoco menciona, aunque se refiere a ello, el hecho de que la arena de un reloj, molida y cernida, se asemeja por su finura, más que a otra cosa, a un veneno que alguien ha desleído en nuestro vino.

EL Rastro de hoy ha sido decepcionante, no tanto por el propio Rastro como por uno mismo. Decía justamente Jünger que hay muchas cosas en el mundo que solo se perciben cuando se tiene conocimiento de ellas. Y hay otras que nunca vemos. Se conoce que uno ha ido hoy al Rastro con el entendimiento en barbecho, o al menos con bruma. En el Rastro, nos dice la experiencia, solo se encuentra aquello que ya hemos encontrado antes y lo llevamos grabado en la cabeza. El Rastro es como ese bazar platónico donde cada uno va a rescatar la representación de aquello que ya lleva entre ceja y ceja. En un baratillo solo se ven las cosas que uno ya ha elegido mucho antes, de ahí que los hallazgos no sean tales, sino reconocimientos. Esa es la razón por la cual la alegría que suele seguir a una compra feliz en el Rastro no es la alegría que nos produce topamos con un desconocido, sino la que se sigue al reencuentro con un viejo amigo, con un viejo pariente. Como decía

Nietzsche, en otro orden de cosas, se oyen solo las preguntas a las que se está en condiciones de encontrar respuesta.

CUANDO la gente llega al convencimiento de la bondad del politeísmo sobre las demás formas de creencia, es porque encuentran más tolerable cien dioses, entretenidos en sus propias disputas, que uno solo, empeñado en amargarnos la vida. Es, más o menos, la historia de las vanguardias. Resulta patético, ver a la vieja guardia del vanguardismo, rotas las filas, en espantable desbandada. Su grito de guerra hasta ayer era el de pasar a cuchillo a todas las academias, museos, convenciones y quedarse en el mundo como únicos amos. Hoy, cuando han comprendido lo ridículo de su fracaso, piden a voces una tregua, y proclaman: «¡Eclecticismo! ¡Todo está bien! ¡Figuración, abstracción, arte conceptual, viejo y nuevo! ¡Nada de prevalencias despóticas e injustas! ¡Rothko, Duchamp, Solana, Kandinsky, Morandi…!»… La escena da un poco de lástima, sobre todo teniendo en cuenta que los jóvenes de mañana los pasarán a cuchillo y no les valdrá de nada pedir clemencia.

¿POR qué razón será que en literatura y en arte las mejores obras parecen siempre dichas y hechas de la misma manera, en tanto que las tonterías resultan siempre novedosas? Las leyes pendulares solo rigen en parte. Es posible que dentro de cincuenta años vuelvan los neo-dadá,
los neo-abstractos, los neo-románticos. Ese movimiento, esa irrupción es lo que hace considerar a muchos lo novedoso de tales resurrecciones, por oposición a ciertas maneras silenciosas de entender la vida y, como consecuencia, la literatura y todo lo demás. Es decir, como siempre, se tiende a creer que lo permanente está muerto y lo mudable, vivo. Y la verdad es que demostrar lo contrario es casi imposible, porque exigiría a lo permanente ocuparse de asuntos puramente mudables o, como si dijéramos, ponerle al silencio un megáfono entre las manos.

Así como de la sociedad griega Platón excluía a los poetas, en la de ahora, uno, sin ser Platón, excluiría a los arquitectos: nunca pagan por el daño que hacen. Un médico (es raro) puede terminar en la cárcel por abreviar la vida de un paciente lo mismo que un ingeniero al que se le reviente la panza de un pantano. Son muchos más los arquitectos que han asesinado una ciudad, y ahí les tenemos

a todos, en la palestra, jugando con el patrimonio de la memoria, haciendo experimentos, echándonos discursitos.

CUANDO pasaba esta mañana por la plaza de Santa Ana, me encontré a X., el nieto de un viejo escritor que tuvo su momento y cierta celebridad en los años veinte y treinta.

Se dijo que padecía una enfermedad incurable, vergonzante y maldita. Él, lejos de negarlo, lo confirmaba con pícara satisfacción, tratando de sacar algún provecho de aquellas úlceras.

La gente cree que la bohemia dejó de existir, pero X. es como uno de aquellos bohemios del año diez, sablistas, cucos, con su pequeña historia, con su novela, trampeando todo el día, viviendo de crédito y de drogas que ya no se llaman ajenjo, pero que tienen los mismos grados y van directamente a encharcar los sesos y encenagar los sueños. La gente ya no empeña como hace cien años el colchón, pero las cosas siguen siendo muy parecidas.

La última vez que le vi, fuera de hoy, salía de una pensión de la calle Farmacia y en treinta segundos me propuso una venta fabulosa de manuscritos, cartas y libros de la biblioteca de su abuelo. Era una historia vieja.

Antes, durante un tiempo, me había estado telefoneando insistiendo en aquellas transacciones ventajosas de cartas de este y del otro a su abuelo, revistas de vanguardia raras, libros dedicados, manuscritos…

Estos ofrecimientos se los hizo también a media docena de amigos y a unos cuantos libreros de viejo.

Yo le insinué que se lo ofreciese todo a uno solo, porque era una lástima dispersar todo ese archivo. Él, sin embargo, era de la opinión contraria. Se creía un hombre de gran sagacidad para los negocios y prefería diversificar el riesgo, porque así aseguraba defender mejor los precios. En realidad lo hacía para borrar las pistas.

Alguien una vez cometió la ingenuidad de preguntarle si el abuelo estaba al tanto de aquellos corretajes, y le respondió: «Ese come en mi mano», lo que nos convenció a todos del carácter doloso y con escalo de aquellas sustracciones.

Estas cosas de diversificación del mercado eran además una fantasía suya, porque, no sé cómo, una semana después, me encontré en el Rastro, yendo con J. M., la primera edición de

Imagen, dedicada por Gerardo Diego a su abuelo. Ya lo conté otra vez. Estaba encuadernada en el mismo tomo que una novelucha francesa barata, y la guillotina se había llevado la mitad de la dedicatoria. Arranqué la novelucha y me quedé con *Imagen*, con la intención de reencuadernarlo. Me costó todo veinte duros. El negocio le habría reportado a él, en el mejor de los casos, cinco.

La mayor parte de las historias relacionadas con anticuarios y libreros de viejo están adornadas de sórdidos detalles. Al principio fascinan por lo que tienen de novela, pero uno termina descubriendo en ellas la mecánica de la miseria, bastante parecida siempre.

Hace algunos años, en una de las ferias de Recoletos, sorprendí a un hombre trajeado, muy delgado, que estaba vendiendounos libros a una librera de Barcelona. Era la hora del almuerzo. La Feria estaba vacía y los dependientes de las casetas sesteaban en el calor de mayo o mordisqueban su bocadillo.

Se trataba de libros de poesía del 27. La librera le daba por cada uno doscientas o trescientas pesetas. Contrariamente a lo que podría parecer, aquella librera no lo hacía por usura, sino por ignorancia. En cuanto le pagó los libros al hombre trajeado, marcó su precio de nuevo, doblando lo que acababa de pagarle, y los colocó de nuevo en el tablero.

Cuando seguí hacia casa, alguien me rozó el hombro con sigilo y misterio. Al volverme me encontré al hombrecillo aquel, con aspecto de empleado de banca. Vestía en efecto de una manera peculiar: llevaba un traje pasado de moda, de los que incluían chaleco, y los puños y cuello de su camisa estaban sucios. Tampoco su aspecto personal era más limpio. Había salido corriendo detrás de mí y respiraba con dificultad como si la carrera hubiera sido de mil metros y no de cinco o seis. Me preguntó de una manera oscura si podía dedicarle unos minutos. Me confesó que estaba descontento con aquella librera, que le pagaba poco. Después de un circunloquio que no le seguí bien, me propuso venderme directamente los libros a un precio más ventajoso para él y para mí. No me pareció una idea reprobable.

Lo que sucedió en las tres semanas que siguieron a aquel día es para contarlo en otro lugar, pero diré que aún le compré unas docenas de libros.

La historia resultó serlo de droga, y bastante triste. Bajo aquel aspecto inofensivo de empleado modelo, se escondía un hombre a merced de la heroína que aún conservaba encima de la consola de un radiador de su casa (vacía por los embargos y las malas ventas), unas fotos con sus marcos de plata falsa en las que se le veía a él con Felipe González, a él con el Rey, a él con Tierno Galván, a él y a Landelino Lavilla. Seguramente aquellas fotos serían lo último que empeñaría para poder demostrarle al mundo, cuando nada le quedara: «Yo fui amigo de este y del otro». También él tenía su fantasía: «Esos comían en mi mano».

Muchas de las historias de los libros viejos son como esta. Un amigo, al enterarse de que X. estaba expoliando la biblioteca de su abuelo, me pidió que yo le telefonease. ¿Para qué? le dije. ¿Qué tendría que decirle? Mire, don Fulano, su nieto de usted es una calamidad. ¿Eso?

Al encontrarnos esta mañana hicimos un trecho del camino juntos.

Venía de ver a un librero, pero se conoce que no estaba. En una bolsa de plástico llevaba cuatro libros, algunos con dedicatoria: El *Signario* de Espina, un Baroja corriente, mal encuadernado, *La voz a ti debida*, que no tengo, y el discurso de entrada en la Academia de Emilio García Gómez. Al mostrármelos hizo un gesto vago con las cejas, como animándome a entrar en la puja, apremiado por la necesidad perentoria de dinero, pero al decirle yo que los tenía todos, quedó muy decepcionado. En primer lugar por ver que la posibilidad de hacer algo de caja antes de la hora de la comida se le esfumaba y, en segundo lugar, al comprobar que esos libros, puesto que los tenía alguien más que su abuelo, no debían de ser tan raros como lo que él pensaba.

No obstante me tentó con otros fondos. El género. Dice que tiene una colección completa de *La Gaceta* y de *El Robinsón literario*, carteles, películas, fotografías, multitud de cartas, manuscritos de novelas importantes de otros escritores, en fin, un alijo.

Por fortuna uno no tiene dinero para comprar todos esos tesoros, y se lo dije así, con cierta resignación. Me agradeció la galantería.

Estuvimos charlando media hora, parados los dos debajo de una acacia. En medio de todo ese torrente de palabras a veces, unos segundos, nada, se quedaba silencioso, acorralado por su historia,

desamparado, minúsculo, humillado.

Cada poco nos distraían las alumnas de una academia, que cruzaban todo el rato por delante tapándose pudorosas sus incipientes pechos con las carpetas y los apuntes.

Hace mucho, cuando empezaba él a vender esos libros y entraba en tratos con todo el mundo, me lo encontré por casualidad en una librería de viejo, en la calle ***.

Él y el librero estaban ultimando una de aquellas operaciones financieras. X. me pidió entonces que me quedase con él un rato, dispuesto a hacerme testigo de la estafa que temía se iba a consumar de un momento a otro. En cuanto me tuvo delante hizo para mí unas cuantas cabriolas, para demostrarme que allí el que mandaba era él, puesto que los libros eran suyos, y trató de que el librero repitiera las adulaciones que seguramente le había dispensado para asegurarse la compra, pero fue todo lo contrario. El librero subrayó en una mirada el desprecio que sentía y él bajó, ruborizado, la cabeza.

Me recordó una escena de *The servant*. Después el librero que se había percatado de la estratagema, furioso, amoscado y hostil, pareció decidido a no decir una palabra más mientras yo permaneciera en la tienda. Seguramente estaba convencido de que yo tenía algún interés en estropearle el negocio o pensó que codiciaba como él aquel montón de libros viejos. Después he vuelto a encontrarme a ese librero de viejo una o dos veces. Me lanza miradas de fiereza un tanto cómica, como si quisiera conminarme a guardar silencio. Pensaría también que podría delatarle. Esa es otra de las fantasías de ese negocio. Resultaba ridículo. ¿A quién podría delatarle? ¿Al guardia de la porra? ¿Al Rajá de Kapurtala? ¿Al difunto don Fulano, que en gloria esté?

Un día este pobre muchacho morirá de la enfermedad incurable que no tiene, y el botín de su abuelo terminará de nuevo en elRastro, en alguna Universidad Americana, en la Biblioteca Nacional, en bibliotecas privadas que serán a su vez pasto de otros futuros nietos… O sea: de nuevo el río de la vida, ese que vemos acodados en el pretil de los sueños, sobre el puente de las ilusiones perdidas.

De todos modos, quién sabe. Quién nos dice que como aquel directivo de la *Revista de Occidente* no esté ahora ese X. en su

triste pensión de la calle de la Farmacia escribiendo mi historia, mi retrato, como yo he hecho el suyo. Podría ser. El encuentro de esta mañana. Quizá su relato sea el verdadero, el hondo, el que habrá de perdurar, venciendo al olvido, porque él sea el incomprendido del que hablaba Pessoa para nosotros, los incomprendedores del momento. Es todo un trozo de ese periódico tirado en ese charco y que toda la gente ha pisado: hay en él algo de realidad que no vale nada, y en cambio es real, o sea, muy valioso, más que ninguna otra cosa que no exista. Escribimos, pero es siempre más hondo aquello que escriben de nosotros o lo que es más misterioso aún, aquello que se les queda de nosotros en su hondo, negro y copioso tintero.

Me hace observar mi cuñado, ajeno a este gremio, que los escritores son lo más parecido que ha visto a los labradores: eternamente descontentos con el tiempo, las cosechas, las labores, mirando ellos la sección literaria de los periódicos como aquellos un cielo cargado de incertidumbre…

Un hombre que ha elegido estar solo es más fuerte que otro que no puede prescindir de los demás. Un hombre puede elegir estar solo, pero no puede evitar a veces necesitar de los otros. Es cierto que algo así no es nuevo. Estamos para repetir el rito de la vida, en pensamiento y sentir, aunque a veces la sencillez nos ponga al borde del precipicio de la simplicidad.

Yendo a unas compras pasé delante de la iglesia de San Ildefonso, que es tan triste y fea por dentro como todas las iglesias de Madrid, con esos altares llenos de flores de plástico moradas y unos confesonarios que despiden efluvios de ajo a causa de los regüeldos de los señores ecónomos y el eco del perfume barato de las señoras porteras de la vecindad. Una religión que ha soportado tales curas y la escayola de tales vírgenes será una religión perenne. Yo ayer en esa entré por fantasía, obedeciendo un impulso exterior, como la hoja a la que levanta el viento para llevársela no a América sino unos pasos más allá.

Había un sacristán subido a uno de esos pulpitejos donde leen el evangelio. Rezaba el rosario para cuatro pías mujeres diseminadas por todo lo ancho de la nave sombría. De los rezos del sacristán no se entendía nada, porque salían de un altavoz lleno de frituras, estridentes y antipáticas. De los de las beatas, tampoco, porque semejaban el ruido que hacen las ratas entre las tablas roídas del

tejado. Aquel rito no parecía siquiera algo que estuviesen haciendo en común, sino una acusación que todos se hacían contra todos, de tal manera estaban aquí y allá, en la punta de un banco una, y otra tres bancos más allá, enemigas acérrimas o indiferentes en su rencor.

En cuanto me hice cargo del cuadro, me di media vuelta y busqué la puerta de salida. Los mismos que me pidieron a la entrada, dos minutos antes, volvieron a pedirme a la salida. Eran tres mendigos, sentados en las gradas del atrio, con las manos descamadas y los ojos como los de los conejos con mixomatosis. Hablaban animadamente entre ellos. Ni viejos ni jóvenes, delgados, con pantalones de yesistas, uno con zapatos de rejilla seguramente recogidos en un contenedor y los otros con zapatillas deportivas.

Esos mendigos en cuanto ven que se aproxima uno que quiere entrar allí y que va a pasar por su jurisdicción, cambianel semblante, que se les contrae en una acabada máscara de verdadera aflicción, bajan el tono de voz y con un gemido moribundo piden una limosna. Si se les tira unas monedas dan las gracias, si no, los tres se cagan en la madre de uno de una manera rutinaria, cambian el registro de la voz, relajan los músculos de la cara y siguen con su conversación, mientras dan una sabrosa calada al pitillo, que habían escondido en el hueco de la mano, siguiendo su código deontológico, el cual les impide, por razones morales y estéticas, pedir limosna y estar fumando.

Cuando se cansan de estar aquí, si han sacado algo de las limosnas, se lo gastan en dos o tres tascas muy aparentes que hay en la misma calle de San Ildefonso, donde no van las putas de la calle del Barco, pero sí los parroquianos que vienen de estar con ellas o que van a estarlo, lo cual aprovechan los indigentes para enterarse de los pormenores del servicio y aliviarse, aunque sea de oídas.

Cuando se les acaban los cuartos ya es la hora de la comida o de la cena y entonces van a por la sopa boba que reparten en una institución benéfica de la Corredera Baja de San Pablo. Algunas veces he estado tentado de quedarme en la cola por hacer sociedad y enterarme un poco de algunas vidas. Luego a uno le entra un poco de aprensión por los miasmas y la congregación de virus y bacterias, y sigue su camino.

Son en general gentes pacíficas. Algunos de los que hacen la cola

tienen un aspecto saludable, más tostados quizá por el solecico de las plazas públicas, y un poco más sobados, pero no mucho más que el cura de paisano con el que me crucé cuando salía de la iglesia.

Hacen colas de cuatro horas, fumando, con las manos en los bolsillos y mirándose la punta de los zapatos, y en general hablan de las mismas cosas que hablaban los de *Misericordia*. Por ejemplo, cuando recriminan a dos holandeses barbudos, jóvenes y fuertes, con los ojos azules y el pelo rubio, que se pongan en una cola para pobres españoles y que no se vayan a pedir a su tierra o, que siendo jóvenes, no busquen trabajo, porque sostienen todos entre toses de silicoso y sin dejar de fumar, que es una vergüenza ser joven y andar haciendo el gandul, y que si ellos tuvieran esa salud y esa juventud no estarían en esa cola, y los holandeses, que han pegado ya muchos tiros y llevan mucho plomo en las alas, enseñan sus dientes sanos y blancos de lobo y a duras penas los dejan un hueco entre pobres de Valladolid (ciudad impar) y Guadalajara.

Una vez se me ocurrió hacer una novela que se llamara *Los carrilanos*. Como a los mendigos no se les acepta en los albergues más allá de una temporada, dos, tres meses, para obligarles a buscar trabajo y una pensión, al pasar ese plazo los expulsan y se ven obligados a irse a otra ciudad. En el nuevo burgo ocurre lo mismo, pasan una temporadita y se van a otro pueblo, otro obispado y otra diócesis de Cáritas, lo que se dice conociendo geografía. A eso lo llaman ellos *el carril*, y lo recorren aquellos individuos que han renunciado a no salirse de él. Yo pensaba echarme un camarada de esos, más o menos aceptable, y contarlo luego en un libro picaresco con las palabras netas. Pero la ventaja de la literatura es que si uno en una novela puede matar a un hombre sin mancharse las manos de sangre, puede, puestos a ello, hacer el carril sin dejar nuestra cómoda sala de lectura ni ensuciar nuestra conciencia con unas vidas que siempre se han roto por el eslabón más débil. Sin contar con que una novela de los pobres de la Costanilla de San Julián, en tiempos en que la gente que sale en las novelas anda todo el día de la ceca a la meca, pero en buenos hoteles y en avión, de San Francisco a Oslo y de Viena a Montevideo, una novela así no iba a tener muchos lectores.

El paseo de ayer fue, por otra parte, bastante instructivo. Luego pasé por la calle más deprimente de Madrid, la de San Ignacio de

Loyola, que parece hecha para el patrón porque es sucia, torcida y siniestra. Y ya de vuelta esta constatación que vale por un curso en el patio de Monipodio: cuánta ternura, cuánta misericordia la del pueblo de Madrid al poner en cada barrio de putas dos o tres tiendas de trajes de novias.

Y qué belleza hay en las cacharrerías que aún siguen abiertas en Madrid. Han ido sucumbiendo en el resto de las provincias, pero aquí, al pairo de las tormentas del tiempo, han logrado enquistarse en las viejas, torcidas y sombrías calles de estos barrios costrosos, de beneficencia. Un algo polvorientas, con ese escaparate que tanto se parece a las cajas de Cornell: diez dedales, cinco tazones blancos (de cuadro de Zurbarán), un rollo de madera para alisar la masa de harina, un juego de frascas de cristal, jaboncillos de sastre y de modista, cintas métricas, cucharas de palo y cazuelas para las sopas de ajo, y esa mosca muerta con las patas hacia arriba, y al lado un niño Jesús que también con las extremidades braceantes y pataleantes en una cuna entre virutas que venían en las cajas de los vasos. Cuánta poesía en todo eso junto, cuánta elocuencia, cuánto silencio melodioso.

HEMOS tenido que subir esta tarde a la Residencia de Estudiantes para la presentación de un libro de Moreno Villa.

Fuimos andando desde mi casa. A esa hora la calle Pinar estaba casi a oscuras, muy poco iluminada, como si se hubiesen ido fundiendo las bombillas de los faroles y nadie se hubiera tomado la molestia de reponerlas.

Es una de las calles más peculiares de Madrid, parece inglesa, con mansiones inquietantes en las que seguramente ocurren al año dos o tres crímenes estrafalarios de los que la policía no seentera, porque trocean a los cadáveres o los entierran en esos jardines que tienen una tapia y no se ve desde la calle lo que se hace en ellos.

Algún día descubrirán que la Colina de los chopos es un inmenso osario.

Siempre que he ido por allí jamás me he encontrado a nadie. Algo más tarde vienen los travestís, que se acercan a los raros coches que llegan hasta esa loma y sacan una lengua gorda que empiezan a mover con frenesí. Luego adelantan los morros untados de *rouge* hacia la ventanilla, como si quisieran darle un beso al cristal y se abren el abrigo de pieles para que se les vean las bragas

y unas tetas de silicona incólumes y lustrosas. Pero a las horas en que los castos rectores de la Residencia programan sus convocatorias, no hay nadie todavía.

Hoy descubrimos junto a un portal quince o veinte gatos callejeros, aunque todos parecían conservar sus gotas de sangre aristocrática, sus trazas pérsicas o de angora de haber pertenecido alguna vez a cualquiera de los diplomáticos del barrio, que los abandonan en cuanto les cambian a ellos de destino.

Ver a quince o veinte gatos de sangre azul en medio de la calle produce el mismo efecto que sorprender a quince o veinte rusos blancos trabajando de porteros o en la frutería de la esquina.

No sé la razón, pero al entrar en la Residencia empieza uno a marearse un poco. No llega la cosa a lo del Círculo de Bellas Artes, pero por ahí van los tiros.

Por dentro tiene el aspecto de un convento o de una casa fina de ejercicios espirituales. Se parece también mucho a una capilla protestante, lo cual la hace, como puede imaginarse, más inquietante que si fuese católica.

Al entrar nos detuvo una vaharada con los olores de la cocina y del comedor, donde indiferentes a Moreno Villa y al mismísimo Lorca (que en la gloria estén) trasegaban la cena otros residentes científicos, médicos, ingenieros agrónomos a quienes toda literatura les trae al pairo.

Las dos o tres veces que yo he ido allí, a esa hora crítica de las ocho de la tarde, siempre me han dado ganas, inducido por los efluvios de la humeante sopa juliana, de colarme en el comedor y olvidarme del salón de actos, por lo mismo que a uno, cuando va de visita a un hospital, le entra un apetito homicida de acabar con la comida que le traen a los enfermos.

Ha estado uno en esa *sancta* casa tres o cuatro veces y siempre le ha sucedido a uno lo mismo. Seguramente se debe a que algo que debería ser el lugar de Jiménez Fraud o de JRJ lo han convertido en la capilla de Lorca, al que allí nadie, no sé por qué razón, llama Lorca sino Federico, en medio siempre de los otros dos ladrones, uno bueno, Buñuel, y otro, el malo, Dalí.

Han puesto incluso un busto de Lorca en una esquina. Podrían colocarlo en la entrada junto a una pila de agua bendita, para que la gente se santiguara al entrar. Claro que estas sugerencias me

guardo muy mucho de hacerlas en la que fue casa de Buñuel y demás «putrefactos» surrealistas, porque las encontrarían muy poco surrealistas y sí en cambio putrefactas, inapropiadas y de mal gusto.

No sé de dónde las sacarán, pero siempre hay allí dos docenas de viejos y viejas residentes encantadores y pulcros. Uno les tendría más simpatía, pero en cuanto empiezan a hablar lo hacen de los tiempos gloriosos y a uno los tiempos gloriosos le parecen cargantes siempre, y entonces uno les cobra, sin saber por qué, una irracional ojeriza, quizás porque es cuando empiezan a sobrevenirle a uno los mareos, medio de hambre, medio de hartura.

Solo fuera ya, junto a las adelfas que plantó Juan Ramón, al aire puro de la noche, empieza uno a recuperar el resuello para acometer con optimismo la vuelta a casa, cuesta abajo, lejos de todo ese tufo a incienso secularizado que nos da a todos un airede untuosos y sonrientes capellanes franceses: laicos, un tanto volterianos y liberales con los pecados de los señores de la casa, que son quienes pagan.

AL ir hacia León, en esa repetición atroz que es toda Navidad, se nos rompió el coche en la carretera. Lo que desde luego no pasaba de ser un percance habitual y sin importancia, se convirtió sin embargo en algo laberíntico, sombrío y triste. Lanzarse andando carretera adelante en busca de auxilio; tener que explicarle a un mecánico indiferente que tu coche necesita repararse con mucha más urgencia que todos los demás; buscar una grúa y esperar dos horas porque el conductor estaba metido en alguna parte, a las diez de la mañana, comiéndose, en bocadillo, una tortilla francesa de doce huevos; vaciar el coche de toda clase de equipajes, buscar en alguna parte un taxi y convencer al taxista de que a pesar de que es Nochebuena tiene que hacer cuatrocientos kilómetros; pagarle tres veces más que en cualquier otro día, y estarle agradecido porque nos ha querido llevar; llegar y encontrarse en casa los mismos silencios de siempre, tal vez las mismas incomprensiones, tapados con una frase universal: Feliz Navidad.

UNO de esos días solo reconocibles desde el refugio de la niñez, grises, fríos, con la niebla prendida a los árboles como hilachas de algodón.

Era temprano y las calles de León estaban vacías, como corresponde a una mañana de domingo.

Poco a poco la gente empezaba a salir. Andaban despacio, como en los sueños. Me crucé con dos o tres personas que quise reconocer de hace treinta años.

Me ocurre cada vez que vengo a este pueblo, no vengo sino a mi infancia y desde ella reconozco el escenario, los personajes, la tramoya.

Las tres personas pasaron a mi lado sin mirarme siquiera, como almas muertas hace mucho tiempo.

Tal vez no sea lo mismo volver a una gran ciudad que haya cambiado. En un pueblo pequeño, pobre y viejo como León las cosas que han cambiado son muchas, pero no tanto como para que ese cáncer nos impida reconocer al enfermo.

Me detuve primero en el puente del Espolón. Le enseñé a R., que venía conmigo, el panorama de vías muertas y viejos vagones parados allí desde hace al menos medio siglo. Ya en mi infancia estaban detenidos, siempre parados, fantasmales, pudriéndoseles las tablas del techo.

Cuando éramos chicos nos deteníamos aquí al volver de la escuela para ver pasar los trenes. Debía de haber cuatro o cinco al día. No más. No habían llegado aún las locomotoras de gasoil y todas las que había, negras, de hierro, monumentales, eran de vapor.

Algunos compañeros de la escuela, cuando salíamos de clase, se tiraban a la vía, dejaban a un lado la cartera con los libros, buscaban en el escondrijo donde la habían guardado una lata grande y vacía de escabeche y se ponían a rebuscar entre las traviesas trozos de carbonilla y pedazos mal quemados de carbón de cock, que echaban en la lata. Algunas veces venía el guardagujas y los dispersaba a pedradas. Nosotros nos quedábamos en el puente y avisábamos si venía aquel hombre cojo, vestido siempre con un traje de mahón azul, remendado por todas partes, y una gorra negra. Cuando tenían las latas llenas, volvían a buscar los libros y se marchaban a sus casas, llevando en una mano la cartera y en otra, cogida por un asa de alambre que les cortaba los dedos, la lata de escabeche llena de carbonilla.

A veces nos quedábamos en aquel puente una o dos horas. En nuestras casas no preguntaban qué hacíamos. Eran los años en los que los chicos pasaban la vida fuera, por ahí, correteando. Nohabía

que dar cuentas y nunca te las pedían. Podía uno incluso hacer pellas, y no pasaba nada.

Cuando veíamos llegar un tren nos poníamos justamente encima. Llegaban o salían despacio, porque la estación estaba un poco más allá, de manera que o no podían alcanzar una gran velocidad o tenían que entrar frenando. El humo de la chimenea nos envolvía y corríamos al otro extremo del puente, donde esperábamos que la nube blanca de humo y de vapor, que aspirábamos con delectación y voluptuosidad, nos envolviera de nuevo como a los santos del cielo.

Yo le contaba todas estas cosas a R. así como le mostraba las piedras del pretil, célebres en todo León porque venían allí a afilar sus navajas todos los hombres de la ciudad y muchos de los pueblos a los que emparejaba caerse por aquel lugar. Recuerdo a mi tío el cura, con su sotana y su teja, parado allí junto a otras figuras solitarias, afilando pacientemente la hoja de su pequeña navaja manufacturada en Suiza. De la misma manera que en otros puentes la gente se planta con una caña, en aquel se plantaban a ver pasar los trenes, mientras rascaban la piedra caliza con las navajas y hablaban de asuntos varios.

Había empezado a contarle todas estas cosas con gran entusiasmo a R., pero al pronto me di cuenta de que eran recuerdos tristes, y seguimos andando.

Llegamos al poco rato al arco de la cárcel, donde oíamos cantar de chicos al viejo y la chiquilla delgaducha aquellos romances de crímenes feroces, de bandidos, de historias desgraciadas y memorables.

Desde ese ángulo las murallas con sus cubos de piedra y la cárcel en lo alto, resultan un espectáculo triste y deprimente y me parece seguir oyendo el ruido que hacían los carceleros en los barrotes de hierro, durante la revista de las rejas. Siempre seráasí, como si el eco de aquella siniestra arpa de hierro no se extinguiera jamás en mi memoria.

Seguimos Carretera de los Cubos adelante. Sonaban nuestros pasos en los adoquines, pero no allí, en León, sino en las páginas de una novela de Simenon, una novela de las que se compran por unas pesetas en una estación de provincias como la de aquí, en un día como este, gris, frío, con el cielo todo tapado y color panza de

burro.

Al llegar a la casa de Sierra Pambley nos encontramos a X. Estuvimos parados un rato hablando los dos en medio de la calle, sin temor a los coches, que no había. Tampoco había transeúntes. Casi no estábamos ni nosotros.

X. y yo nos vemos una vez al año, en estas fechas. A veces pasa un año, corre la vez y nos volvemos a encontrar al siguiente. Antes lo telefoneaba de tiempo en tiempo. Ahora ni eso. No tiene uno ni cuarenta años y ya se descubre resabios de viejo.

Cada vez que nos encontramos retoma la conversación donde la dejó y empieza de nuevo a circunstanciarme sus problemas de salud. Ahora está contento porque le ha salido una especie de tumor en el cerebro y la tensión arterial la tiene muy desarreglada. Todo ello le ha dejado bastante satisfecho, porque tiene algo que contar, al tiempo que da lástima a los cristianos, pero ni debe de ser un tumor ni la tensión arterial debe estar como él dice. Se lo digo así y me lo niega con severas, graves, un tanto solemnes y cazurras cabezadas, como si se espantara moscas.

Cuando se le habla, contrae los músculos de la cara, cierra los ojos, pliega las negras y pobladas cejas, ladea la cabeza y echa por encima de la frente el cuero cabelludo porque dice que también es sordo de un oído. Lo del oído quizás. Con decir que uno es sordo, a ver quién va a creer lo contrario.

X. me ha parecido siempre una persona apuntalada y quejona, pero como esos viejos actores se ha permitido ya algunasmodificaciones de su cosecha en un papel que sabe de memoria no solo el que lo representa, sino el respetable del patio de butacas, y me ha dicho a propósito de ese tumor de la cabeza que se imagina cómo una legión de orugas ha empezado a comerle los sesos por una punta y acabarán por la otra, al igual que los gusanos que se meriendan las hojas de morera, me ha dicho con tono dramático, con una mano puesta a la altura del bazo y la otra levantándola ligeramente, tal la estatua del emperador Trajano, me ha dicho: «Llevo siete meses con esto y he terminado por acostumbrarme a pasearme con…». Entonces miró a mi hijo. Debió de parecerle excesivo lo que iba a decir, dio dos pasos hacia atrás, arrugó la barba, la boca y la nariz, levantó las cejas, torció la oreja sorda, entrecerró un ojo y echó el conjunto de toda esa mueca, o

sea, la cabeza, a un lado. Acentuó entonces el pliegue de la boca hacia donde tiene el oído sano, como si quisiera susurrárselo: «… pasearme con… la sombra». Bueno.

R. no se enteró de la metáfora y debió de pensar que uno tendría que cambiar de amigos.

Cuando nos despedimos X. le hizo a R. una pequeña fiesta en el pelo. Una fiesta en la que iba afecto, fatalidad y tragedia en idénticas dosis. Lo vimos alejarse por la calle Ancha con cuatro o cinco periódicos debajo del brazo. Iba renqueante, como si hablara solo. ¿Para qué hablará solo, si no se oye? Parecía ese marinero que al desembarcar, después de haber pasado en el barco veinte días pescando el atún o la anchoa, no supiera cómo se anda, y se le doblan las rodillas y teme que se hundirá si no pone los pies en el lugar apropiado.

Algún día vendremos a pasar la Nochebuena y ya no lo encontraremos. Aunque podría ser al revés: esta clase de hipocondriacos duran cien años todos, sordos, con tumores en la cabeza, con las arterias calcificadas.

El resto del día lo hemos pasado en casa. A la tontería de ser Nochebuena se unía la tontería de ser domingo, de manera que la tristeza de la tarde de domingo se veía reforzada por la tristeza de ser Nochebuena. Y así.

HAN fusilado a Ceaucescu. Día de Navidad. De vez en cuando ha de pensar uno que algo así tiene que ser un regalo del cielo.

Las noticias son todavía confusas. En TV se veían también momentos de la revuelta, gente que corría sobre la nieve, entre los bosques, en los jardines públicos, junto a casas de madera que tenían al lado leña cortada, con más nieve todavía encima, los coches helados, los milicianos armados, los soldados tapándose en las esquinas…

Durante unos minutos tenía uno la sensación de ser testigo de algo excepcional, como si estuviéramos presenciando en directo la Comuna.

Se veía a los milicianos disparando con fusiles en las esquinas de Bucarest, o cubriéndose detrás de un tanque que avanzaba por una calle solitaria, llena de edificios neoclásicos con impactos de proyectiles por todas partes. Como las calles estaban nevadas parecía todo mucho más épico, lo mismo que el humo negro que de

pronto salía por el hueco de una ventana.

Mi padre estaba suspendido de esas escenas, pero sus ojos veían solo recuerdos de 1936, de 1937, de 1938. Mirábamos la televisión sin despegar los labios, pero él, sin oír que estábamos callados, pedía silencio cada poco, chistando. Era como si estuviera pendiente de un viejo aparato de radio cruzado por interferencias y pitidos agudos, y tratara de abrirse paso a través de ellos para conocer las novedades del frente, que podrían serle de vital importancia, en La Magdalena, en Teruel, en la Batalla del Ebro.

A veces se veía a los policías con las manos en la cabeza y detrás a dos o tres individuos armados que los sacaban a punta deescopeta. Como en el 74 en Lisboa. En el policía podía leerse el terror, en cambio en los otros la satisfacción de haberlo cazado y la satisfacción de partirle de un tiro el corazón en cuanto desconectaran las cámaras de televisión.

Yo me he pasado el día entero pegado al televisor. Desde 1917 no se había visto nada parecido en Europa, pero hay aquí algo más grandioso y épico que en el asalto al Palacio de Invierno: el final es feliz. Nada de lo que venga después podría ser comparable a lo que han vivido los rumanos.

A todo esto se añade el mordiente de que en casa, con nosotros, está uno de mis hermanos, gran partidario de la revolución. Él y su mujer estuvieron en Bucarest no hace mucho, en la cola, haciendo causa. Me permito algunas bromas retranqueadas al respecto, pero por desgracia caen en el vacío. Para mí son bromas inocentes, saludables y festivas, desde luego cariñosas, pero la parte contraria no lo toma así. Está de un humor de perros. Se le ve por un lado estafado, pero trata de salvar su honrilla y hace como que sigue todo esto con un interés científico, objetivo, que no tuviera que ver con él. Mis bromas, naturalmente, le ponen de evidente peor humor y de vez en cuando me lanza miradas asesinas que uno recibe como si fuera la espuma de la gaseosa. Me hacen incluso ese ligero cosquilleo que preludia el despertar de un pie dormido. Imagino lo que sentirían unos que han ido a Lourdes y descubrieran que los milagros están amañados por dos o tres canónigos y dos o tres médicos de la Adoración Nocturna.

No resulta difícil imaginarse las disculpas que a partir de ahora ensayarán todos los comunistas españoles que hicieron

peregrinación durante años a estrecharle la mano a Ceaucescu, empezando por Carrillo y terminando por el último mono de un comité local. Tirarán de las condiciones objetivas y demostrarán científicamente que el final de Ceaucescu no podía ser otro queéste, pues los marxistas se las pintan solos para analizar las cosas que… ya han sucedido, aplicando para ello una ciencia como el marxismo, la única capaz según ellos de fijar, corregir o acelerar lo venidero.

Los del Comité Central veraneaban allí; los militantes de base se limitaban a aportar su propia corra de salchichas para que el dictador atase corto a los perros capitalistas. Ceaucescu era la esperanza del comunismo, la alternativa del eurocomunismo a la política soviética. Lo han estado diciendo hasta ayer mismo. Ahora, cuando empiezan a conocerse las atrocidades del régimen, supongo que dirán lo mismo que los colaboracionistas de Hitler respecto de los campos de concentración y los crematorios, o los colaboradores de Stalin respecto de las purgas de este: «no nos lo podíamos imaginar». ¿Entonces para qué hacen política? ¿No es la ciencia de lo posible? Pues lo posible solo se hace con imaginación. Etcétera.

Es una lástima que mis chuflas tengan tan poca acogida. Podrían sacar las fiestas de Navidad de su apelmazada rutina. No obstante no cejo: cada vez que paso junto a mi atribulado hermano, dejo caer: «caramba con Ceaucescu, camarada», y el retintín suena apropiado, firme y navideño.

HOY han dado ya las primeras imágenes del tirano muerto. Las hemos mirado hipnotizados. Se le ve primero llegar en un tanque. Un soldado ayuda a Ceaucescu a salir de él y bajar. Ese soldado hace una semana hubiera temblado no ya en presencia del dictador, sino en presencia de su chófer. Hoy, en cambio, le toma del brazo, como se hace con los delincuentes cuando se les conduce ante el juez, y le da empujones con la culata del arma para que siga andando.

Luego se ha visto cómo un médico le ordenaba quitarse la chaqueta. Se veía que el médico sabía ya que Ceaucescu estaba muerto, pero le ha tomado la tensión. No se sabe con qué objetole han hecho ese reconocimiento médico una hora antes de ponerlo frente al pelotón de fusilamiento. Seguramente piensan que eso es más humanitario. Se ve que quienes lo han fusilado no pueden desprenderse de ciertas burocracias stalinistas. Malo será que no

sean los mismos stalinistas.

Se le ha visto también hablar animadamente, casi sonriente, pero no parecía que se estuviese dando cuenta de lo que le estaba pasando.

Luego ha habido un plano de ambos, de Ceaucescu y de su mujer. Ella llevaba una pañoleta anudada y parecía demacrada y envejecida, con unas ojeras de un color vesicular, como los posos amargos de una tisana. También ella *estaba* muerta. Nadie diría que era la temida señora Ceaucescu. Parecía una mujeruca de una granja. La pañoleta tenía todo el aspecto de ser ya una mortaja que le sujetaba las mandíbulas. Y entonces han sucedido lo que seguramente son las más terribles escenas de todo este drama transmitido en directo. Es incluso como drama superior a las salvajes mutilaciones de niños o a las escenas de fosas comunes llenas de inocentes que vemos aquí o allá, en cualquier parte del Africa o de Asia. Estaban los dos dictadores uno al lado del otro. No hablaban. No se miraban siquiera. Esos dos seres, hasta hoy unidos férreamente al poder mediante el terror, parecían ignorarse. En un momento Ceaucescu rozó la mano de su mujer, que no se movió. Ni siquiera acusó el roce de aquella postrera caricia, como si se hubiera posado sobre la piel seca de su mano una simple mosca y no la mano de su marido, que tampoco era la mano, sino el miedo, la indefensión, la alucinación de aquellas horas trepidantes. Seguramente no se trataba de un gesto de ternura, aunque podría haber sido de ternura. ¿Por qué no? Me pareció no obstante que era únicamente un cerciorarse de que aún seguían con vida, como quien acerca los labios a un talismán y lo besa. Ceaucescu acariciaba en ese gesto no a su mujersino a su talismán, su amuleto. El alma de ambos, y es evidente que la tienen porque han sido capaces de tales crímenes, se asomaba a sus rostros. Un alma tanto más aterradora, cuanto que está llamada a ser eterna. A estas horas muchos cuerpos sin vida yacían sobre la nieve de las calles vacías sin que nadie hubiera ido a retirarlos, en medio de la noche, bajo la luz amarillenta de un farol.

En ese momento resultaba evidente que cada uno de ellos habría vendido al otro para salvar su vida. Se les veía a cada uno consigo mismo, abismados en la idea de la muerte que de manera tan imprevista se había presentado en aquel simulacro de consejo de

guerra.

¿Por qué no se mirarían? Desde que condujeron a Luis XVI y meses después a María Antonieta a la guillotina, no se había visto a ninguna pareja consorte de reinantes camino de la muerte. (Lo del zar fue secreto). Aquí, a diferencia de entonces, iban además a morir juntos. En un momento determinado, la mujer, alguien con más carácter que el propio Ceaucescu, se enfrentó con el tribunal para echarles en cara que no tenían capacidad jurídica para juzgarles. No les faltaba razón. Para qué juzgarles si ya estaban condenados. Es como lo de tomarles la tensión.

Luego salieron las primeras imágenes de los policías de la Securitate, que se entregaban. Algunos lloraban con las manos en la nuca. Sus apresadores les propinaban, de vez en cuando, terribles, secas, furiosas patadas que los otros recibían con atroz resignación.

Se parecían todos mucho unos a otros, los policías y sus nuevos carceleros. A veces salían los policías huyendo de gentes que les perseguían y que parecían policías también, de paisano. Quizás les diferenciaba la barba. Los policías iban afeitados y les *revoltés* sin afeitar. Luego ni eso. Parecían provenir todos de unos mismos sótanos, como si se hubieran repartido los papeles y nose supiese de qué dependía que unos estuvieran en un lado y otros en otro.

Los periodistas que están trasmitiendo todo eso parecen entusiasmados, porque es la primera vez que llegan a tiempo a una guerra civil, con muerte del tirano incluida, y además pueden televisarlo a todo el mundo.

Salen también gentes llorando, que dejan una vela encendida sobre la nieve, donde cayó muerto algún pariente. Madres sin hijos, sin maridos, chicos pequeños que lloran al hermano muerto.

Todo el entusiasmo que pudiera tener uno se desvanece delante de esas imágenes y le entran a uno ganas de que la revolución siguiera aplicándose a los mismos que la han hecho ahora, culpables de no haberla hecho antes.

AL oír su voz en el teléfono me he quedado mudo. La realizadora del documental de G. me pedía el teléfono de este en Valencia para felicitarle las Pascuas. No nos habíamos hablado desde la proyección privada, cuando prometió hacer los cambios que jamás hizo. La conversación subió de tono en menos de un minuto. Nunca hasta hoy había comprendido por qué la ira estaba metida entre los

pecados capitales porque hasta hoy jamás había supuesto que uno pudiera disfrutar tanto insultando a alguien. Pobre mujer. Dios me perdone. Después me han dado ganas de mandarle un ramo de flores en desagravio, pero como decían en aquella comedia de Lubitsch, esa es capaz de comérselas.

La inocentada del día es que tengo que tomar un autobús hasta Sanchidrián para recoger el coche, que se quedó averiado allí.

En los periódicos viene detallado y transcrito el juicio contra los Ceaucescu. Esperemos que alguien en Rumania se pregunte no ya por qué han sido posibles las matanzas de Timisoara, sino estos últimos veinticinco años.

Después de todo no deja de ser emocionante ver mezclados a militares y civiles, porque de vez en cuando gusta ver mezcladas cosas inmiscibles, solo que todas las tiranías han surgido justamente de esas mezcolanzas, y entonces a uno se le quitan todas las ganas de los cantos épicos y da uno gracias al cielo de no ser el protagonista de la historia. Más vale un papel más modesto, tramoyista, apuntador, eléctrico, que tener que salir a escena para representar un baño de sangre.

Todo el sentimiento patriótico de ayer se ha convertido hoy en nada.

Al hacer unas compras esta tarde en Trujillo, pasamos por delante del viejo «Cine Rugall», cerrado hace ya años.

Muchas veces nos hemos preguntado quién sería este Rugall. Seguramente alguno de aquellos comisionistas catalanes que recorrían España llevando en una maleta muestras de telas y paños de Tarrasa.

Quizá solo sean fantasías de uno, que persigue la novela de los demás, porque la propia es corta y moderna, o sea, sin puntos y aparte.

Es posible que este Rugall fuese uno de aquellos viajantes que llevaban una doble vida en pueblos como este, con otra mujer y otros hijos a los que nunca hablaría de la verdadera mujer y los verdaderos hijos que le esperaban en Barcelona.

El único representante de paños, lencería y telas catalanas que conocí, en León, era bígamo. La mujer legítima estuvo muchos años en la ignorancia, hasta que por equivocación llamaron a quintas a los hijos de la otra enviando los impresos a la casa de la legítima.

En León esta historia se conocía y se hablaba de ella con un secretismo absurdo.

Este hombre me contó que su caso no era el único que él conocía en su profesión, donde abundaban, me dijo, los alcohólicos y las infidelidades, debido esto último en buena medida al hecho de que las merceras a las que ellos vendían el género fuesen en muchos casos o solteras o viudas que se veían precisadas a trabajar, mujeres en todos los casos a las que importaba menos la posibilidad de que les señalaran por la calle que paliar su soledad o entretener «sus hambres de hombre», como él las llamaba.

A mí me animó a dejar la carrera y me prometió el paraíso de mil huríes si me decidía a abrazar un oficio como el suyo, donde estaba dispuesto a apadrinarme, convencido de que mi juventud le abriría algunas puertas que habían empezado a cerrársele a su más que madura edad, confiado en que su maliciada experiencia sabría aprovecharse y suplir aquellas oportunidades que la torpeza de mis pocos años iba con seguridad a malbaratar.

Desde entonces cuando me he cruzado con algún viajante de paños, siempre me ha quedado la curiosidad por conocer su vida privada, que imagino en perpetuo desarreglo.

¿Por qué vendría este Rugall a Trujillo a poner un cine? En Palencia había un tipo grueso, viejo, terrateniente, rico, que había conocido a una cupletista en Madrid y se la había traído a Palencia con la promesa de financiarle una compañía de variedades propia. La chica lo único que obtuvo de aquella relación fue un salón de cine, en el que trabajó como taquillera hasta que fue vieja. Yo llegué a verla: la verdadera estrella de la pantalla parecía ella. Se pintaba para expender boletos como la Tarasca de Burgos y los muchachos se acercaban a la taquilla a gritarle obscenidades.

Quizá Rugall conociera también a alguna de aquellas pobres chicas del espectáculo y el descorche que querían ser actrices y se la trajese a Trujillo para ponerla de taquillera. Las historias que suceden una vez es porque ya han sucedido y seguirán sucediendo. Ese es el principio de la literatura, que está hecha no tanto de casos excepcionales, sino ordinarios y repetidos.

Cuántas novelas en un solo nombre, cuántas vidas en una sola vida, cuántas vidas en esta novela de la que solo sabemos el título: «Cine Rugall».

Las carteleras del viejo local, con los bastidores comidos por el sol y las lluvias, están desvencijadas y sostienen a duras penas unos cristales con toda la suciedad de un tiempo sombrío apelmazada en ellos. Detrás, desteñidos, los fantasmas de unos actores de hace diez o doce años. Las puertas, las carteleras, las contraventanas del cine están pintadas de un verde lechuga rabioso, al que, sin embargo, ni las lluvias ni el sol han podido someter, aunque lo hayan cuarteado.

Ese viejo caserón, que debieron de levantar hace un siglo como pósito de granos y forrajes, parecía estar esperando, a esa hora de la tarde, desalojada y fría, su elogio sentimental y melancólico.

Recordé todos los cines de mi infancia, el *Trianón*, el *Azul*, el Avenida, cines de pueblo pobre sin azul en el cielo ni avenidas ni, menos aún, aquellos trianones de los que en León pocos debían de haber oído hablar siquiera, tan parisinos, tan *sans souci* y poco acordados con el espíritu de aquella ciudad levítica, áspera y cuaresmal, que se aliviaba con el olor a ozonopino y el sabor de las almendras garapiñadas que vendían en tubos de celofán, diez por bolsa.

El cine de Trujillo allí estaba, preparándose para entrar en la noche, detenido en su calle oscura, con caserones y crujías a uno y otro lado, cerrados también, deshabitados, a merced de las últimas mareas como barcos que esperan el desguace.

Un poco más adelante se veía una casa. Una casa modesta con una verja y un jardinillo delantero donde crecía un jazmín. El jazmín era ya una pura sombra que llegaba hasta el tejado, peroaún se destacaban sus florecillas blancas, tiritantes, sostenidas por una extraña fe. En la casa había alguien, pues tras los visillos brillaba, es un decir, la mortecina y espesa luz de una lámpara, amarillenta como aguas de un bacín. O sea, otra vida, otras vidas, otras novelas.

También la noche se iba entrando con sus jazmines caídos en lo alto del cielo negro y sus estrellas muertas. Paramos el coche, apagamos el motor y las luces.

Había en esa calle oscura un silencio más grande que la propia calle, más grande que cualquier otra cosa que pudiera medirse con silencio. Con temor, con misterio tal vez, con nuestro propio miedo.

Hacía un buen rato que se había puesto a llover. Solamente se oían sobre el capó las gotas de la lluvia. Paramos el coche y el motor del coche para vivir ese momento, para pararlo todo, para

quedarnos allí en medio, frente al cine, sin nada que hacer, sin nadie a donde acudir, por la necesidad de oír aquellas gotas de lluvia que nadie sino nosotros podía oír, porque morían a nuestro lado mismo.

Cuando de nuevo arrancamos el coche y encendimos los faros, estos descubrieron a un transeúnte que andaba encogido y arrastraba una bolsa miserable de plástico blanco. Andaba con la cabeza metida entre los hombros, contando los adoquines que pisaba. Las luces de los faros lo recortaron contra el alto muro de cal sucia, un muro de hospital o de cárcel o de almacén cerrado, y él se asustó de que hubiéramos descubierto aquella huida suya de ninguna parte hacia ninguna parte, y apretó el paso, y sus espaldas aún se doblaron más con el peso de la luz, y su ojos, con la luz, aún se enturbiaron más, como si en su fondo la luz hubiera apoyado el pie en un lecho de lodo, y era así una alimaña que arrastraba un cepo.

Las gotas de agua se iluminaban brevemente al pasar por los dominios de una farola. Todo parecía dispuesto como para el comienzo de una de aquellas viejas películas en blanco y negro que veíamos hace treinta años en cines como ese.

Era como si nosotros, allí afuera, en la calle, representáramos una escena que simultáneamente se estuviese proyectando en la sala vacía, destartalada, sepultada por el polvo y devorada por unos ratones que no se pararían a distinguir entre sueños y terciopelos rojos.

El aire frío de la tarde olía a leña de encina. El pueblo estaba vacío y cada esquina a merced de un farol descalabrado y agónico. Solo se oía el ruido de las ruedas del coche en el asfalto mojado y las gotas de lluvia sobre la carrocería, tictac hojalatoso de un reloj mal acordado y herido. Las tiendas modestas de ultramarinos con una luz postrada y hepática, parecían a esas horas más que vacías, desahuciadas, igual que la ferretería, donde la luz de un tubo de neón caía sobre el esmalte terroso de una batería de cazuelas y pucheros de cocina…

La densidad moral de aquella atmósfera, sin embargo, ofrecía una no pequeña dificultad: en verdad no sabíamos si aquella escena era la primera de la película o la última, a la espera de la palabra *fin*, el inexplicable *the end* por el que empiezan a entrar los *happy*

few.

(…)

Al trasegar este fragmento de mi cuaderno de anillas de alambre a las bodegas del ordenador, cuatro años después de haberlo escrito, me encuentro con que el viejo cine «Rugall» acaban de demolerlo.

Frente al cine había, y hay, desde hace casi un siglo, otra lonja que sirvió en tiempos como administración de la empresa que vendía la luz eléctrica en el pueblo. Los hijos del dueño de aquel negocio un tanto decimonónico, hoy son los concesionarios del butano. Uno de estos me contó la historia de aquel cine, la verdadera historia de Rugall.

Rugall no era ningún catalán, sino un mayorista vinatero de Madroñera que se llamaba Gallego Rubio.

Este hombre tomó la primera sílaba de su segundo apellido, con la elle incluida, y la primera del primero, y con eso dejó listo un nombre que le debió de parecer rumboso, artístico y sonoro, seguramente porque comprendió que tampoco ninguna de las estrellas de la pantalla se llamaban como decían que se llamaban, porque nadie puede alcanzar esas alturas siderales con la sola verdad, sino con la mentira o, al menos, con la novela, género híbrido como se sabe. También debió de pensar que un cine que se llamara Gallego Rubio se le quedaría vacío.

Había sido aprovisionador de vino durante la guerra para el Ejército Nacional. Fue entonces cuando hizo una pequeña fortuna. Al terminar la guerra mandó levantar esa vasta crujía en lo que entonces eran los solares de las afueras del pueblo.

Lo construyó como las lonjas de hace trescientos años, porque los albañiles de hace medio siglo estaban orgullosos de los albañiles de hace tres siglos, y ningún edificio de Mies Van Der Rohe era más hermoso.

Rugall al principio no pensaba en cines sino en bodegas, quizá porque ni siquiera supiera lo que era un cine.

Sin embargo un hijo joven de este vinatero, al que el padre había enviado a estudiar a la capital, convenció a este de que el negocio no eran los vinos sino poner allí un cine. El padre, cosa rara, se dejó convencer. Esto ocurría en 1942. Cine y vino nacieron, pues, en Trujillo como quien dice de la misma cepa.

Los primeros años fueron prósperos y el padre contó con las

ventajas que proporcionaron los vencedores a quienes les habían ayudado a ganar la guerra.

Luego las cosas empezaron a torcerse. El primer traspié lo cometió Rugall en el referéndum en el que se votó la ley de Sucesión.

Pese a que Rugall se había enriquecido con el régimen, se sospechaba que fuese un desafecto, por la trayectoria suya republicana.

El caso es que le marcaron las papeletas y cuando se abrió la urna lo descubrieron.

Esa misma noche los falangistas del pueblo arrastraron hasta el cine unos botes de pintura negra y al día siguiente todo Trujillo pudo leer la pintada que llenaba de un extremo al otro el famoso «Cine Rugall»: «Gallego votó no».

Los del pueblo, a los que no les había importado que Rugall se hiciese rico a su costa, empezaron a tomarle un odio beduino, como si toda aquella riqueza hubiese sido fruto de un fraude o de una traición, o peor, de una estafa cometida contra ellos mismos, y los falangistas empezaron a hablar de darle un «susto».

Rugall anduvo un tiempo mohíno, se quitó de la circulación y en cuanto pudo traspasó aquel cine a unos arrendatarios. El primero de todos fue el padre de los concesionarios actuales del butano. A estos arrendatarios siguieron otros, hasta hace seis o siete años, en que el cine seguía funcionando, de manera renqueante en los últimos tiempos. El cine que empezó teniendo una sesión diaria y programa nuevo cada semana, terminó teniendo solo un par de sesiones a la semana, los domingos por la tarde. Pero jamás dejó de llamarse Rugall.

¿A dónde irán, me pregunto, toda esta clase de historias? Hubo un tiempo en que deseaba verlas transustanciadas en novelas, pero hoy pienso que tal vez su mejor novela sea darlas como me llegaron a mí. Son de por sí lo bastante fabulosas como para que intente uno en ellas el pinito y el paso artístico.

En el corazón de todas ellas late una semilla de elegía y eso es suficiente. ¿Qué más da que no vayan a ninguna parte? ¿Quién puede decir que las cosas están paradas?

AYER, antes de que se hiciera de noche, descubrimos entre las hojas heladas del viejo membrillo un gorrión muerto. De una

muerte a otra se nos olvida el camino que ha de recorrerse. Pero ocurre de nuevo, parece que sobreviene el vacío y que olvidaremos, y un buen día, a veces solo unas horas después, esa muerte, enterrada en lo más hondo, empieza a germinar.

Por la calleja venía nuestra vieja asistenta. Nada en ella delataba que habría de quedarse aquí, fregando los suelos, quitando telarañas de las vigas, haciendo las camas. Venía de muy lejos y apenas transcurran estas tres horas se marchará como uno de esos vientos no incluidos en la rosa de los vientos.

Antes de ponerse a las faenas domésticas se acercó al fuego de la cocina y asomó a él la punta de sus dedos, enrojecidos e hinchados por el frío del camino, la lejía, el maltrato de esos sesenta años. Le brillaban los ojos, pero ella sabe que toda esa felicidad no es ya sino una despedida.

Nos dijo que el otro día, en Nochebuena, de tantos como hubo en su casa, se había quedado afónica, y lo decía clueca y orgullosa de ver a todos sus polluelos alrededor, pero al hablar sus palabras eran también como hojas secas y heladas.

EL corazón, si pudiera pensar, se pararía.

EL malazul del cielo, el malazul del alma, el malazul de todo.

LE moi est haïssable.

LAS esquilas en el prado cubierto por la escarcha sonaron hace un rato como líquidos hielos, y el humo azul y un cuervo y el ladrido del can. Alguien está cortando leña, y son monótonos y fúnebres los golpes, pero también son alegres a su modo, porque puedes oírlos. Leña verde, leña seca, el hacha no distingue. Yvuelven la esquilas a dejar su tintineo de un céntimo de cobre sobre el vasto mostrador del cielo, del color del mármol que no es blanco.

SAN Silvestre. Hacía hoy uno de esos días maravillosos de invierno, con temperatura otoñal y cielos tiepolescos.

Pasadas las cinco de la tarde salimos a dar un paseo. El agua corría por las callejas con tanta violencia, que había derribado ya muchos portillos.

Subimos a un monte al que hace setenta años bautizaron como el Gurugú seguramente algunos quintos de los de Africa. En muchos pueblos hay un Gurugú como este, el monte más alto del lugar. Desde la altura se veía todo el paisaje, si no hasta el Africa, casi

hasta Portugal, con toda la gradación de azules vaporosos, de manera que aquella vasta extensión de tierra parecía tener un cendal o veladura como la que nubla los ojos de los lactantes.

Es imposible hacer sentir la naturaleza a quien no vive dentro de ella. Solo aquí, o desde aquí, aunque sea a cientos de kilómetros de distancia de este lugar, tiene sentido decir hierba fresca, pino, monte, nube.

Estuvimos un buen rato allí, solos, sentados sobre un majuelo de pizarra, como atalayándolo todo. Se hacía de noche muy deprisa, pero no hacía frío.

Muy a lo lejos, por la carretera de Trujillo, empezaron a verse las primeras luces de los faros de los coches. Eran destellos del tamaño de la cabeza de un alfiler, pero aún así parecían estrellas erráticas, caídas, como fantasmales y divagatorias luciérnagas fuera de estación.

A quinientos metros de altura no es difícil sentirse superior, no respecto de los demás, sino de uno mismo. ¿No escribió Nietzsche cosas parecidas en Sils María?

El hecho de que sea la tarde del día de San Silvestre le ha puesto a uno melancólico y aunque el viento solo sonaba a viento, parecía que llevaba dentro melodías tristes y apagadas.

No muy lejos de donde estábamos se oía cantar a un cárabo, y al poco rato salió de entre unas escobas una perdiz.

Esto último ocurrió tan cerca que se pudo oír el ruido de sus alas. No pudimos verla, pero al punto me representé sus colores. Una perdiz tiene colores heráldicos, de los que se pintaban los caballeros en los escudos o bordaban en sus estandartes los húsares de antaño.

Se oyeron, al poco rato, los tiros de un cazador. Quizás hubiera matado a esa perdiz. ¿Qué necesidad tenía de irse de nuestro lado? Quién sabe. Debió de sentir la hora de su muerte y acudió también alegre hacia ella, como las madres del *Deutschland*.

El viento movía las hojas de los pinos, que sonaban, en aquel lugar, igual que un vestido de fiesta, amplio y de raso.

Todo este paisaje es real, está en medio de ciudades que ignoran su existencia, pero está vivo y hasta la soledad y el silencio participan aquí de cierta carnalidad.

Esta mañana leía en un periódico de Madrid las opiniones de un

novelista español a quien los editores pagan contentos quince millones de pesetas por novela. Se quejaba de las novelas que se escriben en España, porque dice estar ya harto de tanta individualidad melancólica, de tanto subjetivismo. Dice también que los novelistas se ven incapaces de reflejar la realidad actual.

Puede que sea cierto. Uno siente nostalgia por una página de Galdós o de Tolstoi donde se describe la salita de Bringas o de Torquemada o el salón del príncipe Andrei. A uno le gustaría escribir una novela sobre alguno de esos héroes de Rumanía o la biografía verídica de alguien como Ceaucescu. Es difícil escribir nada valioso con calefacción central.

En el fondo creo que en alguna ocasión he envidiado a mi padre y a quienes como él hicieron la guerra, y vivieron para contarlo. La perdieran o la ganaran. Al final esto es una pequeña minucia comparado con atravesar un campo sangriento, sin contar con que pasado el tiempo todos pierden. Hacer una guerra y morir en ella no tiene el menor interés. No se trata tampoco de añorar la victoria. Ni siquiera, como vemos que les ocurre a algunas almas enfermas y torcidas, que añoran la derrota, donde pueden acomodar mejor su propia malhechura.

Ni siquiera admira uno que la hicieran. Esa clase de sentimientos les está reservado a los legionarios y a los fanáticos. No. Es un sentimiento de añoranza vago, deseos únicamente de haberla pasado. Haber pasado por ella, he ahí lo que echa uno a veces en falta. Es malo sufrir, pero es bueno haber sufrido.

Claro que todo esto son literaturas. Hace años me impresionó leer que un poeta mediocre inglés había tenido una amante que se le suicidó al vate para proporcionarle un buen argumento para un poema dramático y romántico, y lo escribió, en efecto. Leído hoy es en verdad más que dramático, patético.

En el fondo los escritores solo aspiran a ser felices, pero mueren y no lo han sido. Por eso a veces, como cuando estaba sentado allá arriba, pensaba que si hubiese pasado una guerra, todo lo demás me parecería liviano y de ese modo, tendría ganada la felicidad, al menos relativa, hasta la muerte.

Quizá porque recordaba algo vivido en el colegio. Un cura, partidario del nazismo, nos obligaba, en el crudo invierno leonés, después de correr a las siete de la mañana a diez grados bajo cero, a

romper el hielo de la piscina y a sumergirnos en ella. Al lado de la piscina y naturalmente al aire libre había también unas duchas múltiples, con cebollas que te encañonaban por arriba, por la entrepierna, por las axilas y por la cabeza (es decir, como aquellas en las que desinfectaban a los judíos cuandollegaban a los campos), duchas, digo, en las que nos obligaba a enjabonarnos. Después del chapuzón en la piscina, donde el agua estaba a uno o dos grados, encontrábamos el agua de la ducha, a siete o a ocho, sumamente agradable, casi templada, de manera que corríamos de la piscina a meternos debajo de la ducha para entrar en calor mientras de nuestros cuerpos se elevaba una nube de vapor que empañaba aquellas gélidas mañanas paramesas.

Con el sufrimiento supongo que pasará algo parecido.

Al cabo de un rato de pensar en estas cosas terminé yo mismo sosegándome del todo, como si los sentimientos sobre la literatura y la vida se fuera entumeciendo y aletargando. No volví a pensar en ese novelista, ni en periódicos ni en Madrid.

Pensé que tendría que estar contento de estar en ese sitio, delante de un paisaje así. Pero no lo estaba.

¿Hay alguna guerra comparable? ¿Hay alguna novela comparable a la de esos hombres que en Rumania estos días luchan por un futuro incierto?

Se ha hecho casi de noche, pero no ha desaparecido todavía todo ese vago cendal azul que empaña el cielo, y ahora más que el velo que se les pone a los lactantes en los ojos, me recuerda la opacidad de los ojos de los muertos, aquellos que recordaba Emily Dickinson, duros como el hielo, con gente que va en ellos patinando, ojos de muertos sobre los que nieva y nieva.

Entre los «reyes» que tendrán este año los niños, hay dos caleidoscopios, uno para cada uno. Son un regalo modesto, de pobre. Mientras dormían ayer, yo mismo me entretuve diez minutos haciendo girar uno de ellos, encañonándolo hacia la luz.

Son de una clase diferente a los que yo mismo fabricaba de chico. Entonces eran precisos un tubo de cartón, tres rectángulos de cristal algo más cortos que el tubo y unas cuantas puntas de lápices de colores o trocitos de cuentas de cristal o de plástico.

Estos modernos son aún más admirables. En el extremo opuesto al visor tienen una lupa cóncava. Nada más. Lo que cambia es

aquello que se mira, a donde se enfoca, del todo irreconocible, de modo que el mundo va cambiando en él, y gira todo, y todo cambia, y todo vuelve a ser lo mismo. ¿Quién se quedó pensativo con ese modesto caleidoscopio? ¿El niño que pasó con otro caleidoscopio parecido cientos de horas en tardes interminables? ¿El hombre que se ve a sí mismo irreconocible en el caleidoscopio sagrado de la vida?

¿Qué es esta tristeza que gira y gira?

ANDRÉS TRAPIELLO (Manzaneda de Torío, León, 1953). Estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valladolid y se estableció en Madrid en 1975.

Especialmente reconocido como poeta (Premio de la Crítica 1993), es también novelista (Premio Nadal 2003), ensayista e historiador. Trabajó en diversas publicaciones y programas culturales de televisión hasta 1979. Desde entonces se dedica en exclusiva a la escritura.

Es autor de 8 novelas, la primera de ellas, *La tinta simpática*, 1988. En 1992 recibió el Premio Internacional de novela
Plaza & Janés
por *El buque fantasma*. En 2003 su novela *Los amigos del crimen perfecto* obtuvo el Premio Nadal, y en 2005 *Al morir don Quijote* el Premio Fundación Juan Manuel Lara a la mejor novela de ese año editada en español.

Colabora semanalmente en el Magazine de *La Vanguardia* y en otros periódicos y revistas.